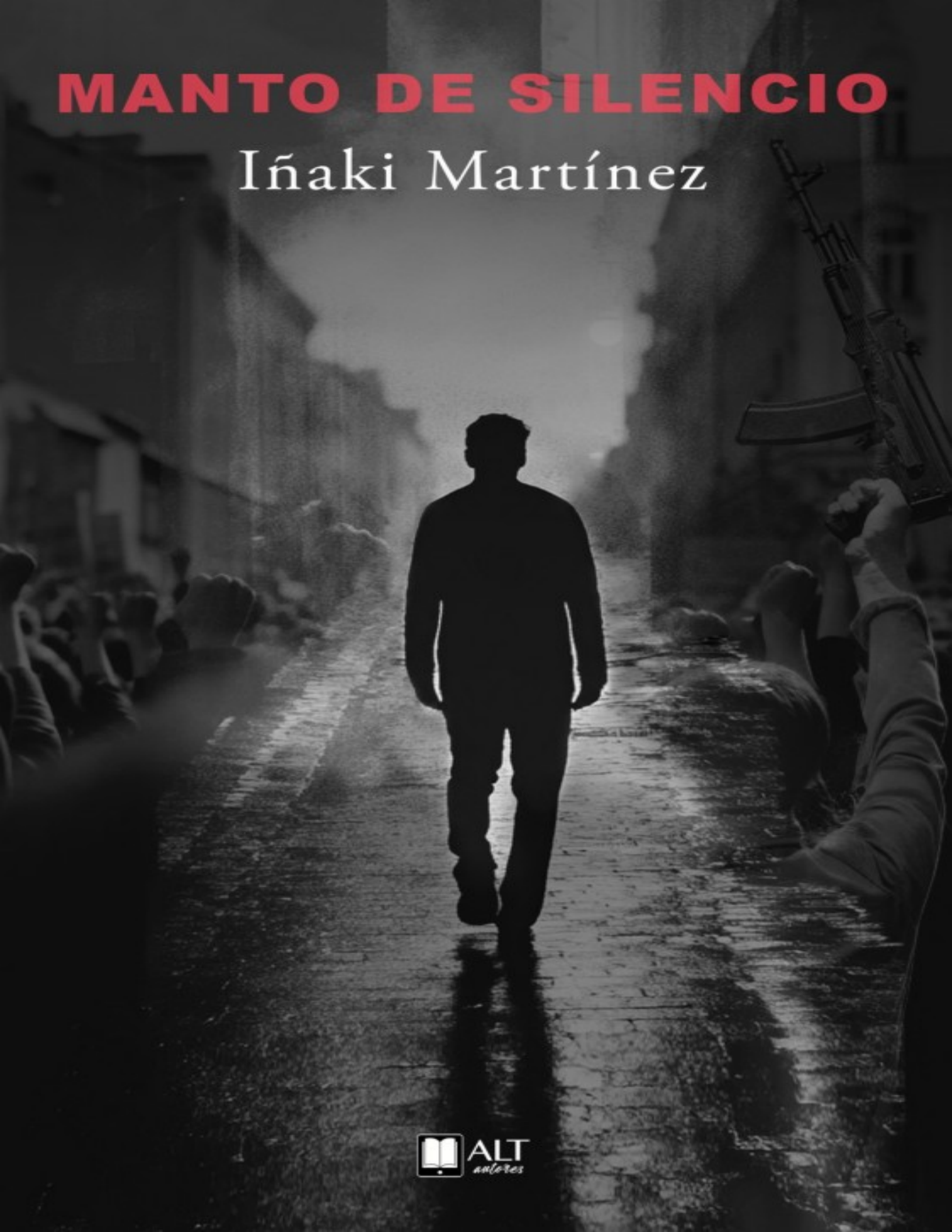
MANTO DE SILENCIO

Iñaki Martínez



ALT autores

MANTO DE SILENCIO

Iñaki Martínez

Manto de silencio

© Iñaki Martínez, 2025

© Sobre la presente edición: Editorial Alt autores

Diseño y maquetación ePub: Sergio Verde (www.sergioverde.com)

Foto composición portada: Bolaberunt

Corrección de texto: Nuria Ostariz

ISBN: 978-84-19880-40-6

Para más información sobre la presente edición, contactar a:

Editorial Alt autores

Henao, 60. 48009 Bilbao (España)

CIF: B95888996

www.altautores.com

Índice

Introducción
Capítulo 1. Lisboa
Capítulo 2. Claudia Larrainzar
Capítulo 3. Otelo Saraiva de Carvalho
Capítulo 4. La revolución no es un pasatiempo
Capítulo 5. Pablo Milanés
Capítulo 6. Audacia
Capítulo 7. KGB
Capítulo 8. Claudia, de nuevo.
Capítulo 9. Praga
Capítulo 10. El capitán Sokolov en Bilbao
Capítulo 11. Hotel Tamarises
Capítulo 12. Zona Minera de Bizkaia y Gipuzkoa
Capítulo 13. Dos fracciones
Capítulo 14. Euskadi Norte
Capítulo 15. Informe de Sokolov
Capítulo 16. Moscú
Capítulo 17. No fue la CIA
Capítulo 18. Otra vez Otelo
Capítulo 19. ¿Tomar Bilbao?
Capítulo 20. Parte del procedimiento
Capítulo 21. Deliberación a orillas del Moskova
Capítulo 22. El periodista Esteban Juanes
Capítulo 23. ¿Nunca piensas en las víctimas?

Capítulo 24. ¿Biltzar?
Capítulo 25. De la A a la Z
Capítulo 26. ¿Hegel?
Capítulo 27. Nuestra pequeña bromita
Capítulo 28. Central Intelligence Agency
Capítulo 29. Regreso a casa
Capítulo 30. Esteban Juanes en Bilbao
Capítulo 31. ¿Una insurrección?
Capítulo 32. ¿Miedo a morir?
Capítulo 33. Parroquia de San Antón
Capítulo 34. Leer entre líneas
Capítulo 35. Inspector González
Capítulo 36. Adiós al MIR
Capítulo 37. Elegir a la víctima
Capítulo 38. Ángel Berazadi Urbe
Capítulo 39. Moscú
Capítulo 40. El quid de la cuestión
Capítulo 41. El coronel Sultanov
Capítulo 42 . La Conferencia de Cuadros
Capítulo 43. ¿Él o nosotros?
Capítulo 44. «A ti te voy a ajustar las cuentas algún día»
Capítulo 45. Jeune basque d'ETA manqant
Capítulo 46. Managua, Nicaragua, noviembre de 1986
Epílogo

A la memoria de Eduardo Moreno Bergaretxe (Pertur)

A mi agente literaria Núria Ostáriz y

a mi editora Beatriz Celaya de ALT Autores

por su confianza y paciencia.

… Gure historian zehar, zenbat malko ta ezbehar.

"Morts pour la patrie",

Gorka Knörr

A fin de cuentas, el arte de la novela consiste en formular

preguntas sin respuesta o cuya única respuesta la tiene el lector.

Y cada lector posee la suya.

(Discurso de ingreso de Javier Cercas en la Real Academia de la Lengua, 2024)

Somos la memoria que tenemos y la responsabilidad que asumimos. Sin memoria no existimos y sin responsabilidad quizá no merezcamos existir.

José Saramago

Vivir esta novela en el tiempo en que transcurren los hechos.
Es esta la pretensión más genuina del autor.

Introducción

Para adentrarse en esta novela parece recomendable conocer algo sobre los escenarios en que transcurren y los periodos en los cuales se desarrollan.

Son los últimos meses del régimen franquista, aún no se habían celebrado las primeras elecciones democráticas.

Era la época de la Guerra Fría entre Occidente y los países que estaban al otro lado del Muro de Berlín, en aquel combate ideológico y político entre la Unión Soviética y Estados Unidos, pleno de secretos y mutuas estrategias desestabilizadoras.

El mundo convulsionaba a causa de episodios que sacudieron la conciencia de numerosos jóvenes: la muerte del Che Guevara, la invasión de Checoeslovaquia, la guerra de Vietnam, el derrocamiento de Salvador Allende, la Revolución de los Claveles, el surgimiento de movimientos políticos revolucionarios que ejercían la violencia (Baader Meinhof en Alemania, Brigadas Rojas en Italia, IRA en Irlanda, Ejército Rojo Japonés, múltiples facciones palestinas, ETA).

El libro se propone ir al encuentro de acontecimientos que sucedieron durante los años 1975 y 1976 y, de manera particular, el

23 de julio de este último año, día en que desapareció el dirigente de ETA Eduardo M.

Han pasado casi cincuenta años y aún viven la mayoría de las personas que tuvieron relación con él.

Eduardo desapareció en San Juan de Luz, una hermosa ciudad costera del País Vasco Francés, o de Euskadi Norte, como cada uno de los lectores prefiera llamarlo.

Los hechos narrados en este libro hablan entre sí; unos cuantos, con ayuda de la ficción, pero otros como eslabones de una conspiración instigada por un sector de la dirección de ETA que se reveló exitosa.

Con algunas discordancias cronológicas y aunque en sus páginas haya sustratos de realidad, esta es una novela en el sentido de que buena parte de sus circunstancias son fruto del privilegio de los novelistas de crearlas, y también lo es porque sus casi cien mil palabras discurren según las exigencias formales de lo que constituye el género, observando un desarrollo dramatizado de los personajes.

Pero también es una crónica que da cuenta de episodios sucedidos en la península ibérica en los años mencionados, relacionada con una de las organizaciones que reclamaban la sigla ETA y también con lo que ocurría en España en los últimos meses del franquismo y en los primeros del posfranquismo.

Cada uno de los lectores concluirá sobre el fin que pudo haber tenido Eduardo. Lo hará según su propia inteligencia de los hechos,

con el conocimiento de la historia que aprendió por sí mismo o que le fue narrado por sus mayores.

Con recursos narrativos propios, ofrece espacio para deliberar sobre lo que sucedió. Siempre bajo el manto de silencio que se apoderó de tantas personas a partir del 23 de julio de 1976 y en los años siguientes. Manto de silencio que aún perdura.

Vivimos tiempos en los cuales algunas categorías políticas y sociales se han convertido en imperativos morales. Una de estas es la Memoria Histórica y Democrática, ese esfuerzo consciente realizado por los ciudadanos para conocer qué sucedió, bajo qué circunstancias, por qué, quienes fueron los autores y de qué manera se beneficiaron, dónde están los restos…

Casi cincuenta años ya. El tiempo ha pasado deprisa, pero no lo suficiente para acallar las voces de quienes estuvieron ahí, al lado o cerca de Eduardo; y tampoco para perder la esperanza de que los responsables de su desaparición arrojen luz y alivien la conciencia mediante una carta enviada al monasterio de los benedictinos de Lazkao con la petición de que se haga pública a su muerte, o un simple anónimo depositado en el buzón de un periódico.

Capítulo 1.

Lisboa

Pierre llamó al teléfono de Eduardo un 21 de enero de 1975 a las ocho y veinte de la mañana. Lo saludó con la contraseña convenida.

—«Llegaron los bomberos».

—«El incendió se apagó solo» —respondió Eduardo.

—Para entrevistarte con *Salvador* tendrás que viajar a su ciudad. No lo hagas por España, puede ser peligroso, las fronteras están vigiladas. Te recomiendo que subas a un avión, puedes dar un pequeño rodeo, tal vez una escala en tren. Él tiene ganas de conocerte, quiere saber más de vosotros, cuáles son vuestros planes, pero en estos momentos es un hombre atareado. Llegan compañeros de los cinco continentes con el fin de darle un abrazo y recabar su opinión sobre lo que está ocurriendo en el mundo. No esperes que te reciba el primer día ni el segundo. Te aconsejo que viajes con las ideas claras y te armes de paciencia.

Eduardo lo entendió. Entrevistarse con Otelo Saraiva de Carvalho, alias *Salvador*, en aquel primer semestre de 1975 representaba un acontecimiento para ETA, organización a la que pertenecía , y

también para él. Había visto su fotografía en numerosos diarios y revistas.

Los noticieros de televisión franceses emitían una y otra vez su imagen, rodeado de jóvenes, de mujeres y hombres de mediana edad y de soldados que lo observaban con admiración.

Repasó las palabras mencionadas por Pierre. La ciudad que mencionaba era Lisboa, las fronteras vigiladas eran las de España y Otelo Saraiva de Carvalho era uno de los protagonistas del golpe de estado del 25 de abril de 1974, lo que el mundo conocía como la Revolución de los Claveles.

Antes de emprender el viaje, debía informar a los otros miembros del Comité Ejecutivo de ETA (KE) y pedir su autorización, así como recibir la cantidad pertinente para los gastos. No tenían problema de caja: ETA acababa de asaltar un banco. Había sido una acción rápida y sin incidentes.

Dos de los seis miembros del KE, Julen y Karlos, apoyaban su viaje a Lisboa. Los otros tres, Emilio, Jon y Gorka, eran escépticos ante esta clase de contactos. Los preferían de otra clase, por ejemplo, con los irlandeses del Irish Republican Army (IRA). Estos eran prácticos, apenas se extendían en discursos ideológicos. Su palabra preferida era armas: cómo conseguirlas en el mercado europeo opaco a buen precio, las que más daño podían hacer al enemigo.

Europa ardía, el mundo también, o esa idea anidaba en la cabeza de Eduardo. ¿Era una ensoñación? Se lo repetía a menudo Rubén, su mejor amigo desde los siete años; no existían secretos entre

ellos, ni siquiera le ocultó que se disponía a abandonar Bilbao y entrar en ETA.

—Estás loco, te matarán, pero antes mancharás tus manos con la sangre de otros. Eres listo, ese mundo con el que sueñas solo existe en tu cabeza. Te matarán y no estaré en tu funeral, te arrojarán al mar o te abandonarán en una cuneta. Me quedaré con tu recuerdo y te extrañaré. Quieres ser un héroe y no eres más que un soñador.

Habían crecido juntos en el barrio de Indautxu. Él, en una familia de clase media, hijo de un ingeniero técnico, lo que denominaban un perito. Rubén, en una familia que se ganaba la vida con un pequeño comercio de alimentos y vinos. Ambos habían asistido a un colegio de jesuitas en el barrio donde nacieron.

El egoísta era Rubén, creía Eduardo. Quien pensaba solo en él y en su prometedor futuro como abogado tras culminar los estudios de Derecho en la Universidad de Deusto. El primer licenciado superior de una familia de comerciantes. Sí, Rubén quería formar una familia, llegar a ser propietario de un piso en el centro de Bilbao, lo más próximo posible a la tienda de sus padres para visitarlos cada día.

A Rubén no le emocionaban las imágenes de aquellos hombrecillos de pequeño tamaño de un lugar lejano llamado Vietnam que desafiaban al país más poderoso del mundo, pese a las bombas que caían desde los B-52, pese a los estragos causados por el napalm.

Esos hombrecillos de ojos rasgados y calzados con sandalias construyeron un sinfín de túneles para guarecerse. Se alimentaban de serpientes y lagartos y aguantaban hasta cuarenta y ocho horas bajo la superficie. Y en aquellos primeros meses de 1975 estaban a

punto de ganar la guerra, para sorpresa de los muchos rubenes del mundo, que tiempo atrás se preguntaron: ¿pero en qué cabeza cabe que el Vietcong pueda derrotar a Washington?

Eduardo viajó a París en tren desde Burdeos. Subió a otro con destino a Bruselas y, en esta ciudad, en el aeropuerto de Zaventen, embarcó en un avión de la TAP con destino a Lisboa. Aterrizó en el aeropuerto de esa ciudad a las ocho de la tarde. Una hora después, se hallaba dispuesto a disfrutar de un plato de bacalao en un pequeño restaurante del Barrio Alto. Se hospedó en una pensión de la zona.

Disponía de dos pasaportes. Uno a su nombre: Eduardo M. Un segundo, un tercero y un cuarto, falsificados, con nombres y apellidos diferentes. Decidió usar el primero. Estaba en territorio amigo, en un país donde había triunfado una revolución popular unos meses atrás. No existía motivo para temer la acción de la policía, Menos aún para que esta informase a los españoles de su presencia en Portugal.

Al día siguiente habría de empezar su misión. El vino blanco que acompañó la cena lo sumergió en un profundo sueño que duró ocho horas sin interrupción.

Desayunó en un café de La Baixa. Hombres vestidos con corbata y trajes oscuros se dirigían a las oficinas ministeriales, mujeres de mediana edad iban rumbo a los mercados, y obreros con mono azul corrían detrás de los tranvías. Eduardo se preguntó dónde estaban las muestras de que Lisboa estaba viviendo una revolución.

Como tenía tiempo, se dirigió a la Universidad de Lisboa, situada en Campo Grande.

Fue una explosión de alegría y sorpresa. Él estaba acostumbrado a la Universidad de Deusto, donde había cumplido el primer año de Derecho antes de abandonar los estudios. En la de Lisboa, encontró mesas por todas las esquinas y estudiantes que discutían entre ellos con panfletos en la mano. Eduardo había leído sobre el Mayo de 1968 en París; lo que tenía ante sí era lo más parecido. Todas las corrientes de la izquierda estaban representadas. Las más tradicionales que seguían la ortodoxia de Moscú, así como maoístas, trotskistas, seguidores de Enver Hoxa o admiradores del mariscal Tito, a quienes otros estudiantes, a escasa distancia, observaban con desprecio y calificaban como *perros titistas.*

Sentía deseos de unirse a cualquier grupo y participar en el debate. Sería bien recibido en el momento en que dijera que era vasco, pero se contuvo. Pertenecía a una organización clandestina y estaba en Lisboa en misión. Se limitó a sentir envidia por la libertad que se respiraba entre aquellos muros.

Fue en ese recorrido por el claustro de la universidad cuando reparó en una joven que hablaba con vehemencia ante media docena de estudiantes. Se acercó y sintió alegría al escuchar que se explicaba en un aceptable portugués. Era una joven chilena. Tendría unos veinte años, tez morena, una cabellera larga y oscura y una sonrisa que le pareció maravillosa.

Ella continuaba su discurso y advirtió que él se acercaba al grupo. Le dirigió una mirada que no duró más de un segundo, lo suficiente

para darse cuenta de que era bien recibido.

Eduardo se acercó a ella una vez que esta finalizó sus improvisadas palabras. Se presentó con su nombre y le informó de que estaba de paso en Lisboa. Abandonaron el recinto de la universidad y caminaron por las calles cercanas. Claudia adoptó la posición de guía y se adentraron en Castelo, Alfama y Mouraria. Él la invitó a cenar en un comedor popular que encontraron en el camino y la joven aceptó.

Terminaron en el estudio de Claudia. Ambos sucumbieron a la pasión, los abrazos y besos se convirtieron en acometidas irrefrenables. Fue febril lo que los unió hasta el momento final, tras el que ambos yacieron jadeantes y eufóricos.

Se encendieron un cigarrillo recíprocamente. Ella se interesó por su misión en Lisboa y él eludió la pregunta. Claudia no insistió. Eduardo tenía la mirada fijada en sus ojos, le entusiasmaban; eran del color de la noche. También le gustaba su voz, cálida y dulce, como una caricia.

Luego volvió a ser la Claudia que repartía propaganda en la universidad. Habló de la rebelión de los pobres, del fin de los poderosos, de la necesidad de utilizar la violencia para alcanzar sus fines.

Hasta que, con el mismo tono de voz dulce con que le había pedido que la invitara a su habitación, dijo que tenía que irse. Él se sorprendió. Ni siquiera abrió la boca. Los rasgos de su rostro indicaban desconcierto, pero se puso los calzoncillos y la acompañó a la puerta. En realidad, la siguió, ella continuaba ejerciendo el

dominio. Al abrir la puerta, Claudia le dijo: «Eres un encanto, cuídate».

Ni una sola palabra que ofreciera la posibilidad de repetir el encuentro.

Capítulo 2.

Claudia Larrainzar

Cada cinco o seis horas, Eduardo preguntaba al dueño de la pensión donde se hospedaba: ¿alguna llamada para él?, ¿alguna nota? La respuesta seguía siendo negativa.

Se debatía entre regresar al campus universitario o deambular por las calles de la vieja Lisboa. Deseaba lo primero, y no solo para volver a disfrutar del clima de activismo político que se respiraba, sino para encontrarse de nuevo con Claudia.

Los activistas de todas las ramas políticas de la izquierda internacional continuaban su labor proselitista, pero no encontró rastro de la activista chilena.

Se dispuso a salir y cenar en algún restaurante popular de Alfama. Observó cómo un grupo de jóvenes de una edad y vestimenta similar a la suya encaminaba sus pasos a un establecimiento que respondía al nombre de Madeira. Entró. Estaba lleno y el encargado le puso mala cara al saber que estaba solo. Le indicó un lugar en la esquina. Por suerte para él, desde ese lugar se podía contemplar el espacio en su totalidad. Los clientes, jóvenes, de una edad entre los

veinte y los treinta y tantos, disfrutaban de platos clásicos de la gastronomía portuguesa y bebían vino. El camarero que lo atendió se apiadó de su soledad y le dio conversación. Eduardo le preguntó por el nombre de un bar donde poder tomar unas copas tras la cena.

—La mayoría de los que cenan en este lugar irán luego al Portas Largas, chicas hermosas —observó.

La vio. Al filo de las doce de la noche y bailando con un joven imberbe de cabellera rizada. Se dispuso a observarla, refugiado detrás de una columna, con un *gin-tonic* en la mano derecha. Sus ojos no se separaban de Claudia Larrainzar. La pareja bailaba y se besaba una y otra vez. ¿Serían novios? ¿Lo de la víspera habría sido una aventura, una noche de juerga?

Decidió esperar a que se sentaran, se haría el encontradizo. Era la única idea que se le ocurrió.

Claudia estaba aún más hermosa que el día anterior, parecía más feliz. Él deseaba hallar una excusa para volver a mirarla de cerca a los ojos. Ella y su acompañante no dejaban de bailar.

La oportunidad le llegó. El joven imberbe se dirigió al baño y Claudia se quedó sentada en un taburete, introducía el dedo meñique de la mano izquierda en un vaso y jugaba con los cubitos de hielo. Pensó en acercarse a ella, pero dudó unos segundos.

Fueron dos o tres segundos, o cinco, o varios minutos. Pero en ese breve lapso, el joven imberbe ya estaba de nuevo junto a ella, acariciando sus brazos desnudos.

Eduardo se acercó a la barra y pidió otro trago. El bar estaba animado y entraban jóvenes, llenos de fuerza y simpatía, que reían y se abrazaban.

Por unos momentos su cabeza se alejó de Claudia.

Una vez más el eco de las palabras de su amigo Rubén resonó en ella: «Entrar en ETA, a quién se le ocurre, solo a un lunático como tú. Perderás tu juventud, eso tan hermoso que tenemos. ¿Recuerdas aquellos versos de Bertol Brecht que gritábamos a los quince años: "Vieja luna de Bilbao, donde el amor merecía la pena…"?»

Y en ese momento, Claudia se acercó a él.

—Te he visto. ¿Cómo estás, Eduardo?

La víspera le había confesado que se llamaba Eduardo. Podía haber dicho Juan o Pedro, un nombre común, pero de sus labios brotó su nombre verdadero. Le agradaba que ella lo pronunciara.

Se dieron un beso en las mejillas.

—¿Estás sola? —dijo él.

—No, me acompaña un amigo —respondió señalando al joven imberbe, que seguía la escena con atención.

—¿Es tu novio?

Claudia rio.

—¿Novio? Yo no tengo novios, solo amantes.

La frase que soltó a continuación resonaría en su cabeza una y otra vez; cómo pudo ser tan estúpido.

—Entonces lo de ayer…

Ella volvió a reír.

—¿Lo de ayer? ¿Por qué los españoles sois tan dramáticos? Lo de ayer fue un polvo, querido; y esto es Lisboa, donde acaba de estallar una revolución, a unos miles de kilómetros de París. Mayo del 68. Amor libre. ¿Te suena?

El joven imberbe se acercó a ellos. Fue una presentación de escasas palabras. El vasco decidió alejarse. Ella lo despidió con un beso anodino. Él abrió la puerta y tomó la dirección de la pensión. Pasó por su cabeza la idea de buscar otro bar, otra Claudia con la que repetir la experiencia del día anterior. Decidió no hacerlo, olvidarlo, recordar que no estaba en Lisboa para satisfacer su sexualidad, sino para algo más trascendental: una entrevista con el gran protagonista de la revolución del 25 de abril.

En el camino le dio vueltas a las palabras de aquella hermosa joven. «Lo de ayer fue un polvo, querido». ¿Así resolvía ella lo que habían sentido durante un buen rato? Le vino a la cabeza la posibilidad de que tuviera razón. Solo fue un encuentro sexual, aunque apasionado, y él se estaba comportando como un joven inexperto. Se avergonzaba de haber pronunciado esas palabras: «Entonces lo de ayer…». Si al menos estuviera Rubén a su lado. Este solía cavilar de forma inteligente sobre aquello que se refería a las mujeres y al sexo. No en vano uno de sus reproches favoritos se refería a la afición de Eduardo a perseguir sueños abstractos, como el de la revolución vasca, dejando atrás el deseo y el amor. Rubén no se detenía: «¿si no entiendes los sentimientos de una chica, para

qué lees ese librote, *El Capital?* Déjate de tanto intelectualismo y politiquería y pasémoslo bien».

Eduardo le respondía: «Eres un reaccionario, no comprendes nada de lo que pasa en el mundo; y lo peor, no te importa. No sé por qué soy tu amigo». Y reían.

Capítulo 3.

Otelo Saraiva de Carvalho

El hostelero lo saludó a primera hora de la mañana con un ¡Buenos días! y la noticia que esperaba.

—Ha llamado un amigo suyo, Pierre. Volverá a llamar a las once en punto.

Eduardo miró su reloj.

—Faltan diez minutos. ¿Desea tomar un café? Es angoleño —dijo el empleado de la pensión.

Eduardo lo aceptó.

A las once de la mañana y dos minutos, sonó el teléfono situado en la recepción. En una esquina del pequeño vestíbulo había una cabina. El hombre se la indicó con el dedo índice de la mano derecha.

—¡Estás en Lisboa, es una buena noticia!

La voz de Pierre sonaba amistosa. Hablaba en francés e intercalaba palabras en español.

—Te propongo que nos veamos esta tarde a las cinco. Mira, hay una librería en la rúa Garret, se llama Bertrand. En las estanterías de autores ingleses busca *El filo de la navaja,* de Somerset Maugham. Ábrelo y en la página cien hallarás una foto mía reciente, de esas de fotomatón. Abandona la librería con la foto en el bolsillo y busca el café Versailles. Yo estaré en una de las mesas esperándote. Me entregarás la fotografía y yo te diré: «Has llegado cuando empieza la temporada de las ciruelas».

Eduardo había leído un buen número de novelas de espías y de intrigas políticas. Era su género favorito y lo cultivaba junto a libros sobre política e ideología. Se repitió tres veces las instrucciones de Pierre. Se hallaba excitado y de buen humor. Ahora sí que se iniciaba su misión, se dijo.

La librería Bertrand contaba esa tarde con una buena clientela. Dio unas vueltas alrededor de varias mesas donde se exponían las últimas novedades. Observó que varias de estas eran libros sobre la Revolución de los Claveles. Sobre otra mesa reposaban novelas de autores portugueses y latinoamericanos. Tomó en sus manos *Cien años de soledad,* en español, de García Márquez. Decidió adquirirlo.

Lo depositó junto a la caja y, con un gesto, le indicó a quien parecía ser el dueño su intención de continuar su recorrido por la librería. Unos segundos más tarde, se hallaba frente a una de las estanterías de escritores británicos. Fue sencillo encontrar el libro indicado por Pierre, pues estaban ordenados por apellido. Tal y como le había indicado, en la página cien, bien encajada entre las páginas,

había una pequeña fotografía. Eduardo miró a su alrededor, la tomó y la guardó en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Numerosos lisboetas de todas las edades recorrían las calles.

El Versailles estaba lleno. Antes de entrar, miró la fotografía una vez más. En una de las esquinas del café, sentado ante una mesa de mármol, el hombre de la foto leía un periódico. Eduardo se acercó. Sin pronunciar palabra, depositó encima de la mesa la pequeña foto y oyó la contraseña.

Por alguna razón, Eduardo había imaginado a Pierre de mayor edad. Tendría en aquel entonces unos cuarenta años, perilla bien cuidada en la que sobresalían algunas canas y corte de pelo tradicional, con raya en la parte izquierda. Usaba anteojos.

Era la primera vez que se veían, su nombre le había sido proporcionado por otro militante de ETA que estudiaba en París. Era un chico de Donostia que colaboraba con el Frente Cultural de la organización.

—Es un francés que tiene muchos contactos internacionales y estuvo en el mayo del 68 —le contó, refiriéndose a Pierre.

Eduardo quiso ser prudente.

—Ese Pierre, ¿a quién puede presentarnos?

—Entre otros, a Otelo Saraiva de Carvalho —dijo el estudiante de la Sorbona.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Lo conocí por medio de uno de mis profesores. Me lo presentó como un hombre de confianza de Otelo.

Contactos internacionales, precisamente lo que Eduardo necesitaba. Había ascendido a la dirección de ETA y era consciente de que se lo debía a su capacidad para escribir ponencias y artículos de propaganda que asombraban a sus compañeros. La mayoría de estos carecían de formación universitaria, eran jóvenes del interior de Gipuzkoa y Bizkaia que se habían criado en caseríos o en localidades donde el euskera constituía la lengua mayoritaria. Trabajaban en pequeñas o medianas empresas como obreros, y sus ojos resplandecían cuando escuchaban las palabras «independencia de Euskadi».

Eduardo les hablaba de la reunificación de los territorios vascos, del peligro de desaparición del euskera a causa de la represión y, como colofón, del socialismo en la Euskadi independiente que se habría de alumbrar en fechas cercanas.

Las consecuencias no tardaron en verse. Fue propuesto por varios compañeros para integrarse en el Comité Ejecutivo de ETA. Sin embargo, hubo un precio. Tuvo que abandonar su ciudad, Bilbao. Pasar al *otro lado,* donde la policía francesa se preocupaba escasamente de las actividades de la organización en lo que esta denominaba Euskadi Sur.

—Colaboro con Otelo y sus compañeros en el Movimiento del 25 de Abril. Los ayudo a reforzar aliados en Europa y también en otros continentes. Mañana hay una fiesta. Estaremos encantados si vienes. Creo que él acudirá a última hora de la noche, una vez que se desocupe de los asuntos en el comando —anunció Pierre.

Las horas pasaron volando. Por la mañana, Eduardo llamó desde una cabina telefónica a Julen, uno de sus compañeros del Comité Ejecutivo (KE).

—Me demoraré unos días más de lo previsto, pero las cosas van bien. Creo que tendré la primera reunión mañana. Informa al resto.

—De acuerdo —dijo Julen.

Lo habían citado en una casa del barrio de Estrela, un lugar agradable de casas bajas con jardín en la parte delantera, donde solían residir diplomáticos extranjeros.

Pierre advirtió su llegada en cuanto cruzó la puerta.

—Pasa, te presentaré como un joven revolucionario vasco. No diré a nadie que perteneces a la dirección de ETA, aunque muchos lo sospecharán.

La fiesta se animaba según pasaban los minutos. Los anfitriones eran dos portugueses que fueron presentados por Pierre como colaboradores de Otelo.

A pesar de los efectos del vino blanco, Eduardo intentaba fijar en su memoria los nombres de las organizaciones que estaban presentes. FRETILIN de Timor Oriental, nicaragüenses del FSLN, salvadoreños del ERP, tupamaros de Uruguay, eritreos, alemanes, italianos, miembros del Partido Árabe Socialista de Irak, argelinos del FLN, corsos.

Los invitados se servían comida en platos de plástico y bebían en vasos de cristal barato. Se sucedían los brindis por la revolución portuguesa y por la causa del internacionalismo. Se sentían

triunfantes, embriagados por el papel que la historia les destinaba, al volante de esta. Los más aguerridos dialécticamente pronunciaban palabras fetiche ante las cuales los de su corro asentían y aplaudían: el compromiso, la legitimidad de las armas para alcanzar por cualquier medio la revolución y la denuncia del existencialismo, al que calificaban como ideología burguesa de repuesto.

—Así que vasco. Estuvo muy bien lo de Carrero Blanco —le decían una y otra vez.

Eduardo estaba lejos de reconocer su pertenencia a ETA y, sin embargo, de forma implícita asentía. En el enjambre multicolor que constituía aquella reunión, el atentado que acabó con la vida del presidente del Gobierno de Franco representaba un hito del que sentirse orgulloso.

Eduardo vio a Claudia Larrainzar. Empezó a sudar.

Si la Revolución de los Claveles había sido el acontecimiento exitoso de 1974 en los círculos de izquierdas, el derrocamiento del presidente Salvador Allende, un año antes, constituyó su contrapunto. Claudia recibía un abrazo tras otro en su condición de enviada del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile.

El vasco esperó la oportunidad y ella se le acercó. Había estado relajado durante las dos horas que llevaba en el convite, ofreciendo la mano y prodigando abrazos. La irrupción de Claudia lo tensó.

—Me alegro de verte —dijo él.

—Yo también.

Buscaron una esquina del amplio jardín. Ella vestía pantalones vaqueros y una blusa en color sepia que dejaba ver la parte superior de unos pechos hermosos.

Eduardo había tomado varias copas y se hallaba achispado. Estaba a punto de soltar: «¿Dónde has dejado al jovencito de pelo rizado con el que te besabas ayer?». Lo evitó el ruido de varios vehículos que llegaban a la residencia. El invitado especial estaba a punto de hacer acto de presencia.

El héroe del 25 de abril estrechaba manos y daba abrazos. Pierre caminaba a su lado. Al pasar por el largo pasillo y presentar a Claudia como representante del MIR de Chile, Otelo se detuvo.

—Un abrazo fraternal para el heroico pueblo chileno —proclamó.

Al lado de ella estaba Eduardo.

—Te presento al compañero vasco, Eduardo —dijo Pierre.

Otelo lo miró durante unos segundos.

—No esperaba alguien tan joven —respondió el portugués.

Eduardo no estaba acostumbrado a pronunciar discursos, ni siquiera esa clase de frases de protocolo habituales entre las organizaciones revolucionarias en la década de los setenta. Se limitó a decir:

—Mucho gusto.

—Luego te veo —dijo el portugués.

Claudia reparó en las palabras cruzadas entre ambos. A pesar de lo lacónico de la respuesta del vasco, llegó a la conclusión de que Eduardo era *alguien.* Otelo era locuaz, a ella le había dedicado

palabras de afecto político, igual que a otros de los numerosos representantes de los movimientos allí reunidos, pero en ningún momento les había anunciado un encuentro a solas.

Los asistentes pasaban de los treinta, y Pierre actuó como maestro de ceremonias. Otelo ocupó un lugar en el centro del amplio salón. Se hizo un corro a su alrededor. Saludó a las organizaciones por su nombre, habló de la Revolución de los Claveles y agradeció la expectación que despertaba en el mundo. Expuso durante unos minutos la situación mundial. Anticipó el fin del capitalismo en una o dos décadas. Mencionó a Ernesto Che Guevara, la revolución cubana, los asesinatos de Kennedy y Martin Luther King. De manera sutil alabó los esfuerzos revolucionarios que se estaban haciendo en el corazón de Europa mediante formas de lucha complementarias a las populares. Se refería sin nombrarlos a los italianos de las Brigadas Rojas, a los alemanes de la Baader-Meinhof, a los irlandeses del IRA y a los vascos de ETA. Todos entendieron el significado de las palabras *luchas complementarias:* lucha armada, quería decir.

El vasco observó que aquel pequeño cónclave seguía sus palabras con admiración. El portugués era un hombre de altura media, ojos claros y rostro agraciado. Había leído que rozaba los cuarenta años. Su voz era grave y agradable. Reforzaba sus palabras con ademanes firmes y buscaba la mirada directa de los que le escuchaban.

Su posición en Portugal era fuerte, tenía bajo su mando a las fuerzas militares especiales, a los paracaidistas, al regimiento de artillería de Lisboa y al cuerpo de fusileros.

Observó Eduardo que la mirada de Otelo se detenía en las jóvenes hermosas. Así había sido con Claudia Larrainzar. Esta permanecía al lado del vasco y miraba al portugués hipnotizada. Una vez concluido el discurso, Otelo se retiró a una habitación que servía de despacho. Lo acompañaban Pierre y un joven uniformado. Era el momento de las audiencias privadas. Otelo se dispuso a recibir a cada uno de los representantes de las organizaciones.

Un ayudante de Otelo se acercó a Claudia. Le dijo al oído que sería la siguiente en ser recibida. Ella se ruborizó y dijo:

—Es un acontecimiento para mi organización.

Eduardo asintió y le acarició el brazo con la palma de la mano derecha.

La joven no estuvo más de siete u ocho minutos. Salió de la estancia y regresó a la esquina donde se hallaba Eduardo.

—Sírveme algo, por favor, un *gin-tonic* —le pidió.

—Cuéntame cómo te ha ido —dijo Eduardo.

—Bien, ha sido muy gentil, ha dicho palabras esperanzadoras para la lucha del pueblo chileno.

Eduardo intuyó que algo no había marchado como ella pensaba.

—¿Y algo más?

—No sé, esperaba otra cosa.

—¿Como qué?

—No sé, estoy un poco turbada. Como si sus palabras fueran las mismas que se dirigen a una chilena o a un japonés o a un vasco. Habló de corrido. Eché de menos que me hablara del 11 de

septiembre como lo hiciste tú el día que nos conocimos, con pasión —afirmó Claudia.

Por la oficina donde Otelo recibía a los invitados, habían pasado los representantes. Dos jóvenes japoneses permanecían en una esquina y no se relacionaban con el resto. ¿Eran miembros del Ejército Rojo japonés? Eso se oía entre murmullos.

Existía entre todos ellos un aire de familia, revolucionario, transgresor, en el cual la vestimenta representaba una conexión evidente. Con un par de excepciones. Los miembros del Ejército Rojo japonés no mostraban barbas ni greñas, parecían empleados de la multinacional Sony en viaje de trabajo.

El vasco había tenido cuidado de contar el tiempo que Otelo dedicaba a cada visitante. Algunas reuniones llegaban a los diez minutos, y la gran mayoría abandonaba el despacho al cabo de seis o siete, el tiempo que estuvo Claudia.

Otelo le dio un abrazo y los invitó a sentarse. Pierre se sentó junto al líder. Este les ofreció un trago. Los tres se sirvieron un vaso de vino blanco

—Eres muy joven. Me ha dicho Pierre que perteneces a la dirección de ETA. Antes de nada, felicitaciones por el atentado contra Carrero Blanco. Estaba en aquel momento en Angola y discutí los detalles con otros compañeros militares. Nos sorprendió la minuciosidad, el acertado cálculo de la cantidad de explosivos, la construcción del túnel, el manejo de los tiempos. Esos atentados no son fáciles, te lo puedo asegurar. Habéis ganado prestigio con esa acción. Lástima que no fuera Franco en lugar de su presidente.

Eduardo estaba impresionado. Que Otelo dedicara esas palabras a la organización que representaba le colmaba de orgullo. Hacía días —desde que aterrizó en Lisboa y empezó a relacionarse con otros revolucionarios— que reparaba una y otra vez en la trascendencia internacional que había conseguido ETA tras la acción.

Pierre apuntó datos.

Se prepararon con urgencia notas biográficas del finado. Los reportajes de los periodistas independientes que tuvieron la suerte de estar en ese momento en Madrid se cotizaron a precios sorprendentes. A ello ayudaba desde luego que el régimen de Franco contara con escasas simpatías, pero lo cierto era que el interés por las siglas ETA se popularizó. Directores de medios de Vancouver, Nueva York o San Francisco se preguntaban: ¿qué se sabe de ETA?, ¿son comunistas?, ¿qué es lo que son?

Tras estas palabras de Pierre, Saraiva de Carvalho habló sobre la debilidad del régimen español y el efecto contagio que habría de darse entre los militares españoles contrarios al Gobierno a raíz de la Revolución de los Claveles. Aseguró poseer datos sobre el descontento en las fuerzas armadas. Eduardo solicitó más detalles sobre el alcance de esa disidencia, pero el portugués fue rotundo:

—No puedo hablar de ello, pero te aseguro que no son ni cuatro ni cinco —dijo Otelo.

Eduardo insistió:

—¿Y sus rangos, ¿militares de alta graduación?

Otelo sonrió.

—A su debido tiempo te lo contaré, querido Eduardo.

Pierre, que se hallaba sentado junto a Otelo, intervino:

—Ha sido una reunión interesante.

—Así es. ¿Hasta cuándo estarás en Lisboa? —preguntó Otelo.

A Eduardo le sorprendió la pregunta.

—No lo sé, he venido para verte.

—Entonces, ¿podemos vernos mañana? Me gustaría que nos conociéramos mejor, quién sabe si podemos hacer cosas juntos.

—Podré quedarme unos días más. Mis compañeros de la dirección estarán de acuerdo —dijo Eduardo.

Se encontraba ante el hombre que había hecho historia. Sentía deseos de preguntarle sobre los detalles previos a la revolución. Los medios de comunicación franceses habían informado con profusión: la canción *Grândola, Vila Morena,* cantada por José Alfonso y emitida por Radio Renascença pasada la medianoche del 25 de abril de 1974, fue la contraseña para que los conspiradores iniciaran sus actividades. Había comenzado la revolución.

Eduardo abandonó el despacho. Las miradas del resto de invitados se posaron en él. Otelo le había concedido un tiempo superior al resto.

Los invitados se fueron marchando. Claudia y él decidieron tomar una copa en la parte vieja de la ciudad. Subieron a un taxi y entraron al bar Rio de Janeiro. No fue una copa, sino varias. Se besaron con la misma pasión que el día en que se conocieron.

Sin embargo, una sorpresa lo esperaba.

Al bar Rio de Janeiro entró el joven imberbe. Claudia lo recibió con dos besos en la boca, uno tras otro, mientras le acariciaba los cabellos. Eduardo y el recién llegado se estrecharon la mano. Joao estudiaba en la Universidad de Lisboa. Mientras bebían, hablaron de la revolución en el mundo, del internacionalismo proletario, del Che Guevara y de un sinfín de asuntos; Joao apenas intervenía.

Los dos varones se habían enzarzado en una lucha soterrada y silenciosa para ver cuál de ellos acabaría en la cama con la joven. Joao mostraba simpatía hacia Eduardo, y este le correspondía.

Dieron las tres de la madrugada y el dueño del bar tocó una campana. Era el anuncio del cierre. Claudia estaba bebida, igual que sus acompañantes. Y fue en ese momento cuando ella les sorprendió.

—¿Por qué no terminamos la noche en mi cuarto? Está cerca de aquí. Es pequeño, pero lo pasaremos bien los tres... Tengo en casa una *maría* africana, regalo de unos compañeros de Cabo Verde.

Sus palabras estaban acompañadas de una mirada pícara y a la vez decidida. ¿Estaba Eduardo tan ebrio como para no entender lo que le proponía? No, no lo estaba. Ella había enfatizado: «Lo pasaremos bien los tres…». Comprendió el alcance de la propuesta. Joao, por su parte, mantenía una amplia sonrisa y apoyó a la chilena.

—Será un placer terminar la noche con vosotros. Me caes muy bien —dijo Joao mirando al joven a los ojos.

Joao y ella le estaban proponiendo un trío, sobre eso no albergaba dudas. Recordó los detalles del acto sexual con ella, todavía

reciente. Ella mantuvo el dominio de una manera absoluta, sin concesiones. Imaginó que lo que la chilena estaba tramando para finalizar la noche no era un simple intercambio de besos de los varones con ella, ni un toqueteo físico entre estos, sino un comportamiento más morboso entre los tres.

Eduardo se asustó. Estaba confundido. Entre sus fantasías no figuraba tener sexo con otro hombre, ni siquiera en compañía de una mujer tan apetecible como la chilena. Había hablado de ello más de una vez con Rubén y con algún otro amigo con quien tenía confianza. Estaban en 1975, no en el siglo xix, no sentía reparo intelectual alguno hacia la homosexualidad, pero las intenciones de Claudia y al parecer las del joven imberbe para esa noche, le parecieron ajenas a sus hábitos. Así que se retiró.

—Me siento demasiado cansado. Mejor me voy a la pensión. Hablamos otro día.

Dio un beso a Claudia que sonó a despedida. Esta le reprochó su actitud con una mirada y no le dirigió la palabra. Joao mantenía la sonrisa.

Capítulo 4.

La revolución no es un pasatiempo

Dos días después del primer encuentro con Otelo, Pierre llamó a Eduardo. Quedaron en que el francés lo recogería en la puerta de la pensión esa misma tarde, sobre las ocho.

—Será una reunión larga —dijo Pierre.

Disponía de unas cuantas horas para prepararla. Pensó en los asuntos por los cuales habría de interesarse el portugués.

Portugal y España habían compartido régimen dictatorial en las últimas décadas. La Revolución de los Claveles había modificado la situación. Su estallido constituyó una sorpresa. Ningún país importante sospechó que pudiera darse un golpe de estado en Lisboa protagonizado por los militares. Ningún servicio de espionaje de los que operaban en Lisboa pronosticó lo sucedido el 25 de abril de 1974.

El joven vasco llegó a una primera conclusión: Otelo deseaba saber qué era ETA en realidad, además de una organización que atentaba contra militares de alta y media graduación, así como contra policías destinados en el País Vasco. Una organización que

preconizaba la independencia de Euskadi y defendía un vago programa de socialismo.

Daba por hecho que el portugués no objetaría rechazo moral a utilizar la violencia armada. Eran los años en los que las Brigadas Rojas, Baader-Meinhof, el IRA, el Ejército Rojo japonés y las diferentes facciones palestinas actuaban de manera continuada en Europa. En aquel entonces, los revolucionarios veían en la violencia una vía legítima para alcanzar sus objetivos políticos.

Hasta ese momento, ETA había atentado contra monumentos que recordaban el alzamiento franquista y ordenado el asesinato de un guardia civil y del inspector Melitón Manzanas. También había cometido atentados mortales contra otros uniformados, simples guardias civiles o policías jóvenes y sin que ocuparan cargo alguno en la estructura del régimen.

La organización había secuestrado en 1970 al cónsul de Alemania en Donostia para llamar la atención sobre el consejo de guerra de Burgos contra varios de sus dirigentes. Lo liberaron al cabo de veinticinco días.

Pierre lo recogió unas horas más tarde, y en unos minutos saludaba al líder portugués en un pequeño apartamento cercano a una dependencia militar. Eduardo estaba nervioso, pero supo disimularlo.

Otelo terminaba una reunión con un hombre aún joven. El portugués los presentó, lo que resultó extraño, pues se empeñaba en conservar la clandestinidad de sus invitados. Otelo se disculpó unos minutos, tenía que hacer unas llamadas telefónicas, ambos se

quedaron solos. La presentación de Saraiva de Carvalho había sido escueta:

—Te presento a Roque Dalton, un revolucionario centroamericano y además un gran poeta, con premios importantes. Eduardo es un revolucionario vasco. Creo que tenéis cosas en común.

Roque emanaba simpatía. Le llevaba diez o doce años.

—¡Eres poeta, como Txabi Etxebarrieta! —exclamó Eduardo.

El salvadoreño enarcó las cejas.

—¿Quién es?

—Un joven vasco, economista, también de Bilbao, como yo. Uno de los dirigentes de ETA. Lo mató la Guardia Civil hace unos años —aclaró Eduardo.

Eduardo omitió una parte de la historia. Antes de que Txabi muriera a causa de los disparos de un guardia, él había disparado y matado a otro.

—Me gustaría hablar contigo en otro momento. ¿Cuándo te vas? —dijo Eduardo.

—Esta noche a París y mañana a La Habana. A mí también me gustaría hablar contigo. ¿Un revolucionario vasco? Supongo que serás de ETA. Lo de Carrero Blanco nos impresionó.

El portugués colgó el auricular y se acercó a ellos.

—Estoy seguro de que os habéis entendido, os parecéis mucho, lo repito. Pierre puede facilitaros un contacto para que podáis continuar hablando.

Roque y Eduardo se abrazaron. El primero le prometió un libro suyo para el próximo encuentro.

Eduardo se sorprendió cuando oyó las palabras del anfitrión.

—Roque es un gran tipo, pero tiene muchos adversarios en su organización. Ahora, vayamos a lo nuestro. Pierre, déjanos solos, por favor.

Otelo hablaba español con bastante corrección. Abrió una botella de vino alentejano y lo vertió en dos copas. Brindaron por la revolución portuguesa y por Euskadi.

Eduardo esperaba con ansiedad las primeras palabras de su anfitrión.

—Querido amigo, la revolución no es un pasatiempo.

Eduardo respondió:

—Explícate, compañero.

—He conocido a muchos jóvenes que creen en la revolución unos cuantos años, entre los veinte y los treinta, algunos hasta los cuarenta. Luego se retiran decepcionados, llevan una vida burguesa y cuentan antiguas historias a sus hijos y nietos.

¡Qué grandísima sorpresa! Estaba escuchando de labios del héroe del 25 de abril las mismas palabras que solía escuchar a su amigo Rubén mientras paseaban desde El Arenal a Deusto, bajo la sombra de los árboles del Campo Volantín. La diferencia entre uno y otro era que el portugués pronunciaba aquellas palabras con solemnidad, desde un púlpito imaginario, ante una buena cantidad de jóvenes dispuestos a asentir con la cabeza, mientras el bilbaíno Rubén lo

hacía entre risas y a sabiendas de que significaban el comienzo de una nueva discusión.

Eduardo permaneció en silencio a la espera de que continuase.

—Los revolucionarios de verdad tienen que ser ambiciosos, perseguir grandes metas. Observa la situación de mi país. ¿Conformarse con una democracia burguesa? Es un engaño. Eso es lo que desean los grandes poderes económicos portugueses, que juguemos en un parlamento a decirnos palabras bonitas sin que se modifiquen las reglas del juego de forma radical. No, para eso que no cuenten conmigo, ni con Rosa Coutinho ni con otros muchos de los que organizamos el 25 de abril. Queremos una revolución de verdad, un socialismo real, no queremos poner parches. Te lo repito, la revolución no es un pasatiempo.

Eduardo no estaba seguro de lo que debía responder. Escuchaba atónito. ¿Cuál era el propósito de aquellas palabras?

—¿Quieres que te confiese una convicción, querido amigo?

Eduardo abrió los ojos tanto como pudo.

—El fin del franquismo y la revolución en España no empezarán en Madrid y tampoco en Barcelona. Estoy seguro de ello. Será en tu tierra, en Euskadi, donde brotará la llama, y esta se propagará sin remedio.

No supo qué responder.

Otelo añadió:

—Y ahí estaremos nosotros, los compañeros portugueses, para ayudar.

Le tocaba el turno. No podía mantener una mirada sorprendida ni los labios cerrados. Su cabeza trabajaba a gran velocidad, pero, a pesar de que lo intentó, no halló las palabras que ese momento exigía.

—¿Puedes desarrollar esa idea? —preguntó Eduardo.

Saraiva de Carvalho era consciente de que estaba conversando con un joven al que superaba en más de veinte años, un joven que no se había forjado en otro escenario que no fuera un aula universitaria o una cafetería para jóvenes de clase media de una ciudad como Bilbao.

Deseaba insistir en la idea que le rondaba la cabeza desde hacía semanas. Eran muchos los españoles que viajaban a la cercana Lisboa y le pedían consejo sobre la mejor manera de precipitar el final de régimen de Franco. Todos llevaban en los labios la frase con la que soñaban: recuperar la democracia.

Sin embargo, Otelo tenía otro entendimiento de lo que representaba la lucha política. Pese a que la Revolución de los Claveles apenas tenía unos meses de vida, había descubierto los límites de lo que unos y otros en la península ibérica denominaban *democracia burguesa*.

Eduardo no alcanzaba a comprender el significado de las palabras de Otelo: «La revolución española no empezará en Madrid ni en Barcelona, sino en Euskadi». El vasco permanecía atento a una explicación minuciosa. Otelo prosiguió:

—Por la información que poseo, y te aseguro que decenas y decenas de españoles me visitan, ni los partidos políticos ni los

sindicatos ni los movimientos de intelectuales se proponen otra cosa que no sea sustituir a Franco por el príncipe Juan Carlos. Y esto significa la continuación del sistema.

—Eso es lo que defendemos nosotros —expresó Eduardo, satisfecho al fin.

—Se necesita un detonante, algo que obligue a reaccionar a todos los actores. Se necesita que los jóvenes vascos se levanten en armas, solo de esta manera el mundo reaccionará y el franquismo se descompondrá de la noche a la mañana, como aquí se descompuso el régimen.

Una insurrección armada, esa era la idea que le estaba proponiendo el ideólogo del 25 de abril.

—No tenemos armas, apenas unas decenas de viejas pistolas y balas para tres días.

—Recuerda que hicimos la revolución sin disparar un solo tiro, nuestros almacenes rebosan de armas y municiones.

Aún no daba crédito a lo que estaba escuchando. Había viajado a Lisboa con el ánimo de entrevistarse con Otelo, sin otra aspiración que no fuera escuchar sus reflexiones, y se hallaba ante un hombre decidido a asumir el mando de una revolución peninsular.

El portugués cambió la conversación, mostrando una sonrisa amplia:

—Por cierto, veo que estás aprovechando bien tu estancia en Lisboa. Esa muchachita chilena… Tienes buen gusto.

El vasco enseñó las palmas de las manos.

—¿Te refieres a Claudia?

—¿A quién más podría ser?

Eduardo entendió.

—¿Me habéis seguido?

—¿Cómo no hacerlo? Vienes a Lisboa para entrevistarte conmigo. ¿No crees lógico que trate de saber quién eres y lo que haces durante tu estancia?

—Lo comprendo.

—Y ahora, conversemos sin tiempos establecidos. Tengo para ti las próximas horas, no importa si llega el amanecer y seguimos en esta tarea. ¿Quieres que pida algo de cenar, algo ligero?

—Sí, buena idea —dijo el vasco.

Otelo se embarcó en un largo discurso, más bien un monólogo. De vez en cuando, Eduardo le interrumpía para que matizase alguno de los planes que exponía con entusiasmo.

Al cabo de tres horas, Otelo dio muestras de cansancio. Estaba a punto de dar por finalizada la reunión. Sin embargo, un asunto le preocupaba. No quiso acabar sin hablar de ello.

—Cuéntame, estás en la dirección de ETA, Pierre me lo ha confirmado. Por eso estás en Lisboa en estos momentos. Quiero saber algo, háblame de las relaciones entre los miembros de la dirección, es un asunto importante. He visto cómo muchos planes revolucionarios se truncan a causa de las disidencias internas. ¿Viste aquella fila interminable de representantes de partidos y organizaciones que me visitaron hace unos días? Muchos de ellos me

hablaron de sus luchas, de sus dificultades, y otros me alertaron de sus compañeros, sobre los que exponían dudas de fe revolucionaria. Es triste, pero es así, por una razón u otra el sectarismo existe, prende en los revolucionarios y hay que tenerlo en cuenta. Háblame de eso.

Estas palabras recordaron a Eduardo sus propias reflexiones con alguno de sus compañeros. Era como si Otelo tuviera información de lo que sucedía en el interior del KE.

—Tenemos diferentes maneras de ver las cosas, algunos ven en la lucha armada la única vía para alcanzar nuestros objetivos; otros creemos que hay que prepararse para la lucha política y echar los cimientos para formar un partido.

—Entiendo, tú estás entre los segundos —dijo Otelo.

Eduardo se encontraba ante un dilema. Claro que pertenecía a los segundos; aún más, era el dirigente que insistía en la idea de fundar un partido, sus escritos versaban sobre la necesidad de crear las condiciones para el momento en que Franco falleciera. Sin embargo, a tenor de las apariencias, por lo que le había escuchado en esta conversación y en la anterior, Otelo además de militar era un *militarista.* Opinaba que la fuerza de las armas era más eficaz que la acción política.

De manera que se decidió por una respuesta contemporizadora:

—Cada forma de lucha tiene sus momentos.

Otelo sonrió. Estaba exultante.

—¿Acaso crees que el 25 de abril se diseñó en una noche? Lo estudiamos bien durante meses, hasta los últimos detalles, nos informamos. La sorpresa también es importante. Igual sucederá en España. Las condiciones objetivas están dadas, solo hace falta un plan y mucha determinación. Y encender la mecha. Para eso estáis vosotros, para encenderla.

—¿Encender la mecha? —preguntó el vasco

—No soy ningún exaltado, sé que los partidos políticos revolucionarios cumplen una función importante, pero los militares estamos para guardar los procesos, para que no sean prostituidos por los políticos. Podríamos seguir hablando de esto, es un tema interesante y con numerosos matices, ¿no te parece?

—Claro que me parece. Prosigue.

—Vosotros, los vascos, queréis hacer la revolución en Euskadi. ¿Y qué pasa con España, con los trabajadores oprimidos por el mismo régimen? Alguien puede pensar que no os importa. Este es un tema interesante, pero no para tratar ahora, no soy tan joven como tú y estoy fatigado —objetó Otelo.

—Yo también lo estoy —admitió el joven vasco.

—Y mañana tendré que atender otras cosas. Nos veremos antes de tu regreso —apuntó Otelo.

Eduardo se levantó y le ofreció la mano. El portugués lo abrazó.

Pierre se había retirado unas horas antes. Un ayudante de Otelo lo llevó a la pensión. En el camino, repasó la conversación que habían mantenido.

Conocía a sus compañeros del KE, obsesionados por el futuro en Euskadi y menos preocupados por el de España. Si Euskadi iba a encender la mecha, ¿qué obtendría como recompensa?

Sería difícil explicar a sus compañeros del Comité Ejecutivo de ETA lo expuesto por Otelo. Él, de no haberlo escuchado a una distancia de poco más de un metro, lo tomaría por un juego de su mente. Se echó en la cama y cogió el sueño en unos segundos.

Capítulo 5.

Pablo Milanés

Eduardo fue convocado por Otelo a otra reunión en el apartamento. En esta ocasión, el líder portugués llegó más lejos. Otelo insistió en organizar una insurrección en Euskadi que precipitara un cambio radical en España.

Eduardo estaba confundido. No llegaba a comprender el verdadero significado del término insurrección que el portugués pronunciaba con seguridad. Estaba a punto de oír una propuesta inesperada.

—No será suficiente con los planes que nosotros tracemos. Necesitaremos que un gran país se implique —dijo Otelo.

—¿Un gran país?

—Los rusos, la Unión Soviética, solo ellos tienen capacidad para mover hilos en el tablero mundial que harán posible nuestro objetivo.

Otelo se movía de un lado a otro del salón del apartamento. Eduardo escuchaba sentado en una butaca.

—Los camaradas tienen la manía de controlarlo todo, de manipular las coyunturas, jamás apadrinarán una insurrección autónoma. No soy santo de su devoción, saben que yo no acepto sus órdenes, que Álvaro Cunhal y yo apenas nos saludamos. Sin embargo, me necesitarán para coordinar la operación con vosotros. Si se tuerce, dirán: «cosas de Otelo».

—Entonces, ¿qué es lo que planteas?

—Te lo explicaré con todo detalle. Confía en mí, he organizado una revolución, ¿por qué no puedo organizar otra?

Tal y como Otelo había prometido, se vieron una vez más.

—¿Sabes algo?, necesitaremos bautizar la operación. Piensa en un buen nombre —propuso Otelo.

Eduardo empezó a pensar con seriedad en la «Operación Orreaga», así la había bautizado.

Hasta ese momento, había seguido las palabras de Otelo con sumo respeto, también con desconfianza. Sin embargo, tras mencionar a la Unión Soviética, aquello cobraba otro sentido. ¿A qué se refería?

Un buen número de preguntas bullían en su cabeza, pero, antes de emprender el viaje de regreso a San Juan de Luz, se propuso visitar a Claudia. Pierre le había proporcionado la dirección del pequeño estudio que ocupaba en el barrio del Carmen.

Llamó a la puerta de Claudia. Esta le abrió. Era un día entre semana, sobre las once de la mañana. Ella acababa de despertarse y lucía radiante, envuelta en una camiseta larga de color anaranjado.

—¿Estás sola? —preguntó él.

—Sí, pasa.

Era un apartamento pequeño, de una sola pieza, que incluía una cocina diminuta y una cama. En una esquina había una puerta cerrada. Eduardo supuso que era el baño. Pese a que era aún temprano y él sospechaba que Claudia habría disfrutado de la noche, el apartamento estaba ordenado y ventilado. Eduardo se sintió a gusto en él. Ella le acercó un cigarrillo y se lo encendió. Las paredes estaban decoradas con múltiples carteles pegados con chinchetas. En un lugar destacado, encima de la cama, observaban el Che Guevara y Salvador Allende. Claudia le ofreció un café. Sus pies descalzos se movían en un suelo de azulejos portugueses.

Él le preguntó sobre Santiago de Chile. Ella admitió que extrañaba la *palta*, los *completos* y la cercanía de la cordillera de los Andes. Tuvo que explicarle en qué consistían los dos primeros y hablaron un buen rato sobre costumbres gastronómicas de sus países.

Claudia Larrainzar se emocionó al contarle el ambiente de angustia que reinaba sobre la ciudad y el país entero desde el golpe de estado. Le habló de la pobreza de las *poblaciones,* que era el nombre que recibían las agrupaciones espontáneas de chilenos del campo que llegaban a Santiago, en búsqueda de una suerte capitalina que les era negada en sus territorios de origen. Explicó que llegaban de lejos y vivían en casitas de madera o chapa, sin ladrillos ni un suelo que no fuera tierra, protegidos por tablas y otros restos recogidos en Santiago Centro, en Providencia o en Las Condes. Le habló de su pobreza infinita y del contraste con la riqueza de los barrios de la clase alta.

Claudia había estado pensando en Eduardo en las últimas horas. Recordaba la última vez que se habían visto, recordaba su invitación casi explícita a compartir cama con ella y con Joao. Quizá no debiera haberlo hecho. Una cosa era que rechazara los códigos de la moral burguesa y otra que se dejara llevar por una morbosidad desconocida hasta entonces. La advirtió al sentirse deseada a todas horas, en los trenes, en las calles, en los bares. Lisboa representó para ella una revelación. Los hombres portugueses la habían deslumbrado. Más aún que las hermosas y originales *candeeiros* de hierro forjado que iluminan las calles de la vieja ciudad y resaltan la belleza de las fachadas cubiertas de azulejos.

Eduardo le gustaba. Sus maneras eran burguesas, hablaba como lo hacen los cachorros de la burguesía de cualquier país del mundo, vestía de un modo burgués. Su corte de pelo era tradicional, con raya a un lado, distinto de las melenas y cabelleras a lo afro que tan de moda estaban entre buena parte de los jóvenes con los que compartía tragos y cigarrillos de maría noche tras noche. Pero ella era una joven cuyas hormonas hervían. Unos minutos antes, nada más abrir la puerta y ver a Eduardo en el rellano con aquella media sonrisa que le caracterizaba, sintió deseos de abrazarlo y besarlo.

Tomaron el café y se acostaron. Hicieron el amor con pasión, aún con más intensidad que las veces anteriores. Dejaron que un par de cigarrillos los relajaran, y volvieron a hacer el amor. De nuevo Claudia intentó llevar la voz cantante, lo consiguió solo a medias. Él dejó de ser el joven sumiso y esa actitud la excitó doblemente. Acabaron.

—¿Tienes una guitarra? —La pregunta brotó de los labios de Eduardo.

—¿Una guitarra? No, pero una vecina tiene una, es una buena amiga.

—Pídesela.

La chilena obedeció. Unos minutos después volvió al apartamento con una guitarra española, usada cien veces, pero en buen estado.

Eduardo la examinó, pulsó sus cuerdas, estaban algo gastadas, pero en buenas condiciones. Comenzó a familiarizarse con ella. Claudia permanecía expectante, a su lado. Observaba su rostro. Él dijo: «Esta canción es para ti, compañera Claudia». Y comenzó a cantar:

Yo pisaré las calles nuevamente,

de lo que fue Santiago ensangrentada.

Y en una hermosa plaza liberada,

me detendré a llorar por los ausentes…

Claudia conocía la canción. La había escrito un año antes el cubano Pablo Milanés. Rompió a llorar. Se acordó de Fabio y de muchos Fabios. El acabó de cantar y lloraron juntos.

Llegó el momento de la despedida. Si esta ya es difícil entre dos jóvenes que han expresado su deseo con el vigor de la edad, aún más lo era al tratarse de personas que llevaban una vida clandestina. Eduardo rompería las reglas de su organización si le diera un teléfono, una dirección, una manera u otra de mantener el contacto, aunque era lo que deseaba.

Claudia, pese a que no estaba tan atada a una clandestinidad absoluta, también debía comportarse como una militante revolucionaria. Ninguno de los dos deseaba ver partir al otro sin tener una manera de permanecer en contacto. Ninguno deseaba que su aventura lisboeta se limitara a un recuerdo, aguas que discurren debajo de un puente. Fue a ella a quien se le ocurrió la idea.

—¿Y si me escribes a la lista de correos? Así lo hace alguno de mis compañeros. La carta me llegará y no tendrás que escribir ni tu nombre real ni una dirección. Estoy segura de que no te llamas Eduardo. No me lo digas, me gusta Eduardo, prefiero llamarte así. Me escribes, ojalá lo hagas.

Él se guardó el pequeño papel en el bolsillo: Claudia Larrainzar, Lista de correos de Lisboa, Portugal.

Eduardo recorrió los doscientos metros que separaban el apartamento de Claudia de la pensión para recoger la maleta y dirigirse al aeropuerto. Había comprado un billete a París. En la habitación, tras examinar los rincones a fin de no olvidar nada, un papel, un apunte, un rastro, entró en el baño y se miró en el espejo. Le mostró el rostro de un hombre joven y feliz.

Capítulo 6.

Audacia

Subió a un avión de la compañía TAP con destino a París. Unas horas después llegó a San Juan de Luz en el corazón de Euskadi Norte

La imagen de Claudia no se le iba de la cabeza.

El padre de Eduardo solía visitarlo cada quince días, casi siempre acompañado de su mujer.

Ambos vivían como un calvario el camino que había tomado su único hijo. El padre era un hombre de mediana edad alejado de cualquier pensamiento radical, trabajaba en una empresa y estaba casado con una mujer también de Bilbao. Ambos eran religiosos, y la sola idea de que su hijo empuñara un arma les trastornaba.

Durante la primera visita, que se produjo en el último mes de 1974, trataron de convencer a su hijo para que abandonara ETA y se dirigiera a París. Estaban dispuestos a correr con los gastos de vivienda. Podía reanudar los estudios y dejar que pasara el tiempo hasta que Franco falleciera y entonces regresar a Bilbao. Pronto

dejaron de ilusionarse con ello. Fue uno de los compañeros de Eduardo quien lo propició.

—Eduardo no es un simple militante, está llamado a ocupar una posición relevante en la organización. Él es un intelectual, lo que no nos sobra.

Eduardo había abrazado la causa con el fervor que tenía por costumbre.

Lo decía Rubén, su amigo desde la infancia, para quien la personalidad de Eduardo no constituía secreto alguno.

—Si ingresara en un seminario, llegaría a obispo, y tal vez a cardenal. Si se decidiera por el mundo de la empresa, dirigiría a cientos de empleados. Si ha entrado en ETA, será jefe.

Los pensamientos políticos de los padres de Eduardo eran moderados. Ambos eran vascos de origen, sus apellidos lo delataban, pero no hablaban euskera. Habían nacido en Bilbao, como sus padres y abuelos. Llevaban casi cuarenta años escondiendo en la calle su pensamiento, hablando con los vecinos de una forma enigmática cuando uno de ellos acariciaba con una frase un asunto de significado político. Muchos de esos vecinos tenían algún familiar que se vio obligado a exiliarse en un país americano o a Francia.

El franquismo era para ellos una realidad, comprendían que los jóvenes se rebelaran, pero sus creencias les impedían aceptar el precio que pagaban por ello.

Eduardo reflexionaba sobre cómo presentar a sus compañeros de dirección el proyecto que le había transmitido Otelo. Estaba seguro

de que Julen y Karlos lo iban a recibir con expectación.

De Jon, Emilio y Gorka esperaba una reacción tibia por la escasa afinidad política que existía entre los dos bloques que existían en ETA. Los vínculos humanos se debilitaban día a día. La tensión sobrevolaba en cada reunión del Comité Ejecutivo. Si Eduardo o cualquiera de sus dos compañeros del KE presentaban una iniciativa, una idea, los rostros de Jon, Gorka y Emilio se ensombrecían.

La organización había anunciado a sus militantes el propósito de celebrar una asamblea en un plazo cercano, siempre que las condiciones de clandestinidad lo permitiesen. No era fácil convocar a centenares de personas bajo un mismo techo, y menos aún si la mayoría de ellos procedía de Euskadi Sur y debían cruzar fronteras por diversos medios.

Contaban con una malla de colaboradores dispuestos a alojarlos y a ocuparse de la intendencia durante los días que durara el cónclave. Diversas congregaciones religiosas y sacerdotes diocesanos simpatizaban con ellos. Algunos iban más lejos, les facilitaban refugio siempre que lo necesitaban. Dos reuniones recientes, que congregaron a decenas de militantes, se habían celebrado bajo el techo de la casa parroquial de Gaztelu y en la casa de los jesuitas de Getaria destinada a ejercicios espirituales.

Aún tenía tiempo Eduardo para preparar la reunión del KE, faltaban unas horas.

Claudia volvía a su cabeza una y otra vez. ¿Y si le proponía abandonar Lisboa e instalarse en una ciudad cercana a Euskadi Norte? ¿En Burdeos? Ella era una militante revolucionaria, sus

obligaciones consistían en recabar solidaridad para con el MIR de Chile y procurar ayuda a los muchos chilenos que se veían obligados a exiliarse a causa de la represión de la Junta Militar, comandada por Augusto Pinochet. ETA disponía de una buena red de contactos en Burdeos, no le resultaría difícil encontrar quien la acogiese y ayudase.

Julen, uno de sus compañeros del KE a quién le había contado los planes de Otelo, le advirtió:

—Se trata de una idea asombrosa, pero… no sé si contamos con el número de militantes necesario. Es un proyecto extraordinario solo por el hecho de que intervengan Otelo y la Unión Soviética.

Julen aún no se había repuesto de la sorpresa. Eduardo le informó de los planes de Otelo sin omitir detalles.

—Tengo muchas dudas, pero considero oportuno tratar de llevar a cabo ese plan, nos dará oportunidad de dar a conocer ETA en el mundo; solo por eso merece la pena. Luego, ya veremos, según avancen las cosas, o retrocedan… —expresó un audaz Eduardo.

Aún quería conocer la opinión de Julen sobre otros miembros del comité ejecutivo.

—¿Crees que Emilio, Gorka y Jon apoyarán esta idea? —preguntó.

—Pondrán pegas, sabemos lo que piensan de ti.

Eduardo había pensado en ello más de una vez. ¿Por qué razón le discutían una y otra vez?

Julen lo expuso con crudeza:

—Representas una clase de militante que no tiene nada que ver con la suya. Apenas hablas euskera; sí, lo estás aprendiendo, haciendo esfuerzos, pero no lo hablas con soltura. Es verdad que Jon tampoco lo habla. Eres de Bilbao, guapo, despiertas simpatías, se nota la buena educación que has recibido, también se percibe tu inteligencia, siempre andas con un libro entre las manos y escribes ponencias. Ellos representan la idea más genuina de nuestro pueblo, la recuperación del euskera, el sueño de la independencia, la reunificación de las siete provincias.

—Yo también quiero la independencia y lucho por alcanzarla —aclaró Eduardo.

—Sí, pero de diferente manera. Yo me muevo entre ambas posturas, te comprendo y también los comprendo a ellos —observó Julen.

—Pero en las votaciones del KE sueles apoyarme.

—Lo hago porque representas el futuro de ETA, ellos representan el pasado y acaso el presente. Franco morirá y Euskadi necesitará militantes como tú. Con ellos, no sé, a veces tengo miedo…

Eduardo meditó aquellas palabras durante unos segundos. Julen contaba a su favor con una amplia experiencia en la organización.

—Volvamos a lo de Otelo. ¿Lo propongo en el KE? —preguntó Eduardo.

—Tendrás que informar sobre tu viaje.

—Se me están ocurriendo algunas ideas —dijo Eduardo.

—¿Cuáles? —inquirió Julen.

—Por ejemplo, avanzar un paso más antes de informar con detalle al KE. Otelo fue explícito, necesitaremos el apoyo de Moscú.

—¿Quieres plantarte en el Kremlin, gritar que eres de la dirección de ETA y pedirles ayuda? Te internarán en un sanatorio para dementes —especuló Julen.

Eduardo reaccionó.

—No, algo más sofisticado. Tengo que darle vueltas.

—Hazlo, mañana tenemos reunión. Informa de forma breve, por encima, sin destripar el plan, y anuncia que tendrás que viajar unos días, por algo te encargas de las relaciones internacionales además de las ponencias políticas. Karlos y yo te apoyaremos sin necesidad de que expliques demasiado. Emilio también pedirá fondos para viajar a Ámsterdam, se va a reunir con los Provos (los miembros del IRA conocidos como Los Provisionales) para concertar un cargamento de Berettas. Te daremos los fondos necesarios, y a él también.

—De acuerdo. Sí, acaricio la idea de que más allá de nuestras fronteras el mundo conozca lo que representa ETA, que somos más que un buen número de jóvenes rebeldes. Tenemos unos planes, un proyecto para Euskadi, y más ahora que el régimen llega a su fin. Tenemos que ser ambiciosos.

Julen admiraba la audacia de su compañero. Aun así, le aconsejó:

—Piensa bien las cosas.

Eduardo lo hacía, se sumergía en sus propios pensamientos durante gran cantidad de horas. No siempre hallaba respuestas

seguras, sin embargo.

Otelo Saraiva de Carvalho le inspiraba confianza. ¿Cómo no tenerla en el hombre que había capitaneado la Revolución de los Claveles? Supo organizar la confabulación en los cuarteles de armas, cómo entusiasmar a los cercanos y seducir a los indecisos. El castillo de naipes de la dictadura se derrumbó en unas horas. El joven Eduardo tenía buenas razones para seguir sus consejos. Y sus palabras premonitorias sobre la revolución en Euskadi se asemejaban a un toque de clarín.

Capítulo 7.

KGB

En las dependencias del Komitet Gosudarstvenoi Bezopasnoti (KGB) las ideas audaces se recibían con cautela. Llegaban por docenas a los diferentes departamentos, organizados por áreas geográficas. Se rechazaban casi todas. Solo quedaba el rastro en una carpeta de color marrón guardada en una enorme habitación que servía de almacén en uno de los sótanos del edificio de la plaza Dzerzhinski.

El 14 de febrero de 1975, un expediente depositado sobre la mesa del capitán Iván Ivánovich Sokolov aguardaba a que este lo leyese. Una vez leído, le pareció interesante, aunque no lo suficiente como para enviarlo a la planta de arriba sin darle antes unas cuantas vueltas.

Su padre, un coronel de inteligencia y veterano de la Gran Guerra que también respondía al nombre de Iván, se lo había advertido un buen número de ocasiones:

—Sé prudente con lo que envías a la subdirección. Sabes que de ahí al Primer Directorio solo hay un paso. De cómo juzguen tus

informes dependerá que sigas escalando posiciones. Tienes treinta años y ya eres capitán del KGB, no está mal, pero espero verte algún día vestido de general, luego podré morirme tranquilo. Mi querido y único hijo habrá cumplido con la gran patria soviética.

Sokolov hijo sonrió. La conversación transcurría en un apartamento del barrio de Leninsky Prospekt.

El coronel Sokolov había enviudado de Marcela, una española exiliada tras la derrota de los republicanos en España. Ella enseñó español a su hijo, una de las razones por las cuales había sido destinado al Departamento de España del Comité Central del Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Una segunda razón era ser hijo de un coronel. Y una tercera, que conocía a la perfección el léxico que debía dominar un joven y buen comunista en las décadas de los sesenta y setenta, en plena Guerra Fría. Sabía lo que debía expresar y aun sentir.

Hacía escasos meses que el Comité Central había decidido unir Portugal al Departamento de España. La Revolución de los Claveles había dado un giro inesperado e importante a la península del sur de Europa, un giro favorable a los intereses de Moscú.

La conversación entre padre e hijo se desarrollaba en el pequeño salón, ante una mesa donde había un plato de embutidos, adquirido en el economato para altos cargos, y una botella de vino del Volga.

—¿Qué es eso tan importante para que vengas sin avisar en un día de invierno y con esta nevada? —inquirió Iván Ivánovich.

Su hijo sonrió.

—Me ha llegado un informe, debo analizarlo antes de subirlo o archivarlo. Parece una locura, una de esas propuestas extravagantes que salen de la cabeza de un estudiante de Occidente. Y sin embargo…

—Lo primero, antes de que me cuentes nada, ¿lo has comentado con alguien de tu departamento? No quiero perder esta cómoda vivienda, mi viejo Lada con derecho a combustible de 95 octanos y mis quince días en el mar Negro en el mes de agosto —matizó su padre.

Iván hijo encendió un cigarrillo Orient.

—Con nadie. Escucha: la propuesta llega desde Praga. Un joven tocó la puerta de nuestra embajada a primera hora de la mañana, hace siete días. Después de unos minutos de indecisión, le franquearon el paso, se identificó como miembro de ETA y nos contó una historia.

—¿ETA? —preguntó el coronel.

—Los vascos que pegan tiros y ponen bombas en el norte de España —explicó Iván Ivánovich.

—Sí, tu madre conoció a unos cuantos vascos en la guerra de España y también aquí en Moscú. Solía decir que les encanta comer y beber, eso me gusta.

El hijo asintió. El coronel se hallaba a gusto en la conversación, se había levantado parlanchín.

—No los menospreciemos, eliminaron al presidente del gobierno franquista, previsto como sucesor de Franco. Creo que lo hicieron

cuando salía de la iglesia, de camino a casa para desayunar —añadió el coronel, mostrando una amplia sonrisa.

—El expediente ha llegado a mi mesa. El joven ofreció datos sobre quién era, nombró personas del Partido Comunista en Bilbao a las que preguntar sobre él. Nuestra gente de Praga se sorprendió. Dio una impresión de absoluta seguridad y de estar bien preparado para el cometido que tenía entre manos. Le dijimos que regresara al hotelucho donde se hospedaba y que regresara al día siguiente. Por supuesto, nuestra gente lo tuvo controlado esas horas.

El capitán Sokolov continuó:

—Tal y como propuso, hicimos preguntas en Bilbao a través de miembros del partido comunista. Las respuestas confirmaron que se trataba de un joven que pertenecía a la rama política de ETA. Habían pasado veinticuatro horas desde que atravesó la verja de la embajada en Praga y de nuevo soltaba la misma historia ante nuestro *rezident,* un camarada que le triplicaba la edad. Sin embargo, hay algo que me hace desconfiar: tiene veintiséis años.

—Ya veo, los jóvenes… Son capaces de las mayores estupideces, pero también son audaces y les sobra entusiasmo. Sigamos. Entonces, no se trata de una intoxicación ni de una infiltración —manifestó Sokolov padre.

—Estoy seguro de eso.

—Bien, has actuado con discreción hasta este momento, te felicito. Ha llegado el punto de que me cuentes la idea extravagante de ese joven vasco —solicitó el coronel Sokolov.

—¿Estamos seguros aquí? —preguntó el hijo.

—Reviso cada noche las paredes, los cuadros y todo lo que ves en este apartamento. Si alguna vez los chicos de seguridad han querido escuchar mis conversaciones, se habrán aburrido y marchado con sus micrófonos a otra parte. Te escucho. Me has intrigado.

—Lo resumiré en pocas palabras. Los de ETA proponen lo siguiente: una insurrección en el País Vasco, ellos lo denominan Euskadi.

—¿Cómo?

—Sí, lo que oyes, quieren tomar el poder por las armas en esa parte de España.

El coronel sonrió.

—Desde luego, parece una idea ridícula, infantil. Pero continúa.

Sokolov hijo asintió. Se alegraba de comprobar que su padre seguía en plena forma pese a haber cumplido los setenta y tres años. Había servido en inteligencia durante los últimos treinta años. Tuvo destinos que en Moscú se consideraban importantes, como La Habana y Ciudad de México. Se retiró del servicio sin una mancha en su historial, ni una sola falta, por leve que fuera. Jamás gastó un rublo de más, y los compañeros que le habían tratado a lo largo de su carrera elogiaban su honestidad.

—Escucha, ahora viene lo mejor, lo que plantean es lo siguiente, de forma resumida: Franco está agonizando, se morirá en una semana, en un mes o en un año. Los franquistas están divididos entre quienes quieren la continuación de la dictadura y los que proponen una democracia burguesa; es decir, se trata de un régimen débil, podrido en su interior. Por otra parte, el vecino Marruecos

representa una piedra en cada uno de sus zapatos. Hemos sabido que este país planea un movimiento de masas en una de las últimas posesiones coloniales de España, el Sáhara Occidental —expuso Sokolov hijo.

—¿Marruecos? Esa pista me gusta. ¿Qué sabéis de ese asunto?

—Nos han llegado unas cuantas confidencias de ese país. Allí también hay comunistas. Una de ellas te asombrará: querido padre, sabrás que Hassan II es el rey de Marruecos, hijo del sultán Mohamed V. Pues bien, a Hassan II se le escapó una frase hace unos días. Conversaba con algunos de sus ministros y asesores y exclamó: «en pocas semanas estaré tomando el té en El Aaiun». Uno de esos asesores es hombre nuestro y nos lo transmitió.

—¿El Aaiún?

—Sí, la capital del Sahara Occidental que permanece bajo el dominio de España.

—Esa confidencia es de suma importancia —dijo Sokolov padre—. Continúa con tu relato.

—Los de ETA sostienen que, si contaran con las armas suficientes y aciertan en elegir el momento, en cuarenta y ocho horas tomarían Bilbao y San Sebastián. Son ciudades pequeñas, con dos o tres cuarteles en cada una de ellas, llenos de soldaditos de veinte años que están haciendo el servicio militar a la fuerza, sin ninguna clase de entusiasmo. Aseguran que decenas de miles de jóvenes saldrán a las calles y los apoyarán siempre que cuenten con armas. Este movimiento lo acompañarán con una huelga general, dicen.

—Voy a servirme otra copa de vino. ¿Te sirvo? —preguntó el coronel.

El capitán asintió. El coronel acercó las copas y continuó:

—Para eso se requiere preparación, y muchas armas. ¿Quieren que las enviemos desde Moscú?

—No. La clave es Portugal. Como sabrás, acaba de triunfar la Revolución de los Claveles. El joven vasco tiene amigos entre los militares, me refiero a Otelo Saraiva de Carvalho, al almirante Rosa Coutinho y a otros. No costará mucho implicarlos y conseguir miles de armas de segunda mano con sus correspondientes municiones. Eso es lo que el joven de ETA explica.

El coronel Sokolov se levantó y se acercó a la biblioteca. Unos segundos después desplegaba un mapa de Europa sobre la mesa de comedor. Era un mapa fechado en 1932. Sus ojos se posaron sobre la península ibérica.

—Aquí están las ciudades vascas, y aquí Portugal, no parecen alejadas —señaló el coronel con un lápiz.

Iván esperaba ese comentario.

—Cuánto tiempo se tarda en viajar de un punto del norte de Portugal a Bilbao, ¿eso es lo que quieres saber? Te lo diré, lo he calculado con precisión: unos camiones bien pertrechados, que aparentemente transporten tornillos, tardarán diez o quince horas. Y disponemos de otra ruta: el mar Cantábrico. Un barco mercante que parta de la costa norte de Portugal, a una velocidad de veinticinco

nudos, puede arribar a un punto de la costa vasca en veinte —expuso Iván.

—Estás haciendo un buen trabajo. Entonces, en unas horas los jóvenes vascos tendrían esas armas.

—Sí, treinta o cuarenta horas. Con esas armas, se tomarán las calles, aseguran.

—¿Qué sucederá a continuación? ¿Tienen un plan?

—Sí y, para mi sorpresa, elaborado. Aún no me acabo de creer que salga de la cabeza de un grupo de jóvenes de veinte años. Esta parte es lo que me tiene intrigado.

—Prosigue con el plan, luego hablaremos de eso —apuntó el coronel.

—Lo haré. Existen dos episodios que deben darse de forma simultánea. Todo ocurrirá en el momento en que muera Franco. Ellos tomarán las calles y mantendrán el control durante unas horas. Después de este primer movimiento, y siempre que tengan éxito, entramos en juego nosotros; de manera encubierta, desde luego. El vasco cuenta con nuestra capacidad para manipular el Movimiento de Países No Alineados. Este apelará al derecho a la autodeterminación del pueblo vasco. En un momento de la insurrección, sin perder un solo minuto, varios países nos solicitarán que convoquemos el Consejo de Seguridad en las Naciones Unidas. El joven de ETA asegura que México los apoyará. Este país no reconoce al régimen de Franco desde la Guerra Civil —explicó Iván.

—¿Y qué pasará a continuación?

—Una vez que los jóvenes vascos hayan tomado los edificios públicos importantes, en medio de la huelga general, el mundo clamará ante el gobierno español para exigir que se negocie. Los medios de comunicación de todos los países iniciarán sus noticieros de esta manera: «Insurrección popular en el País Vasco». El Vaticano se pronunciará para evitar que corra la sangre en las poblaciones vascas, para que no mueran centenares de jóvenes, miles. Al parecer, numerosos prelados y cargos eclesiásticos son vascos o de origen vasco. Será cuestión de horas, en el caso de que las piezas encajen una a una.

—Este asunto me está gustando —dijo Iván Sokolov.

El capitán prosiguió:

—Tenemos unos cuantos pretextos para implicarnos entre bastidores. España no pertenece a la OTAN, eso es un buen punto. Y nadie quiere a Franco. Creo que hay posibilidades de que tengan éxito; pocas, pero las hay. Solo necesitan unas horas, treinta, cuarenta o cincuenta.

—¿Y después?

—Ya se verá. Por de pronto, el Gobierno de Madrid estará ante una situación difícil. Y con los franquistas peleándose entre ellos, entre aperturistas y nostálgicos. Es probable que podamos hacer ese trabajito en el Movimiento de Países No Alineados sin gran esfuerzo. El mariscal Tito se implicará. En todo caso, y ahora viene lo más importante, crearemos una situación de crisis en el corazón de Europa occidental, y quién sabe si una república vasca gobernada por nuestros nuevos amigos —terminó de explicar Iván.

—¿Qué perderíamos si sale mal?

—Nada. Las armas ni siquiera saldrán de nuestros almacenes. Si sale mal, los franquistas los aplastarán; aunque no será una victoria, tendrán un problema más: cientos de jóvenes muertos y heridos en las calles. Las cancillerías del mundo no lo soportarán. La opinión pública internacional explotará. El Gobierno de Madrid nos acusará de estar detrás, pero lo negaremos.

—Me gusta, tiene solo un cinco por ciento de probabilidades de salir adelante, pero me gusta —dijo el coronel Sokolov—. Ahora volvamos a lo que te tiene preocupado: que no sea una idea original de los jóvenes vascos, que alguien esté detrás moviendo las fichas. ¿Quiénes pueden ser?

El coronel se levantó, aún no había acabado su reflexión.

—¿Has pensado en que nos estén tendiendo una trampa?, tal vez de los americanos o de los ingleses.

—La propuesta del joven de ETA es tan audaz que refuerza la probabilidad de que sea una historia real. Me inclino a pensarlo, aunque no hay que descartar otras autorías intelectuales

—¿Por ejemplo? —inquirió Iván padre.

—Podría ser una intoxicación del gobierno español. Crear una noticia escandalosa y falsa que justifique una mayor represión. Eso es lo que nos enseñan nuestros textos de la academia, tú lo sabes mejor que yo; en el espionaje y la conspiración no hay que descartar nada.

—Es cierto. Ahora tendré que dejarte, me espera una partida de ajedrez con mis viejos camaradas. Si querías mi opinión, ya la tienes. Haz un buen informe y súbelo a la Subdirección. Pero, antes de irme, te explicaré cómo reaccionarán:

—Te escucho —dijo el capitán Sokolov, expectante.

»Lo estudiarán con atención, identificarán debilidades y fortalezas. Si lo aprueban, lo pasarán al Alto Primer Directorio. De ahí al Politburó solo hay un paso. Con mucha seguridad te convocarán. Sé lo que es eso, yo estuve ahí. Es una escena que impone respeto, catorce miembros con mucha experiencia preguntando una y otra vez. El camarada secretario general mirándote a los ojos. Contarás con un miembro defensor de tu memorándum, y otro que lo atacará sin piedad. Este último tildará tu trabajo de infantil, argumentará que entre la teoría y la práctica media un abismo, dejará flotando en el ambiente la idea de que la propuesta es la lucubración de un loco, y de hecho sugerirá que te releguen a un cargo inferior por insolvencia ideológica. Añadirá que tienes poco más de veinte años; tienes que saber que la edad media de los que estarán escuchando es de unos setenta. Para ellos, desconfiar de los jóvenes es un acto de supervivencia.

»El camarada secretario general seguirá mirándote a los ojos, atento a tus gestos y palabras. Quien te defienda, por el contrario, alabará tu informe y se enorgullecerá de que el partido haya formado un joven tan prometedor. El politburó deliberará sin estar tú presente. Si dan el visto bueno a la operación, habrás ascendido en prestigio y en otras cuestiones prácticas en el día a día de tu vida. El

partido sabe recompensar a los camaradas eficaces. Te ofrecerán un apartamento cercano al mío, un vehículo de segunda mano, pero en buen estado, documentos con los que podrás acceder a supermercados especiales. A tu edad, será un hito importante.

—¿Y si lo rechazan?

—Seguirás en tu puesto. Solo por el hecho de que un informe firmado por ti se haya discutido en el Politburó los camaradas del servicio te mirarán con respeto. Yo también me sentiré orgulloso.

—Entiendo. Yo también me siento orgulloso de ser hijo del coronel Sokolov.

—Una pregunta antes de cruzar esa puerta. ¿Vas a reunirte con ese joven vasco? Tendrás que conocerlo. ¿Pedirás permiso para invitarlo a Moscú? ¿Viajarás a Praga a verlo? ¿A otra ciudad? —preguntó el coronel Sokolov.

—Estoy pensando en algo diferente.

—Me intrigas.

—Qué te parece si viajo el País Vasco. Hablaré con mis jefes de la Subdirección General y les pediré autorización para hacerlo, un viaje corto, digamos de una semana. Me pasearé por las calles de alguna de sus ciudades, hablo español, de modo que podré hablar con sus gentes. Viajaría con un pasaporte neutral, austriaco o mexicano, por ejemplo. Y una profesión inocente, como la de profesor de instituto o cualquier otra. Me gustaría comprobar si las calles vascas huelen a revolución o, por el contrario, se trata de la ensoñación de un joven —dijo el capitán Sokolov.

—Es una idea excelente. Vuelvo a sentirme orgulloso de ti.

Capítulo 8.

Claudia, de nuevo.

Claudia Larrainzar cumplió los veintidós años en Lisboa rodeada de compañeros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile.

En esa misma semana, su padre, Julio Larrainzar, un empresario santiaguino que había prosperado gracias a la exportación de carne de vacuno, visitaba por tercera vez el Ministerio de Interior del Gobierno de Chile. Y por tercera vez el subsecretario, a la sazón número dos del ministerio, le negaba la petición que solicitaba: garantías para que su hija única no fuera detenida e interrogada en caso de que regresara a Chile.

El subsecretario lo recibió en persona, no en vano habían sido compañeros de colegio en Santiago.

—No puedo hacer nada, querido Julio. Esa chiquita tuya no es ninguna santa. Forma parte del MIR. ¿Sabes lo que hacen estos malcriados? Organizan atentados, ponen bombas. No digo que Claudia lo haga, pero nuestros servicios nos indican que pertenece a la célula del MIR en Portugal, recauda plata, habla mal de la Junta Militar y quién sabe cuántas actividades más. Comprendo tu dolor,

pero no puedo darte esas garantías. Lo que aconsejo es que su mamá vaya a Lisboa, le hable como lo hacen las madres y le obligue a dejar ese asunto; tu hija, llevando tu apellido, no debe relacionarse con esos Rotos.

Julio Larrainzar oyó las acusaciones con dolor y rabia, aunque sabía que eran ciertas. ¿Quiénes habían incendiado la cabeza de su querida hija? ¿No había estudiado en el colegio donde lo hacían las hijas de las familias adineradas de Santiago?

Ni él ni su esposa, Josefina Alegría, tenían siquiera el consuelo de la comunicación telefónica con Claudia. Esta se había negado a hablar con ellos cuando el nombre y los apellidos de ambos progenitores figuraron en un *campo pagado* desplegado a toda página en *El Mercurio*, en un manifiesto de empresarios chilenos que expresaban sin ambages su apoyo a la Junta que había derrocado al presidente constitucional, Salvador Allende.

La Claudia, como la llamaban en su casa, ni siquiera había sucumbido al regalo envenenado de la plata en dólares prometida por papá. «No aceptaré ni un solo centavo vuestro», les hizo saber de manera indirecta por medio de una de sus amigas. «Aunque tenga que fregar platos en Europa, viviré a mi costa; aunque tenga que prostituirme, no aceptaré un peso», les comunicó.

No eran platos lo que fregaba la joven chilena para sus alimentos y abonar al casero la humilde y soleada habitación con baño de la que gozaba en el barrio de Chiado. La solidaridad de los portugueses revolucionarios bastaba para pagarle las facturas.

A Julio Larrainzar y a Josefina Alegría les llegó la amenaza de los platos y la prostitución un día de febrero de 1975. ¿Qué podían hacer? Rezaron a la virgencita del Carmen; y convencieron a *la* Fulvita Pinedo —la mejor amiga de Claudia, que permanecía en Chile — para que les informase del país donde se encontraba. Cuando supieron que se había instalado en Portugal, respiraron.

Fue la primera buena noticia que recibieron desde aquel día en que, a escondidas, introdujo cuatro ropas en una maleta y abandonó el hogar familiar en Providencia.

Se consolaron cuando les llegaron noticias de otros jóvenes huidos en sus mismas circunstancias. Es verdad que casi siempre eran varones, también pertenecientes a familias de Providencia o Las Condes, cuyos retoños, una vez traspasadas las fronteras de Chile, se establecieron en países donde solo podían terminar de perderse para siempre: Moscú, Berlín Oriental, Budapest, La Habana.

La partida de Eduardo la sumió en una depresión de la que no la aliviaban las soflamas revolucionarias ni los intensos besos de aquel joven imberbe llamado Joao que la perseguía. Era la primera vez que le sucedía algo parecido. El rostro varonil del vasco no se le iba de la cabeza.

Se puso manos a la obra. Descuidó durante unas jornadas sus deberes para con la causa chilena y se dispuso a investigar. Pidió y obtuvo el carné de lectora en la Biblioteca Nacional de Portugal en Campo Grande. Buscó en libros de genealogía española el apellido Larrainzar y lo encontró: los que lo llevan proceden de un pequeño pueblo al norte de Navarra, donde se conserva la lengua vasca.

Decidió buscar la manera de contactar con Eduardo. Tenía las puertas cerradas. No había manera de llegar a él como no fuera hacer fila en la oficina de correos a la espera de una carta incierta. Preguntó durante siete días seguidos sin ningún resultado. La funcionaria que se ocupaba de esta tarea era una señora de mediana edad, tenía a su derecha un libro de Pessoa, *El libro del desasosiego,* con el que se distraía entre cliente y cliente. Con la ayuda de su intuición, la funcionaria adivinó el propósito de aquella joven extranjera que llegaba a primera hora de la mañana, sin faltar un día, nada más abrir la estafeta.

—Esperas una carta de tu novio —le dijo.

Ella vaciló.

—¿Novio?, no lo es, pero le quiero como no se puede querer más.

—¿Y si no te escribe por alguna razón ajena a sus deseos? ¿Por qué no lo buscas? Mira que eres joven y bonita. ¡No pierdas el tiempo, hija mía!

Claudia resolvió iniciar el viaje.

Buscó a Pierre, el asistente de Otelo Saraiva de Carvalho. Lo localizó a en las oficinas del COPCON.

Claudia Larrainzar conocía bien las reglas de la clandestinidad. Si se dirigía al francés y le pedía contactar con el vasco, se encontraría con una respuesta negativa, además de una seria reprimenda. «¿Crees que la revolución es un juego de chiquillos?», le diría Pierre.

Se proponía buscar a Eduardo, al menos tener en sus manos algún dato que le permitiera acercarse al lugar donde residiera. De

repente, cuando andaba en estas cábalas, se hizo presente en ella una revelación.

Tras los saludos del caso, una vez que la dejaron entrar en las oficinas centrales de la Revolución de los Claveles, Claudia tuvo ante sí a Pierre, quien la recibió extrañado, aunque amable.

—¿En qué te puedo ayudar?

Ella lo miró a los ojos durante unos segundos sin abrir la boca. Pierre le ofreció un cigarrillo, ella no lo aceptó.

—¿Quieres tomar algo, un vaso de vino, un refresco?

El rostro de la joven indicaba tensión, algo grave le sucedía, pensó para sí Pierre.

—¿Podrías decirme cómo localizar a Eduardo?

El rostro de Pierre se convirtió en un témpano de hielo.

—Eso no puede ser, tú sabes, las reglas…

Ella se tocó la barriga.

Pierre no comprendió. La joven se había quedado muda, le miraba a los ojos con fijeza y su mano derecha acariciaba suavemente su vientre. Al fin, reaccionó.

—No me digas que…

—Sí, está confirmado —dijo ella.

—Pero si solo han pasado unos días desde que él estuvo…

—Más de veinte, los suficientes.

—¿Estás segura?

Una vez que había iniciado la representación, tenía que llevarla hasta el final. Había estudiado en la biblioteca de la universidad los primeros signos de un embarazo: un sangrado leve, unos pezones sensibles, una extraña fatiga.

—¿Segura? ¿De qué estoy embarazada o de que Eduardo es el padre? ¿Eso me preguntas?

Pierre reculó.

—No pretendía ponerlo en duda.

Ella esbozó una media sonrisa.

—Necesito tu ayuda.

—Lo que me pides es difícil, saltarse las reglas, es imposible.

—Soy consciente, pero tengo que hablar con él.

—También lo entiendo —dijo el francés—. Mira, dame unas horas para reflexionar. Por cierto, ¿cómo te encuentras? —añadió.

—Conmocionada pero bien de salud, apenas algunos mareos, a veces vómitos, fatiga…

Pierre Degrain era parisino, tendría algo más de cincuenta años. Había estado en las barricadas en mayo del 68. Llevaba años confraternizando con aquellas causas que existían en Europa en demanda de una revolución. Tenía experiencia en todo tipo de circunstancias adversas y peligrosas, pero era la primera vez que tenía ante sí a una mujer que se señalaba el vientre con su delicada mano derecha.

Pierre tenía una forma de contactar por teléfono con Eduardo. Dudó unos segundos.

—No puedo, Claudia, me gustaría ayudarte, pero pides algo que no me arrancarían ni en un interrogatorio.

—Dame algún dato, una manera de localizarlo.

Pierre lo pensó durante unos segundos.

—Te diré algo que no es ningún secreto. Existe en las provincias vascas de Francia una red de refugiados vascos españoles. Suelen juntarse en bares de los barrios antiguos de Bayona y San Juan de Luz. Es posible que, si viajas a cualquiera de estas ciudades y haces las preguntas adecuadas, alguien pueda indicarle que lo estás buscando. Recuerda, pregunta por Eduardo, del *aparato* internacional. Él se pondrá en contacto contigo. Habrás de tener paciencia y sangre fría. No puedo decirte otra cosa.

Ambos se desearon suerte.

Claudia se alejó del COPCON. Una mezcla de sentimientos bullía en su cabeza. No hubiera utilizado esa clase de engaño de no ser porque se sentía aturdida ante lo que le estaba sucediendo, desesperada incluso. A todas horas se hallaba rodeada de amigos, tenía compañeros con los que compartía sueños, tenía a Joao, su amante, y, en el horizonte, la nostalgia de una familia perdida por causas ideológicas.

Con Eduardo solo había pasado unas horas, ocho o diez tal vez. Pero para ella había sido suficiente. Estaba segura de que esas horas habrían de convertirse en el preámbulo de un romance largo y apasionado. No era una simple ilusión, se dijo una y otra vez. En él había visto igual sentimiento. Besaba con ternura, la miraba una y otra vez a los ojos, inmóviles mientras se reponían de sus

acometidas sexuales. Ahora sí, estaba convencida de que en ese momento se estaba produciendo su despertar de forma plena. Sus manos no se separaban. Aquello era amor compartido. Por un momento se preguntó si su fingimiento de joven embarazada representaba una actitud impropia de una revolucionaria, un rasgo de infantilismo e inmadurez. Se hallaba confusa, pero pudo más el volcán de afectos y deseos que sentía por el joven vasco. Así que la joven Claudia Larrainzar tomó la decisión de luchar por acercarse a Eduardo, estuviera en un lugar u otro.

Capítulo 9.

Praga

Eduardo se reunió con el resto de los miembros del Comité Ejecutivo de ETA. Les informó del viaje a Lisboa y subrayó la simpatía mostrada por Otelo Saraiva de Carvalho hacia ellos.

Esta acción los había situado en primera plana del movimiento revolucionario global. Hasta diciembre de 1973, ETA era señalada como un simple grupo de jóvenes vascos que luchaban contra Franco y defendían una independencia exótica. A partir del atentado, la organización empezó a ser tenida en cuenta. Eduardo describió con detalle la identidad de los movimientos revolucionarios que asistieron al cónclave de Lisboa.

—Estuvieron los alemanes, los italianos y los japoneses —explicó.

Se refería a representantes de la Baader-Meinhof, de las Brigadas Rojas y del Ejército Rojo.

Jon y Emilio le pidieron que precisara la forma de contactar con los primeros. Para ellos, más que para el resto de los miembros del KE, representaban una forma de lucha que debían imitar: violencia armada sin matices, sin necesidad de tanta ponencia, sin perder

tiempo en cursillos de formación ideológica. La admiración de ambos por dichas organizaciones se extendía a lo práctico. Seguro que contaban con canales de aprovisionamiento de armas en el mercado internacional.

Eduardo estaba obligado a indicar alguna noticia específica sobre la conversación con Otelo. No creyó oportuno, sin embargo, expresar la idea central del portugués: «La revolución empezará en Euskadi, e incendiará el resto de España». Esta afirmación se la guardaba por prudencia.

Eduardo trató de reflexionar. ¿Estaba seguro de que la propuesta de Otelo Saraiva de Carvalho estaba fundamentada en un análisis de las condiciones objetivas?, ¿no se trataba de una aventura condenada al fracaso? Eran preguntas que se había hecho una y otra vez durante el viaje de regreso a San Juan de Luz. A pesar de las dudas, una parte de la propuesta del comandante portugués despertaba su atención una y otra vez: «entablar relaciones formales con la Unión Soviética».

Eduardo M. contaba con Karlos y Julen. A estos no le había ocultado lo sustancioso del viaje, salvo el capítulo personal con la chilena Claudia. Julen lo oyó y le pidió prudencia.

Finalizó la reunión del KE explicando los gastos habidos y anunció que, en unos días, tendría que volver a viajar con el propósito de mantener citas con algunas de las organizaciones que habían estado presentes en Lisboa. Emilio y Jon hubieran querido que ampliase más detalles, pero Julen lo zanjó:

—De acuerdo, eres el responsable de Internacional. A tu regreso nos informas.

Otelo había sido explícito: «Sin la ayuda de los soviéticos es imposible, ellos dominan la escena internacional, son los únicos que pueden convocar el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, los que pueden influir en el Movimiento de Países No Alineados».

Lo primero era elegir la ciudad para contactar. Eduardo pensó en una ciudad de los países socialistas, se sentiría más seguro. ¿Praga? Lo estudió en el mapa y consultó varios libros de viajes por Europa. Descubrió que existía un ferrocarril que unía la ciudad austriaca de Linz con Praga. Y, aún más interesante, una línea directa entre esta y Moscú.

Necesitaba tiempos de reposo después de los episodios que estaba viviendo, necesitaba preparar con minuciosidad la forma en que iba a formular sus ideas en la embajada soviética en Praga.

Eduardo lo decidió. Se presentaría en la embajada soviética y explicaría lo que llevaba en la cabeza. No necesitaba apuntes para ello. Se trataba de expresar un buen resumen de lo bosquejado en las reuniones con Otelo.

De manera que viajó a Praga todo lo tranquilo que puede estar un joven de veintiséis años que está a punto de tocar la puerta de la segunda potencia del mundo para, sin ni siquiera un santo y seña, espetarles: «Hola, buenas tardes, me llamo Eduardo M., vengo a proponerles una revolución».

Si su amigo Rubén le estuviese viendo por una rendija, le diría que había perdido la cabeza del todo. O, en otras palabras, como repetía

una y otra vez: «Eres un extremista. Sé por qué lo digo, te conozco desde los siete años».

Pero su amigo Rubén erraba. No había perdido el sentido de la realidad. Viajaba en tren hacia Praga avalado por el protagonista de la Revolución de los Claveles, pertenecía a la dirección de una organización que había destruido los planes sucesorios de Francisco Franco, y Euskadi era un hervidero poblado por miles de jóvenes dispuestos a dar un paso trascendente hacia una revuelta.

Claudia no escapaba de sus pensamientos. Al regreso de su misión en Praga debería tomar alguna decisión, en cualquiera de los sentidos.

Una vez en Praga, se hospedó en una pequeña pensión con el nombre de Máximo Cienfuegos, natural de Madrid y estudiante de Sociología. Portaba un pasaporte falsificado.

El Hostal Central estaba en la parte vieja de Praga, a escasa distancia de donde Joseph Kafka había escrito *El proceso.* Nada más atravesar la puerta, observó que era un lugar frecuentado por estudiantes de paso por la ciudad. Decidió tomarse unos días, no más de tres, para familiarizarse con la capital de Checoslovaquia. Conversó con algunos de los estudiantes. Estaban aún recientes los episodios de la invasión de los ejércitos del Pacto de Varsovia, comandados por la Unión Soviética. Los estudiantes del hostal se mostraban cautos, aunque amigables. Una de esas noches, dos de ellos lo invitaron a una taberna situada cerca de la pensión, de nombre El Tigre Dorado. Uno decía llamarse Imre y era húngaro, el otro era de Bratislava y respondía al nombre de Alexander. El bar

estaba concurrido por una buena cantidad de jóvenes, mujeres y hombres. Los tres se sentaron en una mesa esquinera.

Eduardo observó que unos clientes lo miraban de una manera especial. Dos hombres y una mujer, sentados ante una mesa vecina, le saludaron con la mano y sonrieron. Tenían aspecto de estudiantes, los tres rubios, de ojos claros y brillantes.

—Saben que eres extranjero. Los checos somos curiosos. A buena parte de los que están aquí les gustaría charlar contigo, como lo estamos haciendo Imre y yo, para preguntarte qué se dice en Occidente de nosotros. Pero solo te saludarán, como han hecho esos chicos.

—¿Puedo invitarlos a una cerveza?

—Les gustaría, pero nadie tomará una silla para sentarse con nosotros, te lo aseguro.

—¿No lo harán? —preguntó Eduardo.

—No, entre las cuarenta o cincuenta personas que estamos en el Tigre Dorado habrá uno o dos agentes de seguridad del gobierno, tal vez tres. Jóvenes como nosotros, vestidos de igual manera. Los de seguridad quieren información, sobre todo si alguien habla con extranjeros.

—Pero vosotros lo estáis haciendo, ¿os traerá problemas?

—Es probable, pero no me preocupa. Más de una vez lo hemos hecho.

Abusaron de las cervezas. Después de media docena de ellas mezcladas con vodka, Alexander disparó una afirmación rotunda.

—¿Te suena el nombre de Alexander Dubcek? Él intentó un socialismo con rostro humano. Ahora es guardabosques. Odiamos a los rusos. Nos aplastaron en el 68 y lo harán una y otra vez. Contaron al mundo que habíamos pedido a la Unión Soviética que interviniese con sus tanques y tropas. ¿Puede existir mayor humillación?

El húngaro no se quedó atrás.

—Nací en septiembre de 1956 en Budapest. A los tres días de nacer, los tanques rusos entraron en mi país. Me habían bautizado como Imre, en honor al gobernante que los desafió. Imre Nagy fue detenido, acusado de crímenes que no había cometido. Dos años más tarde, lo mataron. Llevar el nombre de Imre no era buena idea. Mi familia tenía un amigo en el registro civil y este se las arregló para cambiármelo. Ahora en mi pasaporte figuro como Janos, pero en mi corazón sigo llamándome Imre.

Eduardo había leído sobre el levantamiento húngaro de 1956, pero el recuerdo de la Primavera de Praga lo tenía cercano. Tenía en aquel entonces dieciséis años y leía con voracidad las noticias de política internacional.

Sus nuevos amigos de la taberna de Praga tenían buenas razones para odiar a la misma nación a la que él iba a pedir ayuda. Las mismas o mayores que las que él tenía para odiar lo que representaba el régimen franquista, la invasión de la tierra vasca por España. Se puso en su lugar y se preguntó si no se hallaba en una encrucijada, una más en los veintiséis años que había cumplido. Había leído hacía unas semanas *Un día en la vida de Iván Denisovich*

en una edición francesa y se sintió aún más cerca de sus compañeros de cervecería aquella tarde en Praga.

No podía evitar escuchar la voz de su amigo Rubén: «De qué invasión hablas, esa es una invención de Sabino Arana. Y, además, ¿qué seríamos en Europa sin el derecho romano?, tú lo deberías saber, Roma conquistó Europa y hoy tenemos normas. ¡De qué disparates hablas!».

La conversación en la taberna de Praga continuó. Se entendían en inglés. Eduardo lo hablaba bien, merced a la terquedad de su *aita* para que lo aprendiera desde los doce años.

Hablaron sobre Víctor Laszlo, uno de los protagonistas de la película *Casablanca.*

—Los checos adoramos esa película, no está permitida en mi país, pero es uno de los objetos más valiosos que se consiguen en el mercado negro —dijo Alexander.

—Por cierto, qué haces en Praga, aún no nos lo has dicho —quiso saber el Alexander.

Imre lo apoyó.

—Es cierto, no nos has contado lo que haces aquí.

El vasco se sintió en un apuro. Le sobraba desparpajo y entusiasmo para improvisar un discurso político o ideológico, pero no venía al caso. Estaba en compañía de dos jóvenes como él, cuyos ideales eran sacudirse de encima los vientos que azotaban desde Moscú. Pero tampoco podía descubrir su identidad.

—Estoy aquí por un asunto personal.

Comprendieron sus palabras.

—Así que una chica… Dinos al menos, ¿es checa?

—Sí, lo es —mintió.

Se despidieron en la puerta de las habitaciones de la pensión. Como al día siguiente ellos partían y el alcohol ingerido había sido bastante, la despedida se saldó con abrazos repetidos y deseos de suerte en la vida. Alexander dijo que le dejaría su dirección postal en la recepción al día siguiente. Él calló, a sabiendas de que no les escribiría.

Pasaron dos días.

El camino se le hizo largo, tomó varias rutas equivocadas. Por suerte para él, siempre tenía cerca de un checo que le encaminara. Observó el rostro de circunstancias que revelaban sus guías de paso cada vez que pronunciaba el destino: *«Embassy of the Soviet Union».* Alguno de ellos miró a un lado y otro con la intención de comprobar si le seguían.

Adivinó que se estaba acercando a su destino al ver varios vehículos con el distintivo *polizei*. A una distancia de unos cien metros, divisó una bandera roja con la hoz y el martillo de grandes dimensiones ondeando al viento.

Se encontraba nervioso. Encendió un cigarrillo. Aún debía recorrer los últimos cien metros. Era un día de temperatura fría y viento desagradable y comenzó a chispear de una manera similar a lo que en su ciudad se denomina sirimiri.

Por un instante pensó en darse la vuelta y regresar al Hostal Central con el objeto de preparar mejor el discurso. Encendió otro cigarrillo. No le separaban de la verja principal de la embajada más de treinta o cuarenta metros. Nadie caminaba en la misma dirección. Continuó y se fijó en dos vehículos de color negro aparcados frente a la embajada. De ellos se apearon cuatro personas vestidas de igual manera, con trajes oscuros y gabardinas largas de color negro brillante. Dos de ellos se dirigieron a él en un tono áspero.

—*Passport* —le dijeron.

Eduardo lo entregó. Se miraron entre sí al tener en sus manos el documento que le acreditaba como español. Lo acompañaron a la garita. Aún no le habían dado los buenos días. Eduardo se esforzaba en sonreír, aunque lo conseguía a medias.

Un hombre joven tomó el pasaporte. Anotó los datos en un cuaderno y alzó el auricular de un teléfono. Todavía no le habían preguntado la razón por la cual estaba en la puerta de la embajada. Le dijeron que aguardase. Al cabo de dos o tres minutos, se acercó un hombre de mediana edad y apariencia de oficinista que sonreía.

—Está en la Embajada de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. ¿Qué desea usted?

—Quiero hablar con un funcionario del departamento político.

—¿Cuál es la razón? —formuló sin perder la sonrisa.

—Se la diré a quién me reciba. Se trata de un asunto importante.

Las cosas estaban saliendo como él había imaginado. Daba por hecho que las palabras elegidas habrían de suscitar el interés

suficiente como para franquearle la puerta y que lo condujesen al interior de aquel edificio de buen tamaño y estilo neoclásico. Así fue. El funcionario le ofreció asiento en un pequeño despacho. Varias personas lo observaban con curiosidad.

—¿Desea un café?

Eduardo lo aceptó. Se lo sirvió una señora de mediana edad que también sonreía. Acababa de echar un terrón de azúcar en la taza cuando entró un hombre de aspecto distinguido. Portaba un cuaderno y lo saludó con cierta efusividad.

—Soy el camarada Igor Andreyevich Titov, segundo secretario de la embajada. ¿De qué manera le podemos ayudar?

Esas palabras le sonaron bien. Sobre todo, cuando, tras identificarse como miembro de la dirección política de ETA, le invitaron a levantarse y lo acompañaron a una estancia de gran tamaño cuyas cuatro paredes estaban recubiertas de estanterías pobladas de libros. La mujer que le había servido el café se acercó con una bandeja que contenía un plato de pastas y galletas.

—Son francesas —dijo ella.

Titov se ausentó y regresó junto a una señora rolliza que traía consigo un magnetófono.

Lo había conseguido, se dijo Eduardo. A partir de ese momento, la revolución vasca empezaba a escribir una nueva página de su historia.

Capítulo 10.

El capitán Sokolov en Bilbao

El capitán Sokolov aprovechó una reunión con uno de sus jefes de la Subdirección General. Este, tras despachar los asuntos que constaban en la agenda para esa semana, le dedicó unos minutos de atención. Era un hombre experimentado, llevaba en el KGB treinta años y había llegado a estar cerca de Yuri Vladimirovich Andropov. Tenía el rango de coronel y estaba al final de su larga carrera.

—*Tovaritch* coronel, tengo un asunto encima de mi mesa. Parece interesante, pero considero que faltan datos como para enviar un informe a su atención. Me gustaría pedirle autorización para viajar a España una o dos semanas —dijo Sokolov.

—¿A qué se refiere, camarada? —preguntó el coronel.

—Un emisario de ETA se ha puesto en contacto con nosotros, propone una operación.

—¿ETA? ¿Los vascos?

—Los mismos.

El coronel conocía lo comprometido que podía llegar a ser rechazar la petición de Sokolov. Era un simple viaje con gastos acotados.

—De acuerdo, dado que aún no existe un informe, firmaré una hoja de gastos. Vaya, camarada, y ande con cuidado, no se equivoque. Sabe que más de uno desea su puesto. Haga un buen trabajo, un informe como indican las normas.

El capitán Sokolov preparó el viaje con los responsables de la sección de documentación. Eligió un pasaporte con un nombre común, Felipe Pérez, nacido en México Distrito Federal, de treinta y cuatro años y de profesión economista.

Ya con el pasaporte que lo identificaba como Felipe Pérez, Sokolov viajó a París en avión.

Alquiló un vehículo hasta Hendaya, donde pasó la noche.

Su destino principal era Bilbao y, sobre todo, los pueblos de la margen izquierda de la ría del Nervión. En Moscú había leído algunos informes del Partido Comunista de España sobre esta comarca. Una vez hospedado en el Hostal Ibarra, al lado del teatro Arriaga, dio un largo paseo por el casco viejo de la ciudad. Le sorprendió su dinamismo. Un buen número de personas entraba y salía de los comercios, los bares y restaurantes gozaban de amplia clientela, y sus habitantes parecían alejados de cualquier pulsión revolucionaria.

Entró en una librería de la plaza Nueva, de nombre Librería Bilbaína. Lo atendió un hombre de mediana edad, sin un pelo en la cabeza y aspecto afable. Curioseó en las estanterías y en la mesa de novedades. El propietario lo observaba, parecía que deseaba iniciar una conversación, bien fuera porque había detectado que era

forastero, o bien por la natural disposición de los libreros a recomendar títulos y géneros.

Sokolov tomó la iniciativa.

—¿Cómo está? Estoy de paso en la ciudad. ¿Puede recomendarme uno o dos libros?

El librero le respondió con amabilidad.

—Mejor que nos tuteemos, aquí el *usted* suena extraño. ¿Qué clase de libros buscas?

—Ciencias sociales, me interesan más que la literatura.

—Verás, no se editan muchos libros de temas sociales. Sabrás que en España existe algo de censura a la hora de editar libros.

—¿Algo?

Aquel hombre le estaba abriendo la puerta a una conversación de enjundia.

—¿De dónde eres?

—De México, aunque llevo muchos años viviendo en París.

—Por eso te notaba un acento medio francés…

¿Conoces a Pío Baroja? Sus libros se venden bien.

—No conozco mucho sobre literatura española.

—¿No? Pues deberías.

—Sí, lo haré. Por de pronto te compraré un libro.

—De acuerdo, nuestro Baroja ha escrito un libro delicioso, *El País Vasco*. No es novela, y aprenderás mucho de nuestra región.

Sokolov buscaba la manera de orientar la charla a la situación social y política.

—En México se escribe mucho sobre la situación política en España.

—¿Y qué se dice?

—Hace unos años, se organizaron manifestaciones para protestar por un consejo de guerra, creo recordar.

—Fue un juicio contra dirigentes de ETA. Nos llegaron noticias de esas manifestaciones, aquí hubo una huelga general.

El falso mexicano recordó uno de los consejos aprendidos en la academia: «transmitir al interlocutor las palabras adecuadas, las buenas preguntas y hacerlo en el momento oportuno».

—Se habló de que iba a estallar una revolución en esta región —dijo.

El librero sonrió para exclamar:

—¿Una revolución en Bilbao? ¡Esta es una ciudad muy burguesa!

—Esa impresión me ha dado.

—Será mejor que la descubras poco a poco, *piskana, piskana…*

—¿Hablas vasco?

—No, pero casi todos los bilbaínos conocemos unas cuantas palabras y nos encanta decirlas, sobre todo cuando estamos con forasteros.

Sokolov sonrió. Adquirió la novela de Baroja y se despidió.

—¿Cómo puedo ir al Puente Colgante? —preguntó.

—Te explicaré. Es fácil, cruzas el puente que está frente al teatro Arriaga. Al otro lado de la ría, te toparás con una estación de ferrocarril. Desde ahí podrás viajar a Portugalete, tras pasar por Baracaldo y otras localidades. ¿Te he dicho hace unos minutos que Bilbao es una ciudad burguesa? Pues bien, en esos pueblos el ambiente es justo lo contrario, obreros y más obreros, fábricas como la de los Altos Hornos de Bizkaia, la General, Babcok & Wilcox, y otras muchas. Pero cuando cruces el Puente Colgante desde Portugalete, de nuevo te encontrarás con un ambiente burgués, más burgués aún: Las Arenas, Algorta, Neguri. En estas localidades se forjaron las grandes fortunas del País Vasco y también muchas de España. Conviene que te des una vuelta para que veas los contrastes, dos mundos separados por un puente.

Era bastante para una primera charla. Había sido fructífera, había obtenido un par de datos importantes. El librero simpatizaba con la izquierda, se dijo.

Era temprano, apenas las doce del mediodía, de modo que buscó la estación y tomó el tren que lo llevaría a Portugalete.

Enseguida empezó a distinguir por su vestimenta a los usuarios. Numerosos hombres de todas las edades vestían de manera uniforme: con pantalones de un azul brillante y abrigos desgastados, como su calzado, de color negro o marrón. Las mujeres se guardaban de las frías temperaturas con abrigos de lana.

El paisaje que advertía a través de las amplias ventanas era fabril. Entraban y salían del vagón obreros, muchos de ellos con una

pequeña cajita en la mano. Supuso que guardaban alimentos preparados en sus casas.

Se sorprendió. En las paredes y fachadas del trayecto se sucedían los lemas y consignas que apelaban a la rebelión contra el régimen. Las palabras «amnistía, libertad, muerte al franquismo» se mezclaban con otras en lengua vasca cuyo significado no comprendía. Una pintada en gran tamaño y de color rojo expresaba: «Libertad para el santurzano Mendizabal» Experimentó una honda emoción cuando comprobó que las hoces y los martillos formaban parte de aquel paisaje. En algunos lugares, grupos de operarios trataban de borrar las consignas con pintura.

Aquel viaje empezaba a tener sentido.

Capítulo 11.

Hotel Tamarises

Cruzó el Puente Colgante y se adentró en lo que el librero había definido como una zona «muy burguesa». Caminó por la orilla de una playa y contempló un buen número de casas de gran tamaño con cuidados jardines en su parte delantera.

Estaba en Neguri. Apenas había paseantes y caminó hasta el hotel Tamarises. Entró en su cafetería. Un grupo pequeño de hombres de edad que superaba los sesenta años charlaba con buen ánimo. Se fijaron en él un instante y reanudaron su conversación. El camarero del hotel vestía con pantalón negro y chaqueta blanca impoluta.

Pidió un café y se sentó en una mesa, a unos metros del grupo de amigos. Cavilaba sobre la manera de unirse a ellos. Estaba ante hombres con formación empresarial o universitaria, de eso no tenía duda, de manera que repasó cuánto podría expresar de sí, de sus circunstancias o del motivo de su presencia en aquel lugar.

Por fortuna para la misión que desempeñaba, sus características físicas le alejaban del arquetipo eslavo. Había salido a su madre, una mujer valenciana de tez morena y cabello azabache. Nadie podría

sospechar que era ruso. Su mayor debilidad era el acento. Pese a que había oído hablar español desde que nació, lo hablaba con un acento extraño. La excusa de vivir en Suecia le reforzaba. Sería extraño encontrar un sueco en ese recóndito y hermoso lugar del País Vasco.

Sokolov tenía unos rasgos bien proporcionados. Medía casi un metro ochenta, se mantenía delgado, tenía abundante cabello negro con algunas canas. Numerosas mujeres jóvenes y de mediana edad aseguraban que era guapo y atractivo. Se había preocupado de adquirir en París indumentaria occidental.

Si el KGB resultaba cicatero y exigente en cuanto a los gastos de sus oficiales en sus ocupaciones cotidianas en Moscú o en Leningrado, como gastos de restaurantes, cines o teatros, las reglas cambiaban si se trataba de gastos en el extranjero para aquellos que se hallaban en misión. Lo que era riguroso dentro de las fronteras, se transformaba en flexibilidad en el exterior.

Por medio del camarero que le había servido el café, preguntó al grupo de sesentones: ¿podía acercarse a ellos y hacerles alguna pregunta?

Giraron la cabeza y lo escrutaron durante uno o dos segundos. Le hicieron una seña con la mano y le sonrieron. En los libros que había consultado sobre los vascos, había leído sobre su natural campechanía.

Se presentó como Felipe Pérez, nacido en México y residente en Suecia. Dijo que un abuelo suyo era de Bilbao, su tercer apellido era Ugarte.

Podía ser un momento peligroso. Que uno de los miembros del grupo exclamara: «¡Pero qué casualidad, yo viví unos años en Suecia!». Estaba preparado para esa eventualidad, pero no sucedió. En su lugar, advirtió sonrisas, oyó palabras amables y una invitación sincera a sentarse con ellos y tomar un vaso de vino o una cerveza.

Dio un paso más.

—No descarto quedarme a vivir en Bilbao una temporada, trabajar aquí. No tengo novia y dispongo de algunos ahorros, me gustaría recorrer mundo antes de sentar la cabeza y formar una familia.

Sus vecinos asintieron. Uno de ellos, sin embargo, frunció el ceño.

—¿Trabajar aquí? Mira, chaval, ahora que los empresarios nos estamos marchando, tú quieres venir a trabajar.

—Perdón, no comprendo —expresó, con inocencia.

El hombre que había iniciado la conversación prosiguió:

—Te lo explicaré. ¿Has oído hablar de ETA?, seguro que sí.

—Sí, leo los periódicos, pero no sé mucho.

—Pues bien, esta era la mejor tierra del mundo para trabajar hasta que estos sinvergüenzas empezaron a hacer de las suyas.

Otro tomó el relevo.

—En esta región hay algunas empresas grandes, esas que están al otro lado de la ría, pero sobre todo hay una enorme cantidad de empresas medianas. Lo que tienen planeado los de ETA es mandarnos cartas para que les entreguemos dinero, una extorsión. Si no lo hacemos, nos pondrán una bomba, así de sencillo.

Sokolov entendió.

—Usted ha dicho que lo tienen planeado, ¿quiere decir que aún no lo han hecho?

—No, que sepamos, pero la Guardia Civil ha incautado unos documentos a un *comando* donde consta ese plan —contó uno de ellos.

—Pero si son las empresas las que crean trabajo —remarcó el capitán Sokolov moviendo ambas manos.

—A esta gentuza no les interesa eso, lo único que quieren es desbaratar el sistema y llevarnos a la revolución, al comunismo.

—¿Ustedes creen?, ¿la situación es tan delicada?

—Lo es y mucho. Franco se está muriendo, estos canallas mataron a quien iba a ser su sucesor. Te lo decimos con conocimiento de causa: nuestros hijos se están marchando.

Sokolov sopesó hacer una pregunta. Se decidió:

—¿Y ustedes?, ¿también se van a ir?

Se miraron entre sí. Era una pregunta incómoda. Irse…, quedarse… No habría reproches para quienes marcharan; el presente y el futuro de las empresas estaba en peligro. Pero ellos tenían más de sesenta años. En Getxo habían nacido, en sus iglesias habían contraído matrimonio y bautizado a sus hijos, y en sus cementerios enterrado a sus mayores. De su puerto salían a pescar en sus embarcaciones.

Uno de ellos tomó la palabra:

—Mira, no sabemos lo que va a ocurrir, pero las cosas pintan mal. Hasta el momento, lo de las cartas es un aviso. Somos empresarios y padres de familia, no héroes. Te voy a dar un consejo. Si quieres trabajar en España, vete a otro sitio, Madrid, Barcelona, en cualquiera de ellos te irá mejor. Aquí hay demasiadas incertidumbres.

Dieron por acabada la conversación de una forma triste. El moscovita les agradeció su tiempo y sus consejos.

Decidió caminar hasta el Puente Colgante. Tomaría el tren en Portugalete y regresaría a Bilbao. Si aquellos empresarios eran representativos de su sector, el estallido social del que hablaba el militante de ETA podía llegar a ser una realidad. La historia de las revoluciones, incluida la de su amada Rusia, empezaba por algunos signos; uno de ellos era la evacuación voluntaria de los grandes hacendados y el abandono de sus bienes.

El camarada Sokolov se sentía a gusto disfrazado bajo su misma piel. Por primera vez en su vida de oficial de inteligencia usaba otro nombre, mencionaba una vida anterior inventada y saboreaba las mieles del trabajo clandestino, y en un terreno hostil, como lo era la España franquista para un espía enviado por el Kremlin.

Hasta ese momento, su desempeño se había desarrollado entre cuatro paredes. Sus superiores alababan su buen sentido analítico y su facilidad para explicar movimientos políticos. Pero aquello era otra cosa. Decidió prolongar su estancia en el País Vasco.

Capítulo 12.

Zona Minera de Bizkaia y Gipuzkoa

La siguiente incursión, según el plan trazado por el agente del KGB, era en lo que se denominaba la zona minera de Bizkaia, de cuyos suelos se extrajo a finales del XIX el mineral de hierro que enriqueció a sus descubridores. Buena parte de ellos fueron ingenieros ingleses.

Iván Sokolov tenía un motivo adicional para visitar la zona, extraído de varios libros consultados en Moscú. En esta zona había tenido lugar la primera gran huelga general, en 1880, y en una localidad llamada Gallarta había nacido Dolores Ibárruri, la Pasionaria, presidenta del Partido Comunista de España, exiliada en Moscú y figura de leyenda en el movimiento comunista internacional.

Se apeó en Ortuella, en una estación desangelada y con poca vida alrededor. Caminó por una larga cuesta y llegó a Gallarta. Recorría la localidad una calle principal escoltada por comercios y bares. Le llamó la atención el tránsito de camiones en las dos direcciones. Los vecinos con los que se cruzaba le saludaban con un lacónico «aúpa», cuyo significado no comprendió. Apreció en alguno de ellos

deseos de ayudarlo, era evidente que lo identificaban como un joven forastero. Un señor de mediana edad le detuvo.

—¿Qué te trae por este pueblo? —dijo, sin perder la sonrisa.

Repitió la misma explicación sobre su procedencia que utilizó el día anterior en Neguri y en Bilbao. El vecino se sorprendió.

—¿Y qué buscas en Gallarta?, ¿parientes? Aquí nos conocemos todos.

—He leído sobre el auge de las minas y tengo curiosidad, me interesa la historia.

—¡Las minas! Nada queda de lo que fueron. ¡Enormes socavones y galerías enterradas! Si quieres, te acompaño, te enseñaré algo interesante.

El hombre era conocido, recibía saludos, uno tras otro. Algunos vecinos se detuvieron ante ellos.

—Me llamo Pedro, pero todos me llaman Coli.

No tuvieron que andar mucho. Doscientos o trescientos metros camino arriba, Coli le mostró un socavón enorme, de una anchura y profundidad extraordinaria.

—Aquí tienes una de las minas, lo que queda de ella. Si continuásemos el camino, llegaríamos a Peñucas y a San Miguel. El paisaje es igual: la tierra perforada, excavada para extraer nuestro hierro. Y te cuento una cosa: este pueblo ya no es lo que era. Dicen que están construyendo uno nuevo. Ya veremos.

Sokolov quería que el encuentro se alargase. Aquel vecino representaba una fuente extraordinaria para sus propósitos. Pero no

sabía cuáles eran las palabras que debía elegir para derivar la conversación a la situación social y política.

Trató de hacerlo con palabras inocentes.

—De aquí era Dolores Ibárruri, la Pasionaria, según he leído.

Coli hizo un gesto de alarma, leve pero apreciable para un oficial del KGB.

—La Pasionaria y otros.

El capitán no quería soltar aquel hueso.

—Háblame de ella, ¿la conociste?

—De niño me llevaron a uno de sus mítines. Era una mujer alta, con un moño atrás, morena, tenía un verbo encendido. Ahora vive en Rusia. Todo eso es política, no sé, se escuchan muchas cosas.

—Cuéntame, me interesa la sociología.

—Pareces un buen chico, pero las cosas no están para hablar demasiado. El régimen tiene oídos en todas partes y yo estoy a punto de jubilarme. He trabajado toda mi vida en el montaje, he estado en muchos países. Me has encontrado en la calle a estas horas porque estoy de baja, tengo algún problema con una hernia y me van a operar en Cruces.

Sokolov advirtió la incomodidad de su interlocutor. No era oportuno prolongar la charla, aquello se estaba convirtiendo en un pequeño interrogatorio.

—Te lo agradezco mucho, regresaré a la estación y tomaré el tren. No olvidaré este paisaje, ojalá podamos repetir este encuentro.

Coli se ablandó. Por alguna razón, aquel joven visitante le había conmovido.

—Te acompaño hasta la estación de Ortuella.

Faltaba un buen trecho para llegar a la estación de Ortuella. Sokolov tenía la impresión de que empezaba a ganarse la confianza de su acompañante.

—Y ahora, cuéntame, ya te he dicho que me interesa la sociología. ¿Hay mucho antifranquista?

—¿Antifranquistas? Todos los somos, menos cuatro que viven del régimen.

—He leído en algunos periódicos extranjeros que Franco se está muriendo.

—La lástima es que se morirá en la cama, el muy cabrón.

—¿Qué crees que pasará cuando Franco muera? —preguntó Sokolov.

Coli se encogió de hombros.

—Pues la verdad es que no lo sé, se escuchan muchas cosas. Puede que no suceda nada, o que haya una revolución. Sucederá lo que quieran los jóvenes, los que hoy tienen veinte o treinta años. Yo soy un hombre mayor. Lo que no quiero es que haya otra guerra civil, aquello fue duro. Pero sí, los jóvenes están encendidos, lo veo a mi alrededor —respondió Coli.

Ambos bajaban a ritmo lento el camino que separa Gallarta y Ortuella a través de lo que llamaban la carretera vieja.

—Mira, por ahí viene *Sollube*, un viejo comunista. Vendrá del tren.

A una distancia de unos cien metros un hombre se acercaba a ellos a paso lento. Se apoyaba en una cachaba. Aún quedaban tres o cuatro minutos para que se encontrasen, los suficientes para que Coli le contase algo de su historia.

—Es un comunista que estuvo en la guerra. Perdió medio brazo en la batalla de Sollube, de ahí que lo llamemos así. Era capitán de un batallón. Estuvo diecisiete años en la cárcel, no sé, hay quién dice que por algo grave…

—Preséntamelo —dijo Felipe Pérez.

—No creas que se roza mucho en el pueblo…

—¿Qué tal, Sollube?, ¿de dónde vienes? —le dijo Coli

—Aúpa, Coli. Vengo de Portugalete, de comprar alguna que otra cosa a las aldeanas.

Sollube miró de arriba abajo a Felipe Pérez.

—Te presento a un forastero, se llama Felipe y es mexicano, aunque vive en… ¿dónde dices que vives?

—En París, encantado —respondió Felipe Pérez.

Le ofreció la mano. Sollube se la estrechó, aunque a Felipe le pareció que lo hacía de mala gana.

Los ojos pequeños y aún bien despiertos de Sollube observaban con interés al joven mexicano. Coli aprovechó la oportunidad para dejarlos solos.

—Yo subo a Gallarta, tengo algunas cosas a medio hacer. ¿Por qué no lo acompañas hasta la estación de Ortuella? Ahora que lo pienso,

seguro que vosotros tenéis cosas de las que hablar —le dijo a Sollube.

—Te acompañaré y tomaremos un vaso de vino en el bar de Torróntegui. Una vez tuve un amigo mexicano, se llamaba Pancho, estuvo en las Brigadas Internacionales, no sé qué habrá sido de él —comentó Sollube.

Emprendieron el camino de Ortuella tras despedirse Felipe de Coli con simpatía mutua. Le había sido de gran utilidad.

Para quien se llamaba Iván Sokolov toparse con un comunista experimentado como Sollube representaba una buena noticia. Transcurrieron unos segundos en silencio, mientras se dirigían a Ortuella.

—Dime una cosa, ¿qué te ha contado Coli de mí?

—No mucho, que eras un hombre con mucha historia.

—¿Y qué más? Mira, a mi edad no me gusta andar con tonterías.

—Que estuviste en la cárcel por comunista, después de estar en la guerra en el frente republicano, y que tuviste grado de capitán.

—Pues sí, en esa maldita guerra quedó el medio brazo que me falta.

—Entonces, ¿conociste a la Pasionaria?

—¿Conocerla? Más que eso, la saludé con el puño cerrado y le estreché la mano a la misma distancia que me separa de ti. ¡Qué mujer! Solo estar a su lado emocionaba. Te aseguro que personas así hay pocas, ni mujeres ni hombres.

Iván Sokolov también se emocionó. Quería aprovechar las palabras de su nuevo amigo para llevar la conversación a donde deseaba.

—Le pregunté a Coli por la situación política actual.

—¿Y qué te dijo?

—Que las cosas andan revueltas, y no se sabe lo que va a ocurrir cuando muera Franco y que los jóvenes están muy encendidos.

—Pues tendrá razón. Yo no hablo de política, y menos con un desconocido.

—Quizá cuando muera Franco cambien las cosas, quizá haya una revolución.

—¿Revolución?, ¿de dónde sacas esas cosas? Te han informado mal. ¿Quién te ha dicho eso?, ¿Coli?

—No ha sido él, lo he escuchado en otros pueblos vascos. También me han hablado de ETA —dijo Felipe.

—¿ETA? ¡Apañados estamos con esos!

—No sé mucho de ellos, sé que mataron a Carrero Blanco —dijo el forastero.

—Sí, eso parece, aunque tengo mis dudas.

—Me interesa ese asunto, ¿podrías explicarte? —añadió el visitante.

—Oye, ¿no serás de la Guardia Civil, disfrazado de mexicano?

—No, te lo aseguro, me interesa la historia reciente. ¿Quién sabe? Tal vez escriba algo para una revista de la universidad donde estudié. No tengo nada que ver con la Guardia Civil.

—¡No me importaría si lo fueras! ¿Qué van a hacerme? ¿Meterme otra vez en la trena? Me harían un favor, ahí no falta un plato de sopa de cocido y un camastro, y ahora los presos pasan muchas horas en el patio, al sol como las lagartijas, según me han dicho.

—¿Entonces me contarás?

—¿Contar qué?

—Lo que piensas de los de ETA, si crees que se levantarán contra el régimen a la menor oportunidad

Sollube encendió un cigarrillo. No había parroquiano alguno cerca de ellos.

—Mira, me has caído bien, no sé por qué, igual porque eres mexicano, me gusta escuchar corridos y rancheras. Está bien, te diré algo: los de ETA matan a cualquiera que lleve uniforme y lo hacen por la espalda. Pena me dan esos pobres chicos de veinte años a los que matan.

Aquella conversación iba por el buen camino, se dijo Sokolov. Era el momento de apretar a su compañero de mesa.

—Pero en algunos sitios tienen mucho apoyo, me han dicho.

—No sé, será en los lugares donde se habla vascuence, pero no será para tanto…

—¿Adónde quieres ir a parar? ¿No habrá una revolución cuando muera Franco, un levantamiento y una guerra? —insistió Sokolov.

—¿Guerra? La hubo y mira cómo acabó. Aunque no sé, los españoles tenemos la sangre envenenada. Los unos y los otros, de eso no se libra nadie.

—Me han dicho también que los jóvenes tienen ganas de pelea —insistió el ruso.

—¿Ganas?, ¡Lo que hay que tener son cojones! Como los tuvimos nosotros en los frentes, aunque después no sirviera para nada. Y no veo mucho de eso hoy en día. A los jóvenes les interesan las romerías y el fútbol.

El *mexicano* no se daba por vencido.

—Pero veo muchas pintadas en las paredes, pasquines en las calles, parece que hay un clima prerrevolucionario.

—Puede ser, acaso yo sea un viejo amargado y cansado de vivir y no me dé cuenta de lo que ocurre. Sí, eso puede ser. Te diré algo: no voy a Bilbao nunca. No salgo de esta zona, todo lo más voy a Portugalete. Mi límite es el Puente Colgante. Me entero de lo que pasa por los periódicos, y estos suelen contar mentiras. Y ahora te voy a dejar, ya es tiempo de que tome el camino de Gallarta, tengo que dar de comer a los animales del colegio.

—Me quedo con las ganas de saber lo que piensas —dijo el agente.

—Sigo sospechando que eres del servicio secreto o algo parecido, pero ¡qué más me da! Ahora, me voy, que te vaya bien.

Sokolov tomó el tren que le habría de llevar a Bilbao. Tenía ganas de subir las escaleras de la pensión donde se hospedaba y reflexionar sobre la experiencia vivida en las últimas horas.

Al día siguiente, decidió terminar el recorrido según lo había esbozado. Había incursionado en las localidades cercanas a Bilbao

de habla española, las comarcas obreras. Ahora debía hacerlo en los pueblos donde dominaba la lengua vasca.

Tenía pendiente viajar a Gipuzkoa, señalado como el territorio de mayor simpatía hacia ETA según los informes obtenidos en Moscú y basados en reportajes de periodistas franceses. En la mayor parte de sus poblaciones se hablaba la lengua vasca con normalidad, lo que en sí representaba un hecho diferenciador. En algún escrito de los archivos moscovitas, Sokolov encontró una información que la realidad desmentía. Leyó que el uso de la lengua vasca estaba prohibido, pero lo oyó una y otra vez en sus diferentes recorridos. Había una explicación a esta aparente discordancia, y la halló en las palabras de una señora con hábito de monja con quien compartió banco en el viaje de regreso.: — «No, el uso del euskera no está prohibido», eso sería imposible, muchas personas solo hablan en vasco; lo que el gobierno prohíbe es la enseñanza, que, en definitiva, lo condena a la extinción. Pero nadie podrá quitarnos el idioma, el franquismo se detiene en la puerta de los caseríos. En su interior, el vasco permanece, aunque en malas condiciones. Somos testarudos, dígalo allá adonde vaya.

Fue una lástima que la monja se apeara en una estación próxima. Le privó de una conversación prometedora.

Le faltaba pisar Gipuzkoa.

Tomó una decisión. Alquiló un vehículo y condujo hasta Mondragón, una localidad de tamaño intermedio que le pareció interesante, tanto por el número de habitantes como por la

ubicación en ella de un cierto número de cooperativas de trabajadores.

Una vez en Mondragón, entró en una iglesia erigida en honor a san Juan Bautista, en el corazón de la localidad. Un sacerdote de edad mediana se despedía de una feligresa en la puerta. Iván se presentó con el discurso empleado en las incursiones de días atrás, y de nuevo tuvo éxito.

El cura lo invitó a entrar en el recinto y ambos se sentaron en uno de los bancos traseros. Con sus ojos diminutos parecía mirar con inteligencia. Vestía con sotana.

Cada pregunta que hacía Sokolov daba pie a otra más interesante. El padre Damián parecía estar a gusto, eran las diez de la mañana de un jueves y no tenía prisa.

No expresó cuáles eran sus simpatías políticas. Se evadió cuando el visitante le preguntó qué opinión tenía de ETA.

—Mira estas calles próximas, si te digo que, en cada una de ellas, en cada barrio, en muchos de los caseríos de los alrededores, hay un miembro de ETA o un simpatizante, no estaré exagerando.

Sokolov quería llegar al fondo de la cuestión.

—¿Y qué pasará cuando Franco muera? ¿Esos jóvenes se alzarán de alguna manera?

—Esas son las preguntas que muchos nos hacemos, no tengo respuesta.

—Y en el resto de los pueblos de la provincia, ¿cree que sucede lo mismo?

—Sin duda. El régimen franquista no tiene arraigo alguno, provoca temor, pero ninguna simpatía. Los que lo apoyan lo hacen porque reciben alguna clase de contraprestación, un puesto en el ayuntamiento o en la diputación. Mira los guardias civiles, aislados junto a sus mujeres e hijos, no pueden salir de compras por el pueblo, son observados con recelo y no pueden descartar que un joven les dispare. Yo creo que sueñan con salir corriendo hacia otro destino sin tanto peligro.

—Sin tanto peligro porque ETA los persigue...

—Es verdad, y cada vez que hay un atentado lo lamento con sinceridad. Pero así están las cosas y yo no puedo solucionarlas. Solo rezar para que esto acabe.

Las escasas horas pasadas en Mondragón confirmaban lo que había advertido en Gallarta o en los vagones que transportaban a los obreros en Baracaldo, Sestao y Portugalete.

Estaba satisfecho con su trabajo sobre el terreno. Su padre también lo estaría.

Capítulo 13.

Dos fracciones

El KE de ETA se reunía cada semana en una localidad diferente del País Vasco francés, lo que en lenguaje militante era Iparralde o *el otro lado*. Álava, Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra eran las denominaciones oficiales de los territorios de Euskadi Sur. Para los militantes de ETA eran Araba, Bizkaia, Gipuzkoa y Nafarroa.

La dirección de ETA recibía cada semana peticiones expresas o tácitas de jóvenes que deseaban unirse, tantas que era imposible aceptarlas todas. Aún eran más los casos de personas de todas las edades que se ofrecían para colaborar de una u otra forma: buscando información, facilitando vehículos, pisos francos, aportando pequeñas cantidades de dinero, divulgando propaganda. Los había de cualquier profesión u oficio, estudiantes, sacerdotes o religiosos, oficinistas, obreros o agricultores.

La destrucción de la línea de sucesión prevista por Franco a causa del atentado contra Carrero Blanco multiplicó las adhesiones. La imaginería revolucionaria se esparció con el Dodge que había volado desde la calle Claudio Coello hasta el interior de la iglesia de los

jesuitas de la calle Serrano, en el corazón del Madrid aristocrático. Pero el régimen aún estaba lejos de claudicar. Las operaciones contra las organizaciones de oposición se recrudecieron y un buen número de dirigentes de ETA fueron encarcelados.

El KE estaba dividido en dos corrientes que a su vez contaban con poderosas simpatías verificadas en la organización. Eduardo encabezaba una de ellas desde su posición de ideólogo, miembro de la oficina política y responsable del aparato internacional. Estaba obsesionado con asegurar el fortalecimiento de la organización, con vistas al fin del franquismo, que veía cerca. Predicaba la formación política de los militantes mediante cursillos y esbozaba la creación de movimientos sindicales, estudiantiles y juveniles que, con el paso del tiempo, dieran paso al que era su gran objetivo: la creación de un partido político que asumiera un papel dirigente en el propósito final de la revolución vasca. Garabateaba el nombre con el que habría de ser bautizado el proyecto: ¿EIA, Euskal Iraultzarako Alderdia? (Partido para la Revolución Vasca). Estas palabras resumían sus sueños de entonces.

Por el contrario, Emilio, Gorka y Jon enunciaban una serie de antecedentes que fortalecían su manera de entender la situación. Franco estaba en sus últimas horas. Para ellos, la obligación de ETA era desoír a los políticos, arreciar la ofensiva armada y extenderla a otros sectores, no solo contra los que vestían uniforme.

Cuando estaban solos o con otros militantes afines, Emilio, Gorka y Jon sospechaban de los bosquejos de Eduardo. Temían que detrás

de palabras inocentes se ocultase una estrategia solapada, no para ese momento, sino para el día después del final del franquismo.

Lo ridiculizaban. Nunca había tenido una *pipa* entre las manos, aseguraban. Su gran aportación era escribir papeles y más papeles; sus méritos habían sido ascender en el Frente Cultural y en la Oficina Política. Para ellos era un *sabiondo*. Empezaron a llamarlo de forma peyorativa Hegel.

Lo del arma era una verdad a medias. Eduardo tuvo una Browning en las manos cuando se trasladó a Euskadi Norte, aunque nunca la utilizó y deseaba no hacerlo. Contaba con la complicidad de Julen que, cada vez que la conversación lo propiciaba, repetía: «Para manejar pipas hay mucha gente, para reflexionar sobre el futuro de Euskadi no tantas. ¡Tú a lo tuyo!».

Emilio, Jon y Gorka bromeaban sobre las ocurrencias del *chico de Oteiza*, que era como también lo denominaban a causa de la amistad que unía al dirigente con el escultor vasco. Cuando Eduardo y Oteiza se encontraban no conversaban de pistolas sino de arte y cultura en la Euskadi que habría de alumbrar tras la dictadura.

En la otra parte de la dirección de ETA, Emilio, Jon y Gorka aumentaban sus sospechas sobre Eduardo: «Este desea liquidar la organización, no ahora, pero es lo que quiere, debemos permanecer alerta. ¿Y para qué? Para ser el líder del partido, para dejar de ser un militante clandestino y hablar ante los micrófonos de un parlamento. Quiere ser una *prima donna,* no lo dudéis», aseguraba Jon.

Gorka, Emilio y Jon, tras escuchar la información de Eduardo sobre su viaje a Lisboa y la reunión con Otelo, hicieron una petición formal en el KE correspondiente: querían un contacto con las Brigadas Rojas.

A Eduardo no le agradó, pero no se podía negar. En Lisboa había concertado una forma de llegar hasta la dirección de los italianos a través de un profesor de Historia de la Universidad de Roma. Jon y Emilio obtuvieron la autorización y los fondos para el viaje. Regresaron al cabo de una semana e informaron de su resultado.

—Los compañeros italianos están interesados en colaborar con nosotros. Su enemigo es el estado burgués en su forma de democracia parlamentaria, nos han advertido para que no caigamos en la misma trampa.

Eduardo entendió el mensaje. Los otros prosiguieron. Estaban satisfechos de los frutos del viaje.

—Los compañeros italianos manejan tácticas de lucha armada eficaces. Y obtienen financiación sin grandes contratiempos. No solo mediante asaltos a bancos, como nosotros, sino por otros métodos.

—¿Secuestros? —preguntó Karlos.

—También, pero no solo —respondió Jon.

—Exigencias de dinero a empresarios, *impuesto revolucionario,* lo denominan —dijo Emilio.

Eduardo había leído en los periódicos franceses sobre ello. Tenía dudas. La organización social de Euskadi constituía un mosaico de empresarios de todos los tamaños, muchos de ellos contrarios al

franquismo y simpatizantes del nacionalismo vasco. La mayor parte de los militantes de ETA provenía de familias cuyos antepasados lucharon en la Guerra Civil en los batallones fieles al Gobierno de José Antonio Aguirre.

Él era un gran estratega a la hora de demorar decisiones trascendentes, y esta lo era. No tuvo más remedio que adelantar algún vértice del plan que bullía en su cabeza.

—Habrá que estudiarlo despacio. En las próximas semanas voy a presentar en este KE un proyecto que puede cambiar la situación. Aún no tengo los cabos atados y no quiero pecar de optimista. Debemos mantenernos unidos.

Nada podían objetar Emilio, Gorka y Jon a palabras tan solemnes. Dieron un paso atrás, no sin advertir:

—De acuerdo, queremos estar informados lo antes posible. Los compañeros de las Brigadas Rojas también nos han dado otras ideas. Al igual que tú, las estamos afinando y las presentaremos en otro KE.

Eduardo no hablaba euskera con soltura, pero leía a la perfección los periódicos en inglés y francés. También era capaz de entender textos en italiano. Como era un joven curioso y con una energía extraordinaria, pasaba unas cuantas horas a la semana en la biblioteca pública de Bayona, adonde llegaban ejemplares de *The Times, Le Monde, The Guardian, Il Messagero* y otros. Llevaba unas semanas leyendo noticias en los diarios italianos que informaban sobre una actividad novedosa de las Brigadas Rojas: disparaban en la pierna a empresarios que se negaban a satisfacer las peticiones

de dinero. Reflexionó. ¿Era esa la idea sobre la que cavilaban sus compañeros del KE? Eduardo se alarmó. Calificaba este método de impropio de la lucha revolucionaria y legítima de la juventud vasca contra un régimen que agonizaba. De adoptarlo, provocaría el rechazo de numerosos sectores de la sociedad vasca y la condena absoluta del Partido Nacionalista Vasco, así como de eclesiásticos y universitarios que los apoyaban de una manera u otra.

Debía reaccionar antes de que fuera tarde.

Mantenía excelentes relaciones con Telesforo Monzón, un vergarés que fue miembro del Gobierno de Aguirre y dirigía una hermandad de ayuda a los refugiados vascos que atravesaban la frontera, de nombre «Anai Artea». Esta gozaba de un prestigio amplio, y Monzón era un hombre respetado en las filas de ETA. Quedaron citados en su oficina.

—Esta es una conversación confidencial, no hablo en nombre de ETA, sino a título personal —dijo Eduardo.

—Entiendo lo que eso significa —respondió Monzón.

Eduardo le explicó la situación sin ofrecer nombres.

—Eres un hombre experimentado, que conoce bien nuestro país. En ETA sabemos que podemos contar contigo. Tu opinión es importante.

—¿Qué es lo que quieres saber? —inquirió Monzón.

—Las repercusiones en nuestro pueblo si ETA instaura un sistema de cobro a los empresarios a cambio de garantizarles sus bienes y su integridad.

Monzón se levantó de la silla.

—¿Quieres decir una extorsión?

—Se le puede llamar de otra manera: una contribución voluntaria a la lucha de nuestro país —dijo Eduardo.

—¡Un eufemismo barato! ¿A quién se le ha ocurrido esta felonía? —preguntó Monzón—. ETA no es una pandilla de bandidos, representa lo mejor de la juventud vasca, dispuesta a sacrificar su vida y libertad. Hacer ese tipo de cosas envilecería la lucha —expresó, indignado.

—Hasta ahora el KE no ha tomado una decisión. Por eso quería consultarte. Y hay algo más.

—¿A qué te refieres? —preguntó Monzón.

—Supongo que habrás leído sobre las actividades de las Brigadas Rojas.

—Sí, y tengo la peor opinión de ellos. Seré franco contigo, el comunismo no puede enraizar en esta tierra. No tiene nada que ver con la personalidad vasca.

Eduardo no quiso entrar en una discusión ideológica con Monzón. Había acudido a visitarlo con otro propósito, y por el desarrollo de la conversación lo estaba consiguiendo.

—Hay gente en la organización que propone disparar un tiro en la pierna a los empresarios que no acepten nuestras condiciones.

Telesforo Monzón enmudeció y se acercó a uno de los grandes ventanales que daban a la avenida. Era un hombre alto, delgado, de

esqueleto erguido y un corte de pelo elegante. Las palabras que había escuchado lo angustiaron.

—Si ETA realiza esta clase de actos, dejará de ser una organización patriótica para convertirse en otra de forajidos. Nuestros conciudadanos del sur verán con malos ojos estos métodos. ¿Cómo se explicará en las parroquias, en los hogares vascos?

Para Eduardo, contar con la opinión de Monzón era importante. Él se negaría a cuanto propusieran Emilio, Gorka y Jon en este asunto, en el caso de que llegaran a hacerlo, pero siempre contaba con poner encima de la mesa del KE el sentir de un hombre con la autoridad moral del histórico líder.

Eduardo M. abandonó el despacho de Monzón. El estado de las relaciones entre los miembros del KE de ETA estaba alcanzando un punto crítico. Las dos corrientes fijaban sus fuerzas. En algunos momentos, ambas iban demasiado lejos en los ataques a la otra parte. Así reflexionaba Julen, quien por su veteranía era respetado. A pesar de este estado de cosas, Eduardo confiaba en reforzar su mando con aquel proyecto que se inició en la reunión con Otelo Saraiva de Carvalho.

Capítulo 14.

Euskadi Norte

Claudia Larrainzar viajó en tren a Madrid con su pasaporte, no figuraba en fichero policial alguno, salvo en el de Chile. En Madrid tomó otro tren con destino a Burdeos. Durante el largo viaje, recapituló sobre lo que había sido su vida hasta entonces; una vida breve, veintidós años y tres meses.

Recordaba su infancia en Santiago de Chile, plena de comodidades materiales. Recordaba a su padre viajando al sur cada dos semanas, donde permanecía unos días para supervisar la marcha de la planta lechera, a la que había bautizado con el nombre de La Exquisita.

La joven reconstruyó los momentos vividos con aquel joven vasco con el que se había tropezado en Lisboa: el instante en que se miraron a los ojos por vez primera, el tacto suave de sus manos, la calidez de su voz, el cabello desordenado que ella gustaba de revolver aún más, sus caricias, besos y abrazos.

Para ella, el portugués Joao era un ser delicioso, buen cumplidor en la práctica del sexo, pero con él no sentía igual placer, pasión semejante.

A causa de su edad —era nacida en 1953—, había vivido en primera línea la evolución política desde que el Gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende asumió el poder político tras ganar las elecciones.

Su familia vivió con escándalo este evento. Era lo peor que le podía suceder a su amada Chile, el apocalipsis se aproximaba. Los medios de producción serían confiscados, las tomas de fincas comenzarían, sería solo el principio. Los obispos no ocultaban su preocupación y pronosticaban que la asignatura de religión desaparecería de los colegios. El comunismo no sería una amenaza, sino un hecho. Cuba era el mejor ejemplo.

Claudia Larrainzar cumplió dieciocho años el día que Salvador Allende celebraba el primer aniversario de su Gobierno. Una de sus amigas la invitó a plaza Italia, donde habría de congregarse la multitud para el acontecimiento. Lo pensó dos veces. Existía el peligro de que una imagen de televisión la grabara en medio de aquel gentío. Sus padres se morirían en ese instante, lo sabía. Recapacitó. Era improbable. Asistirían decenas de miles. Y a ella le picaba una curiosidad imposible de dominar.

Aquel día comenzó su transformación. Estaban presentes gentes de todas las edades, muchos jóvenes como ella que vestían pantalones vaqueros, zapatillas gastadas y *poleras* con consignas que apelaban a la revolución. También contempló una riada de mujeres y hombres de edad adulta y avanzada, de los que solo tenía noticias lejanas: eran los habitantes de las *poblaciones*. Llegaban

con una pancarta de La Pintana y Los Nogales y sus rostros expresaban esperanza.

En las horas en que transcurrió la fiesta de plaza Italia, tuvo oportunidad de merodear por las mesas de propaganda que habían instalado los partidos y movimientos de izquierda. La joven Larrainzar se detuvo ante una de ellas, atendida por un joven de ojos grandes y tez morena que se llamaba Fabio. Era una mesa del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y, esa misma noche, Claudia perdió la virginidad y ganó una causa.

Fabio y ella siguieron viéndose y continuaron amándose. Ella se comprometió con el MIR. Al llegar el 11 de septiembre de 1973, ya era militante. De Fabio no supo más, se lo llevaron una noche los *Pacos*, junto a otros jóvenes, de la casa de una sola planta y un pequeño jardín con un único árbol plantado. Sus compañeros, los que lograron escapar en aquella semana atroz, la animaron a tomar el camino del exilio. No había participado en acciones violentas, pero eso no importaba para la Junta Militar dirigida por Augusto Pinochet.

Para entonces, ya residía alejada del hogar familiar y sus padres se enteraron de su partida mediante una amiga, cuando ya estaba en Europa.

Claudia Larrainzar contaba las horas que le faltaban para estar en el sur de Francia. El tren llegó a la estación de Burdeos. En esta ciudad, consiguió el teléfono de un compañero chileno, colaborador del MIR. Este la recibió en la estación y la alojó en su pequeño apartamento en la parte antigua de la ciudad. Era la primera vez que pisaba tierra francesa.

A pesar del largo viaje, apenas concilió el sueño. No sabía cómo localizar a Eduardo. Habituada a las normas de la clandestinidad, daba por hecho que aquel no sería su nombre. Era una búsqueda a ciegas, impulsada por los recuerdos de veladas imposibles de olvidar.

Claudia se dejó llevar por la intuición. Sus razonamientos tenían sentido. Para asistir a un encuentro con Otelo Saraiva de Carvalho, debía de ser un dirigente de ETA, no un simple militante. Sabía que los vascos del sur se refugiaban al otro lado de la frontera, en ciudades grandes como Bayona, o de menor tamaño como San Juan de Luz, Biarritz o Hendaya. Eran los *santuarios,* término que los periódicos del franquismo acuñaron como acusación contra Francia por proporcionarles apoyo.

Tras despedirse del compañero chileno que la había acogido, se dispuso a viajar a Bayona en autobús. Disponía de alguna cantidad de dinero, lo suficiente, creía ella, para pagarse una pensión y los alimentos necesarios durante dos o tres semanas. No sentía preocupación mayor por su mantenimiento. Su carácter natural era abierto, su rostro risueño, y allí donde llegaba enseguida hacía amigos.

En aquel entonces, el número de chilenos exiliados crecía, y en la mayoría de los países europeos empezaban a organizarse colonias. También en una ciudad mediana como Bayona. El compatriota que la recibió en Burdeos tenía un amigo en esta ciudad y lo llamó por teléfono. Le transmitió la misma pregunta formulada por su compañera Claudia:

—¿Existe un grupo de exiliados vascos en Bayona que esté organizado?, ¿sabes algo de ello?

La respuesta era sencilla y la conocían todos los bayoneses.

—¿Que si existe? Verás, el Petit Bayonne es la parte antigua de la ciudad, son calles estrechas, con un buen número de bares y cafés de pequeño tamaño; pues bien, los vascos refugiados no salen de ahí. Hacen vida en la calle sin restricciones, no se meten en líos y las autoridades francesas no les molestan.

—Cuando dices *vascos refugiados,* ¿quieres decir militantes de ETA?

—Militantes o colaboradores, eso no lo sé, pero el anagrama de ETA se ve por todas partes. En las barras de los bares existen huchas para depositar monedas que van destinadas a los presos en cárceles españolas. ¿Qué más puedo decirte? Se escuchan el español y el vasco por todas partes. Yo no puedo ayudar a la compañera Claudia, salgo de viaje a París.

Sin embargo, el destino no quería poner las cosas fáciles a la joven chilena. Subió al autobús en Burdeos y dos horas más tarde bajó en una parada, a unos pasos del Petit Bayonne. Habían dado las cinco de la tarde. Esperaba el paisaje que le había relatado el amigo chileno, bares y cafés llenos, grupos caminando por las calles en actitud festiva, mesas de propaganda a favor de la causa vasca.

¿Con qué se encontró? Con calles vacías, apenas recorridas por señoras camino del mercado que no ofrecían apariencia alguna de ser militantes de ETA, establecimientos con las persianas bajadas y

varios vehículos de la gendarmería que circulaban. ¿Qué estaba ocurriendo?, se preguntó.

Buscó una pensión barata. El establecimiento estaba en un segundo piso y lo atendía una señora entrada en años. Respondía al nombre de Gran Hotel Pascal. La propietaria le pidió el pago por adelantado de dos días. ¿Qué podía hacer? El precio le pareció razonable y aceptó. La habitación era pequeña, con una cama individual y una mesita, además de un armario también de pequeñas dimensiones. Claudia Larrainzar se contrarió al saber que no disponía de baño individual; el baño estaba al final de un largo pasillo y era compartido con otros huéspedes. Al menos tenía agua caliente, le aclaró la dueña. Las advertencias de esta no habían terminado. Fue tajante al señalar que solo podría ducharse una vez al día y que no estaban autorizadas las visitas de hombres.

Se acostó. Las cosas no empezaban bien para ella, aunque la esperanza de encontrarse con Eduardo superaba cualquier adversidad. Durmió durante horas.

Al día siguiente, tras desayunar un *croissant a beurre* acompañado de un *café au lait,* se introdujo de nuevo en el laberinto de calles del Petit. Como en la víspera, se topó con callejuelas desiertas y un buen número de comercios cerrados. Ningún rastro del bullicio de los refugiados vascos que esperaba.

¿Qué estaba sucediendo y cómo averiguarlo? Los franceses con los que intercambió algunas palabras no le parecieron abiertos y tampoco amables. Pasó por la iglesia de Saint André y se detuvo. Se sentó en un banco cercano al presbiterio. En su casa le habían

enseñado a persignarse cada vez que entraba en una iglesia, pero no lo hizo. El silencio era absoluto. Dos ancianas con un rosario en la mano rezaban. Un sacerdote de unos treinta años, vestido con sotana, se dirigió al altar y encendió unas velas de gran tamaño. Sus miradas se encontraron.

Ella no hablaba francés, apenas algunas palabras de saludo, pero sí inglés, además de español, de modo que hizo al sacerdote una señal con la mano.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo en inglés.

No supo la razón por la que se dirigió a él en este idioma. Lo más natural era hacerlo en español, pues estaban a escasos kilómetros de la frontera. Pero dio resultado. El sacerdote le respondió:

—Sí, claro, pero mejor me hablas en español.

Claudia se congratuló. Era un hombre joven. Se presentó como Paul.

Descartada cualquier mención a ETA o a Eduardo, vino en su auxilio la buena cantidad de novelas leídas en su adolescencia y juventud. Se apoyó también en su apellido.

—Soy vasca de procedencia y estoy de paso en Bayona. Investigo sobre mis antepasados. Me dijeron que aquí existe una colonia de vascos, en el Petit. Me he dado una vuelta por sus calles y lo encuentro todo cerrado.

El padre Paul comprendió. Conocía la razón por la cual el barrio mencionado permanecía desierto, pero calló. Tenía un amigo, también sacerdote diocesano vasco, que ejercía su ministerio en una

parroquia de un suburbio de Bayona. Quedó en hablar con él por teléfono. Quizá le podía presentar a alguien.

Claudia se despidió y quedaron citados para esa misma tarde, una vez que finalizara la misa de siete.

Paul llegó a la iglesia acompañado de otro sacerdote. Este no vestía sotana, sino una camisa gris oscuro, pantalón también gris y alzacuello. No debía de tener más de cuarenta años. Lucía una bonita sonrisa y hablaba español lo suficiente como para mantener una conversación. Fue presentado como el padre Jean.

—Soy de una localidad cercana a la frontera llamada Ascain. Hablamos vasco y tengo algunos amigos refugiados. ¿Qué buscas? —dijo, una vez le estrechó la mano.

Claudia repitió el motivo que había expuesto a Paul esa misma mañana.

—Es verdad que aquí residen muchos refugiados vascos que huyen de la represión al otro lado de la frontera. No sé si podremos encontrar alguno experto en genealogía, pero el momento no es el mejor.

Claudia se quedó en silencio.

—Te explicaré. Hay una razón por la cual has encontrado cerrados los bares frecuentados por los vascos. Están en estado de alarma. Se ha corrido la voz de que el aparato de estado franquista prepara atentados contra ellos.

—¡Pero eso será imposible, esto es Francia! —exclamó ella.

—Están escondidos. *Enchopanados* es el término que utilizan —añadió el padre Jean.

Era la primera vez que lo escuchaba.

Claudia Larrainzar sospechó que las simpatías políticas de aquel informante estaban del lado de los refugiados.

—Y ahora me despido, tengo que dar misa en mi parroquia.

Dedujo que el padre Jean no deseaba entrar en mayor conversación con una desconocida.

La joven chilena era ajena a lo que estaba sucediendo en la trastienda de la lucha que mantenían ETA y el Gobierno de Madrid, pero la realidad es que se topó con un muro de silencio, tanto en Bayona como en San Juan de Luz. Cada vez que trataba de iniciar una conversación con alguien que podría tener relación con los refugiados, hallaba rostros largos, gestos huidizos y miradas de desaprobación. Era la primera vez que le sucedía y se dio por vencida.

De la misma manera que había organizado el viaje de ida desde Lisboa, se embarcó en el de regreso. Llegó a la capital portuguesa sumida en el desconcierto. Lo primero que hizo fue presentarse en la oficina de Correos y preguntar si había en la lista alguna carta para ella. Con una negativa por respuesta, se retiró a su pequeño apartamento con la intención de olvidar al joven vasco lo antes posible y reanudar sus actividades de propaganda a favor de la causa de su país. No lo consiguió de primeras. El rostro de Eduardo no dejaba de aparecer en su mente.

Capítulo 15.

Informe de Sokolov

El capitán Sokolov se puso a trabajar después de aterrizar en Moscú y dormir unas horas.

Era el momento de ponerse ante una máquina de escribir. ¿Se estaba jugando la carrera? Acaso exageraba, pero, por lo que había escuchado a su progenitor durante muchos años debía aprovechar la oportunidad que tenía entre manos. ¡No era común que un informe y un proyecto firmado con su nombre y apellido llegara al Primer Alto Directorio y tal vez al Politburó!

Llamó a su padre. Este se emocionó al escuchar la voz de su hijo. Había pensado en él cada día, era la primera vez que viajaba al exterior para redactar un informe de prospección política dirigido a la Subdirección General. El informe debía ser breve, de una extensión de dos o tres páginas. Si no era engavetado, le pedirían una ampliación, un sinfín de preguntas a las cuales debía de responder con solvencia.

Sokolov padre quiso respetar el deber de confidencialidad.

—¿Has cumplido objetivos? —se limitó a preguntar.

—Creo que sí.

—Suficiente, no quiero saber más. Concéntrate en tu informe, piensa cada palabra, cada frase, cada párrafo, cada página. Lo examinarán una y otra vez. Tienes mucha responsabilidad en este momento. Te deseo suerte.

Ambos colgaron el teléfono.

El capitán Sokolov sabía que sus superiores de la Subdirección General posarían en primer lugar los ojos en el último párrafo del informe, las líneas que, bajo la palabra Conclusiones, sintetizarían lo escrito en sus páginas.

Las palabras fluyeron. Lo había masticado durante muchas horas en el viaje desde Bilbao a Moscú, haciendo parada en París. Las normas impedían que portara una línea escrita.

Escribió:

Conclusiones:

Existen posibilidades de que una insurrección popular se desarrolle con éxito. Parece probable que miles de jóvenes vascos se comprometan y salgan a las calles, en caso de contar con armas. La organización ETA está en condiciones de convertirse en la principal vanguardia de la revuelta, pues es la única que cuenta con cinco singularidades:

La mayoría de sus miembros están familiarizados con las armas.

Dispone de una estructura jerárquica.

Tiene capacidad para sumar un buen número de personas, sobre todo jóvenes.

Está implantada en la mayor parte del territorio, también en el territorio vecino de Navarra, de origen vasco y donde se habla el idioma en el norte.

El atentado contra el presidente del Gobierno les ha proporcionado prestigio y simpatía en el resto de España entre la oposición al franquismo.

La insurrección puede ir acompañada de una huelga general exitosa. Las masas obreras manifiestan ser antifranquistas, y es probable que participen en la revuelta. Una vez iniciada la rebelión, es factible que se sumen otras organizaciones arraigadas en los núcleos obreros, a causa de la amplia conciencia antifranquista que existe en la sociedad vasca.

La crisis en el Gobierno de Madrid es grave, lo que le resta capacidad de reacción. Está dividido en dos grandes sectores difíciles de conciliar. El ejército sostiene una posición de mantenimiento del régimen, salvo excepciones.

Los Estados Unidos de América mantienen una buena relación con el Gobierno de Madrid, pero aceptarían el fin del franquismo siempre que no cause una revolución. Existe un consulado en Bilbao.

El vecino del sur, el reino de Marruecos, prepara en estos momentos un movimiento popular que tendrá como objetivo recuperar las posesiones coloniales de España en el Sáhara Occidental, lo que desestabilizará aún más al régimen español.

La reciente Revolución de los Claveles en Portugal representa un factor adicional de gran importancia en la misma dirección.

No es difícil preparar el aprovisionamiento de armas a los sublevados vascos desde el país vecino por tierra o mar.

Se dan las condiciones objetivas y subjetivas para que la revolución vasca triunfe o, de no conseguirlo, cree una situación de crisis en el régimen del general Franco de consecuencias interesantes para el movimiento progresista internacional.

Firmado:

Capitán Iván Ivánovich Sokolov.

Estas conclusiones eran prometedoras, pensó al firmar el informe.

Una de ellas tenía un valor extraordinario para Moscú: ¿aceptarían los revolucionarios vascos la tutela de la URSS en la planificación y desarrollo del proyecto?

Esta cuestión era esencial, Sokolov lo sabía. Moscú jamás *metería la patita* —expresión utilizada en aquel entonces— si no existía garantía de jugar un papel fundamental en la partida.

Capítulo 16.

Moscú

Los camaradas de la Embajada de la URSS en Praga se pusieron en contacto con Eduardo mediante una llamada a la biblioteca de la Universidad Pública de Toulouse. Habían acordado que esa llamada debía realizarse a las once y diez minutos de la mañana de un día laborable, preguntando por *madame* Lavande. La encargada era una colaboradora de ETA y sabía que, en caso de producirse, debía llamar a otro teléfono y citar a Eduardo para el día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar.

Eduardo se hallaba en Bayona cuando recibió el aviso. Se puso en camino al día siguiente a primera hora. Saludó a Cristine, la mujer que servía de contacto.

—Te esperamos en «la Torre Eiffel» en setenta y dos horas. Te necesitaremos durante cuatro días.

Era la contraseña. La Torre Eiffel significaba Praga. Era una buena señal, al menos no le habían dado una respuesta vaga o dilatoria, pensó Eduardo M.. Sin embargo, aún faltaba obtener la autorización del KE.

Jon y Emilio no eran ingenuos. El viaje a Lisboa y la entrevista con Otelo tenía sentido para ellos. La fraternidad revolucionaria lo exigía. Pero un nuevo viaje sin mencionar el destino había de justificarse. Julen intervino a favor del viaje de Eduardo.

—No es necesario que nos expliques a qué país vas y quiénes van a ser tus interlocutores. Eres responsable de internacional y puedes hacerlo. Y no olvidemos que somos una organización compartimentada, los servicios secretos españoles son poderosos y, si se produce una caída, conviene que un dirigente sepa solo lo necesario. A tu regreso, nos hablarás del motivo y de los resultados.

—Llegan noticias interesantes de Madrid. Radio París dijo ayer que los rumores sobre la mala salud de Franco se han intensificado. Es probable que tengamos que tomar decisiones en las próximas semanas —dijo Julen.

Eduardo llegó a Praga cuarenta y ocho horas después. Se hospedó en la misma pensión que la vez anterior. Mientras caminaba con su pequeña maleta hasta allí pensó en encontrarse una vez más con sus amigos Imre y Alexander. No tuvo suerte. Comió un bocadillo en la calle y se acostó.

Conocía el camino a la Embajada de la URSS, y a las diez de la mañana del día siguiente se aproximó a la verja. Uno de los guardias le recordaba y le pidió el pasaporte. Una vez en el interior del edificio, lo saludó la misma señora que le había ofrecido semanas atrás un café. El segundo secretario, Igor Andreyevich Titov, hizo acto de presencia mostrando una sonrisa.

—Lo aguardábamos, camarada —dijo.

Era la primera vez que lo trataban de esta manera.

Titov le invitó a pasar a la biblioteca. Le ofrecieron café y aceptó.

El ruso no quería perder tiempo.

—*Tovaritch* Eduardo, tengo buenas noticias. En Moscú le esperan.

Él no había pensado en esa posibilidad. Imaginó una segunda tanda de conversaciones, aclaraciones, preguntas. Se sorprendió aún más cuando Titov anunció:

—Esta tarde, sobre las tres, sale del aeropuerto un avión hacia Moscú. Lo acompañaremos a su pensión, recogerá sus cosas y comeremos aquí, en la embajada. Después viajaremos. Yo haré las presentaciones debidas. Le adelanto que mañana tendrá la primera reunión a las nueve de la mañana. Mis superiores están deseando conocerlo.

Eduardo asintió, asombrado. En ningún momento había imaginado ser recibido en el Kremlin en su condición de miembro de la dirección de ETA.

En un hangar del aeropuerto militar de Praga, calentaba motores un avión militar de tamaño mediano. Era un avión de carga. Junto a ellos, viajaron tres hombres vestidos con traje de civil. Saludaron con un pequeño movimiento de cabeza sin pronunciar palabra alguna.

El viaje desde Praga a Moscú suele durar tres horas, salvo incomodidades meteorológicas, como fue el caso. El avión se movió de una nube a otra con intensidad. Titov y Eduardo se habían sentado en un lugar del avión cercano a la cabina. Para sorpresa del vasco, el camarada Titov desempeñó una misión durante el viaje.

—Bien, joven Eduardo, háble me algo de usted. Así haremos entretenido el viaje.

Se sorprendió más cuando vio que el funcionario soviético sacaba un pequeño cuaderno de su abrigo. Titov se expresaba en un francés correcto. Eduardo aceptó el envite.

—Cuestiones sin importancia. Por ejemplo, ¿a qué se dedica su padre?

Las preguntas y respuestas se sucedieron durante un tiempo largo. Advirtió que estaba siendo sometido a un interrogatorio, si bien amistoso.

Titov le preguntó si tenía esposa, novia o hijos. Él respondió que no. Titov sonrió satisfecho al escucharlo y le guiñó un ojo. Le preguntó si había sido bautizado según el rito de la iglesia católica, y él respondió que sí, además de haber sido confirmado. Le preguntó Titov si antes de militar en ETA había pertenecido a otra organización. Eduardo contestó que a una asociación de la parroquia de su barrio y a un grupo de música en el cual tocaba la guitarra. ¿Música revolucionaria?, se interesó Titov. No, música para pasar la tarde y amenizar los guateques. ¿Guateques?, ¿qué es eso? Fiestas caseras organizadas por jóvenes. La palabra es de origen cubano, dijo el vasco. Así que de Cuba…, volvió a sonreír el ruso. Luego se quedó pensativo. Le preguntó si los guateques necesitaban una autorización previa del alcalde o de las autoridades. Eduardo dijo que solo se necesitaban unos cuantos chicos, unas cuantas chicas, un tocadiscos y unos cuantos licores. De esta manera fueron pasando los minutos. Eduardo examinaba el rostro de Titov. Advirtió

que se tomaba en serio sus respuestas. Le pidió que deletreara la palabra guateque. Titov miró por la ventanilla varias veces y agitó el bolígrafo. Aquel hombre le caía bien, rumió Eduardo.

Al cabo de unas horas, aterrizaron en un aeropuerto militar. Al pie de la escalerilla esperaba un hombre joven. Se presentó como Ivan Ivanovich Sokolov, del departamento Península Ibérica de la Seguridad del Estado. Se desplazaron hasta el aparcamiento de vehículos oficiales. Vladimir Titov se despidió de ambos. Eduardo no realizó trámite alguno para entrar en la URSS.

En el trayecto a la ciudad el capitán Sokolov le fue describiendo los barrios por donde circulaba el Volga oficial. A Eduardo le sorprendió que hablase tan bien el idioma español.

—Soy el oficial encargado de la invitación del partido. Nos sentimos felices de tenerlo entre nosotros.

Eduardo no estaba acostumbrado a tanta ceremonia y respondió.

—Muchas gracias. ¿Podemos tutearnos? ¿Dónde aprendiste español?

Sokolov enseñó una bonita sonrisa.

—Claro, será un placer —respondió el funcionario—. Mi madre era española, valenciana, exiliada de la Guerra Civil.

Una hora más tarde, otro funcionario le abría la puerta de una habitación pequeña y amueblada con una cama, un armario y una minúscula cocina con refrigerador. La temperatura era confortable. En la pared principal, encima de la mesa (con lámpara) cuatro personajes observaban desde sus fotografías enmarcadas: Carlos

Marx, Friedrich Engels, Vladimir Ilich Lenin y Leónidas Ilich Brézhnev. Debajo de las fotografías un lema, entre signos de admiración y enmarcado: *Slava Tibis Rabota* (Gloria al trabajo y a los trabajadores). Cada tres habitaciones había un baño, separados el retrete y el espacio para ducharse por un tabique que no llegaba hasta el techo.

Tuvo la impresión de que se hallaba en una residencia para personas de paso por Moscú. Tal vez para invitados del partido. Desde luego, no se trataba de una pensión. En los pasillos de acceso se cruzó con otros ocupantes, algunos de los cuales portaban carpetas y libros. Él los saludó y no obtuvo más que leves movimientos de cabeza. Dos *babushkas,* sentadas una al lado de la otra ante una mesa, observaban desde una esquina del largo pasillo. Eduardo pasó a su lado y observó que encima de la mesa había un cuaderno abierto y, en medio, un bolígrafo. Le hubiera gustado girarse, una vez que les había dado la espalda, y verificar si las *babushkas* habían apuntado algo referido a él, como, por ejemplo, la hora a la que había llegado. No lo hizo. Deseaba comportarse como un invitado nada curioso.

Sokolov y Eduardo permanecían en la residencia. El ruso movió la cabeza a un lado y otro, como si deseara decirle algo delicado. Eduardo lo miraba a los ojos, esperando que abriera la boca.

—Sería mejor que no hables con nadie durante tu visita. Este es un viaje discreto —le sugirió Sokolov.

—No lo haré —aseguró Eduardo.

Ivan Sokolov sonrió.

—Lo menciono porque compartiste unas cervezas con dos estudiantes en tu viaje anterior a Praga, uno checo y otro húngaro.

Eduardo estaba sorprendido. ¡Cómo no iba a recordarlo!

—Sí, fueron unas cervezas.

—*Niet, niet.* Te pido que seas cuidadoso. Eres nuestro invitado, pero, ya sabes, siempre hay normas que cumplir. Y ahora, tendrás que descansar, mañana nos espera una agenda intensa —dijo el ruso.

Una vez que el vasco se instaló en la que habría de ser su habitación en Moscú, se quedó pensando en la observación de Sokolov. ¿Era una amenaza? No, en absoluto, él era un invitado del servicio de inteligencia. Debía interpretarlo como un aviso, unas palabras que expresaban que los ojos y oídos del KGB estaban en todas partes. ¿Habían informado Imre o Alexander sobre su reunión en la taberna? ¿Cuál de ellos? ¿O no había sido ninguno? ¿Y si había un micrófono oculto debajo de la mesa de la cervecería de Praga? La sola idea de que uno de ellos fuera un soplón le turbó.

Una de las *babushkas* tocó la puerta media hora después. Sonreía y sujetaba una bandeja con un plato que contenía dos huevos duros, unas lonchas de un fiambre que no pudo identificar, un generoso pedazo de pan negro, un vaso de kéfir y una manzana asada aún caliente, además de un vaso de agua. La *babushka* no tenía intención de entregarle la bandeja, sino de invitarlo a que la acompañara a un salón donde podría dar cuenta de la cena. Pronunció dos o tres palabras en un francés comprensible: *Venez, venez avec moi.*

El salón era amplio, con varios butacones de buen tamaño situados frente a una televisión marca KVN, según pudo ver en la parte inferior del aparato. El monitor era pequeño. Una vez en el salón, la *babushka* le indicó la silla donde debía sentarse y depositó la bandeja encima de la mesa. *Bon appétit,* le dijo en un tono suave y amistoso. No había ningún otro residente y la señora se sentó en otro de los butacones y prendió la televisión. Un comentarista informaba sobre los acontecimientos que habían ocurrido en el mundo ese día. Las imágenes hablaban por sí solas: «Jóvenes manifestantes pedían en las calles de Nueva York el fin de la guerra en Vietnam». La *babushka*, jubilosa, levantaba las manos.

El joven vasco estaba seguro de que aquella amable y rolliza señora no hablaba francés, más allá de una docena de palabras, de manera que juzgó prudente no comenzar una conversación. Unos minutos después entró otra *babushka.* Saludó a Eduardo con una leve inclinación de cabeza y tomó asiento en un butacón al lado de su compañera.

Eduardo dudaba, ¿debía preguntarles cómo se llamaban? Le hubiera agradado, pues entendía apropiado dirigirse a ellas por su nombre, una manera sencilla de corresponder a sus atenciones, entre ellas, la bandeja con la cena. ¿Y dispensarles un cordial *dames?* ¿Sonaría poco proletario, incluso capitalista? Pero ¿y si ellas formaban parte del KGB y preferían permanecer en el anonimato? Llegó a la conclusión de que lo adecuado era mantenerse en silencio pues, se dijo, si ellas lo hubieran querido se habrían presentado. Le

fueron entrando ganas de dormir. Había sido una jornada larga y pródiga en acontecimientos.

Al día siguiente, sobre las ocho de la mañana, otra *babushka* tocó su puerta. Sonreía y le ofreció una bandeja con lo que era el desayuno.

La misma señora le avisó treinta minutos después. Sus gestos y alguna palabra que otra palabra *(voiture, vite, la porte, tovaritch)* fueron suficientes para hacerle saber que debía bajar a la entrada del edificio. Un hombre vestido de uniforme le sonrió y abrió la puerta trasera de un vehículo de color negro.

No conocía Moscú y, en los quince minutos que duró el viaje, le pareció que la ciudad tenía un tráfico fluido y ordenado. Por alguna razón había imaginado una gran urbe desangelada y de escaso movimiento. Oyó el trepidar al paso de los tranvías. Reparó en el paso de grandes «Chaikas». Los había visto en los noticieros de la televisión francesa. Ver cómo atravesaban las calles y avenidas, silenciosos y solemnes, con las ventanillas ennegrecidas, apenas a unos metros de donde él viajaba en un modesto Moskvich le causó una impresión de ciudad ordenada.

Cruzaron una gran plaza y el vehículo se detuvo ante un edificio de cuatro plantas de fachada envejecida. El conductor abrió la ventanilla y enseñó un carné. Unos jóvenes con uniforme fumaban en la puerta. Un Eduardo expectante y nervioso se apeó del Moskvitch.

Capítulo 17.

No fue la CIA

Treinta minutos antes de que diera comienzo la reunión con el invitado vasco, la comisión había cambiado impresiones. Esta reunión tenía como propósito repartirse las preguntas a las que habría de responder el protagonista.

La comisión estaba formada por varios oficiales del KGB y otros especialistas. Era costumbre que también asistieran dos invitados ajenos al organigrama. Solían ser veteranos de lealtad probada al partido. En este caso era necesario que fueran españoles. La Subdirección eligió a Facundo Puentes, valenciano, y a Bartolomé Aspiazu, vasco.

Ambos vivían en Moscú desde que se exiliaron tras finalizar la guerra civil. Tenían el carné del Partido Comunista de España, pero era uno más en su cartera, además del de acceso al transporte, otro con el que podían entrar en algunas tiendas que vendían artículos occidentales y un carné para acceder a espacios recreativos donde se practicaban algunos deportes o se jugaba al ajedrez entre camaradas de diferentes países.

Aspiazu y Puentes desarrollaban funciones de asesores en el Departamento de España del Ministerio de Relaciones Exteriores. No percibían un gran salario, pero obtenían el derecho a un apartamento de cuarenta metros cuadrados con calefacción central, en el cual residían con sus familias.

El primero en solicitar el uso de la palabra en aquella reunión previa fue Aspiazu.

—En los asuntos de España hay que redoblar las precauciones. Camaradas, mirad lo que sucedió en la guerra del 36. La perdimos por muchas razones, una de ellas porque en el bando de la República era imposible cumplir órdenes, y porque los socialistas, los trotskistas y los anarquistas no aceptaban de buen grado a los camaradas soviéticos como directores de la guerra.

Su compañero Facundo Puentes apuntó:

—¿Estos vascos de ETA son fiables? Buscan la independencia, pero hagámonos la pregunta, camaradas: ¿son comunistas o al menos socialistas? Aunque no tengo muchos datos, leo las informaciones que llegan y escucho a otros españoles. ¿No son en realidad anarquistas? Su modo de actuar me lo parece. Si fuera así, tendríamos que obrar con cautela. Puede que ni ellos sepan lo que son.

Aspiazu le apoyó.

—Estoy de acuerdo, recuerdo lo que sucedió en la guerra. Sobre el PNV… habría mucho que hablar. Aguirre actuó por su cuenta más de una vez. Y los de ETA son hijos del PNV.

El camarada Puentes aún no había terminado.

—Y el Partido Comunista de España aún duda de que fueran los autores reales del atentado de Carrero Blanco.

Cuando se confirmó el atentado de la calle Claudio Coello de Madrid, el secretario general, Santiago Carrillo, expresó en público sus dudas; sugirió que los servicios de inteligencia norteamericanos estuviesen detrás, con el ánimo de acelerar el fin del franquismo.

La exposición de los camaradas españoles molestó al coronel Fedorov. Le pareció extensa e innecesaria. Más aún habida cuenta de la diferencia de rangos entre los españoles —simples invitados— y los altos oficiales del KGB y del partido que escuchaban. Ofreció la palabra a Yaroslav Yaroslevich Orlov, miembro cualificado del KGB quién, fijando la mirada en Puentes y Aspiazu, expresó.

—El KGB respeta al camarada Santiago Carrillo, secretario general del partido hermano español, pero su insinuación carece de fundamento. Lo hemos investigado. No es cierto. Lo del almirante Carrero Blanco fue una acción sorprendente, audaz, y los autores fueron miembros de ETA sin intervención alguna de la CIA. No hay ninguna duda.

Pocas personas en los organismos de la Unión Soviética, en cualquiera de sus escalafones, se atrevían a contradecir una aseveración de un alto oficial del KGB. Ni siquiera a ponerlo en duda o a solicitar ampliaciones. Hacer saber a los camaradas que se poseían ideas propias era un ejercicio peligroso. Lo recomendable, habían aprendido aquellos hombres desde que logaron entrar en la *Nomenklatura*, era disponer de la habilidad suficiente para detectar

la opinión de los mandamases y, una vez conseguido, mantener con solidez iguales ideas y misma argumentación.

Los españoles Aspiazu y Puentes asintieron ante las palabras de Orlov y tomaron nota en sus cuadernos.

El teniente coronel Fedorov dirigía la reunión y explicó su propósito a los participantes. Hasta ese instante sabían que habrían de escuchar a un dirigente revolucionario vasco sobre sus planes para luchar contra la dictadura mediante un levantamiento popular.

Fedorov adelantó que, en aquella etapa, el partido contemplaba tres posibilidades: la primera, su archivo inmediato por considerar el plan utópico, inalcanzable o sumamente arriesgado. La segunda alternativa consistía en el éxito de la acción, aunque fuere parcial. La tercera era la preferida de Fedorov: los sublevados no alcanzarían a ocupar de forma estable ninguna ciudad importante del País Vasco, pero los acontecimientos desencadenarían la desestabilización de un país aliado de Estados Unidos. Provocar este estado de cosas en Europa Occidental, sembrar confusión, causar disturbios internos representaba una de las aspiraciones del Kremlin en aquellos años de la Guerra Fría. Era su juego favorito, la forma preferida de ganar una batalla sin disparar una sola bala.

Capítulo 18.

Otra vez Otelo

Eran las diez de la mañana de un día de marzo de 1975. A Eduardo lo acompañaron a un salón de gran tamaño y techos altos. Los retratos de Marx, Engels, Lenin y Leónidas Brézhnev presidían la estancia. Nueve personas, que superaban los sesenta años, hablaban en dos o tres corrillos. Cuatro de ellos vestían uniforme y de sus chaquetas colgaban diferentes medallas y distintivos.

Se acercaron a Eduardo con una sonrisa abierta, estrecharon su mano y le ofrecieron asiento. Estaban ante un hombre joven, de complexión mediana, atractivo y con un semblante saludable que sonreía. Vestía de manera informal y, sin duda, a la *Occidental*. Se expresaba en francés con una dicción inmejorable. En una primera observación, el vasco les cayó bien, estupendamente bien.

En ocasiones las cosas fallaban, fuera por circunstancias adversas o por las prisas, como en esta ocasión. El protocolo establecía cómo debían funcionar las cosas en la Gran Patria Soviética: una comisión de altos cargos no debe entrevistarse con un occidental sin haberle examinado, rastreado; sin conocer sus antecedentes de cualquier

tipo, detalles de su infancia, de su adolescencia, sus costumbres sexuales, sus logros académicos, el estado de sus cuentas corrientes, el modo en que había ascendido a su posición en un partido u organización, es decir, todo sobre él. No existía nada irrelevante en un expediente abierto por el KGB. Si un hermano de su padre o de su madre había emigrado a un país americano y no se había vuelto a saber nada de él, debía ser investigado. Si un familiar en segundo grado había sido tratado por un psiquiatra, el partido debía saberlo.

Pero, en este caso, las prisas lo impedían, y había un culpable: Francisco Franco, del que se decía que estaba para morirse, o que ya no estaba en este mundo y su lugar lo ocupaba un sosia, vestido con su uniforme o con su pijama de enfermo, un rostro pálido sin apenas gestos, como cuando firmaba una tras otras condenas a muerte de combatientes republicanos o disidentes.

De modo que la visita del vasco era uno de los raros casos que permitían saltarse las reglas a los miembros de la comisión. Nada sabían de él, salvo lo que expresó en la Embajada de la URSS en Praga con motivo de su primera visita. Por ese detalle contaba ya con el calificativo de joven audaz que, de por sí, era sinónimo de admirable en aquel universo de veteranos del espionaje, activos intelectualmente aún, aunque algo pasados de moda.

En aquella sala estaba representada la Revolución de Octubre, la Gran Patria de los Soviets que hizo retroceder a los ejércitos del Tercer Reich. Todos sonreían a Eduardo y parecían dispuestos a escucharlo con interés. ¿Estaba en el mundo real o aquello formaba

parte de una ensoñación propiciada por su audacia?, se preguntó. ¿Prosperaría su misión?, ¿cuál era esta?

Una señora vestida con falda negra y camisola blanca entró en la sala y se le acercó. En un mal inglés, le ofreció té o café.

—Té, por favor —dijo Eduardo.

Quién presidía la reunión era un hombre entrado en años, más de setenta. Tosió un par de veces y dirigió una mirada a la concurrencia. Se disponía a pronunciar su habitual alocución de bienvenida a un invitado. La pompa y el aire ceremonioso eran necesarios y nadie los interpretaba mejor que un alto cargo del Estado en cuya pechera sobresalían un buen número de medallas.

—Camaradas, recibimos hoy a un joven revolucionario de nuestra querida España. ¡Son tantos los recuerdos que tenemos de la guerra del 36! ¡Tantos los héroes muertos en actos de combate! Te queremos dar la bienvenida, estás entre amigos, entre camaradas.

Quién hablaba era el teniente coronel Boris Borisovich Fedorov, según explicó a continuación un joven vestido de civil que tradujo sus palabras a un español correcto, con un marcado acento cubano.

El joven le presentó a los asistentes.

Eduardo M. dijo sentirse abrumado por las palabras de bienvenida. Dio las gracias y se presentó como miembro de la dirección política de ETA, el movimiento revolucionario vasco

El teniente coronel Fedorov abrió el turno de preguntas. Quien había sido presentado como experto en psicología socialista pidió la palabra.

—¿Cuántos años tiene, camarada?

—Veinticinco —respondió Eduardo.

—¿Y el resto de los miembros de la dirección?

—Entre veinte y treinta, según creo —titubeó.

Fedorov, el anfitrión principal, hizo un gesto a uno de los jóvenes asistentes que se encontraban de pie al fondo de la sala para que se acercara. Le susurró unas palabras al oído y, al cabo de unos minutos, el asistente regresó con un mapa de gran tamaño recogido en un tubo. Lo desenrolló. Acto seguido, le ordenaron que lo clavase en una de las paredes; lo hizo con la ayuda de dos jóvenes más. El mapa era de la península ibérica y, según calculó Eduardo, debía medir cuatro metros de anchura y casi tres de altura.

Se fijó en la cartela, era un mapa de elaboración inglesa.

—Pues bien, aquí tenemos España y, en el norte, el País Vasco —dijo Fedorov.

Uno de los militares fue el primero en intervenir.

—Bien, joven camarada. Ustedes pretenden levantarse en una región de veinte mil kilómetros cuadrados. ¿Levantarse?, ¿lo he expresado bien? He estudiado en las últimas horas la geografía, las fronteras, las comunicaciones. Observo que Bilbao es la ciudad principal desde el punto de vista económico. Bilbao está rodeada de asentamientos fabriles y barrios obreros. Esa es una buena noticia. ¿Tienen planes detallados para tomar Bilbao?

Llegaba el *gran momento,* se dijo el vasco. Llevaba semanas esperando esta pregunta. Le había extrañado que no se la hubieran

formulado antes, en Praga por medio de Titov, o en Moscú. Tenía preparadas las respuestas desde su viaje a Lisboa, después de la conversación con Otelo Saraiva de Carvalho. Estaba seguro de que en algún momento le servirían para impresionar a los soviéticos.

Y ese momento había llegado. Había memorizado las palabras de Otelo y ahora se disponía a volcarlas ante ese buen número de jerarcas soviéticos con la naturalidad y convicción que se había propuesto y ensayado en un buen número de ocasiones.

—En Moscú tratarán de sorprenderte. Después de endulzarte los oídos hablando de la honestidad de la causa revolucionaria, llegarán las preguntas importantes. Aquellas que les aclararán si este asunto es un delirio de unos jóvenes aventureros que creen estar ante una nueva Sierra Maestra o, por el contrario, tiene fundamento y posibilidades, aunque sean escasas. De manera que pongámonos a trabajar —le había dicho Otelo unas semanas antes.

El portugués había extendido un mapa de buen tamaño de la península ibérica.

—Aquí estamos, en Euskadi —señaló. Escucha con atención. Para que los soviéticos te tomen en serio, será necesario que llegues con un plan, y no con uno cualquiera, sino con uno para la toma de Bilbao en cuestión de horas. Las noticias se extenderán de inmediato. Si tomamos esta ciudad, nuestro plan se acelerará.

Eduardo escuchaba concentrado. No era un joven arrebatado de entusiasmo quien hablaba, sino el comandante que dirigió el golpe de estado del 25 de abril de 1974.

—Bilbao, esa es la clave —insistió Otelo—. A nosotros nos pasó igual. Tomamos los puntos neurálgicos de Lisboa y el régimen se desmoronó.

—Te escucho —dijo Eduardo.

—Por lo que veo en este mapa, Bilbao es una ciudad de pequeño tamaño, hundida en una especie de agujero, ¿podríamos denominarlo así?

—Así es. Por eso la gente lo conoce como el *botxo.*

—Bien. Eso quiere decir que las carreteras que comunican Bilbao con las localidades vecinas pueden ser cortadas por comandos armados. No veo que exista una gran autopista —dijo, posando su mirada sobre unas notas que llevaba consigo.

A Eduardo le sonaron bien aquellas palabras.

—¿Cuántas personas armadas serían necesarias para tomar y controlar esas carreteras en algunos puntos determinados? Me refiero a las entradas y salidas de la ciudad —preguntó Otelo.

—Con tres o cuatro docenas de militantes armados en cada uno de esos puntos será suficiente. Siempre que no se adelanten la Guardia Civil y la Policía Nacional, que deberían quedar inmovilizadas —explicó Eduardo.

—A eso quería llegar. ¿Cuántos cuarteles existen en el perímetro de Bilbao?

—Tres, uno de militares, se llama Garellano; otro de la Guardia Civil, se llama La Salve; y un tercero en el centro de Bilbao, en

Indauchu, es la Jefatura Superior de Policía. Eso en cuanto a la concentración de efectivos.

—¿Y qué más?

—Está el Gobierno Civil, en la plaza Moyúa, y el Gobierno Militar, en la Alameda de Mazarredo. Y la Comandancia de Marina en la calle Ibáñez de Bilbao. Pero son instalaciones pequeñas, puede que haya media docena de soldados en cada uno de ellos.

—Empiezo a entender. Háblame del cuartel militar.

—Garellano. Es un cuartel de gran tamaño, adonde llegan los reclutas que van a hacer el servicio militar, antes de ser trasladados a los cuarteles fuera de la provincia donde serán destinados —dijo Eduardo.

—¡Magnífica noticia! ¡Soldaditos de mentira! Obligados a ponerse el uniforme, sin vinculación ideológica con el régimen —exclamó Otelo.

—Puede decirse así.

—Continúa —pidió Otelo.

—La Salve e Indauchu son dos islas en medio de la ciudad. Es probable que nos encontremos frente a una buena cantidad de hombres bien armados y, estos sí, fieles al régimen. Pertenecen a la Guardia Civil y al Cuerpo Superior de Policía —dijo Eduardo.

Otelo guardó silencio durante uno o dos minutos sin despegar la mirada del mapa.

—¿Cuántos hombres armados podría llegar a movilizar ETA? ¿Decenas, cientos, miles?

Eduardo no tardó en responder.

—Es difícil saberlo. Si disponemos de armas suficientes, creo que muchos jóvenes se unirán, cientos en un primer momento, después miles si las cosas empiezan bien. Luego dependerá de cómo transcurra todo. También es probable que se unan los militantes de otras organizaciones antifranquistas si las primeras noticias indican que estamos avanzando.

—Querido Eduardo, solo es un primer esbozo, pero creo que se podría tomar Bilbao durante unas cuantas horas, veinticuatro, treinta, cuarenta y ocho, no más. Pero solo, repito, si conseguimos interrumpir las transmisiones. Si conseguimos que esos cuarteles que has citado, esos centros, no puedan comunicarse con Madrid o con las provincias cercanas.

—No entiendo bien.

—Te lo explicaré. No soy ingeniero de telecomunicaciones, pero el 25 de abril entendí su importancia.

Eduardo se hallaba excitado.

—¿Puedo tomar notas? —preguntó.

—No, tendrás que memorizarlo.

El portugués trató de ser didáctico.

—Existen las comunicaciones por línea, los teléfonos. Son fáciles de cortar. Basta con ocupar la central.

—En el caso de Bilbao es el edificio de Telefónica, está en la calle Buenos Aires y sus empleados son civiles. No costará ocuparlo.

—Esa es una buena noticia —dijo Otelo—. Una vez que los militantes de ETA ocupen el edificio, los empleados recibirán la orden de cortar la conexión con el resto de la red. ¡Ojo! —exclamó el militar—. El sistema de supervisión de la red en Madrid creerá que Bilbao se ha desconectado debido a un problema técnico, una incidencia grave. Para cuando se enteren de lo que en realidad está pasando, habrán transcurrido horas.

—Tenemos interrumpida la red de telefonía de Bilbao con el exterior —dijo Eduardo.

—No corras, faltan unas cuantas piezas. Ahora viene la red de telégrafos. Sucede igual que con la telefonía. En este caso, habrá que tomar el edificio de Correos, a la misma hora y en el mismo minuto.

—Se trata de un edificio en Alameda de Urquijo sin vigilancia destacable. Son empleados civiles. Lo ocuparemos y cortaremos la línea.

Otelo prosiguió:

—Tenemos cortadas ambas líneas, telefónica y telégrafos. De forma simultánea, se habrán de ocupar los centros de emisión de televisión y las emisoras de radio. Supongo que todas ellas están en la misma ciudad.

—Así es, próximas unas de otras. ¿Quieres decir que podríamos emitir los mensajes que quisiéramos

—Sí, aunque en las primeras horas no convendrá, la sorpresa es importante. Mejor permanecer en silencio, en un apagón absoluto,

mientras se desarrollan otras actuaciones.

Otelo continuó:

—Falta otra cuestión menos conocida: las comunicaciones de los radioaficionados. En España, como en Portugal, existe una gran tradición de ciudadanos anónimos amantes de la radio. Ante un acontecimiento de esta magnitud, como es una insurrección, algunos querrán entrar en contacto con otros radioaficionados de España o del mundo para compartir lo que está sucediendo en Bilbao. Ellos son un apoyo importante cuando un desastre natural interrumpe los sistemas de comunicación.

Eduardo se quedó pensativo.

—¿Y qué se puede hacer?

—No creo que en una ciudad pequeña como Bilbao existan cientos de radioaficionados, habrá como mucho cinco o seis. Desde Lisboa conseguiremos saber quiénes son y dónde residen, suelen estar conectados. Solo tendréis que llamar a la puerta de sus casas y, durante unas horas, impedir que transmitan. Será fácil.

Eduardo tenía unas cuantas preguntas que hacer.

—Doy por supuesto, de acuerdo con el plan que esbozas, que hemos tomado Bilbao y la hemos aislado. ¿Cuánto tiempo resistiremos?

—Ahí es cuando entra en juego la segunda parte del plan, esa es la razón por la cual deberás hablar con los rusos —contestó el portugués.

—La movilización de la opinión pública internacional, el Consejo Nacional de Seguridad de la ONU, el Movimiento de Países No alineados, el Vaticano. ¿A eso te refieres? —dijo Eduardo.

—Sí. Ten por seguro que, si Bilbao cae en vuestras manos, otros pueblos importantes caerán en cuestión de horas, en el caso de que se dé esa movilización internacional —exclamó Otelo.

—Comprendo —dijo Eduardo.

—Así es, mientras Franco se muere, el mundo se enfrentará a una crisis en el corazón de Europa. Tendrá ante sí el siguiente dilema: o detiene la reacción del régimen, evita que manden refuerzos y dejen las calles de Bilbao sembradas con cientos de cadáveres, o se aviene a una negociación. Ya estoy viendo los titulares de los grandes medios de comunicación de París, Londres, Nueva York, Roma: «¡Bilbao y el País Vasco se insurreccionan contra el régimen de Franco! ¡Estalla la huelga general revolucionaria en Euskadi!» —expuso un excitado Otelo.

»De esta manera, cabe la posibilidad de que se detengan las operaciones desde Madrid y se dé una intervención internacional que acabe en una mediación. Por supuesto, Portugal estará de vuestro lado desde el primer momento. México y un buen número de países exigirán al gobierno español que abra negociaciones para evitar una gran masacre. Y no olvidemos que el régimen está dividido, y por tanto, debilitado.

Otelo hablaba con pasión, de pie, moviéndose de una esquina a otra.

—Amigo mío, soy cuidadoso a la hora de revelar confidencias, pero estamos ante una operación crítica para tu país y para el mío; en realidad, para la península ibérica y para Europa. Hace quince años, una revolución cambió la historia, me refiero a Cuba. Puede que estemos ante la oportunidad de repetir una revolución en Europa.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Eduardo.

—Te lo diré, siempre que prometas guardarme el secreto.

—Lo haré, tienes mi palabra.

—Te creo. Como puedes imaginar, desde el 25 de abril recibo numerosas visitas. Me visitaron hace unos días algunos dirigentes del Frente Polisario. ¿Sabes de quiénes hablo? —preguntó Otelo.

Eduardo lo sabía. Hasta sus oídos habían llegado noticias de un grupo poco numeroso de habitantes de la colonia española conocida como Sáhara Occidental, situada entre Argelia, Marruecos y Mauritania, que luchaban contra la ocupación española. Mantenían relación estrecha con Argelia.

—Y ahí entro yo. Los argelinos son buenos amigos —dijo Otelo.

—Continúa, por favor —pidió Eduardo.

—Argelia y Marruecos están divididos por este asunto, digamos que son enemigos irreconciliables. Y ahora abre bien los oídos: los argelinos han detectado los preparativos de una ocupación civil del Sáhara Occidental. Miles de marroquíes caminarán cientos de kilómetros sobre esta colonia española, en un contexto interno de suma debilidad. Hassan II dará la orden cuando Franco esté agonizando. ¿Qué ocurrirá si hacemos coincidir este acontecimiento

con el levantamiento en Euskadi? ¿Podrá el régimen español hacer frente a ambas crisis? —se preguntó Otelo.

Capítulo 19.

¿Tomar Bilbao?

—Camarada, ¿tienen planes detallados para tomar Bilbao?

La pregunta flotaba sobre la larga mesa de aquella reunión moscovita. Eduardo aún no había respondido.

El vasco había estudiado hasta la saciedad la conversación mantenida en Lisboa con Otelo Saraiva de Carvalho. De manera que cuando el teniente coronel Fedorov le hizo esa pregunta, desarrolló las respuestas con naturalidad, como si fuera el resumen de un plan estudiado por un grupo de conspiradores competentes.

Los soviéticos se sorprendieron. Aquel joven habló sobre la mejor manera de ocupar los edificios, interrumpir las comunicaciones y neutralizar a los radioaficionados. No eran manifestaciones que perteneciesen al universo fantasmagórico de los sueños. O sí lo eran, pero encerraban un punto de verosimilitud, pensaron los oficiales que lo escuchaban. En la mesa había un oficial experto en telecomunicaciones militares, y se dijo: «Este joven sabe lo que dice».

La reunión no había terminado. El interés por escuchar al joven vasco creció.

—Estimado amigo, háblenos de los dirigentes de ETA. Le voy a hacer una pregunta concreta: ¿son ustedes católicos?

Quien preguntaba era el teniente coronel Fedorov.

Eduardo se sorprendió. Estaba preparado para responder una serie de preguntas ideológicas, embarulladas: ¿son ustedes marxistas o marxistas leninistas?, ¿aceptan a Marx y a Engels como los grandes pensadores de la humanidad?, ¿qué nos dice del materialismo histórico y dialéctico, de la lucha de clases? Sin embargo, no le hicieron esas preguntas.

—¿Son ustedes católicos, camarada? —le había preguntado Fedorov. Aquellos hombres esperaban su respuesta. Por alguna razón, y a tenor de la mueca de sus rostros, les interesaba.

A la pregunta del teniente coronel Fedorov le había seguido un comentario en voz baja de un hombre vestido con un traje que a simple vista le quedaba grande y una corbata de un rojo chillón. Se había incorporado a la reunión una vez comenzada. Lucía una insignia en la solapa. Eduardo no recordaba en aquel momento si era del departamento ideológico, aunque sí sus palabras pronunciadas en voz baja: «Responda a esa pregunta, joven *tovaritch».*

Los camaradas Aspiazu y Puente sonrieron. Eduardo se hallaba en un apuro. Unas cuantas miradas se posaron sobre él.

—No hemos discutido sobre la existencia de Dios.

—Pero ustedes, los vascos, tienen fama de ser un pueblo enraizado en el catolicismo, tanto como el irlandés —insistió el hombre vestido de civil, sentado al lado de Fedorov.

No podía escabullirse. Daba por hecho que aquellos hombres conocían un buen número de datos sobre ETA como, por ejemplo, que buena parte de sus reuniones se celebraban bajo el paraguas de establecimientos religiosos. Para ellos esa pregunta tenía trascendencia, pensó. ¿Tanta como para orientar en una u otra dirección las decisiones que habrían de tomar? Tal vez no era importante la respuesta en sí misma, sino el aplomo con que respondiera.

La mente de Eduardo bullía. Desde que pisó Moscú —en realidad desde que cruzó la verja de la embajada en Praga—, daba por hecho que los poderosos servicios de inteligencia soviéticos se tomarían la molestia de investigarlo.

—Es verdad que existe una fuerte tradición católica entre los vascos, así ha sido siempre. Puedo hablar de mi experiencia, mis padres son católicos, asisten a misa los domingos y rezan. Yo no lo hago.

Se hizo un silencio que duró tres o cuatro segundos. Eduardo lo interpretó como una pequeña victoria. Más aún cuando el coronel Fedorov dijo que no era necesario que se extendiese en la respuesta. No se trataba de poner en aprietos innecesarios a su joven invitado, y menos sobre una materia tan delicada, añadió.

La reunión había durado hasta ese momento casi tres horas. Cada media hora la interrumpía la misma señora que había ofrecido café,

llevando una bandeja con pastas dulces de colores diferentes. Cuando entraba, después de tocar la puerta tres veces, el silencio se hacía absoluto. Quien estaba en el uso de la palabra aprovechaba para sorber un trago de agua o de un refresco.

En los gestos del teniente coronel Fedorov se advertía que tenía deseos de finalizarla. Sin abandonar la sonrisa, le preguntó:

—¿Quiere añadir algo más, camarada?

Eduardo se había sentido a gusto en la conversación. Sus respuestas se habían ajustado al guion ensayado con Otelo. Vino en su ayuda una de sus características: la audacia.

—Sí, me gustaría añadir una circunstancia.

—Díganos. Le escuchamos con atención.

—Los militantes de ETA que estarán en la primera línea del levantamiento son jóvenes; de mi edad o de poco más de dieciocho años, algunos no habrán alcanzado esa edad, unos críos. Nadie les exigirá que den un paso al frente, lo harán porque les sobra convicción, ideales. Sueñan con ese momento. No se echarán atrás cuando empiecen los combates.

—Gracias, joven *tovaritch,* son palabras hermosas —dijo el teniente coronel Fedorov.

Fedorov dio por concluida la larga reunión. Le estrecharon de nuevo la mano uno tras otro. Tres de aquellos veteranos le dieron dos besos. El camarada psicólogo le saludó y sonrió de forma que Eduardo interpretó como un acto de simpatía. Igual hicieron Puentes y Aspiazu. Salió del edificio con una buena impresión.

El camarada Fedorov expresó:

—Nos gustaría llevarle a Leningrado, al Hermitage, al teatro Mariinski, a contemplar el atardecer en el río Neva con sus puentes levadizos iluminados y la belleza de la Gran Mezquita. Merece la pena, lo digo yo que nací allí. Es la antigua San Petersburgo, con las cúpulas doradas de las iglesias antiguas. ¿Sabe que era conocida como la Venecia del Norte? No todo es trabajo, pero tendrá que ser en otra ocasión. Por de pronto, seguramente mañana continuaremos la reunión, dependerá de nuestra agenda, estamos muy ocupados. ¡Tantas cosas extraordinarias suceden en el mundo! Esta tarde, el capitán Sokolov le enseñará Moscú. Espero que lo lleve a un buen lugar para cenar.

Se hallaba sentado en un banco de un largo pasillo, esperando que algún funcionario lo acompañase al vehículo para regresar a la pequeña habitación que le servía de hospedaje.

A unos veinte metros del lugar donde se hallaba, observó cómo Sokolov y un militar conversaban. A ellos se unió otro hombre vestido con gabardina y sombrero. No había participado en la reunión que acababa de finalizar. Eduardo los miraba de reojo y, por sus gestos sospechó que hablaban de él. Se acercaron.

—Eduardo, te presento al camarada Sergei Guerasimov, pertenece al departamento.

Eduardo se quedó con las ganas de saber a qué departamento se refería. Calló y se limitó a ofrecerle la mano.

—Le gustaría conversar contigo unos minutos. El camarada Guerasimov habla bien francés. Luego, como tenemos planeado, te

llevarán a tu habitación y nos veremos más tarde. ¿Estás de acuerdo? —dijo Sokolov también en un perfecto francés.

—Claro, lo estoy.

Guerasimov apenas hablaba castellano, aunque saludó con un «¡Hola, bienvenido a Moscú!». Era un hombre de edad mediana y en su rostro destacaba una nariz aguileña. No sonreía mucho y parecía tener prisa por empezar la conversación.

—Buscaremos una sala.

Unos minutos más tarde se hallaban en una habitación repleta de pupitres con una tarima y una enorme pizarra. El soviético sacó una pequeña agenda y un bolígrafo. A Eduardo le pareció que era de la marca Bic, con su capuchón característico. Una vez que tomaron asiento Guerasimov preguntó.

—Por lo que sabemos, ustedes, los de ETA, dirigen sus actividades desde el sur de Francia.

Eduardo sospechó que estaba ante un miembro del KGB. Así como Sokolov le había resultado simpático desde el instante en que se conocieron, este le pareció áspero, tal vez porque apenas sonreía.

La pregunta del camarada era directa, desde luego. Era difícil escabullirse.

—No, nuestras actividades se desarrollan en nuestra patria, en Euskadi; en ocasiones en Euskadi Norte y otras en Euskadi Sur.

La respuesta de Eduardo desconcertó a Guerasimov.

—¿Qué quiere decir?

Eduardo no pretendía dar a su interlocutor una clase de historia o de geografía. Se limitó a expresar.

—Nuestro país está ocupado por Francia y España. Cuatro provincias están en lo que se llama España, y tres en Francia.

—¡Ah! ¡Ahora comprendo! —exclamó el ruso—. Bien, no me interesa demasiado la parte *sentimental* de su lucha, lo que me gustaría saber es lo siguiente: ¿tienen ustedes un acuerdo con las autoridades francesas? Si fuese así, ¿en qué consiste ese acuerdo?

Eduardo se molestó. Usar el adjetivo *sentimental* no era la manera más correcta de referirse a la lucha del pueblo vasco por la reunificación de sus territorios. Aquel hombre carecía de tacto, pensó. Sin embargo, decidió pasarlo por alto.

—¿Acuerdos? ¿A qué se refiere, camarada?

Guerasimov advirtió un problema. La reunión había empezado mal. Quizá no estaba bien informado; le dieron a entender que el joven que tenía enfrente era un agente reclutado que tenía la obligación de responder a las preguntas que se le hiciesen sin cuestionarlas.

De manera que sonrió. Buscó en su cartera otra libreta, la extrajo y leyó unas páginas.

—Ahora estoy en mejores condiciones de conversar con usted, camarada —dijo.

Eduardo permanecía en silencio.

Guerasimov empezó a pronunciar lo que llegó a ser un discurso, en tono amable y esforzándose en sonreír, aunque lo conseguía con dificultad. Continuó leyendo:

—Nos interesa mucho Francia. Desde los sucesos heroicos del mayo de 1968 aún más. Desde entonces han gobernado presidentes derechistas, De Gaulle, Pompidou, Giscard d'Estaing. Creemos que tarde o temprano la clase obrera francesa se levantará. Discúlpeme, camarada Eduardo, según las noticias de que disponemos, ETA mueve a sus militantes en Francia y no son molestados, aunque el Gobierno de París sea de derechas. ¿No es extraño? Espere, le voy a comentar un dato importante: la rueda de prensa en que ETA asumió el atentado contra el almirante Carrero Blanco tuvo lugar en Francia —dijo tras consultar su libreta—. Ese día, el 20 de diciembre de 1973, una llamada de ETA a Radio París reivindicó la acción. Son datos comprobados por nuestros servicios.

Eduardo se hallaba en su terreno, esas mismas cuestiones las había respondido en un buen número de ocasiones. Solía mantener reuniones con miembros de los partidos políticos franceses, como el socialista de Mitterand y el comunista de Marchais, y también con emisarios del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Francia era —¿cómo explicárselo a aquel oscuro agente del KGB? — el país de las posiciones aparentemente contradictorias, el país del disimulo. España y Francia mantenían relaciones diplomáticas y comerciales plenas y las autoridades francesas recibían a menudo las quejas de altos funcionarios españoles que les informaban con detalle de las actividades de militantes de ETA en su territorio. Los franceses enarcaban las cejas y exclamaban: «¿Cómo es posible?, ¿están ustedes seguros?», para, a continuación, una vez que colgaban el teléfono, llamar a cualquiera de los funcionarios

encargados del contacto con ETA para que advirtiesen a sus dirigentes: «No nos pongan en aprietos, reduzcan sus movimientos». En los momentos de crisis de mayor envergadura, París reaccionaba y deportaba a media docena de militantes a un departamento remoto.

Entre esos límites transcurría el juego. ETA actuaba y organizaba su retaguardia, movía sus hombres y armas, contaba con viviendas y garajes donde se manipulaban vehículos. Y, además, contaba con la simpatía general de la población francesa, sobre todo entre los intelectuales de París, Burdeos u otras ciudades. Entre los universitarios, entre los poderosos sindicatos, entre los periodistas que escribían apelando a la solidaridad con aquellos que se rebelaban contra la dictadura. Solo existía una razón: Francisco Franco y la ausencia de un sistema democrático en España. Por todo ello, gobernara uno u otro en el Elíseo, los controles sobre ETA se limitaban a ser simbólicos y ocasionales.

Pero no era cuestión de extenderse, se dijo Eduardo. Solía viajar a París. Mantenía contactos con figuras emblemáticas de la *gauche divine*, del mundo de la política y de la cultura. Lo recibían con agrado y pasaban por alto que fuera un dirigente de una organización armada. Para ellos los asuntos de España eran semejantes a los que tenían que ver con los países latinos de América, con sus dictadores, medallas y bicornios, sus golpes de estado y sus hojas de vida repletas de crímenes crueles. Una proyección de los generales Alcázar y Tapioca que se disputaban el poder en la inventada nación de San Theodoros de Tintín y Milú.

Aquel joven risueño e ilustrado vasco despertaba en París simpatías y estas se transformaban en confidencias que no estaba dispuesto a compartir con aquel agente soviético, tosco en sus formas e imprudente en sus preguntas.

—Camarada Guerasimov, no estoy autorizado a revelar la clase de relaciones que mantenemos con las autoridades francesas —dijo, con cierto aire de solemnidad.

El oficial del KGB encajó el golpe. Lo miró durante unos segundos. Introdujo en su cartera el cuaderno y el Bic, pero no se levantó del asiento. Estaba tomando una decisión. Podía quejarse ante sus superiores por el comportamiento de aquel joven que, no debía olvidarlo, era un invitado de la URSS, si bien oficioso. Pero la queja evidenciaría que había existido un choque entre ellos, que la conversación no se había desarrollado según criterios de amistad.

Eduardo aprovechó los segundos de silencio de Guerasimov para reflexionar. Se dio cuenta del efecto que había causado en su interlocutor. Se había comportado de forma inadecuada y soberbia. Era cierto que se había sentido incomodado por las preguntas, pero esta no era la razón principal de su actitud. Guerasimov no estuvo presente en la reunión que había mantenido minutos antes con los oficiales cargados de medallas. Concluyó que aquel hombre era un cargo menor. ¿Cómo solucionaba aquel pequeño contratiempo?, pensó. Estaba en Moscú para hacer amigos, no para granjearse enemigos. Reculó:

—Camarada, tal vez he sido demasiado sintético en mis respuestas, lo siento. Es verdad lo que usted ha expresado. Las

autoridades francesas representan a la derecha, de eso no hay duda. Pero están sometidos a una opinión pública que les examina cada día, cada hora. Usted sabrá que en París se editan más periódicos y revistas que en cualquier ciudad del mundo. Esta opinión pública es antifranquista y nosotros nos beneficiamos de forma indirecta. Respondiendo a su pregunta: no tenemos pactos con el gobierno francés, pero sí uno emocional con los principales medios de comunicación y la ciudadanía, y hasta el momento ese pacto funciona bien.

Guerasimov mudó su semblante. Sonrió.

—Lo que acaba de decirme es importante, camarada. Ese punto de vista explica unas cuantas cosas. Seguiremos conversando en otra ocasión. Ha sido muy amable. *Á la prochaine.*

—*Á la prochaine* —respondió Eduardo.

Capítulo 20.

Parte del procedimiento

El capitán Sokolov había acordado recogerlo a las cinco de la tarde.

Moscú es una ciudad de tiempos cambiantes, y un viento helado azotaba sus calles a esa hora. Para los extranjeros, y aún más para los meridionales como él, resultaba incómodo.

No debían conversar sobre la reunión mantenida horas antes. Lo tuvieron en cuenta cuando se reunieron en la puerta del edificio. Se saludaron como suelen hacerlo dos buenos camaradas. Eduardo había tenido tiempo para cerrar los ojos unos minutos y ducharse.

Entraron en un bar. Su clientela era variada; mujeres y hombres jóvenes que charlaban con buen ánimo, entrechocando sus vasos y brindando cada diez minutos. Predominaba la clientela extranjera.

Sokolov le sugirió que probase el *yorsh*, una popular mezcla de vodka y cerveza. El ambiente del bar estaba cargado del humo de los cigarrillos y de la humanidad de la clientela. Se encontró a gusto. El ruso hablaba español con fluidez y se esforzaba por congeniar con él.

Del bar salieron achispados. Propuso Iván caminar hasta el Hotel Moskova, donde cenaron en un restaurante de comida internacional, lo que sorprendió a Eduardo. Esperaba una cena rusa.

Sokolov no parecía tener prisa y aún era temprano, sobre las nueve de la noche. Ambos eran jóvenes y daban la impresión de desear agradarse.

Eduardo se abrió paso con una propuesta inesperada.

—Me gustaría conocer algún bar típicamente ruso, de gentes sencillas.

El anfitrión acogió bien la idea y en unos minutos llegaron a un bar situado en una callejuela mal iluminada. Había gente esperando en la puerta, pero Sokolov enseñó su acreditación y les franquearon la entrada. Era un establecimiento diferente al anterior bar y al ambiente occidental que se respiraba en el restaurante del Hotel Moskova. Hombres y mujeres de aspecto sencillo tomaban bebidas, vodka y *yorsh*. Algunos cantaban canciones tradicionales que sonaban melancólicas. Brindaban una y otra vez. Sokolov se lo explicó:

—Nadie bebe sin levantar el vaso y brindar. Por la salud, por los padres y los abuelos, por la esposa, por los hijos, por la Gran Patria Soviética, por el secretario general del partido y por el politburó. Por todo.

Tras consumir alguna copa de más, Sokolov dio a entender que era el momento de que su invitado regresara a su pequeña habitación. Eran muchas las impresiones y emociones de aquel día. Eduardo necesitaba descansar y estar bien preparado para el día siguiente

Tenía un buen número de dudas, no podía creerse del todo que fuera cierto que estuviera viviendo un acontecimiento como aquel, en el corazón político de la Unión Soviética

¿Estaba sobrepasando las atribuciones que le otorgaba su cargo en el Comité Ejecutivo de ETA? ¿Era consciente de que aquella *pequeña bromita* de Otelo estaba tomando cuerpo? De llevarse a cabo, miles de compatriotas saldrían a las calles y arriesgarían sus vidas. ¿Estaba dando pasos en falso?

Al día siguiente, desde que Eduardo abrió los ojos, al filo de las seis de la madrugada, tuvo la corazonada de que habría de producirse alguna variación en la reunión, prevista para las nueve de la mañana.

Sokolov se presentó a las ocho en punto. Tocó la puerta de la habitación del joven vasco. Eduardo se hallaba vestido. El rostro del ruso indicaba inquietud. A pesar de ello, tras saludarle, le preguntó:

—¿No tienes resaca?

No sabía Eduardo si era resaca, sueño o preocupación, pero se hallaba sacudido, como el estudiante que espera una mala noticia y se acerca al tablón de la facultad donde se exponen las notas.

—¿Qué sucede? —preguntó Eduardo.

Lo que horas antes era una intuición estaba a punto de convertirse en una certeza. Se hallaban en la habitación, sentados frente a frente.

—La reunión de hoy se ha suspendido —dijo Sokolov.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha suspendido, repitió.

—Pero, ¿causé mala impresión ayer?

—No, respondiste con solvencia. Los camaradas estaban satisfechos, es parte del procedimiento.

—¿Procedimiento? —inquirió el vasco.

—No me presiones. Cumplo instrucciones del camarada Fedorov.

Eduardo estaba lejos de conformarse con la respuesta del capitán Sokolov.

—He viajado hasta Moscú. Me he reunido con vosotros. Os he contado lo que hablé con Otelo y este no es un cualquiera. He hablado con franqueza de ETA. No entiendo lo que sucede y quiero una explicación.

—Te lo he dicho, es parte del procedimiento.

Eduardo calló. Estimó oportuno no insistir. El capitán daba muestras de desear acabar la conversación. Se ofreció a resolverle el trámite de salida del país cuanto antes.

La noche anterior, entre los vasos de vodka, llegó a creer que algo parecido a un lazo de amistad se estaba fraguando con su anfitrión. Al despedirse se dieron un abrazo tras estrecharse la mano. Aquella mañana, sin embargo, Sokolov se comportó como un hombre frío.

—Mantendremos la forma de contacto —dijo.

—De acuerdo —replicó un contrariado Eduardo.

No pidió mayores explicaciones y se resignó.

Una vez en Praga, llegó el momento para el joven vasco de reflexionar sobre lo acontecido en Moscú. Le esperaban muchas horas hasta llegar a San Juan de Luz.

No había tenido oportunidad para callejear por Moscú a solas. Le hubiera agradado disfrutar de las ligeras neviscas de la estación, para las que había viajado preparado con una chamarra, vagabundear por las calles alejadas del Kremlin, acercarse a unos o a varios jóvenes con una excusa convencional —pedir fuego, preguntar por un café donde tomar un bocado—, con el único propósito de entablar una conversación y averiguar lo que pensaban en su condición de representantes del *hombre nuevo* que anunciaba la propaganda oficial. Le hubiera gustado viajar en uno de los trolebuses de color azul Bilbao que había visto en revistas e imágenes de la televisión francesa. Ninguna impresión obtuvo, pues la rígida burocracia soviética no le abandonó ni un minuto desde que pisó tierra moscovita. Ni siquiera tuvo tiempo para entrar en un establecimiento de la calle Arbat y cumplir una ilusión: comprar una *ushanka,* ese gorro de piel de oveja o conejo con orejeras que había visto tantas veces en la televisión francesa.

Capítulo 21.

Deliberación a orillas del Moskova

Había llegado el momento de que en Moscú se tomasen decisiones tras la reunión con el dirigente de ETA.

La comisión deliberó. Tomaron en consideración los riesgos y los probables beneficios de una operación de aquella envergadura y se detuvieron en la personalidad del joven dirigente. Les había gustado, parecía estar bien formado, hablaba con finura y parsimonia y exponía de forma ordenada sus argumentos.

Uno de los camaradas asistentes tomó la palabra.

—¡No sé si estamos ante un revolucionario de cuerpo entero o ante un novelista! Me han impresionado sus palabras sobre la épica revolucionaria de los jóvenes vascos dispuestos al combate. Habla mucho de su valor. Hay que tenerlo para soltarlo así, ante un buen número de oficiales de la Unión Soviética que casi le triplican en edad. Pero vayamos al grano. ¡Este joven no es un charlatán! Tiene características de dirigente, mantiene la mirada, maneja un buen número de conceptos. Su relato puede parecer sensacionalista, pero eso no quiere decir que sea inverosímil. Será un ideólogo, no un

hombre de acción pero también práctico. Aun así, debemos extremar la prudencia. El debate sobre la juventud o veteranía de los dirigentes de ETA ocupó buena parte de las siguientes intervenciones.

—Bien, ¿qué tenemos encima de la mesa hasta este momento? —resumió el teniente coronel Fedorov. Se respondió: tenemos una idea, un proyecto que puede causar problemas a Franco y también a Occidente. Contamos con ETA, mataron al presidente del Gobierno, no es poca cosa. Tenemos un probable aliado en Portugal, ese dato es importante. Me refiero al comandante Otelo Saraiva de Carvalho. Fue un hombre importante en la Revolución de los Claveles, pero bien sabemos que los grandes conspiradores suelen carecer de disciplina, son individualistas y tienden a la anarquía. Los camaradas del Partido Comunista de Portugal nos advierten contra él: «Otelo es carismático, pero es un aventurero».

Fedorov se tomó un respiro, bebió un sorbo de agua y prosiguió:

—Tenemos el informe elaborado sobre terreno por el camarada Sokolov, excelente. Pero aún no podemos precisar el estado de la oposición política en la región vasca. Necesitamos un informe detallado. El Primer Alto Directorio nos exigirá un mapa exacto. ¿Cuántos partidos de oposición al franquismo existen en el País Vasco?, ¿cuántos son de izquierdas?, ¿cuáles son confiables desde el punto de vista de nuestros intereses?, ¿existe oposición de derechas?, ¿mencheviques? España es un país católico, ¿qué sucede con la Iglesia? Es imposible participar en la conspiración sin contar con datos. Demasiadas preguntas sin responder —concluyó Fedorov.

Los demás miembros asintieron. Todos ellos tenían nombres y apellidos, así como cargos de responsabilidad. Debían evitar que el Primer Alto Directorio rechazase el plan a causa de una de las peores acusaciones que en aquel entonces se podía escuchar en el universo soviético: *análisis voluntarista y escasamente científico,* con la consiguiente reprimenda y quizá, otras consecuencias.

—El plan está sujeto a una circunstancia, para nosotros esencial: solo podemos considerarlo si estamos seguros de poder manejar la situación, tener un papel dirigente o, al menos, de mucha influencia —añadió Fedorov.

Otro de los presentes añadió:

—Recordemos que el plan contempla un buen número de movimientos internacionales, llegar al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, pasando por el Movimiento de Países No Alineados. Sería un desprestigio movilizar tantos recursos si no tenemos los detalles atados.

De nuevo tomó la palabra el representante del KGB, camarada Yaroslav Yaroslavich Orlov.

—Lo que se escucha en esta mesa son palabras hermosas, dignas de comunistas responsables. Sin embargo, desconocemos lo que se refiere al mapa político que menciona el camarada Fedorov. No tenemos suficiente información sobre los partidos y organizaciones en el País Vasco. El camarada Sokolov viajó a ese lugar y creyó ver un ambiente prerrevolucionario. ¿No fue así?

Las miradas se posaron sobre el joven capitán. Se puso nervioso. Lo que dijera sería trascendente para el desarrollo de la reunión.

—Sí, observé un clima favorable a las acciones en contra del régimen, tanto en las comarcas obreras como en las campesinas. Está escrito en mi informe —dijo Sokolov

El miembro del KGB le atornilló:

—Pero, camarada, ¿ha dicho clima favorable?, habría que distinguir entre un ambiente pre revolucionario y un clima favorable. Creo que son dos situaciones diferentes. No dudo del entusiasmo del joven que nos ha visitado, tampoco de la valentía de sus compañeros, pero aún me hago algunas preguntas: ¿las masas vascas están preparadas?, ¿dejarán sus casas, sus puestos de trabajo y saldrán a la calle dispuestos a apoyar el levantamiento?, ¿sueñan con el momento de prender fuego al aparato franquista?

El capitán Sokolov estaba obligado a responder. Él mismo tenía dudas sobre la verdadera situación en los territorios que había visitado. Se preguntaba si detrás de los jóvenes y mayores que daban cuenta de platos apetecibles que había contemplado en bares y restaurantes existía una soterrada red de conspiradores dispuestos a alzarse en cuanto sonara la hora.

—En mi informe presenté un orden de probabilidades altas para que se produzca un levantamiento, en el caso de que coincidan una serie de circunstancias —dijo.

Los miembros del KGB rara vez intervenían sin disponer de una solución. Desde que iniciaban los estudios en las academias, aprendían el escaso valor de las palabras si no iban acompañadas de un remedio.

—¿Me equivoco si una buena idea ronda por la cabeza del camarada Yaroslav? —inquirió Fedorov.

El responsable del KGB en aquella reunión sonrió.

—No te equivocas, camarada Fedorov. Propongo que pidamos un informe con carácter urgente sobre esta cuestión. Y no a los hermanos del Partido Comunista español, sino a periodistas familiarizados con aquella situación política, corresponsales de medios prestigiosos como *The Guardian* o *Liberation;* periodistas burgueses, eso sí, pero bien enterados de lo que sucede.

—Prosiga, camarada, estoy seguro de que está pensando en algo —dijo el teniente coronel Fedorov.

—Creo que podremos contratar ese informe sobre las organizaciones y partidos vascos y tenerlo en un plazo razonable, en una semana.

—Parece lo oportuno. Solicitaremos el informe a los periodistas occidentales—respondió Yaroslav Yaroslavich Orlov.

—Suspenderemos la reunión prevista para mañana con nuestro invitado —dijo Boris Borisovich Fedorov, fatigado a causa del largo e intenso encuentro. Había conducido la reunión con autoridad. Ninguno de los asistentes podría expresar dudas sobre su capacidad para dirigir una comisión, a pesar de sus setenta y cinco años.

Capítulo 22.

El periodista Esteban Juanes

El KGB decidió encargar el informe a sus hombres en París con la instrucción *Urgente.*

Vladimir Nikolsky, el secretario de la embajada y encargado de asuntos relacionados con la prensa era miembro del KGB y se lo tomó en serio. Dejó todos los expedientes que tenía encima de la mesa, anuló sus compromisos y se dispuso a cumplir la orden.

Examinó entre la media docena de personas cuyo perfil podría encajar en la petición de Moscú. Eligió a Esteban Juanes, un periodista *freelance* de origen español. Estaba considerado cercano a la izquierda, aunque sin carné, además de buen periodista. Contaba con confidentes entre las organizaciones trotskistas y maoístas francesas, por entonces numerosas. Juanes tenía ventaja sobre cualquier otro candidato.

Una vez que lo convocó, el miembro del KGB le explicó lo que quería y le advirtió: «Necesito el informe en tres días».

Para los izquierdistas franceses lo que sucedía en la vecina España representaba una prioridad. Compartían con los compañeros

españoles la misma cultura revolucionaria, el recuerdo de la Guerra Civil, donde una buena cantidad de voluntarios luchó en las Brigadas Internacionales además de la repulsa hacia el régimen de Franco.

También sentían afinidad hacia los luchadores vascos de ETA, aunque entre ellos había quienes criticaban el nacionalismo de la organización vasca y el uso de la violencia como método de lucha. En todo caso, eran calificados como compañeros, y cada vez que se convocaba una manifestación en apoyo a los presos políticos vascos, los izquierdistas franceses estaban en primera línea.

Tras recibir Esteban Juanes la llamada del secretario de la Embajada de la URSS y verse con él en un café parisino, se encerró en la habitación de su pequeño apartamento que le servía también de oficina y alzó el teléfono una docena de veces.

Al cabo de treinta horas desde el instante en que lo había llamado el funcionario, creyó tener un esquema de lo solicitado.

Había hablado con varios periodistas que habían cubierto eventos en el País Vasco, entre ellos el Consejo de Guerra de Burgos en 1970, con profesores y con vascos de exilio reciente que seguían las noticias de España. A todos ellos les dijo que le habían encargado un trabajo sobre el estado de la oposición política y sindical en el País Vasco.

Esteban Juanes escribió un borrador del informe y lo dejó reposar una noche. Al día siguiente, lo releyó y añadió unas líneas. De nuevo dejó que reposara. No habían pactado la remuneración económica, pero el periodista confiaba en la generosidad de Moscú.

Esteban Juanes era un periodista independiente que apenas conseguía pagar cada mes los gastos necesarios de alquiler y mantenimiento en París. Había cumplido los cincuenta años, estaba divorciado según las leyes francesas y tenía una hija adolescente llamada Anne. Su sueño era tener suficiente dinero para pagarle la universidad y que aprendiese inglés.

Había quedado citado con su contacto ruso en un pequeño bistró próximo al barrio Latino. Juanes entregó el informe. Era breve e iba al grano.

A Esteban Juanes le llamó la atención que se lo encargaran a él —periodista— y no al Partido Comunista de España. Su contacto ruso le encomendó el trabajo con una frase inequívoca: «No queremos que escribas lo que nos gustaría leer, sino lo que sucede».

Le pagaron mil dólares, una bonita suma en aquel año de 1975. Con ello tenía asegurado el alquiler de cuatro meses.

1-03-1975

Informe sobre el mapa político en el País Vasco (excluido Navarra).

Existen en el País Vasco, Euskadi, dos grandes bloques políticos: nacionalistas y no nacionalistas.

Los nacionalistas representan la mayoría social en Bizkaia y Gipuzkoa, siendo más dudoso en Araba. El Partido Nacionalista Vasco pertenece a la Internacional Democristiana y es el partido histórico. Su organización es limitada en las circunstancias actuales de clandestinidad, pero tiene una gran capacidad de movilización. Sus miembros son personas católicas y moderadas.

ETA goza de un buen número de militantes, simpatizantes y colaboradores en Bizkaia y Gipuzkoa, y un número inferior en Araba. Su radicalismo ha prendido en la juventud vasca. Se puede asegurar que, en muchas zonas donde se habla la lengua vasca en los hogares, el mayor honor al que pueden aspirar gran parte de los jóvenes es formar parte de ETA o al menos colaborar con la organización. Son, en apariencia, marxistas, aunque sobre todo ansían la independencia de los territorios vascos, incluido Navarra. Y reivindican las provincias vascas franceses para un proyecto de nación.

Existe un buen número de organizaciones afines a ETA, escindidas o influidas por esta, como EIA, ESB, HASI, ESEI, ANV, LAIA-Bai, LAIA-ez. Todas reivindican la independencia.

En el bloque NO NACIONALISTA, sobresalen los partidos tradicionales de izquierda, como el Partido Comunista de Euskadi y el Partido Socialista Obrero Español, con influencia en las concentraciones urbanas obreras, pero de actividad limitada; sobre todo el PSOE.

Más radicales son las organizaciones surgidas en los últimos años, de orientación trotskista, como LCR-LKI, maoísta (ORT, PT) y otras como OIC. Tienen influencia en algunas áreas, también obreras, y disponen de estructuras muy bien organizadas. Existe el Partido Comunista Marxista-Leninista (PCE-ML), que sigue el dictado de Albania. Por último, entre la oposición al franquismo figura el Partido Carlista, heredero de la causa legitimista monárquica que sostuvo las guerras carlistas en el siglo XIX.

Existe un buen número de sindicatos: CCOO, UGT, USO, CNT, ELA, ELA-A.

Una vez que el informe estuvo en Moscú, llegó a las manos del teniente coronel Fedorov. Este pegó un grito.

—¡Diablos! ¡Estos vascos están locos! ¡Cómo puede haber tantos partidos y partidillos en un territorio tan pequeño!

Capítulo 23.

¿Nunca piensas en las víctimas?

En aquellas fechas estaba previsto que los padres de Eduardo visitasen a este en el sur de Francia. Eduardo dudó. Estuvo a punto de anular la cita, pero lo meditó. Solo serían unas horas, las suficientes para recibir un abrazo, un buen paquete de alimentos y unas pesetas que le vendrían bien.

Solían visitarlo cada quince días. Si fuera por ellos, lo harían cada dos o tres, pero las condiciones de clandestinidad imperaban. Cuando lo veían llegar al lugar escogido, respiraban. Solía acompañarlos Rubén, su mejor amigo.

En un tiempo en que no existían medios de comunicación críticos con el régimen, las noticias de la televisión y de los periódicos informaban de detenciones de miembros de ETA. Los testimonios de sus familiares eran contundentes. Los visitaban en las prisiones de Basauri y Martutene y, aun tras los barrotes, podían advertir las secuelas de los malos tratos físicos sufridos.

Felicia y Juan Pablo, que así se llamaban los padres de Eduardo, rezaban para que el rostro de su hijo no figurase en las noticias que

informaban de los atentados de ETA. Eduardo trataba de tranquilizarlos. Les hablaba del fin próximo del franquismo. Él volvería a Euskadi, a Bilbao, su ciudad. Prometía que una vez que las condiciones políticas lo permitiesen continuaría en la lucha, pero por otros medios.

En uno de los primeros viajes, mantuvieron una conversación tensa a propósito de un atentado en Madrid que tuvo lugar en la cafetería Rolando, a unos metros de la Puerta del Sol, donde se hallaba la Dirección General de Seguridad. Causó trece muertos y numerosos heridos. Las imágenes revolvieron a los padres de Eduardo. Mujeres y hombres, jóvenes y mayores, desparramados en el suelo, cubiertos de sangre. Las noticias acusaron a ETA. Parecía probable la autoría. Los miembros del *comando* dieron por hecho que los funcionarios de policía acudían a tomar café al local por el solo hecho de trabajar en un edificio vecino. No comprobaron si era cierto.

Juan Pablo M. habló y miró a los ojos a Eduardo sin pestañear.

—¿Lo de la cafetería Rolando fue ETA?

Escogió bien sus palabras. En el recorrido desde Bilbao había tomado la decisión de preguntárselo. Rubén hizo la misma pregunta con otras palabras:

—¿Fuisteis vosotros?

Eduardo se sobrecogió. Vaciló. Se encontraba en un apuro. La organización ETA era la responsable del atentado, pero había decidido no asumir su autoría para evitar el rechazo popular. Era la primera vez que negaba una acción.

A Eduardo se le pasó por la cabeza descubrir sus cartas: él no participó en la decisión. Estaba en la dirección de ETA desde diciembre de 1974 y el atentado había tenido lugar dos meses atrás, en septiembre de ese año. Sin embargo, ante sus padres y su amigo, se refugió en la explicación oficial de ETA, expresada a través de un diario francés: «No tenemos nada que ver con esa acción, seguramente lo han cometido sectores del franquismo con el objetivo de ganar espacio ante los aperturistas».

Rubén no había viajado a Bayona con el único fin de abrazar a su amigo. No estaba acostumbrado a engañarle y tampoco permitía ser engañado. Eran muchos años de camaradería, muchas las ocasiones en que se habían jurado amistad eterna, fueran las que fueran las circunstancias.

—No te creo —dijo Rubén, rotundo.

Eduardo refunfuñó, su padre quiso dar por acabada la discusión, pero su madre, Felicia, apuntó:

—Hijo mío, no puedo hacerme a la idea de que estés detrás de estas cosas.

Estuvieron juntos unos minutos más, él alegó ocupaciones. Aquella conversación le había revuelto.

Al despedirse, Eduardo, tras abrazar y besar a sus padres, tomó del brazo a Rubén y ambos caminaron unos pasos. Lo miró a los ojos.

—No tuve nada que ver con lo de Madrid.

Rubén sabía cuándo Eduardo decía la verdad.

—Ahora sí te creo —contestó.

El encuentro entre el dirigente de ETA y sus padres había sido breve y frío para lo que tenían por costumbre. Juan Pablo M. era un hombre acostumbrado a pensar por sí mismo, no le agradaba seguir las corrientes de opinión dominantes en la sociedad bilbaína a la que pertenecía. En las escasas oportunidades que tuvo desde que se enteró de la militancia de su hijo en ETA, buscó la discusión con este, a la que se unía Felicia.

No sirvió de mucho que Eduardo expusiera que el Estado y ETA se enfrentaban de manera desigual, que el primero empleaba la represión e impedía la organización en partidos políticos y en sindicatos libres. El principal argumento del joven era que el régimen representaba una dictadura y había que combatirla con cualquier clase de métodos, a través de la lucha armada también. Ponía encima de la mesa el atentado contra el almirante Carrero Blanco y aseguraba que ese episodio habría de acelerar el fin del franquismo y la restauración de la democracia.

Juan Pablo M. insistía en el rechazo de la violencia por razones éticas y morales.

Eduardo contraatacaba. ¿Qué clase de violencia ejercía ETA? ¿Colocar chinchetas en las carreteras al paso de la Vuelta Ciclista a España? ¿Volar placas conmemorativas del 18 de julio de 1936? ¿Trepar a los campanarios de las iglesias para que una ikurriña ondease al viento? Sí, era cierto que asaltaban bancos para proveerse de dinero, lo que era necesario para mantener la lucha. También era cierto que atentaban contra miembros de los cuerpos

de seguridad y contra civiles que colaboraban con estos en la delación de revolucionarios. Confidentes, *chivatos,* los denominaban. Pero era parte de la lucha militar que el Estado había iniciado, decía tratando de justificarlo.

Los partes de militantes del interior o de simples colaboradores llegaban por docenas a la dirección de ETA. Solían constituir simples manifestaciones, nombres escritos en un papel vulgar o transmitidos oralmente: «Fulanito, confidente de la Guardia Civil; menganito, chivato de la Policía Nacional, vive en el segundo piso de la calle Espartines».

En ese momento se ponía en marcha un procedimiento que terminaba con la ejecución de la persona mencionada, en un atentado. Tenía suerte si salía con vida. Bastaban datos superficiales: «Se le vio subir a un tren camino de Bilbao un 18 de julio y alguien en el vagón llegó a distinguir una camisa azul debajo del chaquetón». «Se jactó, hace años, después de la guerra, de haber sido alférez provisional durante la contienda».

Muchos se salvaron. El propio cuerpo de seguridad se encargó de avisar al interesado si interceptaban el mensaje o detenían a uno de los miembros del *comando* que había recibido la orden.

¿Qué podían hacer aquellos *señalados?* Los que contaban con la suerte a su favor y medios a su alcance hacían las maletas y retornaban a su pueblo de origen. Quedaba el resto, la mayoría. Refugiarse en el anonimato de una gran ciudad como Bilbao era una opción. Otra era emprender el camino hacia el sur de Francia, con la ayuda de un clérigo que contaba con un conocido al que se

vinculaba con un miembro de ETA. Se imploraba a este, le enseñaban la cartilla de la caja de ahorros para certificar los escasos medios de la familia, le decían: ¿cómo puedo probar que es una falsedad?, expresaban aterrados.

Existían profesiones *manchadas* en origen, la de taxista era una de ellas. Por una razón u otra, se había extendido en los pueblos de Euskadi la leyenda de que buena parte de los taxistas eran chivatos del régimen, que prestaban atención a las conversaciones en la parte trasera de su vehículo con el fin de captar palabras que atacasen al régimen o al Caudillo. De manera más tenue, esta leyenda alcanzaba a los conductores de autobuses. ¿Cuál era la razón? Nadie la sabía con certeza. Bastó que varios conductores fueran asesinados para que el rumor se extendiese.

—No te das cuenta, no sé si porque eres joven o porque el radicalismo te ciega. Eso que admites y justificas con tanta ligereza representa el embrión de lo que sucederá el día de mañana: la violencia sin fin. Se empieza por justificar el asesinato de un semejante que lleva un uniforme y te pregunto: ¿dónde se termina? —le espetó su .padre en una de esas ocasiones.

No le agradaban las discusiones con su hijo, y menos aún las de ese tenor, pero no huía de ellas. Se dio cuenta de que su vida estaba cambiando a medida que conocía más y más los episodios de los cuales se responsabilizaba ETA. Lo mismo le sucedía a su mujer, Felicia, la única persona con la que podía desahogarse.

—¿Chinchetas?, ¿ikurriñas en los campanarios? ¿Y quién mató a esos pobres gallegos que fueron a ver una película a San Juan de

Luz y no se les ha visto más?

Fue como si le clavaran un puñal. Eduardo apenas se iniciaba en labores de propaganda en Bilbao. No supo de aquel episodio hasta que se trasladó al otro lado de la frontera y asumió funciones de responsabilidad. Le costó que otros militantes veteranos reconocieran lo que había ocurrido, pero lo consiguió al cabo de un tiempo. Le extrañaba que su padre estuviera al tanto de aquel asunto.

—¿Y tú qué sabes de eso? —preguntó a su padre.

Juan Pablo M. estaba seguro de lo que había afirmado. Se sustentaba en una conversación reciente, era un episodio real y tanto más sombrío cuanto que procedía de una fuente directa.

Rubén y Felicia seguían la conversación sentados en la parte trasera del vehículo de Juan Pablo, aparcado en un lugar alejado del centro de San Juan de Luz.

—Lo sé porque dos de ellos trabajaban en una empresa de Irún y un amigo mío también trabaja allí. Me contó que esos tres pobres jóvenes pasaron la frontera para ver una película, como lo hacían otros muchos. Tuvieron una discusión con militantes de ETA, al parecer en un bar, y no se ha vuelto a saber nada de ellos. ¿Su delito?, que hablaran entre ellos en gallego, que eran jóvenes y que el coche en que viajaban tenía matrícula gallega. ¿No te parece raro?

La versión que le estaba contando coincidía con la que Eduardo escuchó de otros militantes. ETA negaba cualquier responsabilidad en el hecho, y a ello tenía que atenerse él, pese a que estaba

convencido de que ciertos miembros de la organización, con nombres y apellidos, fueron los responsables de aquel episodio que calificaba en privado como una barbaridad. También escuchó en sus indagaciones internas que los habían confundido con chivatos de la Guardia Civil, por ser jóvenes y hablar gallego entre ellos.

—Es la cosa más terrible que les puede suceder a los padres de estos chicos. Verlos partir a una tierra lejana en busca de trabajo y no tener siquiera el consuelo de visitarlos en un camposanto —agregó Juan Pablo M..

Eduardo zanjó la discusión con su padre:

—No me siento orgulloso de todos los actos de la organización —admitió con gesto sombrío.

Con su amigo Rubén las discusiones eran diferentes. Cuando estaban a solas, expresaban sus opiniones de forma despiadada, se cruzaban palabras mayores, algunas de ellas malsonantes. No existían límites, estaban seguros de que su amistad se encontraba a salvo de cualquier diferencia ideológica o política.

—¿Nunca piensas en las víctimas? —quiso saber Rubén en una de sus visitas a San Juan de Luz.

Unos días antes ETA había matado a un policía nacional y herido a otro en Algorta.

—Y no me refiero a Carrero Blanco, sino a muchachos como los de Algorta, de tu edad, de la mía. ¿Merecen que uno de ETA les dispare por la espalda, les hiera, los mate solo por llevar un uniforme gris o verde? —añadió Rubén.

Silencio.

Era la primera vez que Rubén le hacía reproches en presencia de sus padres. Eduardo lo miró con ira.

¿Le importaban las víctimas que causaba ETA? Se lo había preguntado en numerosas ocasiones, cuando veía en las imágenes de televisión a familias enteras al frente de un cortejo fúnebre despidiendo a un policía nacional o a un guardia civil fallecido por una bala disparada por un compañero de la organización en la que militaba. Destrozadas aquellas, confundidas, llegadas horas antes del funeral desde pueblos lejanos de España, de poblaciones pobres, vacías de jóvenes a donde llegó la noticia…: «Sí, han matado a uno de la familia García que entró de guardia civil».

Le dolía. Se alteraba y se sentía conmocionado al contemplar el rostro del muerto en el periódico, casi un niño. Mantenía sentimientos contrapuestos. Era una guerra plena de tragedia y Eduardo se refugiaba en otros pensamientos, en el tiempo que faltaba para el cambio de régimen, meses, acaso un año, dos, tres. No estaba seguro de cuál habría de ser el camino y, menos aún, de las dificultades que les esperaban, pero el esbozo de partido político que llevaba en la cabeza habría de representar el fin de la violencia en un momento u otro, un final esperanzador, o así lo soñaba. Dedicaba sus esfuerzos a convencer a los compañeros de ETA, convocaba una y otra vez a miembros de la resistencia en Euskadi Sur para hablarles del partido, se aferraba a ese horizonte.

«¿Nunca piensas en las víctimas?», palabras duras las de Rubén. A solas le había hecho ese reproche en más de una ocasión. Eduardo

lo encajaba bien. En eso se basaba su relación desde que eran adolescentes, un combate de ideas que se cruzaban, una guerra de conceptos, de pasiones. No existían límites entre ellos. Pero en esta ocasión era diferente, Rubén había pronunciado esas palabras y no mostraba deseos de aceptar su silencio como respuesta. Había llegado ese día con ganas de guerra.

—¡Responde! —exigió Rubén.

Eduardo lo hizo. Repitió lo que su amigo denominaba *sus dogmas:* la represión, la guerra que el Estado empezó, las torturas en los cuartelillos, la falta de libertades… Rubén quería contestar. Sus veintiséis años lo pedían a gritos. Quería gritarle que sus palabras solemnes no ocultaban lo que había detrás: «crímenes». Movió los músculos del rostro y empezó a hablar cuando Juan Pablo M. les cortó en seco: «Dejadlo ya, dejadlo ambos, no puedo soportar esto».

A pesar de la rudeza de sus discusiones, en un tiempo anterior, cuando Eduardo aún vivía en Bilbao, se emborrachaban y subían de noche en un viejo Seat a Artxanda. Solían hacerlo de noche. Una vez allí, tras cerciorarse de que nadie los veía o escuchaba, se pasaban el brazo por los hombros y en voz alta recitaban de corrido *Nire aitaren etxea defendituko dut*, el poema de otro bilbaíno, Gabriel Aresti, contenido en su obra de 1963 *Harri eta Herri:*

Nire aitaren etxea defentituko dut

Otsoen Kontra,

Sikatearen kontra,

Lukurreiaren kontra,

justiziaren contra,

defenditu eginen dut nire aitaren etxea.

Galduko itudaziendak,

Soloak,

Pinudiak,

Galduko ditut korrikuak.

Errenteak,

Interesak,

Baina aitaren etxea defendituko dut…

Defenderé la casa de mi padre. Contra los lobos, contra la sequía, contra la usura, contra la justicia, defenderé la casa de mi padre. Perderé los ganados, los huertos, los pinares; perderé los intereses, las rentas, los dividendos, pero defenderé la casa de mi padre. Me quitarán las armas y con las manos defenderé la casa de mi padre, me cortarán las manos y con los brazos defenderé la casa de mi padre, me dejarán sin brazos, sin hombros y sin pechos, y con el alma defenderé la casa de mi padre. Me moriré, se perderá mi alma, se perderá mi prole, pero la casa de mi padre seguirá en pie.

Al día siguiente de cada una de esas borracheras, Eduardo se lo recordaba sin parar de reír. Y el siempre racional y ponderado Rubén respondía: no era yo, fue el alcohol.

—Nunca me separaré de ti por política, hagas lo que hagas, digas lo que digas y pienses cómo pienses —le aseguró un día Rubén, después de una trifulca en que estuvieron a punto de llegar a las manos.

Sin embargo, Rubén, trataba de dominar su furia y controlar sus palabras cuando estaban en presencia de los padres de su amigo. Desde que supo por boca de Eduardo que abandonaba Bilbao para vivir en la clandestinidad y militar en ETA, se propuso convertirse en un bálsamo para su familia. Él, que había sido duro como una roca a la hora de echarle en cara el paso dado, ante Juan Pablo y Felicia rebajaba su trascendencia y lo mudaba a palabras que trataban de quitarle importancia:

—Eduardo no es una persona violenta, seguro que solo escribe papeles que hablan de cultura vasca y política, nada de armas ni de bombas. Tenemos que tranquilizarnos. Ha tenido que irse, lo habrían detenido. Y ya sabemos lo que sucede en las comisarías.

Un bálsamo, poco más representaban las palabras de Rubén. El día que Eduardo abandonó Bilbao, sus padres confirmaron que era militante de ETA cuando tuvieron noticias de que se había refugiado en San Juan de Luz.

Felicia y Juan Pablo se preguntaron si las cosas hubieran podido ser de otra manera, si podían haber evitado aquellas historias de la guerra que el *aitite* de Eduardo por vía paterna, también llamado Juan Pablo, quien había estado en la Guerra Civil en un batallón de *gudaris,* le contaba con orgullo a su nieto sobre su actuación en el frente de Lemona y en otros episodios. Eduardo lo escuchaba con el infantil entusiasmo por la aventura, era una conversación secreta entre nieto y abuelo. Este sabía que sus relatos no terminaban de agradar en aquella casa por las consecuencias que podrían originar en el pequeño.

El *aitite* le abrió los oídos, nadie lo pudo evitar, y desde aquellos primeros relatos escuchados en semiclandestinidad, se acostumbró a salir a las calles en busca de otros amigos de su misma edad que guardasen secretos parecidos de la Guerra Civil, de uno u otro batallón de *gudaris* nacionalistas, o del Tomás Meabe, compuesto por socialistas, o de cualquier otro batallón; Bastaba que hubieran luchado en lo que para él era el bando *correcto*, el del Gobierno vasco y el de la República.

¿El tiempo había empezado a correr tras aquellos testimonios del mayor de la familia?, seguían preguntándose los padres de Eduardo. ¿Hubieran podido evitar el tormento de aquellos días de 1975? Parecían eternos a Felicia y a Juan Pablo, cuando escuchaban los partes de Radio Nacional o veían los telediarios y temían ver su fotografía en la pantalla: «Detenido un comando de ETA que pretendía atentar contra un cuartel de la Guardia Civil. Los miembros son jóvenes que responden a las iniciales de…».

Desde que Eduardo abandonó Bilbao, Felicia y Juan Pablo pasaban los días rezando.

Hasta que los inspectores de la Brigada Político Social derribaron la puerta de su vivienda, la registraron de punta a punta, se llevaron los papeles, cuadernos y cuanto encontraron en la habitación de su único hijo, preguntaron por él, los trataron con hosquedad: «¿Cuándo lo vieron por última vez?, escriba en este papel los nombres de sus amigos».

No olvidarán aquellos momentos, fueron solo unos minutos. Eran funcionarios jóvenes, el de más edad no llegaría a los treinta, Felicia

advirtió en sus rostros miedo. Sus palabras eran repetidas y desafiantes: «No olvide ningún nombre, también los de los vecinos de su edad, los de quienes hayan entrado en esta habitación». Se llevaron cuadernos, apuntes de música, papeles, todo aquello que pudiera haber sido anotado por el hijo.

A Juan Pablo lo interrogaron en el cuarto de Eduardo y a Felicia en el salón. Ambos trataron de escribir y por alguna razón extraña coincidieron en los nombres de tres o cuatro compañeros de colegio de su hijo de los que estaban seguros de que eran ajenos a la subversión, así los denominaban ellos: *los subversivos.* A Eduardo le agradaba cuando el telediario hablaba de ellos con ese término.

No era solo el temor a lo que pudiera ocurrirle. Juan Pablo y Felicia vivían en un estado de aturdimiento a causa de la militancia en ETA de su hijo, pese a que un buen número de conocidos y amigos de su ciudad, de su barrio, hablaran de aquellos jóvenes *que se jugaban la vida* como si fueran héroes modernos. No querían aceptarlo. Para ambos, el lenguaje de las pistolas y las bombas estaba preñado de desgracias. Quién sabe hasta cuándo duraría la pesadilla que se había instalado en la tierra vasca, se preguntaban una y otra vez.

Caminaban por las calles del centro de Bilbao y a menudo se topaban con manifestaciones de jóvenes que coreaban: ¡ETA, mátalos!

Les costó reaccionar la primera vez que lo oyeron. Los gritos provenían de jóvenes de una edad similar a la de su hijo, vestidos como él, nacidos en la misma ciudad, acaso en el mismo barrio; todo en aquellos cientos de jóvenes les recordaba a Eduardo. ¿Era él

uno de los que ideaban y ordenaban las consignas? Pasaban los días y el matrimonio M. no salía de su estupor. La vida, hasta hacía poco feliz y plena de estímulos, se había convertido en un tormento.

Padre e hijo discutían a menudo. Eduardo recibía las palabras críticas de su padre con ira, aunque no la expresaba por el respeto que le tenía. También le tenía un amor inmenso, tanto como a su madre, aunque de un modo diferente. Se refugiaba en palabras y frases que, de tanto repetirlas, sonaban convincentes: «La generación de mi padre comprende mal cómo han cambiado las cosas. La guerra los marcó de tal manera que les impide hacer suyos la épica y el sacrificio de los jóvenes vascos. Es una generación asustada. Sienten el mundo que les rodea de un modo diferente a nosotros».

Él no podía hacer lo que quisiera, como quisiera y cuando quisiera, como predicaba Rubén. «Qué quieres, que me aísle, que no vea y escuche lo que sucede a nuestro alrededor, como haces tú», le reprochaba Eduardo. Él estaba subordinado a un deber moral para con la revolución vasca, y la mejor manera de expresarlo en aquellos años de agonía franquista no era alzando la voz en pequeñas asambleas universitarias, sino militando en la organización que habría de apuntillar al régimen con sus mismas armas.

Si las cosas hubieran sucedido de otra manera… Por más vueltas que le daban Felicia y Juan Pablo, no conseguían hallar respuestas. Se esforzaban por buscar y encontrar excusas, sin resultado. Y al otro lado de la frontera, en ese instante, a Eduardo aún le retumbaba la pregunta de su amigo Rubén: ¿Fuisteis vosotros?

Capítulo 24.

¿Biltzar?

Julen lo había mencionado unos días antes: «Puede que tengamos que convocar un *biltzar».* Era la colectividad donde se tomaban las decisiones importantes de la organización, la asamblea general donde se elegía a los miembros del KE o se les apartaba, con capacidad para expulsarlos, como había sucedido en algunas ocasiones.

El *biltzar* solía celebrarse en algún establecimiento religioso: un convento o una parroquia. Por entonces, el clero no disimulaba su simpatía por el nacionalismo vasco, preferiblemente por ETA. «No son los mejores muchachos», reconocían, «usan armas, disparan, matan». Sin embargo, eran sus chavales, sus gentes, en muchos casos sus vecinos, sobrinos o parientes. Los habían visto crecer al amparo de las parroquias en los pueblos y aldeas donde se protegía la lengua vasca de las embestidas del franquismo.

En los meses y semanas previos al *biltzar*, las dos facciones de ETA contaban sus efectivos. Las diferencias se recrudecían. Se habían puesto de manifiesto en un cursillo reciente.

En este, Eduardo y Julen defendieron que debían estar preparados para las semanas o los meses siguientes a la muerte de Franco. ETA tenía que transformarse, trazar una estrategia política, crear un partido que se convirtiera en vanguardia.

Emilio y Jon, al frente de la otra facción, junto con Gorka, expusieron que la situación después de la muerte de Franco exigiría no un partido político, sino una organización armada más fuerte.

¿En qué consistía el abismo que los separaba?

Eduardo lo explicó en el cursillo con sencillez. Puesto que las organizaciones afines, como las de estudiantes y obreros, habrían de estar en contacto directo con el pueblo trabajador vasco, el partido debería asumir un papel dirigente. ETA quedaría como organización armada, garante y salvaguarda de las conquistas políticas.

Gorka, Emilio y Jon, y casi la mitad de la organización, negaban este protagonismo. Dejar el porvenir en manos de los políticos desvirtuaría la historia de ETA, aseguraron. Su fin sería liquidar la acción armada. ETA se disolvería sin remedio.

En el propio cursillo, Eduardo sorprendió con una propuesta:

—En las próximas semanas o meses, puede que nos veamos ante responsabilidades importantes e inaplazables.

¿A qué se refería Eduardo? No le podían pedir explicaciones, estaban en un simple cursillo y él era el responsable de la oficina política y del aparato internacional.

Emilio y Jon, una vez acabado el cursillo, decidieron permanecer atentos a sus movimientos, al viaje misterioso que había anunciado

en el KE. Jon advirtió:

—*Hegel* da pasos en una dirección que desconocemos, algo importante planea y tenemos que descubrirlo.

Capítulo 25.

De la A a la Z

Habían transcurrido semanas desde su viaje a Lisboa. No pasaba un día sin que Eduardo recordara los besos de Claudia, sus caricias, su mirada, aquellos ojos tiernos llenos de vida.

Pensaba en Claudia y en su petición de que le escribiera a la lista de correos de Lisboa. No habría gran riesgo, una carta, dos o tres párrafos, diez o doce líneas expresando que añoraba las horas en que sus cuerpos convergieron en uno solo. No lo hizo. Significaba vulnerar una de las reglas de la clandestinidad impuestas en la organización, una que él exigía a los militantes, se hallasen en un lugar u otro, ocuparan un puesto de responsabilidad o no.

Mientras regresaba de Moscú con destino a San Juan de Luz, pensó que podría tener un nuevo encuentro con ella en unos días, tres o cuatro. Después de las reuniones celebradas en Moscú, debía viajar a Lisboa para informar a Otelo Saraiva de Carvalho.

En aquellos primeros meses de 1975, el nombre de Otelo suscitaba interés y admiración entre los líderes socialistas, comunistas y revolucionarios de cualquier lugar del mundo. Fidel

Castro lo había recibido en La Habana. Mantuvieron una conversación que duró siete horas y el cubano lo elogió en público.

Portugal estaba cerca del País Vasco. Y Otelo, a través de su cargo en el COPCON, contaba con armas y municiones. No había sido necesario usarlas el 25 de abril, y sus armerías y polvorines estaban repletos.

Los soviéticos le dijeron a Eduardo que no se oponían a que mantuviese al portugués al corriente de la conspiración. Era un deber del internacionalismo que proclamaban a los cuatro vientos. Con dos condiciones, le dijeron: que Eduardo les contase todo lo que hablasen, «de la A a la Z». De esa manera tan gráfica lo expresó el capitán Sokolov en español, traduciendo al coronel Fedorov. Y una segunda, que no identificase quiénes eran sus interlocutores en Moscú.

Eduardo aceptó. Eran condiciones de menor importancia, se dijo. Y desde ese instante empezó a planear cómo sería su acercamiento a Claudia.

Capítulo 26.

¿Hegel?

El viaje de regreso de Eduardo de Moscú a Praga había sido largo. Una vez en París, subió a un tren que le llevaría a Burdeos. Julen lo esperaba en la estación.

En el trayecto, Julen le puso al tanto de las últimas novedades en la dirección de ETA.

—Emilio, Jon y Gorka están divulgando rumores entre la militancia.

—¿Qué clase de rumores?

—Políticos y personales.

—Explícate —rogó Eduardo.

—Están empezando a difundir en el interior ideas sobre ti, que no eres de verdad independentista, que tienes muchos contactos en el exterior, demasiados; que tienes ambiciones políticas y ganas de brillar en un parlamento, palabras textuales, y que habría que andar con cuidado contigo.

Eduardo se rio.

—Pero esos rumores no son nuevos.

—Sí, pero ahora lo dicen con mala intención; cada vez que viene un militante de Euskadi Sur, le hablan de ti con desprecio e insisten en las diferencias. Es como si estuvieran preparando algo.

—¿Y qué pensáis vosotros, Karlos y tú? ¿Pensáis también que estoy en ETA para convertirme el día de mañana en un político parlamentario?

Julen tenía una característica, la de ser sincero. Le resultaba difícil fingir.

—Mira, Eduardo, esa idea se me ha pasado por la cabeza, no soy un teórico ni leo mucho, pero no soy tonto. Si las cosas cambian el día de mañana, si de verdad se crea el partido que propones, ¿quién mejor que tú para dirigirlo? Pero eso está lejos, o quizá cerca, no sé, tenemos que esforzarnos en lo que hay que hacer ahora, mañana. ¿Pensar en el futuro? Es posible que estemos muertos, como Txabi Etxebarrieta y otros. Así veo las cosas. Y en cuanto a Emilio y Jon, no te obsesiones con ellos. Por ahora, observemos sus movimientos. Me preocupa más Gorka, no tiene nada de analítico y carece de formación. En lo que debemos fijarnos es en que están decididos, dispuestos a todo con el fin de eliminarte de la escena. Sobre todo, Gorka —dijo Julen.

—¿A todo? ¿Qué quieres decir?

—Saben que buena parte de la militancia leerá tu ponencia con ganas, tienes prestigio. ¿Sabes que te llaman *Hegel*?

—¿*Hegel*? ¡No creo que sepan quién fue! —ironizó.

Julen retomó la conversación.

—Mira, por una parte, respiro tranquilo cuando estás viajando. Creo que, cuando vuelvas, habrá que pedir a un compañero que viva contigo, que te acompañe en tus desplazamientos.

Julen iba demasiado lejos, pensó para sí Eduardo.

—Ya veremos —zanjó.

Tenía otra cuestión sobre la que hablar con su compañero del KE. Le narró sus entrevistas con oficiales del KGB y militares de alta graduación en Moscú. Le explicó con detalle el ambiente que encontró, la simpatía con que lo recibieron.

Al terminar, Julen le dijo:

—Si seguimos con ese asunto, las cosas cambiarán, Ellos no tendrán más remedio que aceptarlo. La idea ha sido tuya y la estrategia también. Eso te reforzará. Por ahora, lo mejor es que no contemos nada, al menos hasta que tengamos un plan trazado y concreto.

Julen no tenía más de treinta años, pero era un veterano, estaba en la organización desde hacía nueve. Era natural de un pequeño pueblo cercano a Durango, el euskera fue su lengua materna y a su *aitite* lo mataron en la guerra. Había conseguido llegar a la dirección de ETA gracias a su capacidad de organización y disciplina. Se dejaba llevar por su intuición de aldeano, como solía decir; en cuanto conoció a Eduardo y leyó sus escritos, supo que representaba el futuro de ETA.

Eduardo debía viajar a Portugal y poner al tanto de sus avances al comandante Otelo. Al subir al avión con destino a Lisboa, no pudo evitar que la conversación con Julen martillease su cabeza: «Habrá

que pedir a un compañero que viva contigo». No era una simple frase, existía otro sentido. Descartó que Julen dispusiera de información específica, se lo hubiera dicho.

Una vez en la capital portuguesa, se hospedó en una pensión diferente, esta vez en el barrio del Carmen.

No quiso perder tiempo. Eran las ocho de la tarde y se acercó al bar Madeira. Entró y miró a un lado y a otro. Se apoyó en la barra y pidió un vaso de vino blanco.

Se fijó en el camarero que semanas atrás le había atendido. Este le sirvió y le saludó con una sonrisa amplia.

—¿Te acuerdas de aquella chica con quien estuve hace unas semanas?

—Claro que me acuerdo, se llama Claudia. Solía venir un rato cada noche acompañada de Joao. Pero no sé, desde hace una semana no la vemos. Él suele venir con unos amigos a las nueve o diez. Tal vez ella esté de viaje.

Decidió dar un paseo por Lisboa, una ciudad que le empezaba a entusiasmar. Sobre las nueve y media regresó al Madeira. Observó que *el joven imberbe* estaba hablando con el camarero. Joao y él se miraron. El portugués se acercó y le ofreció la mano. Sonreía.

—¿Quieres tomar un vaso de vino o una cerveza? —le preguntó al tiempo que lo invitaba a sentarse en una mesa.

—Claro, yo invito.

Joao desconocía que Claudia había viajado a Francia. Ella había justificado su ausencia de Lisboa de la misma manera que lo había

hecho una semana atrás:

—Voy a Oporto, tengo una actividad en la universidad. Volveré en unos días.

Estaban en el bar. El vasco no tenía gran interés en buscar la amistad de Joao, pero sí en averiguar quién era aquella joven, cómo era, que clase de relación tenían, ¿existía alguna clase de compromiso entre ellos?

—Qué tal si cenamos en otro lugar, estoy de visita y tengo dinero. Busquemos un lugar que no sea caro —propuso Eduardo.

Joao aceptó. También le interesaba descubrir las intenciones de su nuevo amigo.

Cenaron *bacalau al forno* en un pequeño restaurante de Chiado. Bebieron vino y de este pasaron a un licor fuerte que los portugueses denominan *Beirao*. Joao se mostraba extrovertido. Como era nativo de la ciudad, propuso terminar la juerga en un bar de la rúa Da Atalaia.

El bar estaba lleno de jóvenes, predominaban los extranjeros. Había mujeres hermosas, algunas africanas con el pelo corto y cuerpos de curvas cinceladas. Joao le confesó que estas hacían el amor de una manera singular, movían sus cuerpos en la cama como no lo hacían las peninsulares.

Joao tenía veinticinco años y estudiaba un postgrado en la universidad después de haber acabado una ingeniería. ¿Ingeniería? A Eduardo le pareció chocante que una guerrillera del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile se encaprichase de alguien que habría de pasarse la vida diseñando planos, calculando estructuras,

midiendo resistencias. Hubiera esperado un estudiante de Filosofía, un sociólogo, un escritor, un economista dispuesto a aplicar la teoría marxista sobre los medios de producción. O un obrero de la metalurgia líder de un sindicato.

La cabeza de Joao estaba afectada por el vino y los licores, pero acaso fueron estos los que le animaron a proponer a su nuevo amigo:

—Ahí están bailando dos bellezas mozambiqueñas. ¿Te fijas? Aquellas que bailan solas al lado de aquella columna mientras cuatro o cinco chicos no las pierden de vista.

—Sí, me fijo, son hermosas.

—¿Alguna vez has hecho el amor con una africana?

A Eduardo le sorprendió la pregunta. Nunca lo había hecho, y más de una vez había hablado de ello con su amigo Rubén como de un espejismo inalcanzable.

La pregunta era concreta como concretas eran aquellas dos jóvenes señaladas por Joao, que seguían bailando y coqueteando con su corte masculina.

—Las conozco. Si te animas, me acerco cuando se sienten y te presento. No sé por qué, pero creo que esta noche triunfamos con ellas.

Eduardo aún tenía fresca la propuesta del trío con Claudia.

—¿Quieres decir los cuatro?

Joao rio. Enseñó una dentadura hermosa y blanquísima. Siguió riendo unos segundos.

—¡No te asustes, nene! Viven en un apartamento con dos habitaciones, lo sé. Estuve una vez en una fiesta.

¡Nene! ¿Qué quiere decir con eso?, se preguntó Eduardo, turbado.

Ni siquiera el alcohol le apartó de la idea que motivó su interés por Joao. Era en Claudia en quien pensaba. Miró de nuevo a las africanas y decidió soltar amarras. Aquella velada estaba discurriendo por caminos inesperados. No detectó en el portugués ánimo alguno para hablarle de la chilena. Era un joven que, ante la ausencia de Claudia, buscaba satisfacer sus deseos sexuales con otra chica.

Se despidió de Joao.

—Me voy a la pensión, estoy cansado. Nos vemos otro día. *Agur*.

¿*Agur*?, ¿qué significaba? Joao quedó desconcertado, pero no le dio mayor importancia y se dispuso a revolotear ante una de aquellas mozambiqueñas.

Al día siguiente, Eduardo llamó a Pierre a una oficina que decía dedicarse a la importación de cacao africano y que constituía una de las infraestructuras políticas de Otelo. Pierre se alegró de que hubiera regresado y lo citó para ese día en un café.

Se estrecharon la mano. El francés le adelantó que Otelo se hallaba fuera de Lisboa y que lo recibiría al día siguiente en el mismo lugar de la reunión anterior.

Eduardo y Pierre hablaron durante un buen rato sobre la marcha de la Revolución. Pierre dijo que Otelo estaba dispuesto a permanecer firme para defender que el 25 de Abril no representara

el fin de la dictadura, sino el principio de la construcción del socialismo.

—Luego vendrá España, Otelo está seguro —añadió Pierre—, pero será él quien te hable de ello.

A Pierre le agradaba el joven vasco.

—Hablemos de otro asunto. ¿Viste a Claudia?

Eduardo se sorprendió.

—No, aún no la he visto, llegué ayer.

El sorprendido era Pierre.

—Quieres decir que no la has visto desde que llegaste o…

—¿O qué?

Ambos estaban hablando de la misma joven, pero en un sentido diferente. Eduardo quiso aclararlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Le ha pasado algo? —preguntó.

El francés se había metido en un pequeño lío. Entendió lo que estaba ocurriendo de inmediato. O Eduardo estaba tratando de esquivar sus preguntas o no sabía nada sobre el embarazo insinuado por la joven chilena semanas atrás.

—Dime, es importante: ¿desde hace cuánto no la ves?

—Desde mi viaje anterior.

—¿Y no has tenido contacto con ella?

—No, ni por teléfono ni por carta. ¿Qué sucede?

—Eduardo, creo que estamos ante un problema.

Seguía sin comprender lo que estaba tratando de decir el francés, se estaba cansando de aquel juego de palabras.

—¿Puedes contarme lo que ocurre, sea lo que sea? —preguntó.

Pierre dudó. Simpatizaba con el vasco, pero estaba sometido a una serie de normas. Si tenía noticia de un comportamiento extraño de alguna de las personas que entraban en el círculo de confianza de Otelo Saraiva de Carvalho, debía reportarlo a este. Y la chilena Claudia Larrainzar, ¿o se llamaba de otra manera?, era una de las representantes en Lisboa de una organización como el MIR de Chile, apenas dos años después de que el golpe de estado derrocara al presidente Salvador Allende.

Pierre antepuso el deber a su voluntad.

—Lo siento, pero antes de contarte nada debo hablar con Otelo.

—¿Qué sucede?

—Espero poder verle a solas en dos o tres horas —dijo con gesto contrariado.

No podía hacer nada. Pierre abandonó el café. Eduardo regresó a la pensión y se tumbó encima de la cama.

Eduardo repasó los datos de los que disponía. Joao le había informado de que ella estaba en Oporto, en una actividad. Daba por hecho que se refería a un acto político, propagandístico. Y Pierre se había alarmado sobremanera cuando Joao expresó que no había visto a Claudia ni en Portugal ni en ningún otro lugar. No disponía de un tercer dato que explicara lo que sucedía. Cerró los ojos y trató de dormir sin conseguirlo. Solo quedaba esperar la llamada de Pierre.

Se sentía triste, decepcionado. Podía salir y callejear, distraerse con el paso calmo de los lisboetas, pero ¿y si llamaba Pierre o se presentaba en la pensión?

Por fortuna para él, Pierre no llamó por teléfono, sino que se presentó en la pensión. Habían pasado menos de dos horas. El francés estaba agitado. Subió a la habitación y tomó asiento en la única silla que había. Eduardo se sentó frente a él, sobre la cama.

—Habla cuanto antes y cuéntame lo que sepas, por favor.

La conversación se desarrolló en francés, lengua que Eduardo manejaba con fluidez.

—He hablado con Otelo, apenas uno o dos minutos, y me ha autorizado a contarte lo que sé.

—Empieza.

—Hace unas semanas Claudia vino a verme.

—Continúa.

—Me rogó que le facilitara una forma de contactar contigo en Francia.

—¿Y se la diste?

—No y sí. Déjame hablar, sé que no he actuado como debía.

—¡Por Dios! ¡Habla!

—No le di la forma de contactar, el número de teléfono que tengo, pero insinué una forma de localizarte.

—¿Cuál?

—Los bares y restaurantes vascos de la parte antigua de Bayona. Le dije que, si preguntaba por alguien de la dirección de ETA, del aparato internacional, era probable que te avisaran. Me diste esta forma de contacto hace meses para el caso de que no contestaras en el número de teléfono que tengo.

—No entiendo bien. ¿Y por qué le dijiste eso? Si no le había escrito, razones tendría, ¿no crees? —objetó Eduardo.

—Sí, lo creo, y no comprendo lo que me sucedió. Tenía que haberme negado de forma tajante —contestó Pierre.

—Pero, ¿por qué lo hiciste?

Los separaba una distancia de medio metro. Eduardo se echó para atrás. Su espalda descansó sobre el colchón mientras miraba al techo. Seguía sin comprender lo que estaba pasando, y aún menos la gravedad que se infería de la actitud del francés. Se incorporó.

—Sigue —rogó Eduardo.

—Ahora viene lo importante, lo que explica que le diese ese dato de Bayona —dijo Pierre—. Claudia, con la palma de la mano derecha, se tocó el vientre. Repitió el gesto dos veces.

—¡Se tocó el vientre! ¡Eso es todo! —exclamó Eduardo.

El francés reaccionó:

—Pero, ¿no comprendes?

—¿Comprender qué?

—Claudia me estaba diciendo sin palabras que estaba embarazada y que el niño era tuyo.

Eduardo se acercó a la única ventana que había en la habitación.

—Si fue a Francia no lo sé, desde luego no la vi. Las cosas están revueltas. Si llegó a la parte vieja de Bayona y trató de preguntar por mí, estoy seguro de que nadie le respondió. Es más, su actitud sería sospechosa, la podrían haber tomado por lo que no es… —observó.

—Entonces, ¿no sabes nada de eso?

—¿De qué?, ¿me estás preguntando si soy el padre?, ¿si me acosté con Claudia?

Pierre se levantó y adoptó un gesto serio.

—Eduardo, eso sería asunto tuyo, pero Otelo me ha pedido que lo investigue. Que aclare todo este lío. Rompí una regla de la clandestinidad. Facilité a Claudia la manera de contactar con un militante revolucionario y ahora nos preguntamos quién es Claudia. ¿Estamos seguros de que es quien dice ser? Porque es extraño que se invente algo así. ¿O no es una invención? ¿O es que está de verdad embarazada? Y si así fuera, ¿quién es el padre?, ¿eres tú? Tendrías que saberlo. Hay medios para abortar aquí, en Lisboa. ¿Y cómo afecta todo esto al asunto que estamos manejando? Ni más ni menos que una insurrección popular en Euskadi, la mecha que puede incendiar España. Otelo quiere verte hoy. Me ha ordenado que te recoja a las ocho y te lleve a un apartamento. Nos quedan unas horas, necesitamos, repito, tú y yo necesitamos aclarar este enredo antes de las ocho de la tarde.

Pierre tenía razón, flotaban en el aire unas cuantas preguntas. Se había acostado con Claudia en dos ocasiones, en ambas había

eyaculado fuera gracias a la técnica que Rubén, sus amigos de Bilbao y él denominaban *dar marcha atrás.* No era una técnica segura, lo sabía.

¡Joao! ¡Era la persona a quien debía ver en ese momento!

Salieron de la pensión. En el camino, Eduardo fue explicando quién era aquel joven, cómo y dónde lo había conocido. Estaba seguro de que Joao se acostaba con frecuencia con la chilena, lo que le convertía en un posible padre; más que él desde luego.

Encontraron al portugués en uno de los bares frecuentado por jóvenes en el barrio del Carmen. Estaba con una de las mozambiqueñas que había conocido el día anterior. Este Joao no pierde el tiempo, pensó Eduardo. Se acercó a él. Pierre se quedó en una esquina esperando a que se reunieran con él, quería estar presente en la conversación.

—¡No puedo referir a Otelo lo que me cuentes, *merde!,* tengo que escucharlo con mis oídos y hacerle preguntas. Son órdenes —dijo Pierre.

—Mira, Joao, esto es importante. Ese señor que me acompaña no es un cualquiera, trabaja en la oficina de Otelo Saraiva de Carvalho. ¿Te suena? —preguntó Eduardo.

Claro que le sonaba. ¿A quién no? Otelo. El héroe de la Revolución de los Claveles. Joao había participado en las celebraciones del golpe de Estado, aunque no era militante de organización alguna. Asistía con Claudia a mítines en la universidad, aunque bostezaba al cabo de veinte minutos y suspiraba por el momento en que acabaran los discursos y llegara el momento de ir a bailar y beber. Ella le

reprochaba su indiferencia y él respondía: «Te escucho con interés, pero cuando estemos haciendo el amor no me hables de la revolución». Y se echaba a reír.

Le costó entender lo que Eduardo y aquel francés trataban de sonsacarle.

—¿Quién te presentó a Claudia?, ¿dónde la conociste? ¿Suele tener dinero abundante? —preguntó Pierre.

Las preguntas de aquel desconocido le parecían absurdas. Joao respondió:

—No tengo idea de lo que pretendéis. La conocí en un bar, creo que paga la pensión con un dinero que recibe de una organización universitaria pero no estoy seguro, nunca se lo he preguntado y no me interesa saberlo. ¿Qué está ocurriendo?, ¿Claudia está bien?

Podrían ser preguntas sencillas para un militante revolucionario dispuesto a cumplir cualquier misión, pero no para alguien atrapado por las paranoias que imperaban en aquellos años turbulentos; la mayor de ellas: el miedo a que el enemigo se infiltrara en las propias filas.

Por aquellos días llegó a oídos de los revolucionarios asentados en Lisboa una noticia que les sorprendió. Eduardo no estaba al corriente y Pierre se lo contó.

—¿Recuerdas a Roque Dalton, el joven salvadoreño a quien conociste en la reunión convocada por Otelo hace semanas?

—Claro que lo recuerdo, estuvimos charlando un buen rato. Es poeta, creo que recibió un premio importante en Cuba.

—Pues no lo verás más, su organización nos ha transmitido de manera oficial que ese gran poeta era en realidad un agente de la CIA. Lo descubrieron a tiempo y saldaron cuentas con él.

—¿Saldar cuentas?, ¿quieres decir…?

—Sí, lo juzgaron sus compañeros y ya no está en este mundo.

Pierre lo expresó con una frialdad absoluta, como si hablara del resultado de un partido de fútbol. Eduardo se estremeció.

—¿Cómo es posible?

—El enemigo no se queda quieto, te lo aseguro.

Le impresionó la indiferencia con que Pierre saldó la conversación: «Lo juzgaron sus compañeros y ya no está en este mundo». Le vino a la cabeza la situación en la dirección de ETA, donde las diferencias políticas se estaban transformando en enemistades personales. ¿Y si Roque Dalton no era un agente de la CIA?, pensó. ¿Y si se trataba de una falsedad urdida por sus propios compañeros para quitárselo de en medio?

Eduardo, Pierre y Joao continuaron un rato más en el bar. Joao insistía:

—¿Claudia está bien?

—No lo sabemos, necesitamos dar con ella cuanto antes.

Alguien tenía que hacer la gran pregunta. Pierre le apremió:

—Díselo —pidió a Eduardo.

Este asintió.

—Joao, ¿cada cuánto tiempo ves a Claudia?

—La veo todos los días, tomamos un café o comemos, salvo cuando viaja; como ahora, que está en Oporto.

—Y antes, ¿hizo algún viaje largo?

—¿Antes?, ¿cuándo?

—Desde que nos conocimos en mi viaje anterior.

Joao dudó. No estaba seguro de que debiera responder. Pierre le exigió que contestara y él se asustó.

—Viajó durante una semana; menos tres o cuatro días. No sé a dónde.

Pierre y Eduardo se miraron.

—Y cuando regresó, ¿la notaste rara? —preguntó Pierre.

—¿Rara? Aturdida, sí. Había viajado en tren muchas horas y no le di mayor importancia.

—¿Comentó algo sobre su viaje?

—Nada, pero es cierto que durante unos días no quiso verme, apenas salía de su estudio. Ahora que lo pienso mejor, era otra Claudia. No insistí, no le gusta que le hagan muchas preguntas.

Para ese momento de la conversación, la cabeza de Eduardo había atado unos cuantos cabos. Descartaba cualquier vínculo de la chilena con una conspiración extranjera. Pierre había ido demasiado lejos en sus paranoias. Se concentró en la mejor forma de preguntar a Joao por lo único que le interesaba:

—Has dicho que ves a Claudia cada día. ¿Sois novios?

—¿Novios? Nadie puede ser novio de Claudia. Ella siempre lo deja claro en el momento en que conoce a un chico.

—Si Claudia tuviera algún problema, ¿te lo contaría? —preguntó Eduardo.

Joao se puso serio.

—Somos buenos amigos.

—¿Sabes si Claudia está embarazada? —inquirió Eduardo.

—¿Cómo? Me lo hubiera dicho, estoy seguro. Imposible. ¿Embarazada?, ¿de quién?

Pierre y Eduardo se miraron con fijeza. El vasco no sabía si contar al joven portugués la causa de aquel interrogatorio. No estaba obligado a hacerlo y, sin embargo, quería zanjar aquella conversación extraña con una explicación.

—Perdona, Joao, creo que estamos ante un enorme malentendido, pero no lo aclararemos hasta que veamos a Claudia.

Capítulo 27.

Nuestra pequeña bromita

Llegó el momento de que Otelo Saraiva de Carvalho y Eduardo M. se encontraran de nuevo. Pierre los dejó solos.

Sentados frente a frente, el vasco, por segunda vez en su vida, respiró el aroma de los grandes encuentros políticos. Estaba frente a una de las personas que habían protagonizado el 25 de abril de 1974. Él no era más que un conspirador de una organización de una pequeña región de España, impulsada al prestigio internacional revolucionario por el atentado que acabó con la vida del sucesor de Francisco Franco.

Otelo pasó revista al asunto de la chilena en cinco minutos, dando por esclarecido el caso tras las explicaciones de Pierre.

—Debes tener sumo cuidado con las mujeres. Eres joven, entiendo tus necesidades, eres atractivo y emanas encanto, pero el enemigo acecha con poderosas armas. Y las mujeres pueden llegar a ser una de ellas si trabajan para el imperialismo. No me refiero a Claudia, desde luego, lo de ella está aclarado. Se precipitó por amor y mintió, no debió viajar a Francia. Actúa con prudencia.

Eduardo asintió.

Otelo estaba ávido por conocer el resultado de su viaje a Moscú. El joven explicó con pormenores lo sucedido, sus reuniones con altos cargos a los que no identificó con nombres. El portugués tampoco lo pidió. Habló sobre las cuestiones por las que se interesaron en Moscú, las preguntas que hicieron, la duración de la entrevista y el modo en que lo habían tratado.

—A juzgar por lo que dices, los rusos se están tomando en serio nuestra *pequeña bromita.*

—*¿Pequeña bromita?* —exclamó Eduardo.

—No me interpretes mal —acotó el portugués, ante la mirada sorprendida del vasco—, es una manera de hablar. Te confesaré que nuestra revolución también empezó como una *pequeña bromita.* Estábamos en Luanda, unos cuantos oficiales empezamos a elucubrar sobre la forma de acabar con Marcelo Caetano, luego nos fuimos poniendo serios, hasta que vimos que era posible. Y mira, aquí estamos.

A Eduardo le interesaron los detalles de la conspiración.

—Háblame del mismo 25 de abril, de la víspera.

Otelo se sintió halagado. Encendió un cigarrillo.

—Sí, las horas previas fueron emocionantes. Teníamos las cosas planeadas. Cada oficial habría de cumplir una misión, tomar un cuartel, sacar los tanques y ubicarlos en una u otra avenida, ocupar un aeropuerto. Te contaré algo, quizá no lo sepas: ¿por qué nuestra revolución se conoció en el mundo como la de los claveles?

Eduardo enarcó las cejas.

—Un soldado pidió un cigarrillo a una mujer que vendía flores. Pero esta no fumaba y le dio un clavel. El soldado lo puso en la boca del fusil y sus compañeros hicieron lo mismo. Y ahora sigamos con lo nuestro —prosiguió Otelo—. ¿Saben en Moscú que estás hablando conmigo?

—Sí.

—¿Y qué dijeron?

—Se refirieron a ti con palabras de admiración, como uno de los protagonistas del 25 de abril.

Otelo sonrió.

—Te explicaré mi relación con los soviéticos. El Partido Comunista de Portugal que dirige Álvaro Cunhal no mueve un papel sin el beneplácito de Moscú, es una simple marioneta. Si hubiera sido por ellos, aún estaría Caetano en el palacio presidencial. La revolución les sorprendió y tuvieron que sumarse a última hora al ver que el pueblo nos acompañaba. Ellos me respetan, pero no me quieren. ¿Sabes la razón? Porque no sigo sus órdenes.

—Pero insististe en que necesitábamos su apoyo.

—Y lo sigo haciendo. Escucha con atención. Cuando llegue el momento, podré hacer declaraciones sobre España y Euskadi, pero el mundo no me hará caso. Solo la Unión Soviética puede agitar al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, organizar manifestaciones en multitud de capitales a favor de la causa vasca, crear de la noche a la mañana solemnes cartas de solidaridad

firmadas por escritores y artistas en diez idiomas distintos; son expertos en estas cuestiones y disponen de una red eficaz y engrasada.

—Entonces, ¿qué estás proponiendo?

Otelo Saraiva de Carvalho se puso en pie.

—Lo que tenemos que hacer es continuar con nuestra estrategia, utilizarles, pero sabiendo que ellos también van a querer utilizarnos; será un equilibrio interesante de resultado incierto, pero es la única para seguir adelante. Querrán estar al tanto de la operación y colocarán a uno de sus *rezident* para que le informemos; de nosotros dependerá hacerlo y en qué medida.

Continuaron conversando. Otelo parecía no tener prisa, lo que congratuló a Eduardo.

Otelo continuó:

—Las cosas van despacio en España, las enfermedades de Franco ralentizan los movimientos. Nadie sabe cuánto durará, pero serán meses, no años. No se sabe lo que tiene, pero es grave. Los franquistas duros están dispuestos a evitar que el régimen se desmorone, tienen con ellos a los generales. Atiende: ese panorama, en contra de lo que pueda parecer, favorece nuestro plan.

Eduardo comprendió. Interrumpió el discurso del portugués:

—Nos favorece porque, si se empecinan en mantener el régimen, obtendremos más apoyo internacional —aseguró el vasco.

—Una buena observación, querido Eduardo.

—Y nos favorece porque necesitamos tiempo para preparar la operación —continuó el vasco.

—Así es —remató Otelo.

A medida que charlaban, mejoraba la opinión que tenía Otelo del vasco. Poseía una madurez política poco habitual para un joven de su edad.

Eduardo se hallaba a gusto y prosiguió:

—Si conseguimos hacer un *tour de force,* obligaríamos a muchas organizaciones indecisas a tomar partido: o contra la represión que el franquismo desatará, o con el levantamiento.

—El eco de medio mundo exigirá que se respeten los derechos del pueblo vasco —expuso Otelo, excitado por la conversación—. Ahí quería llegar —continuó—, escucha con atención, puede que no te suene bien lo que te voy a decir: aunque las cosas salgan bien, es probable que no se pueda declarar la independencia en cuatro días, tendrá que ser un proyecto a largo plazo.

Eduardo calló durante unos segundos. Aquel comentario no le cogió por sorpresa. Lo había meditado una y otra vez desde que su cabeza empezó a darle vueltas a la operación Orreaga. Una insurrección popular sin declaración de independencia le ocasionaría serios problemas en el seno de la organización. Emilio, Jon y otros cargarían contra su liderazgo, estaba seguro. Se opondrían, lo acusarían de traición. Sin embargo, las palabras que a continuación expresó el portugués tenían sentido y resumían la estrategia que él llevaba tiempo elaborando.

—ETA no puede pretender una declaración de independencia al día siguiente de la muerte de Franco, ni siquiera si la insurrección es exitosa de forma parcial: el mundo no la apoyaría. En su lugar, aplaudiría la apertura de un proceso de negociación con el Estado, la restauración de un estatuto de autonomía con competencias amplias. El derecho a la autodeterminación que incluya discutir sobre la independencia para más adelante. Todo bajo observación internacional. Escúchame, lo que te voy a decir es importante. Procuro estar bien informado sobre los asuntos de España. Será necesaria la complicidad del Partido Nacionalista Vasco por sus contactos internacionales con los norteamericanos y con el Vaticano. Esta es mi manera de ver las cosas, lo he madurado en las últimas semanas.

—¿Del PNV?, ¿a qué te refieres con complicidad? —preguntó Eduardo, sorprendido.

Saraiva de Carvalho tenía un pequeño refrigerador en el apartamento. Se levantó y extrajo un par de cervezas. Eduardo aceptó una.

—Este partido representa en el País Vasco la legalidad de la República. Y, por las noticias que recibo, tiene un apoyo importante. Me gustaría conocer la opinión de ETA sobre este asunto.

Eduardo mantenía conversaciones con dirigentes nacionalistas vascos en Bayona y San Juan de Luz. Pero PNV y ETA estaban separados por un abismo ideológico y político.

—No puedo hablar en nombre de ETA sobre este asunto, pero en su momento lo llevaré al KE. Tendré problemas, te lo adelanto.

Estamos divididos.

—Escucha, si tengo que hablar con tus compañeros, lo haré, pero las oportunidades no se desperdician. Si seguimos adelante con los planes, entre tus compañeros habrá quienes planteen el todo o nada. Esa es una actitud infantil.

—Igual pienso yo, pero no es una situación fácil —insistió Eduardo.

Siguieron charlando de las tareas que esperaban. Otelo hablaba y hablaba, enfebrecido.

La reunión con Otelo acabó sobre las doce de la noche. Se dieron un abrazo y Eduardo, mientras bajaba las escaleras del inmueble, apenas pudo contener la emoción. Aquello empezaba a dejar de ser una *pequeña bromita,* como lo había denominado el portugués.

En cualquier momento lo convocarían para continuar las reuniones en Moscú. Estaba convencido de ello. Y debería acudir de inmediato, lo que significaba no volver a ver a Claudia. Pierre lo llevó al barrio donde, con probabilidad, hallaría a Joao. Tuvo suerte, estaba en uno de sus bares favoritos, bailando con la joven mozambiqueña. Al verlo, se alarmó.

—¿Qué sucede? —dijo un Joao ansioso.

—Nada, quería despedirme, mañana regreso —contestó Eduardo.

—Le diré a Claudia que has estado. Tendré que decírselo.

Le entraron de repente unas ganas extraordinarias de escribirle.

—Joao, ¿estarás todavía aquí dentro de media hora? Quiero escribirle una carta a Claudia, para que se la entregues cuando vuelva.

—Estaré —dijo él, tratando aún de desentrañar aquel episodio.

Corrió hacia la pensión donde se hospedaba. Pidió al recepcionista un par de hojas.

Querida Claudia:

Voy a estar en Lisboa unas horas, parto mañana temprano. He sabido que fuiste a Francia, quiero pensar que fuiste a verme, lo intentaste… Ha sido Pierre quien me lo ha dicho. Le diste a entender que estabas embarazada. ¿Lo estás? Después de unas cuantas preguntas a Joao, he llegado a la conclusión de que querías verme a toda costa.

Quiero pensar que deseabas estar conmigo unos días, unas horas.

Las cosas en mi país se están complicando, no sé cuándo volveré, y tampoco puedo pedirte que vengas a mi lado. Existen reglas que debo cumplir.

Dejemos que el tiempo nos vaya indicando la manera de volver a encontrarnos.

Eduardo.

La leyó tres veces, pidió un sobre al joven de la pensión, se aseguró de que estaba bien cerrado y de nuevo corrió hacia el bar donde lo esperaba Joao.

Este continuaba con su conquista africana.

—Te entrego esta carta. Dásela a Claudia en cuanto llegue a Lisboa. Gracias.

—Lo haré, te lo prometo —respondió el portugués.

Sintió una punzada, una especie de desgarro tras entregar la carta, mientras caminaba hacia la pensión. Una voz interior, no obstante, le decía una y otra vez que había hecho lo correcto. Debía respetar las normas de la clandestinidad que él aceptó sin reservas al entrar en ETA.

Una vez más, los consejos y reprimendas de su buen amigo Rubén revoloteaban en su cabeza: «Entrar en ETA, ¿quieres perderte lo más hermoso que tenemos a nuestra edad: buscar una chica y amarla? ¿O es que, si la encuentras, quieres exponerla a que un día la maten?».

Rubén le hablaba de forma despiadada, sin restricciones, expulsaba lo que sentía, aprovechaba cualquier oportunidad para suplicarle que diera marcha atrás y cerrara aquel capítulo. Algo en su interior le decía que la aventura de su mejor amigo habría de acabar en tragedia.

La carta para Claudia y las amonestaciones de Rubén dieron paso a la conversación que había mantenido con Otelo. Las palabras de este resonaban en su cabeza: «habrá quienes en ETA planteen el todo o nada, esa es una actitud infantil».

Capítulo 28.

Central Intelligence Agency

Washington, 15 de febrero de 1975. Langley, Virginia. Oficinas de los Servicios de Inteligencia (CIA).

Marvin Lee era el jefe del Departamento de la Península Ibérica de la CIA desde hacía doce años. Había cumplido los sesenta y en lo último que pensaba era en jubilarse. Adoraba su trabajo. Había peleado en la Segunda Guerra Mundial, se había enrolado en información y especializado en Europa meridional. Hablaba español y portugués con soltura.

Aquel día de febrero entró en su oficina a las ocho de la mañana, se sirvió una taza de café y se dispuso a revisar los expedientes que uno de sus ayudantes había depositado en su mesa unos minutos antes. Ese día eran cuatro, tres en carpetas de color azul oscuro y un cuarto en una roja. Tomó esta en primer lugar. Firmaba el expediente un agente de su sección llamado Fredy García. Cinco minutos después, su asistente se encontraba sentado frente a él.

—¿Qué es esto? —dijo Marvin.

—No sabemos mucho aún, pero es un movimiento extraño. Tres *agentes durmientes* de los *camaradas* han sido despertados en noventa horas, y los tres por la misma persona.

—¿Cuánto tiempo llevaban dormidos?

—Bastante, entre siete y diez años.

—¿Dónde viven?

—En tres ciudades: Lisboa, Santander y Bilbao.

—Interesante, Bilbao está en el País Vasco, ¿no es cierto? —preguntó Lee.

El agente García asintió. Tenía treinta años y se encontraba excitado por la situación.

—No son agentes durmientes ordinarios, son agentes con coberturas trabajadas, personas inteligentes y de una gran fidelidad al partido comunista. Una buena razón ha de tener Moscú para despertarlos de forma simultánea.

—¿Cómo lo hemos sabido?

—Los tenemos vigilados desde hace tiempo. De la noche a la mañana, los tres han cambiado sus hábitos. El de Lisboa ha comprado una pequeña empresa de transporte por carretera que tiene cuatro camiones y ha pagado al contado.

—¿Has nombrado Santander?

—Sí, ese agente es un viejo capitán de barco de cabotaje, un argentino que vive en esa ciudad del norte de España, a pocos kilómetros de Bilbao. Un hermano suyo perteneció a las Brigadas

Internacionales durante la guerra de España y murió. Los camaradas lo reclutaron hace unos años.

—¿Y qué ha ocurrido con él?

—Es sorprendente, porque siempre ha trabajado para compañías, nunca ha tenido barco propio. Hace unos días compró uno de veinticinco mil toneladas. Da pena verlo, he visto fotografías. La cabina y los costados vencidos por el óxido. No aguantará más de diez o doce travesías y acabará en el desguace. Eso es lo más extraño, ¿por qué alguien paga una buena cantidad por un viejo cascarón medio podrido? Nuestra gente ha escarbado en el puerto, algunos de sus amigos han mostrado extrañeza. Él, como explicación, ha dicho que ha recibido una herencia en su país y que estaba cansado de trabajar para otros.

—¿Y qué sucede con el tercer durmiente?

—Es una mujer que vivía también en Santander. Sin una razón aparente, se ha mudado a una pequeña localidad llamada Ontón, también cercana a Bilbao, en la frontera con la región vasca. Lo curioso de este caso es que ha alquilado una pequeña vivienda rural cercana a una instalación portuaria que acaba de ser inaugurada. Lo llaman el Superpuerto, y está destinado a reforzar el comercio marítimo desde la costa norte de España. Sin embargo, existe un dato: esta obra ha sido objeto de críticas por parte del Partido Comunista y otras organizaciones radicales. Acusan al Gobierno de España de pretender acoger a nuestra flota del Atlántico. Es una grandísima invención, pero dedican bastantes medios para divulgarlo en su propaganda.

—¿Qué más se sabe de esta señora?

—Hasta hace dos años era profesora en un instituto público. Impartía clases de Historia y Geografía. Vive sola, junto a un gato y un perro. Tenemos pruebas de su vinculación con el partido comunista. Su marido también lo estaba. Falleció hace unos años.

Lee pidió a García que continuase trabajando en ese asunto y convocase a sus ayudantes del Departamento de la Península Ibérica. Tenía claro que algo estaba sucediendo o estaba a punto de suceder.

Capítulo 29.

Regreso a casa

Claudia Larrainzar trataba de salir de la crisis causada por la ausencia de Eduardo. La forma con que había sonsacado información a Pierre le remordía la conciencia. Aquel gesto de tocarse el vientre e insinuar que esperaba un hijo.

Con sus preguntas en el País Vasco francés había desafiado las reglas de la clandestinidad de un compañero revolucionario. Todo ello le causaba desasosiego y frustración.

Buscaba excusas, razones que justificasen su comportamiento. Era una mujer joven, se había visto obligada a tomar el camino del exilio y hacía mucho tiempo que, por decisión propia, no hablaba con sus padres por teléfono y tampoco respondía a las cartas que, por medio de su amiga Fulvita, le enviaba su madre.

Fulvita le insistía para que reanudase la relación con Josefina Alegría, y le dio unas cuantas razones para ello. Después de todo, según repetía Fulvita en las cartas enviadas a Lisboa, era su madre. Su manera de ver las cosas de la política chilena era conservadora, el apoyo público dispensado a la Junta Militar que encabezaba

Pinochet la llenaba de vergüenza. Pero no podía eliminar de la noche a la mañana el amor que le habían dispensado y los constantes cuidados recibidos. «Para tus padres lo significas todo, pienses como pienses, y así seguirá siendo», le escribía su amiga.

El consejo de Fulvita y las condiciones anímicas en que se hallaba la hicieron reconsiderar la visita de su madre a la que se había negado. Esta llevaba meses implorándolo.

Sus padres recibieron la buena nueva con entusiasmo. Josefina Alegría preparó el viaje. Fulvita les adelantó que no esperasen de ella un cambio en su manera de pensar, arrepentimiento, solo era un encuentro familiar.

Josefina Alegría había reservado habitación en un hotel de tres estrellas cercano a La Baixa. Habían concertado verse a la hora de comer en el restaurante del hotel, a la una del mediodía del día siguiente a la llegada a Lisboa de la chilena. La propuesta había sido de Claudia, y sus padres lo entendieron como un acto de frialdad. No podían creer que no estuviera en el aeropuerto esperándola.

Claudia tenía conocimiento de que su madre llegaba a las diez de la mañana, en vuelo regular de Iberia procedente de Madrid, tras hacer escala de otro vuelo de la misma compañía que había salido de Santiago de Chile trece horas antes. No pudo conciliar el sueño aquella noche. Veía la imagen de su madre embarcada en los aviones durante quince horas, la imaginaba abatida y, no obstante, ilusionada, rezando y con un rosario en la mano.

A las ocho de la mañana tomó la decisión. Olvidó la cita concertada, subió al autobús que la habría de conducir al aeropuerto

y esperó a que el megáfono anunciara que el vuelo había aterrizado.

Se vieron a cierta distancia. Josefina empezó a caminar acelerada, dejó atrás la maleta y rompió a llorar. Claudia reaccionó y corrió hacia su madre. Ambas estallaron en lágrimas. Permanecieron más de un minuto abrazadas.

Tomaron un taxi que las condujo al hotel. La hija trataba de disimular su nerviosismo y le iba narrando los paisajes de la ciudad que atravesaban. Josefina asentía, pero sus ojos no se separaban de Claudia. La halló delgada y, sin embargo, hermosa. Josefina apenas hablaba. No soltó la mano de su hija a lo largo del recorrido. Vestía de forma sencilla, sin joya alguna, aunque no era su costumbre salir de casa sin un par de pulseras y un collar. A Claudia no le fue ajeno este gesto.

Los padres habían dedicado mucho tiempo a preparar las palabras que Josefina debía pronunciar una vez que se encontrara con Claudia frente a frente. Descartaban que su niña decidiera regresar a Santiago de Chile. Se conformaban con reconstruir la relación, saber de ella, oír su voz. Según programaron ambos, su madre debía evitar cualquier alusión al dinero, ya fuera en forma de préstamo o de ayuda para su mantenimiento. Pisaban un terreno difícil, las ideas de su hija eran sólidas y no querían ofenderla.

Josefina se hallaba agotada por la emoción y por el largo trayecto. Tenía casi sesenta años. La noche anterior no pudo dormir y cayó rendida nada más llegar a la habitación del hotel. Pese a que la economía familiar podía permitirse un hotel de categoría superior, por ejemplo, el Avenida Palace que, por entonces, brillaba en la

hostelería lisboeta, la agencia de viajes reservó el hotel Braga, no sin extrañeza al tratarse de un establecimiento de tres estrellas. Tanto ella como Julio Larrainzar no querían cometer acto alguno que contrariara la manera de pensar de su hija. Si había que comportarse como una señora de clase media, Josefina Alegría lo haría.

Se citaron para el desayuno. Claudia la recogería a las diez de la mañana.

Por nada del mundo Josefina Alegría se acostaría sin contar a su marido cómo había encontrado a su hija. Él, en la otra punta del mundo, esperaba la llamada con ansiedad. Le hubiera gustado escuchar la voz de su hija. No contaba con ello, sin embargo, por lo que no hubo decepción.

Existían dos cuestiones sobre su hija que preocupaban a los padres: la vida política de su hija y la amorosa. No sabían dónde vivía ni con quién, a lo que se dedicaba o cómo hacía para pagar los gastos ordinarios de mantenimiento; si la pertenencia al MIR de la que la acusaban las autoridades chilenas respondía a hechos probados o carecía de consistencia. ¿Habría participado en actos violentos?

A lo largo de la noche, mientras Claudia cogía el sueño, trató de ponerse en el lugar de su madre. Comprendió su sufrimiento. Habían sido educados con otra manera de entender el mundo y la situación en Chile.

Al día siguiente se encontraron en el comedor del hotel. El rostro de Josefina había mejorado tras el descanso. Claudia también lucía

un semblante diferente. Pasaron el día huyendo de la conversación que ambas consideraban inevitable. La madre se mostró con buena disposición para caminar por Lisboa. Le gustó el ritmo sosegado de las gentes al pasear y el hervidero de la Baixa A la hora de cenar, Claudia le propuso un restaurante de comida casera en Alfama.

A veces ambas encontraban embarazoso el silencio que se creaba entre ellas. A Josefina Alegría se le había ocurrido introducir en la maleta dos álbumes de fotografías, y mataban el tiempo viendo una tras otra, recordando fiestas familiares y otros acontecimientos.

Hasta el tercer día no llegó la conversación esperada por ambas mujeres. Estaban sentadas en una terraza de la plaza del Comercio mientras disfrutaban de un tiempo soleado y del vientecillo fresco del Atlántico. Claudia observó que su madre se mordía el labio y se esforzaba para no llorar.

—Tu papá me pregunta a diario por ti, quiere saber cómo te encuentras. Yo le respondo que se te ve hermosa.

—También me pregunta si tienes *pololo*.

¿*Pololo*? Hacía tiempo que no escuchaba esa palabra. Hablaban un lenguaje diferente. Si confesara en aquel momento que no dejaba de pensar en un joven vasco dirigente de ETA, Josefina Alegría se escandalizaría. ¿ETA? ¿Pero no son esos vascos que ponen bombas y matan gente?

Claudia Larrainzar fue contundente.

—Mami, sigo creyendo en lo mismo que cuando me exilié. Lucharé lo que pueda para combatir a la Junta Militar, solo regresaré a Santiago cuando recuperemos la democracia.

—A tu padre y a mí solo nos importas tú, ni la Junta ni Pinochet.

—Pero papá puso el nombre de La Lechera en un manifiesto de apoyo a la Junta —recordó Claudia.

—Fue un error, no supimos ver la trascendencia, y menos aún que se publicaría en *El Mercurio*. A tu papá lo manipularon, no volverá a ocurrir.

Josefina Alegría prosiguió.

—Tu papá pregunta si necesitas plata. He traído un sobrecito, no lo interpretes mal, hija mía.

Claudia intuía que llegaría ese momento, estaba preparada. Su madre hizo el gesto de abrir el bolso, pero su hija se lo impidió con la mano, sin necesidad de abrir la boca.

Quería a sus padres, entendía el estado de inquietud en que vivían y se daba por satisfecha con lo que había conseguido con el viaje de su madre a Lisboa. Esta volvería a Chile con la certeza de que se encontraba bien de salud, y ella conservaba el orgullo de haberse comportado como una militante revolucionaria a pesar de las dudas que empezaban a asaltarla. Quedaron en escribirse por medio de Fulvita.

Capítulo 30.

Esteban Juanes en Bilbao

Esteban Juanes llamó por teléfono al secretario de la Embajada soviética en París. El funcionario le citó en la misma sede. No había nada extraño en que un periodista franqueara la puerta de la legación diplomática.

—Quiero cubrir los acontecimientos en el País Vasco. Franco está a punto de morir y creo que va a ser un punto caliente en los próximos meses —dijo de corrido.

—No sé cómo podemos ayudarle —contestó Vladimir Nikolsky.

—Tal vez puedan ayudarme a conseguir alguna corresponsalía, aunque habría de ser con un salario fijo y los gastos cubiertos. Aquí tengo mi casa, y allí tendría que alquilar un apartamento, arrendar un vehículo, pagar comidas…

Entre las características de un oficial de inteligencia figura la de ser desconfiado.

—Y esta buena idea, ¿la ha comentado con alguna otra persona, tal vez con un compañero de profesión?

—No, pero es cierto que empecé a pensar en ello después de que me encargaran el informe sobre el País Vasco. Espere, tengo una pregunta, curiosidad de periodista, ¿gustó a quienes lo leyeron?

—Es una información que no tengo, lo siento. Me limité a transmitirlo.

Continuaron hablando de buen ánimo.

—Déjeme consultarlo con Moscú. En unos días le daré una respuesta. ¿Cuándo empezaría a trabajar? —dijo Nikolsky

—Estaría disponible a partir de la próxima semana.

El funcionario dio un par de vueltas a la propuesta antes de enviarla a Moscú. Entre sus atribuciones no estaba la de aprobar una decisión como esa, pero sí envolverla en un texto que debía incluir la manera en que se había comportado el visitante, si había detectado en él nerviosismo, tartamudeo, sonrojo, si movía las manos más de lo normal.

Nada de eso sucedió en la breve entrevista que sostuvieron. Al contrario, el periodista se mostró sereno.

El ruso aún no había terminado.

Nikolsky tomó un papel, lo dividió en cuatro partes, sobre la mesa había una pluma estilográfica y un bolígrafo corriente.

—Tiene la amabilidad de escribir su nombre en este pequeño papel y firmarlo, con la pluma y con el bolígrafo.

Juanes no se sorprendió.

—Quiere que mi firma pase por un calígrafo…

—Sí, cómo lo ha sabido —dijo Nikolsky.

—Amigo mío, no nací ayer.

La respuesta de Moscú llegó al cabo de dos días. El secretario de la embajada lo citó por teléfono.

—Es posible que nosotros podamos hacer un esfuerzo: una gratificación mensual, aunque no muy alta.

Era una noticia excelente para Juanes. Prometió hacer lo posible para estar en Bilbao en diez días.

Capítulo 31.

¿Una insurrección?

A lo largo del mes de abril de 1975, a Eduardo M. le faltaban horas para atender los asuntos que le llegaban en su condición de jefe de la oficina política de ETA.

Saltaron chispas en los acalorados debates entre los dos bandos. El que encabezaban Gorka, Emilio y Jon se encargó de agitar aún más el ambiente cuarenta y ocho horas antes del inicio de la reunión de un comité ejecutivo ordinario, por medio de una propuesta que Eduardo juzgó insólita. Días antes, en una reunión con responsables de las Brigadas Rojas, la Baader-Meinhof, el Ejército Rojo japonés y un enviado de las Fuerzas Populares de Liberación de Palestina del doctor Georges Habache, estos grupos habían propuesto una acción militar conjunta: el secuestro de cuatro o cinco aviones comerciales que sobrevolaran espacio europeo, con el fin de obtener la liberación de presos políticos en diferentes países. Los reunidos invitaban a ETA a participar en la operación. Su cometido consistiría en secuestrar un avión de la compañía Iberia.

Eduardo, Julen y Karlos se negaron a discutir la propuesta. Hablaron de la incompatibilidad de una estrategia internacional para recabar el apoyo a la causa vasca con una práctica terrorista como la que estaban sugiriendo sus compañeros. Pusieron datos sobre la mesa. Centenares de miles de personas se habían manifestado en ciudades de medio mundo con ocasión del Consejo de Guerra de Burgos, la causa vasca se había internacionalizado. Las democracias occidentales deseaban el fin del franquismo. Cualquier acción como la que proponían alemanes, italianos, japoneses y palestinos provocaría rechazo. Ellos no eran terroristas, como una y otra vez pregonaban los periódicos afines al régimen, eran *abertzales,* patriotas, luchaban contra un régimen que nació de un golpe de estado.

Emilio y sus compañeros tuvieron que aceptarlo y retiraron la propuesta. Julen asintió con la cabeza. Dieron por cerrada la discusión.

Lo hicieron sin saber que, a muchos kilómetros, en La Habana, Fidel Castro había pronunciado una sentencia: «Si unos pseudorrevolucionarios europeos aterrizan en Cuba tras secuestrar un avión de Iberia, los fusilo en el aeropuerto». La frase tenía una explicación sencilla: Francisco Franco había ayudado al gobierno revolucionario cubano a sortear el bloqueo económico impuesto por Estados Unidos después de la fracasada invasión de bahía Cochinos. Mantuvo las relaciones comerciales con Cuba. España siguió comprando a los cubanos tabaco, azúcar y ron. El vuelo semanal de

Iberia entre La Habana y Madrid nunca se interrumpió. Y Fidel lo agradecía de una manera peculiar.

—Es el momento de contar las expectativas del plan que estás trabajando con Otelo, al menos de adelantar algo —dijo Julen a Eduardo, en el transcurso de la reunión.

Estaban siendo presionados, las fuerzas en la organización estaban empatadas. Debían tomar la iniciativa. De manera que Eduardo soltó *el secreto que guardaba.* Escogió palabras solemnes.

—Compañeros, ha llegado el momento de compartir con vosotros un gran plan. Puede que cambie el curso de la historia de nuestro país.

Guardó silencio durante unos segundos. Emilio y Jon lo observaban, inquietos y sorprendidos. Julen rompió el silencio.

—Cuéntanos.

—Estoy trabajando en la organización de un levantamiento popular y armado que podría contar con fuerzas exteriores. Nuestros posibles aliados piden una discreción absoluta, al menos hasta que los preparativos estén avanzados.

Emilio y Jon cruzaron una mirada. No confiaban en los planes de Eduardo y tampoco en él. Estaban obligados a escucharle, no obstante. Fue el segundo quien intervino:

—Lo que mencionas parece importante, pero necesitamos más información. ¿Te refieres a una insurrección? Suena bien, pero explícate, ¿contaremos con armas suficientes, cientos, miles?

—Estoy trabajando en esa cuestión. Sí, espero contar con lo necesario. No existe utopía que no pueda realizarse.

Pronunció estas últimas palabras con una fuerza arrolladora y en ese momento Emilio y Jon comprendieron lo que representaban a la hora de conquistar la adhesión de los indecisos.

¿Quiénes eran los misteriosos patrocinadores que suministrarían las armas y municiones suficientes que anunciaba *Hegel*?, pensó Emilio. Por primera vez en mucho tiempo, aquel estudiante bilbaíno aportaba a la organización algo más valioso que papelitos y ponencias, caviló. Una insurrección popular armada, ese era el lenguaje que ellos hablaban. ¿Quiénes, sino ellos, los comandos especiales, serían los encargados de dirigirla?, comentaron tras terminar el KE.

A la salida, cuando viajaban en coche con destino a los apartamentos donde pasarían la noche, lo comentaron:

—Si *Hegel* presenta su plan y repite eso de que no hay utopías irrealizables, se llevará la asamblea de calle. Dará la impresión ante la militancia de que es una persona combativa, decidida, cuando nosotros sabemos que no lo es.

Capítulo 32.

¿Miedo a morir?

Eduardo seguía pensando en Claudia Larrainzar. Las reglas de la clandestinidad le impedían tomar decisiones inmediatas, como podía ser proponerle que ella viajara a Francia y se estableciera junto a él. Y tampoco tenía tiempo para buscarla en Lisboa, en Oporto o donde se hallase.

Los miembros del KE de ETA tenían normas estrictas sobre sus movimientos. En algún momento pensó en convocar a Rubén y explicarle lo que le sucedía. Con él tenía la máxima confianza y, como era estudiante, podría viajar a Lisboa y localizar a la chilena con ayuda de sus indicaciones. Estaba seguro de que Rubén aceptaría el encargo, aunque solo fuese por la remota posibilidad de que el amor por una mujer consiguiera que él ordenara su cabeza y abandonara aquella aventura en la que se había embarcado.

Sin embargo, la imagen de su buen amigo preguntando por los bares izquierdistas de Lisboa por una militante chilena llamada Claudia, sin más datos que su belleza, sus ojos oscuros y expresivos,

su larga melena negra y el detalle de que solía acompañarla un joven llamado Joao lo perturbaba.

Rubén acabaría enredado en una situación arriesgada para su integridad física. Era probable que lo tomaran por lo que no era; un espía. Y Rubén no era el tipo de joven que se acobardara ante las escaramuzas callejeras. Si alguien le plantaba cara, seguro que acabarían a golpes. Descartó la idea.

Cada vez que en su cabeza aparecía el rostro de Rubén, no podía evitar sonreír: Rubén y sus reprimendas. Las extrañaba. Hasta hacía poco más de un año, vivía en Bilbao, tenía unos padres, una casa, amigos y sobre todo a Rubén. En más de una ocasión repararon en que llevaban más de quince años viéndose cada día, los trescientos sesenta y cinco días, salvo épocas de vacaciones fuera de la ciudad de una familia u otra. Sabían si el otro tenía un problema con solo mirarse a los ojos. No había secretos entre ellos.

Eduardo empezó a verse con otros militantes de ETA. Cuando se vio obligado a dejar la ciudad por temor a ser detenido, Rubén fue la única persona que lo supo.

—¡Así que estás metido de verdad, cabrón! ¡Ahora sí que me quedo jodido! —gruñó un Rubén apesadumbrado.

¡Claudia! Eduardo no conocía con exactitud las intenciones de aquella jovencita. Las circunstancias le hacían suponer que ella lo quería, lo deducía del viaje a Francia, de las palabras de Pierre o las de Joao, pero no tenía confirmación. Tal vez había sido la aventura propia de una veinteañera, uno de esos actos que se deciden a esa

edad y de los que a la semana siguiente te arrepientes, un capricho más. De sus labios no habían salido las palabras te quiero.

Pero, aun así…, los besos intensos, aquella manera de hacer el amor sin dejar de mirarlo a los ojos, como hipnotizada, aquella cabecita sobre su pecho mientras él acariciaba sus cabellos. Estaba seguro de que existían sentimientos profundos que las circunstancias impedían que se exteriorizasen. Pero ni él ni ella habían formulado la pregunta más sencilla: ¿me quieres?

¿Qué hubiera ocurrido de haberla pronunciado cualquiera de los dos? Él se habría refugiado en un horizonte de palabras, un mar de excusas: Euskadi, la revolución, la independencia de su país, el régimen de Franco; y ella en otras similares: Chile, la Junta Militar, Pinochet, los asesinados el 11 de septiembre, Salvador Allende. Solo palabras con tal de evitar responder un sí, un «lo que siento a tu lado no lo he sentido nunca». O: «repítemelo al oído».

Estaban desnudos sobre un colchón echado en el suelo para evitar que los ruidos del somier les distrajesen mientras se amaban, les cubría una colcha de tacto amable. Tras el acto amatorio, miraban al techo con las manos entrelazadas, encendían cigarrillos uno tras otro.

—¿Y no tienes miedo a morir? —preguntó ella.

—¿Miedo a morir? Mi mejor amigo, Rubén, me lo recuerda con otras palabras: «Tengo miedo de que te maten». Cuando uno entra en ETA cuenta con ello, es un instante, pero forma parte de nuestro sacrificio, o así lo cantan los poetas. Hay una canción que los jóvenes vascos cantamos: *Lepoan artu ta segi aurrera.* Fue escrita

por un hombre al que admiramos, un veterano de guerra, se llama Telesforo Monzón, he hablado con él unas cuantas veces. La canción explica que, cuando un compañero cae en la lucha, otro toma su lugar y sigue adelante. Es solo una canción.

Ella se puso de lado, él también. Sus rostros se rozaban. Claudia llevó el índice de su mano derecha a sus labios y los selló. Se miraban con intensidad, abrazados.

Cuando Eduardo lo recordaba, en aquellos días de 1975, pensaba en que no encontraba la manera de salir de aquel laberinto.

Capítulo 33.

Parroquia de San Antón

Era la primera vez que el periodista Esteban Juanes pisaba Bilbao. Llegó en un vehículo alquilado en Burdeos. La ciudad le recibió con una llovizna persistente y molesta. Pronto supo que sus naturales la denominaban sirimiri.

Había consultado una serie de datos en París, y por ello sabía que su número de habitantes rozaba los cuatrocientos cincuenta mil. También que estaba considerada como una ciudad comercial, un centro financiero e industrial, y que contaba con bolsa de valores. Este hecho le sorprendió. Hablaba de la bonanza de su economía.

Como su propósito era permanecer en la capital vasca un buen número de meses, tomó la decisión de alquilar un apartamento que le sirviese de residencia y oficina.

Entró en una agencia inmobiliaria. Unos días más tarde, tomaba posesión de un piso de estas características en el número 4 de la calle Luchana, en un ático recién rehabilitado y amueblado con sencillez y buen gusto. El precio le pareció razonable y el propietario aceptó firmar un contrato por seis meses renovables.

La vivienda disponía de una habitación principal y otra de menor tamaño, además de salón, cocina y baño. Decidió establecer su lugar de trabajo en el cuarto secundario. El dueño adquirió una mesa de trabajo, una lámpara de pie con buena iluminación y unas baldas para la improvisada biblioteca.

Estaba preparado para empezar a trabajar. Los dos periódicos que le abonaban su salario recibieron la noticia con entusiasmo. No se trataba de empresas imaginarias, sino de periódicos reales, ávidos de recibir noticias sobre España con el fin de que sus lectores estuviesen al corriente de la evolución política y, sobre todo, de la mala salud del anciano que residía en el Palacio de El Pardo.

Dedicó los primeros días a pasear por la ciudad. Le sorprendió su tamaño. Podía recorrerla de punta a punta. En línea recta, desde el Casco Viejo hasta el Sagrado Corazón, tardaba unos veinte o veinticinco minutos a buen paso. Le gustó hallar un buen número de pastelerías, pues era de natural goloso. Se fijó en la arquitectura de los edificios y le agradó.

Al pasar por la plaza Moyúa se detuvo ante el edificio del Gobierno Civil. Este representaba al Gobierno de Madrid, por lo que se trataba de uno de los centros de poder, el más importante tal vez. Se conocía como el Palacio Chávarri. Un paseante le comentó:

—Es del siglo XIX, y ahí enfrente tiene el Hotel Carlton, que fue la sede del Gobierno vasco durante la guerra.

Por medio de otro periodista que había visitado la ciudad con anterioridad, supo que los corresponsales extranjeros y periodistas de prestigio se hospedaban en el Hotel Ercilla, en la calle de igual

nombre. Tras instalarse en su apartamento de la calle Luchana, se acercó al Hotel Ercilla. Media docena de periodistas extranjeros bebían juntos un vaso de vino, una cerveza o un vermut. La cofradía de corresponsales extranjeros suele distinguirse por su carácter amigable, cualidad esta tan extendida entre ellos como la de guardar secretos o confidencias relacionadas con el trabajo. Existe un término de uso internacional para ello: *scoop*: ser el primero en publicar un hecho desconocido para el resto de la tribu.

Esteban Juanes fue bien recibido por sus compañeros. Le explicaron que el número de corresponsales establecidos en Bilbao crecía semana tras semana. Tres asuntos suscitaban su interés: la enfermedad de Franco, lo que habría de suceder tras su fallecimiento y las actividades de ETA.

Sobre lo primero y lo segundo, los corresponsales tenían una opinión parecida, aunque cada uno introducía un matiz. Los norteamericanos, representados por la agencia Asociated Press (AP), apostaban por una transición ordenada hacia una democracia controlada por el régimen. Los franceses especulaban con que se mantendría el franquismo, al menos durante un año, tal vez algo más, mientras se dirimían las luchas internas entre sus bandos.

Juanes se acreditó ante el Gobierno Civil sin trámite especial alguno. Significaba hacerlo ante la propia administración franquista. Empezó a ser invitado a los actos oficiales.

La suerte estaba con Juanes. Al cabo de una semana de haberse instalado en Bilbao, lo invitaron a una fiesta que ofrecía el Consulado de Bélgica con motivo del aniversario de la boda entre los reyes

Fabiola y Balduino. Era su segundo convite y subió las escaleras de la Sociedad Bilbaína con buen ánimo. Los cónsules y sus esposas, así como una parte importante de los grandes empresarios de la provincia, compartían una copa de vino o de champán.

Se presentó ante el cónsul de Francia, un hombre de mirada inteligente llamado Bernard Fernos. Este celebró que ambos fueran franceses e hijos de españoles. Le preguntó el nombre de los periódicos para los que trabajaba. Esteban advirtió simpatía en su paisano y le manifestó su disposición a colaborar con él en lo que necesitase.

—Eres un periodista político, aquí van a suceder muchas cosas en los próximos meses. Llevo como cónsul en Bilbao más de un año, te daré algunos nombres, te serán de ayuda.

—¿Por ejemplo?

—El párroco de la iglesia de San Antón, en el casco viejo de la ciudad, se llama Claudio Gallastegui y todo el mundo sabe de sus simpatías nacionalistas; es más, corre el rumor de que mantiene contactos con ETA a través de una red de familiares de presos.

—¿Y las autoridades lo permiten? —preguntó Esteban.

—Una de las cuestiones que tienes que aprender es que el régimen no es tan fuerte como lo era hace unos años. La enfermedad de Franco lo ha debilitado y no puede hacer lo que quiera, por ejemplo, detener a todos los curas que desde los púlpitos los critican, como es el caso de Gallastegui.

—Bien, lo visitaré. y te informaré.

—Hazlo, tienes pasaporte francés y las puertas del consulado están abiertas para ti.

Habían dado las seis de la tarde y algunos feligreses se aproximaban al templo con la intención de asistir a la misa de siete. Tenía tiempo para preguntar por el párroco. Un hombre lo informó.

—Don Claudio está fuera de la parroquia atendiendo a unos enfermos, después de misa puede recibirlo.

Se había presentado como periodista francés y don Claudio había dado instrucciones de facilitar las cosas a los periodistas, siempre que fueran extranjeros. Era un hombre de unos setenta años, alto y corpulento.

—¿Así que usted viene a escribir sobre lo que sucede en Euskadi? ¿Y tiene ya alguna opinión? —expresó con autoridad el cura, una vez que fueron presentados.

—La tengo, me gusta la democracia y creo en los derechos humanos —contestó él.

Gallastegui decidió apretarle.

—Por aquí pasan muchos periodistas, algunos de buena fe y que cumplen con su deber. Otros no tanto, incluso hemos descubierto que a algunos los envía el gobierno civil para ver si se enteran de datos que luego manipularán

Esteban Juanes entendió lo que el sacerdote deseaba transmitirle.

—¿Datos? ¿Pero de qué pueden enterarse? Usted es un simple párroco.

A Gallastegui le gustó su respuesta.

—Sí, soy un sacerdote, pero no soy neutral. Veo sufrir a mi pueblo y, a mi manera, me rebelo.

—Le acabo de decir que creo que los derechos humanos —dijo Juanes.

Claudio sonrió. Era la primera vez que lo hacía en la entrevista.

—Es una buena manera de empezar. Yo le puedo poner en contacto con algunos familiares de presos políticos, ellos le contarán lo que sucede en las comisarías y en los cuarteles de la Guardia Civil —aseguró Gallastegui.

—Me gustaría hablar con ellos, pero no quiero ponerlos en peligro.

—Usted haga su trabajo. Ellos estarán contentos si en el extranjero se conoce lo que sucede en nuestra tierra. No viven en la clandestinidad, visitan todas las semanas a sus hijos o hermanos encarcelados, tienen que recorrer cientos de kilómetros en un viaje de ida y vuelta que hacen en menos de veinticuatro horas. La policía los tiene fichados, así que no se preocupe, o en todo caso, preocúpese por usted, esa gente no tiene corazón —dijo con vehemencia don Claudio.

Se habían caído bien. Gallastegui prometió citar a varios familiares de presos en la misma parroquia al día siguiente.

Una vez más, como le había sucedido el día anterior, a Esteban le invadieron las dudas. Hasta hacía unos meses era un periodista convencional y escaso de recursos. Sus circunstancias habían cambiado de una semana para otra.

El juego en que se había metido consistía en recabar información política de países en crisis, como España.

Capítulo 34.

Leer entre líneas

En 1975 Langley había modificado las normas de funcionamiento interno. Cuando los militares chilenos comandados por Augusto Pinochet dieron rienda suelta a sus actividades —que dieron lugar a miles de jóvenes detenidos arbitrariamente y cientos de asesinados — y los periódicos de Washington y Nueva York informaron sobre ello, el Congreso y el Senado presionaron a la CIA. Nuevas reglas maniataron a los directores de la agencia. El departamento de la península ibérica fue uno de los investigados. Al sentimiento de fracaso por su desconocimiento de los hechos que dieron lugar a la Revolución de los Claveles en Portugal, se añadía el miedo a que se repitiera la mala experiencia en España. ¿Cómo era posible que los vascos de ETA pudiesen enviar al otro mundo al presidente del Gobierno de España a menos de cien metros de la embajada de su país? ¿Cómo era posible explicar que sus militantes se hubieran sentado en los bancos de la iglesia de San Fernando, frente a la embajada del país más poderoso del mundo?

Algo no funcionaba bien en ese departamento, y lo primero que hicieron los investigadores fue examinar los gastos. Marvin Lee y sus ayudantes protestaron en tono bajo y presentaron sus documentos.

Marvin vio llegar el peligro y tomó varias decisiones. Debía justificar diversas asignaciones de fondos en Lisboa, París, España y Tánger. Los burócratas no podían recabar las identidades de los favorecidos por las asignaciones, pero sí preguntar al responsable de la península ibérica si era necesario mantener varias cuentas abiertas en las ciudades citadas.

Marvin Lee estaba dispuesto a luchar por mantenerse en su posición. No quería renunciar a nada de lo que tenía en marcha. Seguía pensando que los movimientos de los camaradas ocultaban una operación importante. No obstante, necesitaba contar con alguna otra prueba, un hecho que acreditase lo que él se repetía una y otra vez: «No estamos ante una escena en el Bolshoi ni ante el Mariinsky, pero sí en el teatro Mijailovsky».

Leyó y releyó los protocolos del KGB que obraban en sus archivos. Se detuvo ante un párrafo perdido en los cientos de páginas que tenía ante sí:

La propaganda constituye una de nuestras fortalezas. Contamos con un ejército secreto desperdigado en los cinco continentes. Allá donde exista una célula comunista, tenemos un aliado. Occidente nunca podrá contar con un arma similar y tan poderosa. Y donde exista una célula, existirá la posibilidad de organizar una campaña pública que debilite a nuestros enemigos y fortalezca a los amigos: una recogida de firmas de escritores, artistas e intelectuales,

entrevistas en los medios de comunicación, manifestaciones populares. Tras ello, emergerán acciones contundentes, crearán la atmósfera suficiente para que nuestros aliados actúen.

Dio mil vueltas a estas palabras. Procedían del archivo de un coronel del KGB que había desertado hacía unos meses antes en Viena, tenían vigencia absoluta. El sabueso Marvin Lee se esforzó por leer entre líneas. Sintió un fogonazo interior. Estaba ante una pista, y de las fiables, pensó.

Instruyó a García con el fin de enviar un mensaje a los agentes que se ocupaban de leer los cientos de periódicos de las ciudades principales del mundo y cuyos resúmenes llegaban a Langley desde las embajadas y consulados. Les transmitió un mensaje breve y preciso: «Cualquier noticia publicada, por pequeña que sea, relacionada con las provincias vascas, debe ser enviada a este departamento con urgencia. Incluso las revistas parroquiales de más de una veintena de páginas deben ser examinadas».

Los funcionarios de Langley que se ocupaban de esta aburrida misión eran veteranos voluntarios y cobraban una pensión. Para ellos, realizar esta clase de tareas dos horas de lunes a jueves les hacía sentir que permanecían en activo.

Los primeros días ofrecieron un resultado magro. Les reportaban numerosas informaciones deportivas y turísticas. Sin embargo, a partir de la segunda semana las cosas empezaron a cambiar.

Diversos sindicatos argentinos y uruguayos convocaron una concentración ante la Embajada de España para protestar por la conculcación de derechos humanos en el País Vasco; el Partido

Revolucionario Institucional (PRI) de México recibió a una delegación de familiares de los vascos juzgados en el Consejo de Guerra de Burgos. Una televisión australiana prometió a sus espectadores un programa de investigación sobre el origen del idioma de los vascos.

A estas noticias, aparecidas en medios regionales o de repercusión reducida, les siguieron otras de mayor sustancia. Una serie de legisladores franceses, belgas, holandeses y escandinavos, en una nota pública, pedían a sus respectivos ministerios de relaciones exteriores mayor vigilancia sobre lo que sucedía en *Euskadi,* término que empezó a escribirse con reiteración.

El recorte de periódico que hizo saltar de su asiento a Marvin fue la celebración de un funeral en la iglesia Saint Sulpice de Roma, en memoria de Paredes Manot, Otaegui, Sánchez Bravo, Baena y García Sanz, fusilados por el régimen de Franco. Langley pidió al área de Italia que lo investigase.

Los empleados de la CIA en Roma lo hicieron sin entusiasmo, pero con eficacia. La misa había sido encargada por una asociación de vecinos y, ¡sorpresa!, averiguaron que estaba controlado por miembros de Refundación Comunista, un grupo pequeño de activistas fieles a Moscú.

A la misa, una simple excusa, asistieron más de cien personas, pero, tras celebrarla, se congregaron ante la Embajada de España, y los medios de comunicación publicaron la noticia al día siguiente con un titular que decía: *Per protestare contro la situazione dei militante baschi.* ¿Por qué razón perdían así su tiempo cien italianos de una asociación de vecinos de Roma?, se preguntó el responsable de la

CIA para la península ibérica. ¿Qué hacían tantos comunistas italianos en una iglesia católica?

Marvin Lee estaba cada vez más convencido de que, en aquella sucesión de datos, irrelevantes en apariencia, había una conexión. ¿Cuál era? Tenía que hallarla, y pronto, antes de que sus superiores lo borrasen del mapa.

Ordenó a sus hombres en Madrid que insistiesen en la pista del capitán de Santander y del viejo barco recién adquirido. Que investigasen sus cuentas bancarias, obtuviesen copias de los conocimientos de embarque de las mercancías transportadas, de los avisos de entrada al puerto y su salida posterior y el nombre de los transportistas que retiraban la mercancía, así como la matrícula de sus camiones.

Lo mismo ordenó Marvin a la estación en Lisboa en relación con el hombre que había comprado una pequeña flota de cuatro camiones, un portugués entrado en años de apellido Sousa.

La suerte le sonrió. Las pesquisas en Santander informaron que el cascarón, de nombre *Alcion*, había partido del puerto con destino a Oporto. Desde esta ciudad, un empleado del puerto pagado por la CIA averiguó que las mercancías —un número indeterminado de cajas que contenían tornillería barata— habían sido entregadas a la compañía Nazaré, la misma que dirigía el señor Sousa. El *Alcion* amarró en un puerto cercano a Lisboa y su capitán se preocupó de explicar que se disponía a permanecer un buen tiempo en la capital, mientras reparaban el barco con el fin de procurarle una segunda vida.

Eran demasiadas circunstancias coincidentes. Una o dos puede obedecer a la casualidad, pero aquello era un reguero de coincidencias que apuntaban en una única dirección: un triángulo entre Moscú, Portugal y una región de España cuyo nombre era País Vasco. Marvin recordó a Jesús Galíndez, un vasco exiliado en Estados Unidos que les hablaba de su país. Había sido secuestrado en una calle de Nueva York y transportado ilegalmente a República Dominicana. Nadie le había vuelto a ver. Marvin reflexionó en voz alta: esta película ya le he visto y no una vez sino varias. Los camaradas están preparando algo «en mi propia casa», de lo contrario no se entiende que empleen tantos medios.

Capítulo 35.

Inspector González

La entrevista de Juanes con los familiares de presos políticos vascos había sido concertada para un jueves a las ocho de la tarde en una de las oficinas de la parroquia de San Antón. El cónsul francés lo llamó por teléfono al día siguiente.

—Un inspector de la Brigada Político Social de la Comisaría de Indauchu quiere hablar contigo. No te alarmes, te verá en el consulado y yo estaré presente. Así lo he acordado con él.

No se alarmó, todo lo contrario. En sus años como periodista independiente había tenido que pasar por experiencias similares. Los polis siempre quieren conocer a los periodistas que escarban en los conflictos.

El hombre se presentó como inspector González, habría cumplido los cuarenta años y mostraba maneras educadas. Delgado, con una perilla bien cuidada. Aquel hombre no tenía aspecto de matón.

Una vez que se estrecharon la mano, el cónsul Fernos dijo:

—Puedo continuar con ustedes si lo desean, y también puedo

ausentarme.

González prefería estar a solas con el francés. Esteban no vio ninguna razón para negarse. Unos segundos después el cónsul los dejó en el despacho frente a frente, sentados en dos butacones de cuero y ante dos botellas de agua Perrier.

Las primeras frases versaron sobre Bilbao. El policía contó que llevaba siete años viviendo allí. Procedía de Andalucía y no soportaba bien el clima húmedo.

—¿Y qué desea de mí? —dijo Juanes.

—Mire, amigo mío, usted cumple con su trabajo y yo con el mío. No voy a inmiscuirme en lo que escribe, aunque le advierto que lo leeremos, pero es mi obligación hacerle saber el terreno que pisa.

—¿A qué se refiere?

—Seré sincero. Está en contacto con el sacerdote Gallastegui, y este a su vez lo está con grupos que simpatizan o colaboran con ETA.

Los periodistas especializados en conflictos políticos poseen un sexto sentido para reconocer una amenaza burda y distinguirla de lo que eran los prolegómenos de una conversación interesante. Juanes supo que estaba ante este último caso.

—Es verdad, no se lo oculto, estamos en el fragor de la batalla; en Francia tenemos una expresión que lo define bien: *dans le feu de l'action.*

—¿Podemos tutearnos? —dijo Juanes.

—Claro que sí, será más ameno —contestó González.

—Una pregunta, antes de proseguir. ¿Estás trabajando en este preciso momento?, ¿o, como lo denominamos los periodistas, estamos en una conversación *off the record,* privada? —inquirió Esteban Juanes.

—Mis jefes no saben que estoy aquí, pero mi cabeza funciona las veinticuatro horas, así que…

—Me conformo con tu respuesta. Pasemos entonces a lo que te preocupa. A mí también me gustaría preguntarte unas cuantas cuestiones.

—De acuerdo, empieza —se adelantó el inspector.

—Me gustaría saber cuál es tu opinión de lo que está pasando no solo en el País Vasco, sino en España.

—Sobre la enfermedad del jefe de Estado sabrás más que yo. Los inspectores nos enteramos tarde.

—Es verdad, los periodistas partimos con ventaja. ¿Y qué opinas de lo que sucede aquí, en esta región?

—Llámalo como quieras, Euskadi, por ejemplo. No tengo problemas con eso, aunque jamás pronunciaré esa palabra delante de mis jefes.

—¿Qué sucede en Euskadi?

—Trataré de explicártelo en pocas palabras. He interrogado a numerosos detenidos; jóvenes, sobre todo, también mayores. No hay nada que hacer. La gran mayoría de los vascos está contra el Gobierno y desean que Franco se muera cuanto antes y llegue algo nuevo. ¿Qué va a ser eso?, ¿la democracia?, ¿qué clase de

democracia?, ¿el comunismo o el separatismo? No sé, pero no lo dudes, las horas de este régimen están contadas.

—Entonces, ¿ETA es una organización poderosa?

—No tanto. Tienen en la cárcel a unos quinientos militantes activos, y en Francia a otros tantos dispuestos a pasar la frontera y cometer un atentado, una *ekintza,* como lo denominan ellos. Pero eso no es lo que más me preocupa. La Policía y la Guardia Civil están preparadas para combatirlos, por esa razón hay tantos encarcelados y exiliados: nosotros hacemos nuestro trabajo y somos eficaces.

Mientras el inspector pronunciaba estas palabras, la mente del periodista iba preparando una pregunta importante.

—Detenidos y encarcelados... Pero, según me indican otros periodistas extranjeros, sus confesiones son obtenidas por medio de malos tratos físicos o métodos más graves. ¿Es cierto?

González no movió un músculo.

—¿Torturas?, ¿a eso te refieres?

—Agradezco que me lo facilites. Sí, a eso.

—Verás, es sencillo de comprender para cualquiera que conozca de violencia y terrorismo. ETA asesina guardias civiles, policías, inspectores, uniformados en general. Niños, jóvenes de veinte años que provienen de familias donde se pasa mucha necesidad. He perdido a dos compañeros de la academia. ¿Alguien en su sano juicio puede pretender que después de uno de estos atentados, y cuando uno de los miembros del *comando* que lo ha cometido es detenido con el arma aún humeante en la mano, nos limitemos a

invitarle a que escriba en un papel los nombres de sus compañeros y los pisos francos donde se ocultan con una advertencia previa: ¿«si no desea hacerlo, no se preocupe, nadie le obliga»? ¿Alguien en su sano juicio puede pensar que las cosas funcionan de esta manera? Esta guerra tiene sus reglas, algunas escritas y otras no, de manera que no se nos puede pedir que hagamos nuestro trabajo sin mancharnos las manos.

—Pero me has dicho hace un minuto que ETA no es tan poderosa como aparenta —objetó Esteban Juanes.

—Así es, el peligro está en la tupida malla de organizaciones y asociaciones que se crean cada día y fomentan lo que ETA representa.

—No comprendo bien.

—Te lo explicaré. En torno a los centenares de parroquias se han creado un sinnúmero de actividades: clases del idioma vasco, clubes de montaña, grupos de danzas vascas, de enseñanza del *txistu*, del acordeón… así podríamos seguir un buen rato. Todas ellas están unidas por un sentimiento común, su simpatía por la causa del nacionalismo y, sobre todo, por ETA. España tiene la guerra perdida. Y después de España vendrá Francia, no lo olvides, las provincias vascas del sur de tu país.

—Esto que me dices, ¿lo conoce el cónsul?

—Con pelos y señales, se lo he explicado más de una vez.

—Y el asunto de los malos tratos a los detenidos, ¿lo sabe?

—También.

—¿Y ha hecho algo al respecto?, me refiero… ¿ha informado a su gobierno?

—Lo ignoro, imagino que sí, el cónsul no es ningún idiota y cumple con su deber. Sabe, como lo saben todos los franceses, que al terrorismo se le combate con sus propias armas. ¿Qué crees que hicieron en Argel? De eso no hace muchos años. ¿Viste la película *La batalla de Argel*? Ahí tienes un buen ejemplo. Podría darte unos cuantos más. ¿Qué crees que hacen los norteamericanos en Vietnam?, ¿o qué hicieron los rusos en Praga en 1968?, ¿o en Hungría en 1956?

Aquella reunión estaba siendo de gran interés para Juanes. Con unas cuantas frases se resumía parte de la situación en Euskadi. Antes de continuar, la mente del periodista trató de decidir si había llegado el momento de preguntarle al inspector la razón de su testimonio. Sin embargo, lo pensó mejor, tal vez era llevar demasiado lejos aquella naciente amistad y escarbar más allá de lo razonable, de manera que decidió callar.

—Cuéntame algo sobre tu experiencia en este destino.

—Llevo siete años, desde 1968. Mi debut fue el funeral de Etxebarrieta, un jefe de ETA; en la misma iglesia a la que fuiste y con Claudio Gallastegui como oficiante. No puedes hacerte idea de lo que fue aquello. Yo tenía treinta y dos años, venía de Albacete, un destino tranquilo. Hasta ese momento creía que los de ETA eran cuatro chavales sin mucho apoyo popular.

»Miles de personas de todas las edades acudieron a la iglesia de San Antón. Los alrededores estaban abarrotados. Los policías y los

oficiales nos mirábamos, no terminábamos de creer aquello. Una vez que acabó el funeral, la tensión creció. Desde Indauchu nos dieron la orden de empezar a dar leña y nuestros hombres salieron de las furgonetas con la porra en la mano y el susto en el rostro. Pero aquel gentío no se movía del atrio y gritaba «*gora* ETA». Los nuestros seguían dando palos y trataban de detener a los que parecían más exaltados. No era fácil, se enfrentaban con los puños o corrían hacia el barrio de San Francisco, desde donde nos lanzaban piedras y nos insultaban.

»Aquel día me di cuenta de lo que me esperaba en los siguientes años. Soñaba cada noche con otro destino; y ya ves, siete años más tarde, aún estoy aquí, ahora como inspector. Me casé y vivo de forma clandestina, tengo dos hijos, de siete y cinco años, no sé lo que es salir con mi mujer y mis hijos a tomar un aperitivo por la calle. No sé qué sucede, creo que los que trabajamos en Indauchu llevamos una marca en la frente a pesar de no llevar uniforme, como si la gente nos identificase.

—Es un testimonio de gran valor. Trato de ponerme en tu lugar. ¿Me darías una entrevista? Por supuesto, sin nombres.

—No, hasta ahí no llegaré.

Las sorpresas no habían acabado para Esteban Juanes.

—Te preguntarás por qué estoy aquí, frente a ti —manifestó el inspector.

—Sí, me lo pregunto.

—Esto terminará algún día, Franco se está muriendo. ¿Qué sucederá con nosotros? Hay opiniones para todos los gustos.

Nuestros jefes nos tienen prohibido hablar de esto, pero lo hacemos al terminar el turno. Es probable que nos echen, o que nos juzguen. Por eso me gustaría que personas como el cónsul o como tú supieseis que existen oficiales como yo, solo cumplimos órdenes. Me refiero al asunto de los malos tratos a los detenidos.

La conversación finalizó, aquel hombre se había quitado un peso de encima, pensaba Juanes. Se despidieron con un apretón de manos y una mirada extraña, entre agradecimiento y comprensión.

El periodista caminó durante un buen rato. Meditaba sobre el uso que podía dar a lo que acababa de escuchar. Era un desahogo personal, esa fue su primera conclusión. Imaginó por unos momentos en qué consistía el trabajo de aquel funcionario de policía: interrogar a jóvenes y maltratarlos, o permitir que otros lo hiciesen.

El personaje que representaba Esteban Juanes emergió tras esta entrevista. Estaba en Bilbao ganando un dinero que jamás había ganado, a sus más de cincuenta años, y por medio de procedimientos profesionales: escribir artículos o reportajes para dos periódicos americanos.

Esa era una parte de la verdad. La otra era que sus escritos acababan en la mesa del servicio secreto de una de las dos mayores potencias del mundo, la Unión Soviética. Que le diesen importancia o no lo desconocía, aunque en realidad no le importaba.

Siguió pensando en el inspector González. ¿Y si lo convertía en un informador? Estaba seguro de que conocía circunstancias interesantes sobre el estado de la subversión en Euskadi.

Su cerebro buscaba con desesperación esa clase de datos que no aparecen en los informes de los ministerios. ¿Cuál era el estado de ánimo de los funcionarios que luchaban contra ETA? ¿Qué sucedía entre los militantes revolucionarios? ¿Se enfrentaban a los interrogatorios con la moral alta? ¿Soportaban las vejaciones, los malos tratos? ¿O *cantaban* a los primeros guantazos?

La entrevista con el inspector González no se le iba de la cabeza. Estaba seguro de que era el único de entre los más de treinta corresponsales extranjeros acreditados en Bilbao que conocía lo que el inspector había transmitido.

González le había facilitado una tarjeta en el momento de la despedida.

—Aquí tienes mi teléfono. Si necesitas alguna cosa, no dudes en llamar. Si está en mi mano, te ayudaré. Presta atención: te contestarán de la centralita de la Jefatura Superior de Indauchu, no tengo teléfono directo. Preguntas por mí, por el inspector González; escucharás: «de parte de quién». Contestas: «de su primo de París». Con eso será suficiente.

»No te metas en muchos líos. Bilbao y el resto de las poblaciones vascas son lugares complicados en estos tiempos. Hemos detectado en los últimos meses la llegada de personajes extraños, y varios de ellos vienen como corresponsales de periódicos o emisoras extranjeras. Igual que tú. Los de ETA los buscan para convertirlos en altavoces de sus intereses. Ese sacerdote, Claudio Gallastegui, está especializado en eso.

Juanes vio la oportunidad de tirarle de la lengua.

—¿Crees que soy un periodista que trabaja para un servicio secreto de otro país?

—Has sido presentado por el cónsul de Francia y para mí es suficiente.

Después de la entrevista, Juanes estaba obligado a conversar con el cónsul francés, pues era este quien le había facilitado el contacto. Pasó al despacho del cónsul Fernos tras esperar unos diez minutos.

—¿Cómo te ha ido con el inspector?

Juanes aún no había digerido del todo la conversación que acababa de mantener. Prefirió ser discreto y lacónico.

—Interesante, ha mostrado interés en mi reunión con Claudio Gallastegui.

—De acuerdo, eres francés y mi obligación es ayudarte en tu trabajo. Nos podemos ver un día de esta semana y seguimos conversando. Van a abrir un restaurante de comida china en la calle Elcano, me encanta la cocina oriental. En cuanto lo inauguren, te llamo. Yo invito —dijo con buen ánimo el cónsul.

Esteban Juanes se refugió en su apartamento de la calle Luchana. Se preparó una ensalada y una tortilla francesa. Había sido un día pródigo en acontecimientos y en las próximas horas debía tomar algunas decisiones. Una de ellas concerniente al inspector González.

Se estaba convirtiendo en un receptor de confidencias sin gran esfuerzo por su parte. Las cosas rodaban en esa dirección.

La atmósfera que empezaba a respirar le satisfacía: el ceremonial de las conversaciones consideradas discretas y *off the record,* las

tramas que descubría o sospechaba, las consignas y contraseñas. Era cuestión de beneficiarse de aquello que la fortuna había puesto en su camino.

Capítulo 36.

Adiós al MIR

Claudia Larrainzar seguía carteándose con Fulvita Almendros. Fue la única persona a la que dio a conocer el episodio de plaza Italia, aquella tarde en que decidió vincularse al Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Su amiga lloró de alegría cuando Josefina Alegría le contó, a su regreso de Lisboa, lo entera que la había encontrado, sin marca alguna de daño a causa del exilio reciente.

—Ha perdido algo de peso, se ha cortado sus cabellos largos y relucientes y su mirada no es la misma. Poca cosa para cómo esperaba encontrarla —añadió su madre.

No le extrañó a Fulvita que hubiera rechazado el sobre repleto de billetes de cincuenta y cien dólares que papá Larrainzar le intentó regalar. Ella la conocía desde pequeña, desde que ambas cumplieron los cinco años en el *kindergarten.* Vivían a una cuadra, estudiaban en el mismo colegio, no pasaba una tarde sin que, en el cuarto de una o de la otra, dejaran de confiarse sus preocupaciones aquellas

dos angelitas de familias adineradas chilenas, nacidas en hogares confortables en los que abundaba el servicio.

Tras un breve paréntesis de unos meses desde la partida de Claudia, que a ambas les pareció interminable, reanudaron la relación epistolar.

«Pelea por ese joven. Si está en Francia, cambia de país, vive junto a él. ¿No querías aprender francés? Me lo decías cuando éramos pequeñas y soñábamos con Europa. Yo no puedo enviarte plata, pero está tu mamá, ella te ayudará y no te pedirá nada a cambio. Tus papás saben que no puedes regresar por el momento, que los estudios allí no te lo permiten, que tus profesores son exigentes y severos, que, si lo haces, perderías la beca y perjudicarías tu futuro. Quién sabe si algo peor», pudo leer Claudia en una de las cartas que le envió Fulvita.

Claudia tradujo lo que quería expresar su amiga tras estas palabras en previsión de que los uniformados leyeran la carta: «Tus papás han averiguado y tu nombre está en una lista de la policía chilena, quizá más adelante puedan arreglarlo, pero no ahora, las cosas están recientes».

En un principio se sorprendió. No esperaba un consejo tan radical de Fulvita. Empezó a considerarlo. Daría cualquier cosa por tenerla cerca, transmitirle lo que le estaba sucediendo.

Rara vez había hablado de política con Fulvita. Esta era una joven de convicciones sencillas, heredadas de sus padres y estos, de sus abuelos. Cualquier asunto que representase desorden le resultaba ajeno. A sus ojos, lo que defendía Claudia con tal fervor lo

representaba. Significaba destruir su modo de vida. Las ideas que adoptó Claudia la asombraron. No eran nuevas para ella, las había escuchado una y otra vez en los noticieros desde aquel 3 de noviembre de 1970 en que Salvador Allende formó gobierno tras ganar las elecciones al frente de la Unidad Popular pero nunca pensó que alguien de su barrio, su mejor amiga, las abrazara con convicción.

Lo que hasta entonces era costumbre entre ellas, y con otras amigas, tomar un *Once* en alguna de las cafeterías de Providencia y hablar de los chicos del colegio, dejó de serlo. De la noche a la mañana, Claudia pasó a ser una buena amiga que hablaba como los *Rotos*, así definían las amigas comunes, a los izquierdistas, aunque a Fulvita la hiriese.

Las palabras escritas por Fulvita invadían los pensamientos de Claudia a todas horas: «Pelea por ese muchacho, Eduardo dices que se llama...».

Fabio, su compañero del MIR, fue asesinado. Otros compañeros también. No eran nombres y apellidos imaginarios, sino rostros reales con los que había compartido debates, reído, bailado, bebido cervezas o piscos *souers*. Centenares de compañeros habían tenido mejor suerte, como ella, consiguiendo viajar a Canadá o Europa para salvar la vida o evitar largas condenas de cárcel.

La última carta de Fulvita contenía, sin embargo, una eventualidad sobre la que empezó a reflexionar: cambiar de país, viajar a Francia, aprender su idioma. ¿Por qué no? La felicidad era posible, estaba al alcance de la mano si tomaba decisiones y la suerte la acompañaba,

se dijo. Ella se movía entre acariciarla o permanecer en la infelicidad en la que vivía a todas horas; ni siquiera cuando participaba en una actividad política podía olvidar lo que sintió junto a Eduardo.

Tras romperse la cabeza una y otra vez, se le ocurrió una idea: hablar con sus compañeros del MIR con el fin de que la enviaran a Francia para seguir desarrollando la actividad política. La idea la entusiasmó. Su labor en Portugal había sido excelente, estaba segura. Había recibido felicitaciones de sus sucesivos responsables políticos. Había conseguido que el órgano de prensa, *El Rebelde,* fuera uno de los periódicos más demandados en la Universidad de Lisboa; numerosos estudiantes se acercaban a su mesa. Tomó la decisión.

Su responsable inmediato se llamaba Rodrigo, tenía algo más de treinta años y gozaba de prestigio en el MIR. Llevaba en Portugal nueve meses. Entre sus logros políticos figuraba un acuerdo con diversas entidades portuguesas, gracias a los cuales los militantes exiliados recibían lo suficiente para sus gastos de mantenimiento.

Rodrigo se sorprendió cuando la compañera Claudia le solicitó una reunión a solas. Mientras Claudia se dirigía al café donde iban a encontrarse buscaba las mejores palabras. No podía ser sincera. No podía expresar a su responsable que deseaba viajar a Francia para estar cerca de un joven que había conocido. Él la estimuló:

—Somos compañeros, Claudia, ¿qué sucede?

—Creo que podría ser más útil en Francia.

Calló por unos segundos. Le pareció un disparate, aunque guardó silencio.

—¿Francia?, compañera Claudia: en Lisboa desarrollas una gran tarea.

—Lo sé, pero me gustaría aprender francés; en realidad, es un sueño que tengo desde que era una niña.

—¿Sueños? Compañera, todos los tenemos, pero las necesidades de la organización están por encima. Te diré algo, los comportamientos pequeñoburgueses son difíciles de erradicar en aquellas personas que provienen de una familia capitalista. No te culpo. Al nacer, cada uno recibe sus circunstancias. Si yo te hablara de las mías…Pero no estamos para esa clase de debates, somos revolucionarios, no lo olvides. Cuesta deshacerse de esta clase de lastres que impone la moral burguesa. Lo superarás, estoy seguro. ¿No lo crees así?» Bien, compañera, por el momento esta reunión ha terminado. Concéntrate en tus tareas. Aún eres joven. Seguro que te esperan otras responsabilidades —zanjó.

Él acabó la conversación en ese momento. Prolongarla era alimentar las esperanzas de la joven y deseaba mostrar autoridad.

Claudia Larrainzar no supo reaccionar. La respuesta de Rodrigo no era la que esperaba. ¿Se sentía decepcionada?, ¿confundida?, ¿en qué medida tenía razón él?

Camino de su apartamento pensó en la situación en que se hallaba. En el pasado había asistido a interminables cursillos en los que se estudiaban las obligaciones de los militantes revolucionarios, la primera de ellas era la subordinación a los intereses de la organización, por encima de los anhelos personales.

No encontraba salida. ¿Debía aceptar sin más la negativa de Rodrigo? Ni siquiera le había dejado una esperanza remota, no le había dado una lección de ideología ni invitado a una reflexión más profunda. No la tuvo en cuenta. Tras emprender el camino de regreso a su estudio, se detuvo y rompió a llorar.

Durante varios días trató de meditar sobre aquella cuestión. Se esforzaba en comprender los argumentos de su responsable, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma. Pero no veía ninguna razón para que su tarea en Portugal se considerase indispensable. Su meta era vivir en el país que vivía Eduardo, luego hallaría la manera de acercarse a él.

Estuvo dos días sin salir. Por momentos su corazón latía rápidamente y sopesó la idea de desaparecer de Lisboa sin dar explicaciones.

Joao tocó su puerta varias veces y ella lo rechazó, quería estar sola. Dejó de asistir a las reuniones de la organización.

Claudia, tumbada encima de la cama con la mirada puesta en un punto del techo, pensaba en que acaso no estaba preparada para una vida de tantos sacrificios. De nuevo su corazón volvía a latir de forma irregular varias veces al día. Debía descansar, se dijo, dormir unas horas, aclarar aquel torbellino de ideas contradictorias que invadía su cabeza. Se acordó de Fabio.

Y de nuevo tuvo presente el rostro de Eduardo, su imagen se negaba a abandonarla.

Al día siguiente se sintió mejor al despertar, resurgió de la intranquilidad de la víspera con una fuerza arrolladora. Pero a

medida que transcurrían las horas, su estado de ánimo empeoró. Le angustiaba el estado en que habría de quedar si abandonaba a sus compañeros, la nostalgia de tantos malos y buenos ratos pasados juntos, la inquietud y la ansiedad que se le vendrían encima. Se hallaba confundida y sentía miedo.

Se esforzó por razonar. La decisión de dejar atrás su casa de Santiago, el confort en que vivía, la despreocupación por las necesidades materiales y, sobre todo, la novedad de entender el mundo de una manera diferente creó la Claudia Larrainzar en que se había convertido, la que llamó la atención del vasco Eduardo M.. Este no hubiera reparado —de eso estaba segura— en la niña que había quedado atrás, en aquella jovencita burguesa y carente de ideas avanzadas.

Recordaba que se conocieron ante una mesa en la que ella repartía pasquines y explicaba los propósitos de la organización en la cual militaba; y también que, un día después, el azar había querido que ambos se reuniesen ante Otelo Saraiva de Carvalho y departiesen.

Seguía acariciando la idea de viajar a Francia. No había estudiado ninguna carrera, había cumplido los veintitrés años y carecía de formación reglada. La mayoría de los jóvenes que la acompañaban en la aventura revolucionaria habían culminado sus estudios o al menos avanzado en ellos. ¿Y ella? ¿Y si diera el paso de retomar los estudios? ¿Cómo hacerlo?, ¿con qué medios?

Las dificultades no la arredraron. Por una parte, estaba la vocecita lejana de Fulvita: «Tus papás te ayudarán, nada les haría más

felices». Y por otra, la realidad. Integrarse en una organización comunista no era hacerse socia de un club de fútbol; representaba conocer parte de sus secretos, las formas que establecían las vías de escape a través de la larga frontera con Argentina, las localizaciones de las casas donde los compañeros cobijaban a los huidos, las identidades de los abogados que también eran compañeros. Estas fueron las palabras que escuchó de Rodrigo en una segunda reunión, cuando ella reconoció que su crisis no remitía.

Se adelantó a este y confesó: «Quizá no tenga suficiente fortaleza para ser militante del MIR, quizá siga teniendo una mentalidad pequeño burguesa…».

Rodrigo se molestó. Estas eran palabras que le correspondía decir a él, parte del discurso que estaba a punto de comenzar. Trató de convencerla con diferentes argumentos, además de los expuestos. Le dijo que los periodos de crisis eran comunes entre los jóvenes revolucionarios, que para salir de ellos había que evitar el derrotismo. La experiencia indicaba que la mejor receta era apoyarse en los compañeros.

—Pero la verdad es que ya no tengo fuerzas —reconoció ella.

Esas palabras las pronunció Claudia, pero solo enmascaraban la situación en que se encontraba. ¿Adónde podría ir?, pensaba.

El compañero Rodrigo reaccionó.

—No, compañera, no te confundas. Crees estar ante unos hechos fruto de una debilidad ideológica transitoria. Lo importante es la visión general de la coyuntura, y esa no la tienes tú, sino la dirección

del MIR. Pensar de otra manera es un acto de soberbia, no es propio de un militante comunista.

Rodrigo continuó el discurso. «Necesitaba dejar de vivir sola, lo conveniente era que se trasladara a otro apartamento para vivir con algunos compañeros. Él se encargaría de elegirlos».

A Claudia le alarmó la propuesta de su responsable: «necesitaba dejar de vivir sola». Estas palabras le asustaron. Se sentiría vigilada si la obligaban a vivir con otros compañeros. Lo que hablara llegaría a los oídos de Rodrigo.

Claudia y Rodrigo quedaron en reunirse al cabo de dos o tres días y se despidieron. Ella esperaba que el tiempo aplacara sus titubeos; sin embargo, el paso de las horas agravó su frustración. Desde que ingresó en el MIR no tenía capacidad para decidir por sí misma. El descubrimiento la aturdió. Una de las frases de Rodrigo le retumbó: «No somos pensantes, somos militantes».

Aún no había tomado la decisión de dejar atrás el MIR y trasladarse a Francia. Después de muchas vueltas, llegó a la conclusión de que, si rompía lazos con la organización, tenía que restablecerlos con su familia. Carecía de ánimo para iniciar un viaje de esa envergadura en solitario. Por fin halló una respuesta, una puerta de salida al estado de inseguridad en que se hallaba. Su familia emergió como tabla de salvación y buscó bolígrafo y papel.

Su mayor preocupación en ese instante, era que Sebastián Larrainzar y Josefina Alegría llegaran a la conclusión de que renunciaba a sus ideas. ¿Lo estaba haciendo? Estaba ante el papel,

lánguida y seria, buscando la mejor manera de escribir la primera frase, tras el párrafo convencional de saludos.

Si al menos pudiera en ese momento hablar por teléfono con Fulvita. Las medidas de seguridad que adoptaban los militantes del MIR impedían las conversaciones con familiares directos y amigos conocidos. Se rumoreaba que la policía intervenía los teléfonos con el fin de conocer dónde se hallaban los exiliados.

Escribió esa misma tarde dos cartas. La primera de renuncia formal al MIR. Comenzaba con varios párrafos de agradecimiento por la formación recibida, el cariño sentido, las oportunidades obtenidas. Tras estas primeras frases confesaba su debilidad ideológica. A continuación, expresó su deseo de seguir luchando por la libertad de Chile desde otras trincheras, menos heroicas acaso. Dejaba que el futuro le indicase la necesidad de volver a militar, esta vez con fuerzas renovadas.

La segunda carta iba dirigida a Fulvita, para que la hiciese llegar a sus padres. Desde las primeras letras puso empeño en agradecerles lo que habían hecho por ella. Evocó los muchos momentos de felicidad que vivió junto a ellos, los viajes al interior de Chile, las celebraciones familiares junto a los abuelos y primos. Se reafirmó en sus simpatías para con las organizaciones revolucionarias, pero no escribió el término *militante,* lo cual llamó la atención de papá Larrainzar. Una cuestión era militar y otra simpatizar, se dijo este al leer la carta.

Lo importante para el matrimonio llegaba en los párrafos finales:

Deseo hacer un alto en mi vida en estos momentos y cumplir uno de mis sueños: viajar a Francia y aprender su idioma. Quiero ser consecuente con mi manera de pensar y actuar, y para ello buscaré un empleo y trabajaré. Pero soy consciente de que no puedo iniciar esta etapa sola y sin ayuda económica. Por eso quiero pediros un préstamo, que devolveré hasta el último peso.

Sebastián Larrainzar y Josefina Alegría se abrazaron. Lo estaban leyendo de su puño y letra, de eso no tenían dudas. Era la mejor noticia que podían recibir de su única hija.

Fulvita les aconsejó. No era conveniente que se dejaran llevar por un arrebato, debían evitar lo que la mamá deseaba: viajar de inmediato y organizar con su hija los pormenores de su traslado a Francia, elegir entre ambas la ciudad francesa donde habría de instalarse. ¿París?, ¿no sería mejor una ciudad pequeña o al menos mediana que propiciara la atmósfera idónea para estudiar?

Fulvita les conminó a reprimirse. Recomendaba permitir que Claudia llevara el timón de su propio barco; bastante era, al menos por ahora. El matrimonio aceptó y pidieron a Fulvita que conversara con su buena amiga. Ellos acatarían los términos que Claudia entendiese oportunos, siempre que la decisión de viajar a Francia se hiciese realidad, alquilara un pequeño apartamento y se matriculara en una academia, a ser posible de prestigio comprobado. Facilitarían el dinero suficiente para esa primera etapa y se comprometían a enviar una cantidad mensual para sus gastos.

Sin embargo, había una condición. No tenía nada que ver con el dinero. Claudia debía consentir que sus padres la visitaran una vez

que se instalase en Francia; al menos que la acompañasen durante el primer mes de su estancia. Fulvita lo consideró razonable y convenció a su amiga para que lo aceptase.

Las circunstancias se precipitaban para Claudia. Entregó el sobre cerrado a un compañero, Mateo. «Para el compañero Rodrigo», se podía leer en él. Mateo quiso saber lo que contenía. Claudia estalló en lágrimas y no respondió. Una vez en su estudio aún se hallaba presa de remordimientos, pero se dio cuenta de que no había vueltas atrás. Con esa carta había proclamado su derecho a elegir: su militancia incondicional en el MIR, su obediencia ciega a este, o la llamada de su corazón, que le exigía dar pasos para encontrarse con Eduardo.

Era una tarde de temperatura suave, lo último que deseaba era encontrarse sola y buscó la compañía de su fiel Joao. Cenaron unos bocadillos, tomaron tragos de más. Joao advirtió que algún acontecimiento torturaba a su acompañante. Apenas obtenía de ella un monosílabo y una sonrisa que no era real. Terminaron en la cama. Joao confirmó que no era la misma mujer. Ella besaba, abrazaba y amaba de una manera desconocida hasta entonces. Con una pasión que más parecía rabia. Comprendió el portugués que no era él en quien pensaba Claudia en aquella noche larga y extraña. Era el vasco el hombre imaginado en el arrebato. Pero era tanto el amor que sentía por ella que sació su hambre y acabó acariciándole su hermosa cabellera, susurrándole al oído palabras suaves hasta que la joven alcanzó el sueño.

Capítulo 37.

Elegir a la víctima

Emilio, Jon y Gorka se reunieron en un piso en Burdeos. Examinaron la situación interna de ETA.

En aquel año de 1975, el número de militantes presos y exiliados había crecido de forma extraordinaria debido a la fortísima represión del régimen de Madrid. Este había declarado el estado de excepción.

La capacidad de reemplazo era enorme. En 1975, centenares de jóvenes vascos buscaban una u otra manera de entrar en la organización. La mayoría de ellos apenas habían cumplido los dieciocho o veinte años. Formarlos de manera adecuada en el manejo de armas y explosivos no era tarea sencilla. Era uno de los asuntos de discusión entre ambos grupos del KE.

Eduardo insistía en que antes de aprender a manejar una *pipa* o manipular un explosivo, los nuevos militantes debían pasar por uno de los cursillos que él dirigía. «ETA debe estar formada no solo de jóvenes intrépidos, también de militantes bien formados», sostenía.

El grupo dirigido por Jon recelaba de los cursillos por el hecho de que fuera Eduardo quien los dirigiera.

Una vez en los cursillos, Eduardo atrapaba desde los primeros momentos la atención. Exponía los asuntos con claridad y enseñaba periódicos franceses, ingleses y norteamericanos que recogían artículos en los cuales se vaticinaba el fin del franquismo y el protagonismo de la organización.

A los nuevos militantes les sorprendía tener en las manos un periódico en francés o en inglés y comprobar que escribían sobre ETA en términos de respeto y esperanza. Franco aún vivía y contra su régimen valía todo, escribían sesudos intelectuales de París, Londres o California.

ETA, la guerrilla vasca. Para numerosos periodistas extranjeros eran los herederos de aquella guerrilla republicana que exhibió su fuerza tras la Guerra Civil en algunas comarcas de León, Asturias y en el Valle de Arán y que se conoció como el *maquis* español.

Eduardo solía llegar a las reuniones cargado de carpetas que contenían escritos, ponencias en esbozo, recortes de la prensa internacional que se encargaba de traducir ante la incomodidad patente de Emilio, Jon y Gorka, que apenas hablaban algo de francés.

Una vez que fuera elegido para formar parte de la oficina política, sus opositores en el interior del KE poco podían hacer para impedir sus movimientos. Solo la asamblea tenía capacidad orgánica para apartarlo de sus cargos de responsable de la oficina política y de las relaciones internacionales.

Aún en el piso de Burdeos, los tres conspiradores continuaron examinando la correlación de fuerzas en las cárceles o *makos,* en la

terminología interna. En la cima de los presos estaba los procesados y condenados en el Consejo de Guerra de Burgos. La solidaridad internacional evitó las condenas a pena de muerte. Franco dio muestras de debilidad.

Emilio, Gorka y Jon eran conscientes del peso que tenían entre los militantes los juzgados en Burgos en 1970. Las calles de Euskadi se habían llenado de octavillas y carteles con sus rostros desde los momentos previos al Consejo de Guerra. De entre ellos, Mario Onaindia y Teo Uriarte se distinguían por una mayor capacidad teórica. También Chucho Abrisketa. Simpatizaban con los escritos de Eduardo.

Para los tres miembros de los comandos especiales, los cursillos sobre la aplicación del marxismo y leninismo a las condiciones objetivas de Euskadi que dirigía Eduardo eran prescindibles y poco inteligibles. Este les hablaba de Marta Harnecker, y ellos lo observaban con curiosidad y estupor. Los *bereziak* estaban convencidos de que los nuevos militantes ansiaban tener en las manos una *pipa*, mejor una Beretta, y disparar contra todo aquel que vistiera un uniforme del Estado español.

Uno de aquellos días tuvo lugar un episodio que puso de relieve las carencias ideológicas de parte de los militantes. Un grupo de música vasca, de nombre Oskorri, que cantaba en euskera, tenía previsto actuar en una plaza pública de Biarritz. La fama que les precedía era que pertenecían, o al menos simpatizaban, con el Movimiento Comunista de Euskadi, una organización activa en algunas poblaciones obreras, pero que rechazaba la independencia

de Euskadi. Para los militantes de ETA que se congregaron en Biarritz eran una infiltración *españolista*.

En el momento en que Oskorri empezó su actuación, un grupo de militantes de ETA los interrumpió, tiró al suelo sus instrumentos con violencia y los obligó a abandonar el recinto al grito de *españolistak kampora.* No importó que sus componentes fueran antifranquistas ni que alabasen en sus letras el combate contra el régimen de Madrid.

Eduardo, al enterarse, protestó y se propuso esforzarse en cambiar aquella mentalidad sectaria. No era tarea fácil. Numerosos militantes a los que él trataba de adoctrinar en los cursillos le desafiaban: «A mi déjame de tanto materialismo histórico y dame una Browning, o mejor una Sten».

Emilio, Jon y Gorka pasaron las horas en el piso franco de Burdeos tratando de desmenuzar los problemas que tenían y buscando soluciones. Desde el punto de vista geográfico, contaban con parte de los militantes de Gipuzkoa y Nafarroa; en Bizkaia las simpatías estaban divididas, al igual que en Araba.

Los tres conjurados pasaron a examinar las posibilidades que tenían de influir en los comités de apoyo a los presos y exiliados, formados por padres y hermanos de unos y otros.

Los familiares visitaban a los presos una vez a la semana. Eran obreros humildes de talleres de diez trabajadores o menos, propietarios de caseríos que explotaban unas cuantas cabezas de ganado, empleados de oficinas.

Una escena se repetía cada sábado en pueblos pequeños, medianos y grandes: a primerísima hora de la mañana, aún con el

día sin aclarar, en las cuatro estaciones del año, un buen número de vehículos partía hacia el interior de la península. Viajaban durante diez o doce o horas, comían bocadillos en el camino, orinaban o defecaban en algún bar de carretera, tomaban un café, intuían miradas hostiles, veían al hijo o hermano detrás de unos barrotes, recogían la ropa que habrían de repasar y volvían a recorrer cientos de kilómetros en sentido contrario, en silencio, hasta franquear la puerta de sus casas que hacía tiempo dejaron de ser hogares.

Durante la semana las madres revisaban las fotografías de cuando los ahora presos nacieron, de cuando eran niños, adolescentes, con la sonrisa en los labios siempre, la mirada traviesa y desafiante, el cabello abundante y desordenado. Algunos padres se preguntaban si podrían haber hecho algo para evitar el sinsentido en que se habían convertido sus vidas. No había respuestas.

Antes de acabar la reunión de Burdeos, Jon, Emilio y Gorka examinaron la propuesta del compañero al que llamaban *Hegel*, la misma que había escondido desde hacía largas semanas, envuelta en palabras asombrosas: «la insurrección popular armada».

Sospechaban que, detrás del anuncio, solo existía una maquinación del estudiante de Bilbao con el fin de mantenerlos inactivos. Su temor era que Eduardo ganara la batalla en la asamblea prevista y se convirtiera en el líder indiscutible, en el nuevo Txabi Etxebarrieta.

Eduardo se había amamantado en los pechos del marxismo, pues, ¿qué joven europeo con inquietudes sociales y políticas no lo hacía en la década de los setenta? Pero no era un dogmático y

desconfiaba de quienes lo eran. Por el contrario, para Emilio, Jon y Gorka, las fuerzas *españolistas* eran despreciables. No existía imputación política peor para el universo de militantes y simpatizantes de ETA en 1975.

La reunión de Burdeos de los comandos especiales terminó con una idea que les entusiasmó.

Puesto que la caja estaba controlada por Julen, era necesaria una acción espectacular, una *ekintza* que les asegurara un aprovisionamiento de dinero que les facilitara medios para tratar con los traficantes de armas y sostener a los compañeros que huían del interior semana tras semana. Estos se contaban por decenas y no existía suficiente infraestructura para proporcionarles un piso. Manejar una buena cantidad de dinero mejoraría el prestigio de los comandos especiales de cara a la gran asamblea que habría de dirimir quién mandaba en ETA. Si lo hacía la oficina política que encabezaba Eduardo o los comandos que dirigían Gorka, Emilio y Jon.

Sin embargo, existía un inconveniente: las acciones militares debían ser aprobadas por el KE.

No les importó. Jon, Emilio y Gorka decidieron seguir adelante con la idea y planificaron lo que denominaron un *arresto*. Y no uno cualquiera.

No les asustó el escenario de una escisión. Emilio, Jon y Gorka empezaron a darla por inevitable. Un secuestro supondría para ellos un puñetazo encima de la mesa, un enfrentamiento en el que tendrían las de ganar. Estaban convencidos de que quiénes

controlaran el dinero y las armas habrían de imponerse sobre quienes solo disponían de un cuaderno de notas, una bonita sonrisa, un verbo cautivador y un rostro fotogénico.

Estaban persuadidos de que los nuevos militantes entraban en ETA para algo más que esperar sentados a que Franco muriera en su cama del Palacio de El Pardo. Entraban en ETA para formar parte de la historia, para contar a sus hijos y nietos que ellos estuvieron ahí, en primera línea, empuñando las armas, no solo clamando por una Euskadi *askatuta* en la intimidad de la habitación, en una campa junto a los amigos con los que se criaron. Conocían de memoria las canciones que idealizaban al *gudari* vasco que cae en la lucha y otro le recoge y sigue en el camino. ¿Podían existir palabras más fascinantes para los jóvenes vascos que tocaban la puerta de la organización?

Era difícil en aquellos años de 1975 y 1976 no sucumbir ante la épica, alimentada por el ejemplo de la generación anterior, la de sus padres, que en numerosos casos pertenecieron a los batallones de *gudaris* que lucharon contra Franco y que en los rincones de los caseríos les hablaban de la guerra.

¿Cómo habría de reaccionar un pequeño de ocho o nueve años que jugaba debajo de la mesa de la cocina cuando escuchaba a su *aitite* contar cómo la Legión Cóndor alemana destruyó Gernika un día de mercado? ¿Ante aseveraciones de que su lengua estaba en trance de desaparición a causa de la persecución del régimen? Se deslumbraban por estas y otras historias, algunas de ellas ciertas, otras agrandadas por la leyenda, eso no importaba.

Los tres conspiradores del piso de Burdeos trazaron sus planes y tuvieron motivos para el optimismo.

Los interrogantes que se les plantearon condujeron a una respuesta: debían ser ellos quienes organizasen el secuestro del empresario. Ante ellos respondería el comando ejecutor, ellos impondrían las condiciones de liberación, recibirían el dinero, juzgarían si debía finalizar con una liberación o, por el contrario, con un tiro en la nuca.

Jon, Gorka y Emilio se emocionaron. Solo quedaba prepararlo. Contaban con un comando con el suficiente valor para llevar a cabo la acción. Eligieron una zona de difícil acceso donde esconderían a la víctima. Nada de este proyecto debía ser conocido por Eduardo y el resto de los miembros del KE pues se opondrían.

Faltaba elegir a la víctima. Tenía que ser un empresario con fuerte capacidad económica. Surgieron una serie de preguntas: ¿un empresario conocido por sus simpatías hacia el régimen?, ¿un empresario sin ideas propias o desconocidas?, ¿un empresario del país, nacionalista, simpatizante del PNV?, ¿un empresario de fuera de Euskadi? Esta última opción la rechazaron de inmediato. No contaban con infraestructura suficiente para asegurar el éxito.

Enviaron a uno de sus fieles al interior para dar instrucciones a los que habrían de ser los miembros del comando.

Alguien pronunció el nombre de Ángel Berazadi. Comenzó la cuenta atrás. Lo investigaron. No faltó un colaborador de Donostia con acceso a los estados de cuentas de las empresas que figuraban en las instituciones públicas.

La posibilidad de que Berazadi fuese la víctima creció. Carecía de protección y tenía costumbres fijas. Solía llegar a la empresa a primera hora de la mañana, siempre puntual, conduciendo su propio vehículo. Era el director de la empresa que fabricaba máquinas de coser. «Echarle mano será para nosotros un juego de niños», informó uno de los militantes elegidos.

Capítulo 38.

Ángel Berazadi Urbe

Eduardo y Julen se enteraron a través de la radio. Ángel Berazadi había sido secuestrado por un comando de ETA. ¿Cómo era posible?, se preguntaron con rabia.

Se comunicaron por teléfono y quedaron citados en un café de Bayona. Mientras se dirigían al lugar, se cruzaron con unos cuantos compañeros que preguntaron con la mirada qué estaba pasando. La noticia no podía ser cierta, un hombre como Ángel Berazadi, vasco por las cuatro ramas, fundador de varias *ikastolas* aun en la etapa franquista. Corrió el rumor de que era simpatizante del nacionalismo vasco.

Una vez juntos, Eduardo y él ataron cabos.

—Sí, han sido los *bereziak*, no hay duda —concluyeron.

Julen se encargó de localizar a Emilio, lo consiguió en una hora. Se encontraron frente a frente en un café, esta vez de San Juan de Luz.

—¿Habéis sido vosotros? —dijo Julen.

—Nosotros no, ha sido la organización —respondió Emilio enrabietado.

—Lo habéis hecho sin autorización del Comité Ejecutivo, no tenéis derecho a reivindicarlo en nombre de ETA —dijo Julen.

—Somos ETA, que quede claro. Queremos una reunión del KE cuanto antes. Lo explicaremos —añadió Emilio.

—No sois ETA. Esto va a provocar una convulsión importante en Euskadi, ¿lo sabes? —preguntó Julen.

Emilio inició una explicación confusa. Habló de la necesidad de contar con medios propios y se quejó de que la dirección de ETA no les atendía; eran la columna vertebral de la organización armada, afirmó. Justificó la acción por el momento elegido: podía representar una lección para otros industriales, una advertencia.

—Aprenderán que con nosotros no se juega.

¿Qué significaba esa última frase?, trató de desentrañar Julen.

Los dos se quedaron mudos por unos segundos.

Julen prefirió no entablar una discusión, la urgencia del caso lo aconsejaba. Convocó un KE para esa misma tarde a las siete, en el lugar de costumbre, un piso de Bayona. Emilio se comprometió a asistir junto con Gorka y Jon.

La casualidad quiso que, ese día, Eduardo esperara la visita de su padre, acompañado de su amigo Rubén. Cuando Julen le informó de la reunión del KE, sopesó anular la cita familiar. Al fin, Eduardo la mantuvo, llevaba varias semanas sin verlos y necesitaba abrazarlos.

—¿Estáis locos?

Es lo primero que brotó de los labios de Rubén.

Eduardo no respondió y dirigió a su amigo una mirada extraña.

Juan Pablo M. había llegado malhumorado y no quiso disimular. Besó a su hijo en ambas mejillas. Disculpó a su madre, andaba con dolores de cabeza persistentes y tenía fiebre. No tardó en mencionar al empresario secuestrado.

—¿Ha sido ETA?, ¡Dios mío!, ¿adónde vamos a llegar! —exclamó Juan Pablo.

Eduardo no disimuló su enfado.

—¡Joder!, ¡ni siquiera me preguntas cómo estoy! Solo puedo decir que estamos investigando —respondió Eduardo.

—¿Cómo que investigando? No entiendo. ¡Todo el mundo en Bilbao dice que ha sido ETA! —dijo Rubén, aún más ofuscado.

Eduardo no quiso explicar lo que sucedía en el interior de la organización, y menos ofrecer detalles a alguien que no era militante ni colaborador; solo un amigo del colegio, del barrio, su mejor amigo, a quien no podía mentir porque le cazaba cuando lo hacía. «Te conozco demasiado bien», solía decirle Rubén.

Eduardo no fue capaz de seguir la conversación. Se hallaba alterado, en estado de suma tensión. Era la primera vez que su padre lo veía de esta manera. Unas ojeras inflamadas indicaban que llevaba muchas horas sin dormir.. Juan Pablo se alegró de que Felicia no estuviera presente.

—Tengo que irme —añadió Eduardo.

Su padre lo cogió del brazo y lo detuvo.

—Hijo mío, piensa bien las cosas. Ese buen hombre…tenéis que liberarlo.

Eduardo se refugió en el silencio.

—Esta es una gran desgracia, todo lo es, pero en esto nadie va a apoyaros —añadió Rubén antes de fundirse con Eduardo en un abrazo diferente al que tenían por costumbre.

Eduardo marchó cabizbajo, pensando en cómo salir de semejante atolladero. Unos minutos más tarde se juntó con Karlos y entre ambos estudiaron la situación.

Berazadi había sido secuestrado en Elgoibar. Significaba que existían dos alternativas. La primera, que hubieran desplazado un comando desde este lado de la frontera, algunos militantes de su total confianza que vivieran en Hendaya. Segunda, que lo hubieran encargado a un comando que tuvieran en la zona del secuestro.

Karlos sabía quiénes podían haber sido, tenía identificados los pueblos de donde procedían, había coincidido con ellos en alguna *ekintza.* Eran jóvenes, partidarios de Emilio y Gorka.

La reunión del KE empezó mal, con un reproche solemne, un golpe de autoridad del más veterano, Julen.

—Esta es una acción espontánea, no decidida por el KE. Es motivo de expulsión.

Jon trazó una argucia.

—Era una oportunidad excelente, un empresario con un gran patrimonio, lo estábamos vigilando y se puso a tiro. Si lo hubiéramos demorado, habría cambiado sus hábitos. Vamos a pedir doscientos

millones de pesetas por su liberación. Por otra parte, este KE decidió hace algún tiempo golpear a los empresarios. La lucha por la independencia necesita fondos, ahora más que nunca.

Eduardo se quedó pensativo. Emilio y Jon estaban intentando que el KE asumiera el secuestro como una acción consumada.

Eduardo y Julen estaban impresionados ante el aluvión de críticas que se estaban haciendo públicas cada hora que pasaba: de los partidos, de los sindicatos, de los propios trabajadores de la empresa del secuestrado, de sus vecinos.

Detrás de ese golpe —siguió pensando Eduardo—, está su principal objetivo: quieren tomar el control del KE. Después, convocarán la asamblea, pero con sus condiciones, con la caja llena de dinero y controlada por ellos.

Emilio, Jon y Gorka se envalentonaron y se turnaron en el uso de la palabra. Ya habían pasado las primeras horas desde el arresto y no había noticias de que hubiesen surgido problemas, pese a que la Guardia Civil había iniciado un operativo de búsqueda con grandes medios.

Cada minuto que pasaba, el poder de los responsables del secuestro se acrecentaba. Julen garabateó en un cuaderno una propuesta.

—Lo que se ha hecho es irregular y habrá que someterlo a la asamblea que tenemos pendiente, tendréis que rendir cuentas. Pero ahora no hay tiempo, hay que tomar decisiones. El PNV ha solicitado una reunión para esta misma noche, están escandalizados. A la

reunión vendrá alguien del *Euzkadi Buru Batzar.* Tenemos que decidir quién acude en nombre de ETA.

Los interlocutores de Julen no se sorprendieron. Contaban con la reacción del PNV, la deseaban. Habían diseñado su propia ruta y en ella no existía ninguna clase de unidad de acción con el PNV.

Eduardo tenía otro punto de vista. Respetaba al partido que representaba la legitimidad del Gobierno vasco en el exilio. Eran muchas las diferencias, las discusiones mantenidas con ellos, pero era el gobierno heredero de José Antonio Aguirre. Muchas familias vascas lloraron su temprana muerte. Aguirre se enfrentó con dignidad a los embajadores franquistas en su largo exilio americano. Escribió *De Gernika a Nueva York pasando por Berlín,* un libro que pasó de mano en mano en la clandestinidad y se leyó como si fuera un devocionario, cientos de páginas escritas por un hombre honrado que dejó amigos de la causa vasca en los cinco continentes.

Emilio y sus compañeros aceptaron que fuese Eduardo quien se entrevistara con los miembros del PNV, pero dejaron claro que no liberarían a Berazadi si la familia no les entregaba doscientos millones de pesetas.

Para ese momento las protestas en Euskadi habían aumentado. Fueron incontables los comunicados que pedían la liberación de Berazadi. De asociaciones de vecinos, de orfeones, de grupos de danzas, de ikastolas, de comités sindicales, además de los partidos que aún navegaban en la clandestinidad. Los periódicos más importantes de Europa desplegaron la noticia en sus primeras planas.

—El prestigio internacional que conseguimos con el Consejo de Guerra de Burgos y con la *ekintza* de Carrero Blanco está a punto de tirarse por la borda —se desahogó Eduardo M. ante sus compañeros de dirección.

Jon celebró el rumbo que estaban tomando las cosas. Él presentía, al igual que Emilio y Gorka, que las protestas habrían de ser efímeras, se olvidarían en cuestión de semanas o meses. Lo que les importaba era cómo habrían recibido la *ekintza* los militantes de la organización, los colaboradores cercanos, los jóvenes que estaban a un paso de pedir el ingreso. Eran estos los que decidirían el rumbo de la organización.

Telesforo Monzón intercedió por la vida de Ángel Berazadi. También la familia de Berazadi se entrevistó con Eduardo. Le hablaron de su personalidad, le dijeron que se había esforzado por alcanzar acuerdos con los trabajadores de la empresa, que había mantenido un buen clima laboral.

Insistió la familia en que su lengua habitual era el euskera y en que había contribuido a la fundación de varias ikastolas. No comprendían que ETA lo hubiera secuestrado. Eduardo se vio obligado a silenciar lo que pensaba. Las reglas a las que estaba sometido le impedían contarles las interioridades del KE de ETA. Hubiera deseado hacerles saber que varios miembros, empezando por él, estaban en desacuerdo absoluto con esa acción. Eduardo estaba pasando por uno de los momentos más difíciles de su vida.

Se refugió en la búsqueda de una solución. Dejó entrever a los familiares de Berazadi un desenlace favorable si conseguían

cincuenta millones de pesetas. Dio la impresión de que estaban a punto de llegar a un acuerdo. Los emisarios de la familia de Berazadi, una vez que cruzaron la frontera, durmieron esa noche con esperanza.

Eduardo cambió impresiones con Julen, analizaron la situación: no confiaban en lo que les contaban los responsables de los comandos especiales. La relación personal con ellos estaba rota en lo que se refería a Eduardo, y deteriorada en cuanto a Julen. A pesar de ello, ambos trataron de mantener el hilo de contacto con los comandos especiales, era el hilo del que pendía la vida del empresario guipuzcoano.

Emilio, Jon y Gorka estaban sorprendidos de la respuesta de sus compañeros del KE, y aún más de la reacción de buena parte de la sociedad vasca, que no dejaba de manifestarse pidiendo la libertad de Berazadi. Lejos de recapacitar, se inclinaron por permanecer en una posición de dureza. Achacaron las críticas a la gran campaña que estaba desarrollando el Partido Nacionalista Vasco. Sus militantes y simpatizantes, extendidos por los pueblos de Euskadi grandes y pequeños, calificaron la acción del secuestro como contraria a los derechos humanos y al renacimiento de la lengua vasca.

Al cabo de unas horas, el cuerpo sin vida de Ángel Berazadi fue encontrado en la cuneta de un camino de segundo orden.

En aquellas horas terminó de descubrir Eduardo que las palabras sobraban ante los propósitos calculados de los comandos especiales. Eran parte del armazón, del frenesí que dominaba a Gorka, a Jon y a

Emilio, una pasión imposible de controlar, una confianza ciega en que ellos representaban las razones por las cuales nació ETA. Se sentían llamados a una cita con la historia. El resto de los miembros de la dirección, como Karlos y Julen, eran unos ingenuos. Eduardo, el conspirador y renegado por antonomasia, un Judas. Así lo veían ellos. El asesinato de Ángel Berazadi confirmaba que tratar de vencerlos con la fuerza de los argumentos carecía de sentido.

Capítulo 39.

Moscú

La imagen del cuerpo sin vida de Ángel Berazadi ocupó las primeras planas de los periódicos europeos. Los editorialistas, que hasta entonces destacaban a ETA como la última resistencia frente al franquismo, se preguntaban si no habían comprendido mal la situación. ¿Era necesario cometer aquel crimen?, ¿por qué la misma organización que liquidó la estrategia sucesoria de Franco al atentar contra Carrero Blanco acababa con la vida de un pequeño empresario antifranquista y de simpatías nacionalistas?, ¿qué estaba pasando en ETA?

Estas eran las mismas preguntas que se hacía en Moscú el capitán Sokolov en el momento en que le llegó la noticia del asesinato. Al capitán moscovita le invadió un sudor frío.

En cualquier momento sería convocado por uno de sus jefes de la Subdirección General. Por uno de los que, hasta hacía unas semanas, veía con buenos ojos el plan trazado para un levantamiento popular en Euskadi.

¿Qué hacer?, se preguntó el capitán Sokolov mientras esperaba la llamada de un superior. Pensó en contactar con el tercer secretario en París, camarada Vladimir Nikolsky.

Nikolsky se hallaba en su oficina de la embajada en París cuando le llamó Sokolov.

—Tenemos un problema con lo que ha sucedido en las últimas horas en la región de donde procede Eduardo.

Nikolsky sabía a qué se refería.

—Estoy reuniendo toda la información posible. Por ahora es información de periódicos, nada más —respondió.

—Creo que tenemos alguien allí —dijo Sokolov, refiriéndose al periodista Esteban Juanes.

—Así es. Me pondré en contacto con él.

—Necesitamos que elabore un informe de inmediato. En cuestión de horas.

—Haré lo posible, camarada.

El funcionario abrió su libreta de claves y se dispuso a transmitir a Esteban Juanes la orden.

Sin embargo, Juanes no era un agente, en un sentido estricto. Se trataba de un colaborador, un periodista bien informado sobre los asuntos de España al que se le pagaba por su trabajo.

—Verá, le rogamos que nos envíe unas cuantas líneas sobre lo que está pasando en la región donde vive usted. Estamos interesados en conocer los detalles del episodio ocurrido hace unas horas. No creo que sea necesario que le indique a lo que me refiero.

—Moveré mis contactos —contestó Juanes, quien saboreó mentalmente la cifra de dinero que pediría por el trabajo que le encargaban.

El capitán Sokolov seguía sin recibir la llamada de sus jefes. No podía ser que desconociesen la noticia. A primerísima hora de cada jornada, los miembros de la Subdirección General recibían un dosier con las noticias que se habían producido en las últimas veinticuatro horas en cualquier lugar del mundo.

Decidió llamar a su padre. Lo convocó para esa misma mañana. Sokolov padre suspendió el paseo que solía dar por el parque Gorki tres días a la semana, acompañado de otro coronel también retirado. Importante debía de ser, se dijo. Y lo era. Se citaron en el apartamento del padre. Al verlo llegar, advirtió en su hijo un semblante extraño.

—¿Qué ha sucedido?

Antes de responder, el capitán le indicó con la mano derecha los cuadros que colgaban de las paredes, las lámparas que iluminaban la estancia.

—No te preocupes por eso, ayer lo revisé de punta a punta. Nadie nos escucha. ¿Qué está pasando?

—¿No te has enterado?

—¿De qué? Estás asustado, tu rostro lo evidencia.

—ETA ha matado a un empresario, un hombre que no simpatizaba con el régimen de Franco, un hombre vinculado a la cultura vasca. Los periódicos europeos están incendiados, lo califican como un acto

criminal. Y eso no es todo, los partidos y movimientos de izquierda lo definen de igual manera, incluido el Partido Comunista de España.

—¿Te han llamado de la planta de arriba?

—Aún no. Debo volver a la oficina en diez minutos, no tengo más tiempo. He avisado de que estoy aquí, visitándote. He puesto como excusa que habías pasado mala noche.

—Sí —confirmó su padre—. Te llamarán. En estos momentos, dos o tres camaradas de la Subdirección General estarán examinando los asuntos sucedidos en el mundo en las últimas horas. No te alarmes, tienen muchos expedientes encima de la mesa. No creo que lo de esos vascos sea lo que más les quite el sueño.

—Pero la propuesta la firmé yo. Y fui yo quien viajó a Euskadi para redactar un informe.

—Eso es cierto. Pero analicemos la situación. Fue el dirigente de ETA quien tocó la puerta de nuestra embajada en Praga, según recuerdo. El asunto cayó en tus manos, pues ese día estabas de guardia, y te limitaste a redactar un informe preliminar.

—Creo que olvidas algo, papá. Yo atendí al emisario vasco, fui yo quien solicitó fondos para viajar a Euskadi y elaborar un informe sobre las condiciones objetivas y subjetivas para una insurrección. Fui yo la persona que defendió en la comisión la conveniencia de iniciar el expediente, el proyecto pintaba bien y así lo dije. Estoy implicado, y mucho.

El coronel Sokolov era consciente del grave problema en que se hallaba su querido hijo. Él había desempeñado cargos durante casi cuarenta años en el aparato de inteligencia. Sabía que, en el

momento en que llegan los problemas, lo primero en que piensan los jefazos es en elegir el nombre del funcionario al que echar las culpas, *decapitarle*. El coronel Sokolov había actuado de esa manera, y no una vez.

—Hagamos un ejercicio de autocrítica, querido hijo. ¿Qué sucedió?, ¿dónde estuvo el error? Recuerda que estamos solos tú y yo, padre e hijo, nadie nos escucha. Haré cualquier cosa por protegerte.

El capitán esperaba esas preguntas.

—Puede que en mi viaje al País Vasco y en mi informe no averiguara lo suficiente sobre la dirección de ETA, sobre sus relaciones internas. Es posible que no preguntara con profundidad al emisario vasco sobre este asunto.

El coronel movió la cabeza.

—Dime una cosa, trata de recordar bien antes de responder: en la comisión que trató el asunto, ¿hubo algún camarada que preguntó sobre ello? Quiero decir, ¿te preguntaron de forma específica lo que se sabía del liderazgo en ETA?, ¿si mantenían las mismas posiciones o si existían discrepancias?

Sokolov hijo demoró la respuesta. Se acercó al teléfono para cerciorarse una vez más de que estaba bien colgado.

—Nadie preguntó sobre los liderazgos porque se daba por hecho que yo los había investigado; si no los mencionaba en mi informe era porque no existía nada relevante; es decir, no existían en ETA facciones enfrentadas.

—Es una buena respuesta, aunque no es la que me hubiera gustado escuchar.

—Además…

—Te escucho, hijo —dijo el coronel.

—Un miembro de la comisión dijo: «Nuestro hombre en ETA es muy joven». Y otro le secundó con las siguientes palabras: «¿Cuál es la media de edad en la dirección de ETA?». A lo que el dirigente contestó que entre veinte y veinticinco años.

El coronel frunció el ceño.

—Ese dato es revelador. Lo usarán en tu contra. Argumentarán que, a causa de la edad de los dirigentes, incluyendo a quien empezó esta historia en Praga, deberías haber actuado con mayor diligencia.

Pensamientos preocupantes bullían en la cabeza de Sokolov hijo. Mencionó la intervención de uno de los dos españoles que tomaron parte en la reunión como asesores externos. Los camaradas Aspiazu y Puentes alertaron sobre una posible praxis anarquista en ETA. Una opinión que pasó desapercibida en aquel momento.

—Todas las reuniones se graban. Escucharán la grabación y se detendrán en detalles como ese —señaló Sokolov padre.

—Y bien, ¿qué me aconsejas?

—En primer lugar, que conserves la calma tanto como puedas. No esperes a que te llamen de arriba, toma la iniciativa. Vuelve a la oficina y pide una reunión con tu superior inmediato. Ofrécele algo que te haga ganar tiempo. Lo primero que se me ocurre es que la

gente de París elabore un informe sobre qué demonios está pasando en ETA.

—Ya lo he pedido.

El coronel Sokolov era consciente de la delicada situación que atravesaba su hijo. Conocía los métodos del organismo para el que había trabajado durante muchos años. Debía transmitirle optimismo, sin embargo.

—Bien, la situación es problemática, pero no creo que sea tan grave como para que tu futuro esté comprometido. Aún eres joven; recuerda, todos cometemos errores. Yo también los cometí y aquí estoy, retirado como coronel y citado como ejemplo en la academia ante los jóvenes que acaban de ingresar. Por otra parte, todos los movimientos revolucionarios están plagados de disidencias. Hiciste un buen trabajo y no existe la perfección. Ahora, dame dos besos y vuelve a tu mesa de trabajo.

Capítulo 40.

El quid de la cuestión

Esteban Juanes había seguido el secuestro de Berazadi desde un primer momento con la misma indignación que el resto de los corresponsales extranjeros.

Entre la comunidad de periodistas establecidos en Bilbao, las acciones armadas de ETA producían una discusión apasionada. Eran mayoría los que justificaban la violencia como medio de enfrentar los últimos coletazos de la dictadura. La opinión pública de sus países aplaudió mayoritariamente el atentado contra Carrero Blanco y se movilizó a favor de los presos políticos vascos durante el Consejo de Guerra de Burgos. Otros periodistas, sin embargo, con más guerras a sus espaldas, advertían contra las consecuencias de la violencia. Unos y otros calificaron lo ocurrido con Berazadi como un grandísimo error político y un crimen injustificable.

El consejero soviético Vladimir Nikolsky no quería de Juanes un resumen de prensa, lo dejó claro en la primera llamada que le hizo.

El capitán Sokolov le exigió que se concentrase en responder a las siguientes preguntas: ¿la dirección política controlaba la situación?,

¿el enviado al que recibieron en Moscú seguía siendo el líder?, ¿qué estaba sucediendo? Necesitaban ese informe en treinta y seis horas.

Esteban Juanes recibió el pequeño cuestionario de su contacto en París con preocupación. No podía limitarse a escribir un informe meramente divulgativo sobre el episodio Berazadi y sus consecuencias en la opinión pública vasca. Estaba obligado a profundizar en la última cuestión: ¿qué estaba pasando en ETA?

De no responder de manera satisfactoria, su prestigio se vería amenazado, y puede que alguien empezase a pensar que era uno de esos periodistas que exageraban sus conocimientos y contactos con el fin de obtener unas cuantas monedas. ¿Se le estaba acabando la racha de buena suerte?

Reaccionó como el periodista intuitivo y experimentado que era y tomó una decisión: llamar al inspector González. Si había alguien que pudiera responder a las preguntas que le formulaban desde Moscú, tenía que ser él. No otro periodista, ni siquiera los locales que trabajaban para *El Correo o La Gaceta del Norte*.

Juanes hizo la llamada siguiendo las instrucciones que semanas atrás recibió del propio inspector. Pasaron las horas y no recibió respuesta. ¿Qué podía hacer sino fumar y esperar? En un estado de nerviosismo creciente, se acercó a la iglesia de San Antón con la esperanza de que algún colaborador del párroco Gallastegui le proporcionara información. Sabía que el cura tenía por costumbre oficiar misa a las siete de la tarde.

La iglesia estaba llena pese a tratarse de un día laborable. Buena parte de los presentes esperaba que el vozarrón del carismático

sacerdote, nacido en un caserío de Bedia hacía casi setenta años iniciara la homilía. No estaba en la naturaleza del clérigo ocultar su opinión ante los feligreses. Esteban Juanes asistió al oficio cerca del presbiterio, no quería perderse palabra alguna.

Gallastegui habló ocho o diez minutos, pero lo hizo en lengua vasca, contra su costumbre de alternar frases y comentarios en uno y otro idioma. Juanes, contrariado, observó los rostros de los feligreses. Algo importante tenía que estar diciendo, muchos de ellos mudaban del desconcierto a la rabia y algunos se llevaban las manos a la cabeza. La mayoría de ellos abandonó la iglesia con signos de abatimiento. Esteban Juanes trató de entrar en la sacristía. Un joven le dijo que el párroco no le recibiría.

Lo último que deseaba hacer el periodista era irse sin conocer el contenido de la homilía. Se acercó a un matrimonio de mediana edad. Les enseñó el carné que le acreditaba como periodista francés.

—¿Qué ha dicho el padre Gallastegui? —les preguntó.

El matrimonio dudó, cruzaron entre ellos unas cuantas palabras en euskera. El hombre abrió la boca:

—Ha tenido palabras duras para los autores, *hiltzaileak,* ha sido el término que ha usado: asesinos. Ha remarcado que la víctima era un buen vasco que ofrecía trabajo, pagaba salarios justos y ayudaba a la recuperación de nuestra lengua.

—También ha dicho que este crimen no puede echar por tierra el sacrificio de tantos jóvenes patriotas que luchan por la libertad de Euskadi —matizó la mujer.

Esteban Juanes regresó a su apartamento del número 4 de la calle Luchana con la esperanza de que lo llamara el inspector González. Sobre las diez de la noche, la llamada se produjo. El periodista hubiera querido concertar una reunión en ese preciso momento, a cualquier hora de aquella noche amarga, pero el inspector se excusó:

—Imposible, tenemos mucho trabajo. Mañana sobre las diez podré tomar un café contigo.

—¿Dónde? —preguntó Juanes.

—En la oficina donde nos conocimos. Habla con tu paisano para que nos lo permita.

Esteban Juanes tenía el teléfono privado de Fernos y lo llamó. Explicó que necesitaba reunirse en su despacho con alguien al día siguiente, a las diez de la mañana. El cónsul accedió y no se interesó por la identidad de su interlocutor.

—Mi secretaria te facilitará el acceso, y también a la persona con la que te entrevistes. No hace falta que me digas de quién se trata.

Al día siguiente, a la hora concertada, el inspector estrechó la mano del periodista. La secretaria les sirvió un café.

—¿A qué vienen las prisas? —preguntó el funcionario mostrando una sonrisa—. Apuesto a que quieres saber algo sobre la muerte de Berazadi, algo que no sepan tus colegas, algo que te dé ventaja. ¿No es así?

Esteban Juanes examinó la situación en que se encontraba. Si manifestaba al policía que lo que deseaba era conocer la situación

interna en la dirección de la organización ETA, González podía empezar a sospechar que no era un simple corresponsal de prensa.

Decidió iniciar la conversación con preguntas convencionales.

—Lo que me interesa saber es si estamos ante una ofensiva de ETA en contra de los empresarios vascos, si lo de Berazadi es el comienzo de una campaña contra estos.

Era el preámbulo de la conversación.

—No sabemos si habrá otros Berazadis, pero nos extrañaría. Su situación interna es de gran debilidad —dijo González.

—Si tuviera información sobre esa debilidad de ETA de la que hablas, quedaría en deuda contigo.

«Quedaría en deuda contigo». Desde el momento en que el cónsul los presentó, sospechó que ambos trabajaban para el servicio de espionaje francés. Dispondrían de nombres codificados. Acaso el cónsul Fernos perteneciera a la Direction Generale de Securité Exterieur (DGSE), y el periodista, a la Direction General de Securité Interieur (DGSI). El cónsul se habría licenciado en la École National d`Administration y le esperaría una carrera prometedora. Lo que el inspector necesitaba, un buen amigo al otro lado de la frontera que le protegiera, para cuando la situación lo requiriera tras la muerte de Franco y el desmoronamiento del régimen.

Los inspectores de la Brigada Político Social de Bilbao tenían unos cuantos problemas en aquellos meses de agonía del régimen dictatorial español. El más importante de ellos se refería al futuro, al modo en que habría de transcurrir la transición a la democracia. Un buen número de nubarrones asomando en el horizonte. La totalidad

de los partidos antifranquistas enarbolaba una consigna que no dejaba lugar a dudas sobre su objetivo: la disolución de los cuerpos represivos. Las paredes y calles vascas estaban repletas de dos palabras pintarrajeadas: *txakurrak kampora,* ¡perros fuera! Y los perros eran ellos, los funcionarios de la Brigada Político Social y los mandos de la Guardia Civil.

Unos cuantos partidos iban más lejos: planteaban responsabilidades penales a los funcionarios acusados de maltratar o torturar a los detenidos. No era una amenaza abstracta que afectara a miles de empleados del régimen. Sus compañeros y él estaban convencidos de que se referían a las dos o tres docenas de inspectores y subinspectores destinados en la Brigada Político Social y a los mandos de la Guardia Civil del País Vasco.

¿Qué iba a pasar? Se repetían esa pregunta una y otra vez, la hacían sus esposas cuando llegaban a la casa de alquiler que ocupaban y también sus hermanos desde lugares lejanos. Ellos respondían, si tenían un buen día:

—No lo sabemos, ya nos dirán.

Pero en realidad nadie lo sabía. Solo que Franco se iba a morir de un momento a otro. Uno de sus compañeros de la comisaría de Indauchu, un subinspector, lo expresaba de un modo particular: «el régimen se acaba, los que mandan liquidarán la tienda y seremos la mercancía que saldarán a precio barato». Una era se desvanecía y otra emergía.

Tras pensarlo durante unos segundos, el inspector González pronunció las palabras que Juanes esperaba:

—Abre bien los oídos. Tengo información sobre el estado de las relaciones internas en ETA, información reciente. Pero no te contaré nada que puedas publicar en tus periódicos, es reservado, me juego mi empleo y tengo familia.

—Me intrigas. Está bien, te lo prometo, no publicaré nada de lo que me digas. Lo que me cuentes servirá para contextualizar la información. Solo para eso —dijo.

Ambos sabían lo difícil que era cumplir la promesa que se estaban dando, pero de esa manera salvaron la dificultad en aquel instante y quedaron conformes. Para el periodista significaba obtener lo que le demandaban; y para el inspector representaba un paso más en la alianza con aquel hombre avispado que se presentaba como periodista y del que sospechaba —más bien estaba seguro— una actividad real como agente de espionaje ¿francés?

Tomaron el café que les habían servido.

—Pues bien, en ETA existe en estos momentos un estado de escisión de hecho, diría que inevitable. Dos sectores se enfrentan. No es nada nuevo, por otra parte. La historia de ETA está marcada por las disidencias y consiguientes rupturas.

—¿Y cuál es el *quid* de la cuestión, lo que les divide tanto? —preguntó Juanes.

—Los dos grupos tienen planes diferentes para lo que ha de ocurrir con ETA cuando Franco muera y llegue el nuevo régimen, sea el que sea. Unos quieren crear un partido político y presentarse a las elecciones, otros piensan que eso supondría la liquidación de ETA

como organización armada. Hay matices, pero ese es un breve resumen.

—¿Presentarse ETA a las elecciones? Eso sí que no lo esperaba —observó Juanes.

—No lo tomes al pie de la letra, patrocinarán un partido político. La diferencia sustancial está en que los que se oponen a la creación del partido son los de las «pipas».

Era una información importante la que le estaba transmitiendo el inspector.

—Cuéntame algo más.

—No, nada más. Te he contado demasiado.

—Dime al menos cuál de los dos grupos tiene más posibilidades de hacerse con el poder. Seguro que lo sabes.

Sí, lo sabía. En los dos últimos meses había recogido abundante información en los interrogatorios a los detenidos y también en escritos incautados a los presos en las cárceles, en los cuales estos se posicionaban de cara a la asamblea que debía celebrar ETA. La actividad era frenética; la palabra que corría entre los militantes de ETA encarcelados era *posicionarse,* con unos o con otros. Pero González no estaba dispuesto a entregar la información a Juanes. Acaso más adelante lo haría, en función de cómo se desarrollasen los acontecimientos.

Esteban Juanes volvió a preguntar cuál de los dos bandos ganaría aquella lucha fratricida.

—No sé. Las fuerzas están igualadas. Confórmate con eso. Espera, tal vez pueda decirte algo más: una de las facciones parece creer que la democracia traerá la desmovilización del pueblo, el acomodamiento de este en un estado de tranquilidad, y eso no les gusta. Prefieren que las cosas sigan como están ahora, a tiro limpio.

—Parece una reflexión demasiado simple —dijo el periodista.

—¿Simple? ¿Qué crees que es ETA?, ¿un foro de la Sorbona? Eso es lo que buena parte de sus militantes buscan, mensajes simples, nada sofisticados. Existen otros, es cierto, pero perderán, estoy seguro. Los que tienen las armas siempre ganan.

Ambos se despidieron satisfechos. El periodista disponía de lo suficiente para escribir un informe sustancioso. Era más de lo que ninguno de sus compañeros corresponsales poseía; ni siquiera los que representaban a los grandes medios europeos y se alojaban en el Hotel Ercilla. Moscú lo valoraría, no lo dudaba. Y el inspector González regresó a su puesto de trabajo en Indauchu convencido de que estaba tejiendo con los servicios de inteligencia franceses una relación especial.

Esteban Juanes tenía prisa por ir a su apartamento y redactar el informe que habría de enviar al camarada Nikolsky. Se felicitaba por el éxito que acababa de obtener.

Capítulo 41.

El coronel Sultanov

Para la organización de ETA llegó el momento de realizar el inventario de daños causados por el asunto Berazadi.

Los medios de comunicación internacionales dedicaron grandes espacios al crimen. Los nacionalistas moderados aseguraron que la acción enlutaba la gesta de los vascos. Los partidos de oposición al régimen y los sindicatos calificaron a ETA como insensible e irresponsable, había protagonizado una acción criminal.

Eduardo M. estaba convencido de que las consecuencias de la acción habían sido contempladas ya en el momento en que fue planificada. Sus autores intelectuales contaban con que la familia no podría reunir tan alta cantidad de dinero y siguieron adelante hasta el desenlace del secuestro.

Creían a pies juntillas en el valor absoluto de la violencia. Existía otro propósito con esa acción: los empresarios medianos y pequeños, simpatizantes del PNV, tomarían nota de cómo había acabado Ángel Berazadi; se preocuparían el día en que, en el buzón

de su domicilio o de su empresa, recibieran un papel con el sello de ETA.

Pese al desastre que suponía la situación, Eduardo, Julen y Karlos dudaban sobre si había llegado el momento de poner las cartas encima de la mesa: expulsar a los *bereziak* por su acción. Comunicarlo a la militancia mediante una nota interna que habría de llegar en unos días a los presos a través de los abogados. La organización estaba escindida en la práctica, pero aún faltaban las últimas ceremonias.

Lo discutieron, pero no se atrevieron. Esa decisión habría de ser tomada, de eso no cabía duda a tenor de los acontecimientos, pero no por ellos, sino por la asamblea general.

De modo que, aunque de mala gana, decidieron seguir en su tarea de conformar una mayoría interna que les posibilitase ganar las votaciones que se dieran en la organización en un futuro próximo.

De igual manera pensaban Emilio, Jon y Gorka.

El borrador de la ponencia escrita por Eduardo llegó a las cárceles y se discutió entre los cerca de quinientos presos. A ETA debía sucederle en protagonismo un partido político bien organizado, la actividad armada quedaría en segundo lugar una vez que el franquismo desapareciera y la democracia fuese una realidad.

Eduardo pensó en los planes discutidos con Otelo Saraiva de Carvalho, esbozados en Moscú. Hasta hacía unos días, parecía una posibilidad real de lucha, contaba con el patrocinio de los revolucionarios portugueses y, al menos, en Moscú lo recibieron y

escucharon en una larga reunión. Sin embargo, en unas horas, aquello se había derrumbado como un castillo de naipes.

La operación Orreaga había sido alterada dramáticamente por la imagen del cadáver de Ángel Berazadi.

El PNV desarrolló una intensa campaña en las cancillerías europeas, a las que tenía acceso a través de la Internacional Democristiana y del Vaticano. Aún mantenía vínculos con el Departamento de Estado en Washington, al que explicó lo que significaba ETA:

«No es un movimiento de liberación nacional. Son comunistas o marxistas que se amparan en una terminología nacionalista y practican la violencia contra los pequeños y medianos empresarios antifranquistas. Lo último que se les ha ocurrido es disparar en las piernas a los empresarios para intimidarlos, para que caminen cojeando por las calles el resto de su vida y el pueblo los estigmatice. Se parecen como dos gotas de agua a la Baader-Meinhof de Alemania o a las Brigadas Rojas italianas».

La fotografía del empresario Ángel Berazadi encañonado por la pistola de uno de sus secuestradores llegó a los despachos de los principales servicios de inteligencia del mundo. Y también estaba sobre la mesa del capitán Sokolov. Era el 9 de abril de 1976 y, unas horas antes, el cadáver había aparecido boca arriba, con unas gafas de soldador, en una cuneta comarcal.

Esteban Juanes acudió al Hotel Ercilla. Un buen número de profesionales de la información charlaban entre sí en diferentes corrillos. El asesinato de Berazadi los había conmocionado, ninguno

lo esperaba. En sus crónicas recientes adelantaron que el secuestro habría de resolverse mediante una negociación y la entrega del dinero exigido, seguramente una cantidad inferior. Los periodistas extranjeros insistieron en la personalidad de la víctima. No era ni mucho menos un gran empresario, no llevaba escolta, participaba en numerosos actos sociales y culturales demonizados por el régimen, tenía esposa y seis hijos.

Uno de los corresponsales apuntó:

—Es un cambio importante en la estrategia de ETA. Se trata de un aviso al resto de los empresarios. Algo importante está sucediendo en el interior de la organización.

Esteban Juanes sabía a lo que se refería su colega. Guardó silencio.

El crimen de Berazadi siguió siendo una de las noticias relevantes de aquellos días en Europa. Los editorialistas de prestigio se preguntaron si ETA no había recibido un trato privilegiado en los medios por el hecho de luchar contra el franquismo. Buena parte de la opinión pública europea consideraba a la organización un ejemplo de la última resistencia al Gobierno franquista. La mayoría de los informadores mostró simpatía hacia ETA con motivo del Consejo de Guerra de Burgos o incluso cuando atentó con éxito contra el almirante Carrero Blanco. Ahora, sin embargo, la tortilla se había dado la vuelta.

Por entonces el prestigio de los corresponsales extranjeros, sobre todo de los especializados en guerras o en conflictos armados, iba en aumento. Habían dejado atrás las guerras de Cuba y Argelia. La

derrota de Estados Unidos en Vietnam se daba por descontada. Pero, ¿qué era un corresponsal afamado sin una guerra a la vista, fuera de una entidad u otra, mejor todavía si se producía en el corazón de Europa? Euskadi llamaba a sus puertas y muchos de ellos abrazaron su nombre con simpatía. La violencia se justificó desde un buen número de púlpitos eclesiásticos y ambientes civiles con palabras sencillas: «La violencia no la hemos elegido nosotros, los vascos, nos la han impuesto desde Madrid».

Todo ese armazón empezó a quebrarse con estrépito el día que mataron a Ángel Berazadi. Las consecuencias no tardaron en mostrarse.

«¿Es ETA una organización terrorista y extorsionadora y no hemos sabido verlo?», se preguntó un editorial de un periódico londinense de gran tirada y prestigio. «¿Hemos sido víctimas de un estado mental de *whisful thinking* con relación a la naturaleza de ETA?», prosiguió.

Las cancillerías europeas condenaron el asesinato. La secretaría de Estado del Vaticano dio a conocer la tristeza de su santidad Pablo VI por lo sucedido y por primera vez en años hizo patente su solidaridad «con el sufrido y querido pueblo vasco, que tantos ejemplos de apostolado ha dado a la Iglesia».

Los partidos políticos españoles opositores al franquismo se disputaron entre sí los peores calificativos, también los sindicatos.

Las imágenes del funeral de Ángel Berazadi, nutrido de una manifestación de miles de vascos sencillos, encabezado por una viuda dolorida que pedía a Dios que le diese fuerzas para perdonar a

los asesinos de su marido y seguido por los trabajadores de la empresa, conmovieron a la opinión pública europea.

Ante ese aluvión de noticias, el capitán Sokolov se estremeció. Ignoraba lo que estaba pasando en esos momentos en las localidades del País Vasco francés, donde se hallaba la dirección de ETA. Ignoraba que el camarada Eduardo desconocía los preparativos y la ejecución del secuestro, así como su desenlace. Ignoraba que este se había opuesto con toda la fuerza posible al asesinato y, sobre todo, ignoraba que la situación interna en ETA era de franca división e irreversible.

Sin embargo, no importaba lo que Sokolov ignorara a los ojos de sus superiores del Primer Alto Directorio. Sus miembros, cuando tuvieron en la mano el informe, respiraron algo más tranquilos. Nadie les podría acusar de haber colaborado con ETA, ni siquiera de haber mantenido una relación oficial y estable. Se limitaron a escuchar las palabras de uno de sus dirigentes. Esta sería la explicación que ofrecerían a los camaradas españoles del Partido Comunista: «ETA tocó la puerta, los escuchamos y les dijimos adiós».

Tras este análisis, llegó el momento del interrogatorio. Convocaron al capitán Sokolov a una oficina del Primer Alto Directorio a primera hora de una mañana. Una fotografía del secretario general Leónidas Brézhnev presidía la estancia.

Reinaba un silencio solemne. Cuatro altos funcionarios del KGB le saludaron con frialdad. Una vez sentados y abiertos los cuadernos, comenzó la reunión. Era la primera vez que Sokolov los veía. Tuvo la

corazonada de que habían llegado con malas pulgas. Su semblante serio acompañaba esta impresión. Los cuatro vestían uniforme, uno de ellos tenía rasgos asiáticos, un rostro frío en el que sobresalían los ojos hundidos, seguramente procedía de alguna de las repúblicas situadas al oriente de la Unión. Fue este quien abrió el turno de preguntas Se presentó como coronel Timur Sultanov.

—Usted, camarada, otorgó credibilidad al joven español desde un primer momento, expuso. Sokolov se amparó en que las reglas le exigían leer con atención todo lo que llegaba a su mesa, y en este caso procedía de la embajada en Praga. ¿Lo comentó con algún otro miembro del servicio, quiso saber el asiático? El reglamento me lo impedía, contestó él. Otro de los oficiales le preguntó si el emisario vasco había sido vigilado y seguido desde que pisó Moscú. Sokolov exclamó: ¿Vigilado?, para contestar a continuación: «no lo consideré necesario, no observé ninguna circunstancia sospechosa». El mismo oficial quiso saber si le habían seguido durante su estancia en Praga. A Sokolov le agradó la pregunta. Asintió con la cabeza. «Sí, lo siguieron. Los camaradas de la embajada en Praga me lo hicieron saber en una nota. La firmaba el camarada Vladimir Titov». Según esta, el vasco había tomado unas cervezas en una taberna de Praga con dos jóvenes a los que había conocido en la pensión donde se alojaba. ¿Jóvenes de dónde?, le preguntaron. Uno checo y otro húngaro, dijo él, «siempre según el informe de Praga». De manera que un checo y un húngaro…, prosiguió uno de los interrogadores. Para añadir: usted era el responsable de la visita del joven Eduardo. Estamos de acuerdo en que recibió esta información de nuestra gente en Praga. ¿La envió al órgano correspondiente en Praga y en

Budapest para que identificasen a los jóvenes y los investigasen? «No, me pareció un encuentro sin trascendencia entre jóvenes», dijo el capitán Sokolov. Tomó la palabra de nuevo Sultanov: Usted, camarada, se toma muchas libertades. Retrocedamos al momento en que recibe al joven Eduardo en el aeropuerto de Moscú. Dispuso de bastante tiempo para hacer su trabajo mientras lo llevaban a la habitación asignada. ¿Preguntó al joven vasco por la conversación que mantuvo con el checo y el húngaro entre una y otra cerveza?, ¿no le pareció sospechoso que intimara con estos nada más conocerse? Sokolov bajó la cabeza: «No lo hice, y creo que me equivoqué; sí, ahora que lo pienso, actué de forma negligente». Los cuatro oficiales asintieron. Daba la impresión de que disfrutaban con el interrogatorio. El coronel kazako preguntó: Volvamos a las cervezas entre los jóvenes en Praga. ¿Sabe usted si se emborracharon?: «No lo sé». ¿Sabe si continuaron la tertulia en la habitación de alguno de ellos, quizá del joven vasco? «No se lo pregunté a Eduardo», respondió el capitán Sokolov. Así que su respuesta es la misma: no se lo pregunté. ¿Desconoce que una obligación de los miembros del KGB es procurar información sobre detalles como este, pequeños en apariencia?, ¿bebieron mucho o solo moderadamente?, ¿no sabe que después de una borrachera pueden contarse secretos en un ambiente más íntimo?, ¿secretos que pueden comprometer la seguridad del Estado? «Lo sé», contestó Sokolov. ¿Y por qué no lo hizo?, insistió Sultanov. «Pequé de confiado», contestó.

Aún faltaba otra pregunta. ¿Su padre, el coronel retirado Sokolov estaba al corriente de la operación? Iván Ivánovich Sokolov empezó

a sudar. No la esperaba. ¿Habrían interrogado a su padre antes de la reunión? Si fuera así, el coronel habría dado noticias de aquella primera reunión en la cual su hijo le indicó que un joven vasco se había presentado en la embajada en Praga. Para ese momento, el capitán se hallaba decidido a rendirse y confesar lo sucedido: el conocimiento de su padre de las conversaciones, una cuestión prohibida por el reglamento y castigada con severidad.

—Sí, pedí consejo a mi padre, el coronel Sokolov.

El oficial asiático sonrió. ¿Qué sucedería con su padre?

—¿Es que un servicio que representa la seguridad del Estado como el KGB puede otorgar credibilidad al primero que toca el timbre de una de sus puertas?, ¿al primer joven que pone encima de la mesa un revoltijo de ilusiones y planes que se dicen revolucionarios? —oyó el capitán Sokolov de labios del oficial que dirigía el interrogatorio.

El capitán aún no había escuchado la crítica más grave.

—Camarada, no solo otorgó fiabilidad a ETA y a su mensajero, sino que no aseguró un canal de comunicación directa con él. ¡Es una falta gravísima! Usted no ha podido hablar con él después del asesinato del empresario vasco para exigirle una explicación de lo sucedido. Usted ha actuado de forma irresponsable.

Eran palabras graves. Lo acusaban de no haber cumplido con su deber. No podía aceptarse que alguien se entrevistase con miembros cualificados de la URSS y regresara a su lugar de procedencia sin haber establecido una forma de contacto segura e inmediata.

Lo estaban acusando de una actuación voluntarista, alejada de las normas. Había desempeñado su misión con inexperiencia, acaso con

deseos de brillar, de procurarse un ascenso y sin tomar las medidas de seguridad pertinentes.

—Reconozco que así no actúa un buen comunista —dijo, apesadumbrado.

El asiático dio por terminada la reunión. Le ordenó que siguiera disponible. «Descanse, camarada», le dijo aquel al despedirse, enseñando una leve sonrisa.

Pero los procedimientos en el partido se alargan en el tiempo, aunque nunca duermen. Unas semanas más tarde el oficial Sultanov le convocó mediante una llamada telefónica. Sokolov pidió permiso para ausentarse de la oficina a su jefe inmediato y este se limitó a darle una ligera palmadita en el hombro, sin preguntarle con quién habría de reunirse, el lugar o la razón.

Sokolov se extrañó de que fuese citado en la plaza Konsomolskaya, en la entrada principal de la estación Leningradsky. «Es una circunstancia anormal», se dijo, mientras se dirigía este lugar a paso lento, nervioso, tratando de hallar sentido a lo que le estaba sucediendo. El coronel Sultanov le esperaba con la misma media sonrisa que le había despedido unos días atrás. A su lado tenía una maleta de buen tamaño. Le invitó a tomar un té en la cafetería de la estación después de estrecharle la mano.

—¿Para qué cree que lo he citado, camarada?

—No lo sé, pero siempre es un honor —dijo Sokolov, cauto.

—Su padre ha sido un ejemplo para todos.

¿Qué estaba tratando de decirle Sultanov? ¿Que su padre había intervenido en su favor ante la Nomenklatura? Hacía semanas que no hablaban. No quería comprometerle más de lo que estaba, pensó el capitán Sokolov.

—Camarada, su expediente ha finalizado sin sanción alguna, continuó el oficial asiático. Le llegará por escrito, pero no quiero abandonar Moscú sin despedirme de usted como buenos camaradas. El partido siempre ofrece segundas oportunidades, no lo olvide. Le deseo mucha suerte y un consejo: no sea tan impetuoso.

Sokolov se sorprendió. ¿Le estarían tendiendo una trampa mediante palabras amables y tranquilizadoras?, ¿pretendían que se relajase y soltara la lengua, tal vez narrando algún episodio que no figuró en el acta del interrogatorio de días atrás? Pero no sucedió nada anormal y Sultanov desapareció entre la muchedumbre que caminaba presurosa con el fin de no perder el tren.

Al día siguiente, el capitán visitó a su padre. Este lo recibió en su apartamento con una gran sonrisa. Se aprestó a abrir una botella de vino del Volga.

—Esperaba tu visita, querido hijo. No me cuentes nada, Solo brindemos por nuestra querida patria, por el socialismo y por el partido.

Unos minutos después y enfundados en sus abrigos salieron a la calle dispuestos a pasear por las calles cercanas. Iván tomaba del brazo a su padre.

—¿Te llamaron?

—Sí, hace dos semanas. Tuve que hablar con algunos viejos amigos. Los camaradas del partido comunista de España estaban furiosos. Querían tu cabeza, te acusaban de irresponsable y de haber dañado su política con respecto a los vascos de ETA. «Que les habías dado un trato preferencial», dijeron. Hubo que darles bastantes explicaciones. Sultanov deseaba sancionarte. Pero se impuso la cordura. Mis argumentos fueron claros: «Mi hijo cumplió con su deber. Recibió una petición y la cumplimentó. Viajó a España y redactó un buen informe. Que más tarde las cosas escaparan de su control…, así sucede con frecuencia en este trabajo». Después de una breve discusión zanjaron tu caso y se lo transmitieron a Sultanov. Este se quedó con las ganas de mandarte a una región del Cáucaso, a Chechenia o a Azerbaiyán.

—Agradezco tu esfuerzo, querido padre, imagino que tuviste que convencer a más de uno.

—No lo creas, el partido siempre piensa en el futuro. ¿Se hubiera solucionado algo borrándote del mapa? No, la Gran Patria Soviética necesita jóvenes como tú, fieles e inteligentes, aun cuando de vez en cuando cometan errores. ¿Hubo negligencia en la actuación de mi hijo? Es una pregunta que solté ante varios camaradas del Alto Directorio. ¿Es que las misiones carecen de riesgos?, esa fue la siguiente pregunta que formulé en un tono suave y mirándolos a los ojos. Alguno de ellos dudaba. Me permití el lujo de explicarles que no se puede confundir negligencia con inexperiencia. De algo sirvieron mis galones y una vida entera al servicio del partido. Así que le ordenaron a Sultanov que soltara su presa y te dejara en paz.

Ahora debes aprender de este episodio y seguir trabajando.

En aquellas jornadas inciertas para el joven capitán ruso, las noticias de que algunas piezas se habían movido en la estructura de los camaradas en la península ibérica llegaron a Langley.

Marvin Lee y su asistente García y cambiaron impresiones por teléfono. García inició la conversación.

—Los agentes durmientes en Lisboa y España han vuelto a sus lugares de origen. El barco de cabotaje y los camiones de Lisboa han sido puestos a la venta de nuevo. Seguíamos sus pasos y está confirmado. Por último, la agente que se instaló en un pequeño pueblo cercano a Bilbao ha cerrado su casa y los dueños la han vuelto a alquilar.

—Es evidente que la operación que había puesto en marcha el KGB ha sido abortada. Es probable que nunca sepamos cuál era y tampoco las razones por las cuales se han echado atrás —dijo Marvin—. Seguiré preguntándome qué buscaba Moscú con este aparataje —añadió.

Capítulo 42 .

La Conferencia de Cuadros

Después de la muerte de Ángel Berazadi, la incomunicación entre los dirigentes de las corrientes enfrentadas de ETA era absoluta. Vivían en los centros urbanos de Bayona, Hendaya, San Juan de Luz y otras localidades vascas; en ocasiones eran vecinos de edificio, pero su relación se había deteriorado de tal manera que se miraban desde diferentes vehículos ante un semáforo en rojo y se ignoraban; lo mismo si coincidían en el interior de un supermercado, las únicas palabras que se cruzaban en las calles eran unos *aúpa* apenas audibles.

Y, sin embargo, ni Eduardo ni Julen ni Karlos querían romper la organización. Ninguno de los tres deseaba dar el paso de expulsar a los otros de forma oficial mediante un comunicado dirigido a la militancia.

Tampoco Gorka, Emilio o Jon se atrevían a hacerlo.

Atrás quedaban los tiempos en que aquello había sido costumbre cada vez que una diferencia de pensamiento o de práctica tomaba importancia. Desde la fundación de ETA en 1959, varias veces la

organización se dividió sin remedio, en medio de acusaciones graves, tras pronunciar la palabra terrible: «traición».

Jon, en nombre de los comandos especiales, y Julen, en el del KE, se reunieron y coincidieron en que las circunstancias y la presión de los cuerpos de seguridad del Estado impedía celebrar una asamblea. Se pusieron de acuerdo. No era posible garantizar la asistencia de tres centenares de militantes. Muchos de estos deberían cruzar las fronteras según las reglas de la clandestinidad. Intentarlo sería abocar a la organización a un riesgo de desarticulación casi absoluta y puede que irreversible.

La alternativa era una *Conferencia de Cuadros*, así la denominaron. Una reunión que habría de congregar a decenas de militantes con ascendencia política, con un pasado de lucha contra la dictadura en Euskadi Sur y un presente como activistas en Euskadi Norte.

La abadía de Notre Dame de Belloc fue fundada por un grupo de monjes vascos de la orden benedictina en la localidad de Urt, en el departamento de Pirineos Atlánticos, en el corazón de Euskadi Norte.

Los monjes, desde el siglo XIX, se dedicaron, generación tras generación, a la oración, a elaborar el queso de oveja de la comarca que atesoró gran fama, y al cuidado de las frutas que crecían en una naturaleza fértil y que vendían en los mercados populares de Bayona, a solo quince kilómetros de distancia.

Julen había solicitado que los benedictinos los acogiesen en la abadía de Belloc para celebrar la conferencia de cuadros. Los monjes reflexionaron. La mayoría de ellos eran vascos, de uno u otro lado

de la frontera; hablaban y cultivaban la lengua vasca con fervor y habían creado una biblioteca de estudios vascos. Sin embargo, no era fácil tomar una decisión.

En la historia de la abadía existían precedentes de acogimiento a perseguidos políticos, lo hicieron con los aviadores ingleses en el tiempo de la ocupación alemana. Y en España no había democracia, miles de presos políticos permanecían en las prisiones.

Una parte de los monjes, no obstante, repudiaba la violencia que practicaba ETA en la vecina Euskadi Sur. Les llegaban noticias de cada atentado. La organización arrebataba la vida a sus semejantes, muchos de ellos jóvenes guardias civiles y policías nacionales sin ninguna responsabilidad en la toma de decisiones del régimen de Madrid. No era una causa de los desfavorecidos y los pobres. Algunos de los monjes habían servido en África y conocían su significado. Otros de entre ellos, sin embargo, no disimulaban su simpatía por aquellos jóvenes y los justificaban por la represión que amenazaba al euskera.

Los monjes dudaban.

—Esta reunión es para pedir cuentas a sus autores por la muerte de Berazadi. La mayoría de los miembros de la dirección de ETA no somos responsables de esa decisión y nos opusimos. Y también tenemos que decidir el futuro de ETA, para tratar sobre la creación de un partido político —expresó Julen al abad.

Los monjes terminaron por aceptar.

Julen propuso que el monasterio y sus inmediaciones, durante el tiempo que durase el cónclave, quedasen bajo la vigilancia de una

docena de hombres armados de la organización, ubicados de forma discreta, con apariencia de campesinos que segaban la hierba o vestidos con el hábito de san Benito.

El superior de los benedictinos se negó. No admitió la vigilancia exterior, y mucho menos que entrara una pistola en el convento.

—¿Y si sucede algún imprevisto? ¿Qué haremos?

—Que recen, los que quieran hacerlo, pero de ninguna manera podéis celebrar aquí nada si no se aceptan nuestras condiciones.

Se decidió que la conferencia se llevaría a cabo la última semana de abril de 1976. Habían pasado dos semanas desde que había aparecido el cuerpo de Ángel Berazadi.

La conferencia de cuadros estaba a punto de comenzar. Llegaron Karlos y Julen y les sorprendió que Eduardo no estuviera presente. Emilio, Jon y Gorka habían llegado.

¿Qué sucedía con Eduardo? Su ausencia disparó los nervios de Julen y Karlos. Cambiaron impresiones con el resto de los militantes afines. Sospecharon que estaba ocurriendo algo extraño. Pasaban más de treinta minutos de la hora señalada y Eduardo seguía sin aparecer. La tensión crecía según transcurrían los minutos.

Julen tuvo una corazonada. Su intuición de militante experimentado le indicó que el retraso de Eduardo tenía que ver con la preocupación que advertía en los rostros de los miembros de los comandos especiales.

—Jon, Emilio, Gorka, ¿sabéis algo de la ausencia de Eduardo?

Los interpelados se miraron entre sí, estaban sentados en el mismo banco y Julen advirtió que se tocaban el codo uno a otro. Se hallaban inquietos, nerviosos. Jon y Gorka sudaban. Emilio parecía una esfinge. Los tres callaban.

Julen tomó la palabra:

—La conferencia de cuadros no comenzará hasta que el compañero Eduardo esté presente.

La advertencia sorprendió a las decenas de congregados que se levantaron, encendieron cigarrillos y empezaron a formar corrillos en función de las simpatías de cada grupo. Las miradas de la mayoría se dirigían a los miembros de los comandos especiales.

—Eduardo no está presente porque la organización lo ha arrestado por haber cometido una falta grave. No podrá retomar su papel de dirigente hasta que no se investigue lo sucedido —dijo Jon, al cabo de varios minutos.

Julen reaccionó.

—¡Cómo!, ¿Eduardo arrestado por la organización? ¿Qué clase de acusación es esa? La organización está representada por un Comité Ejecutivo del que yo formo parte. ¡De una puta vez! ¡Qué cojones habéis hecho con Eduardo?

Karlos y otros lo secundaron. Los ánimos estaban sumamente encendidos.

Julen se dirigió de nuevo a la totalidad de los presentes.

—Exigimos la presencia de Eduardo. Exigimos que los comandos especiales expliquen lo que han hecho con él. Esta conferencia de

cuadros representa a la organización, no a un grupo de militantes. ¿Cómo se puede privar de libertad a un miembro de la dirección? ¿Cómo se puede secuestrar a un compañero?

Jon, Emilio y Gorka cuchichearon entre ellos.

Los rostros de la mayoría de los asistentes mostraban incomprensión y rabia. Si los dirigentes de los comandos mantenían su posición, se estaría oficializando la ruptura, total y sin remedio, quién sabe si una ruptura violenta dado el cariz que estaba tomando la conferencia según avanzaba. Gorka y los suyos habían valorado de forma errónea cuál sería la reacción de Julen y de Karlos.

¿Qué esperaban Jon, Emilio y Gorka? ¿Qué Julen y los demás aceptaran la acusación contra Eduardo con la esperanza de investigarla más tarde y que la conferencia se desarrollara sin interrupciones? Calcularon mal la respuesta de Julen, su determinación, su experiencia.

—Está bien —reculó Jon—. Lo explicaremos: el compañero Eduardo vulneró una norma de seguridad que pone en peligro a la organización. Se puso en contacto por escrito con algunos presos y les proporcionó detalles de asuntos que aún están siendo discutidos y, por tanto, no están decididos. Debe responder por esta falta. Hasta entonces, no se le debe considerar miembro de la dirección.

—¿Y quiénes sois vosotros para convertiros en jueces de esa supuesta falta? ¿Vosotros habláis de faltas? ¿Vosotros, que acabáis de secuestrar y matar a Ángel Berazadi sin autorización de la dirección de ETA? —replicó Julen.

Otros militantes intervinieron. Eran muchos los que pedían la palabra.

—¿Dónde está Eduardo? —insistió Karlos.

Jon no se dio por vencido.

—Nadie puede ponerse en contacto directo con los presos sin respetar el cauce, el aparato de *makos.* Eduardo lo hizo. Merece una sanción.

Julen adivinó las intenciones de Jon. La supuesta falta, cuál era la comunicación con algunos presos para informarles de los debates políticos, formaba parte de un hábito establecido en los últimos meses. Las discrepancias habían alcanzado una dimensión extraordinaria.

Los militantes de mayor influencia encerrados en las cárceles demandaban información actualizada.

Por medio de sus abogados y familiares de confianza, los presos que fueron enjuiciados en el Consejo de Guerra de Burgos encabezados por Mario Onaindía pedían estar al corriente de los debates y participar en ellos; sabían que su liberación estaba cercana, que estaba unida al fin de la dictadura. Daban por hecho que habría una amnistía general y que, una vez en la calle, reanudarían la actividad política.

La acusación contra Eduardo carecía de fundamento. Julen hizo valer su ascendencia y añadió:

—Soy militante de ETA desde hace nueve años. Esta conferencia se disolverá en este momento si no comparece el compañero

Eduardo. ¿Retención?, ¿arresto de un dirigente? ¿Qué clase de conducta revolucionaria es esa? ¿A qué cojones estáis jugando? Eso tiene otro nombre: secuestro. Someto a votación esta cuestión.

Julen se puso en pie.

—Votos a favor de que el compañero Eduardo esté presente como condición previa para el comienzo de la conferencia de cuadros.

Un buen número de manos se alzó, representaban la mayoría. Y no una mayoría simple. La mayoría de la organización estaba con las tesis de Eduardo. La votación que acababa de celebrar lo demostraba.

Julen convocó a Jon a una reunión a solas. Ambos se ausentaron de la sala general.

—¿Has visto las manos alzadas? Tenéis que aceptar la situación, el ochenta por ciento está a nuestro favor —dijo Julen.

Emilio y Gorka pidieron un receso.

Los monjes benedictinos advirtieron la suspensión del acto. Se habían comprometido a proporcionarles alimentos, agua y café, preparados en la cocina del monasterio.

Karlos contó al abad las razones de la suspensión.

—¿Cómo? ¿Han secuestrado a Eduardo? —exclamó.

—Sí, ellos lo llaman retención —dijo Karlos.

El abad y Eduardo se conocían. Habían conversado en un buen número de ocasiones. Al segundo le fascinaba cambiar impresiones sobre filosofía y religión, además de política.

El abad jamás habría intervenido en la reunión de no ser por la noticia que acababa de recibir. Llamó a Jon y a Julen.

—Eduardo no está en la sala. ¿Es verdad que se lo habéis impedido?

Por toda respuesta, Julen miró a Jon.

—Se trata de un asunto interno. No creo que al monasterio le incumba —dijo Jon.

—¡Estoy indignado! ETA nos pide ayuda para celebrar aquí una de sus reuniones y nosotros, después de pensarlo mucho, aún más tras el asesinato de Berazadi, aceptamos. ¿Estás diciendo que uno de sus dirigentes es secuestrado y que nosotros no tenemos nada que decir? —replicó el abad, mirando a Jon.

El tono de su voz era alto. Su mirada inquisitiva. Jon bajó la cabeza y se retiró.

Una vez que los comandos aceptaron la derrota, Emilio abandonó el monasterio acompañado de un militante de la confianza de Julen. Liberaron a Eduardo. Había estado secuestrado en un cuartucho de un caserío de una pequeña aldea vigilado por militantes armados de los comandos especiales . Le condujeron al monasterio de Belloc. En el camino, Emilio y Eduardo no cruzaron palabra alguna. La tensión entre ambos era absoluta.

Ya en el monasterio, Eduardo se reunió con Julen y Karlos. Pidió seguir con los planes previstos.

—No hay razón para suspender la conferencia. Ya os contaré los detalles. En algún momento llegué a temer por mi vida. Estaban

armados. Pero se ha solucionado, y ahora lo que nos interesa es que los cuadros aquí presentes se enteren del proyecto del partido y lo hagan llegar a los militantes del interior.

Eduardo intervino durante treinta minutos al empezar la conferencia y explicó de forma pormenorizada el proyecto que tenía en la cabeza.

Dio cuenta de las reuniones que había mantenido con representantes cualificados de Euskadi Sur. Con abogados de prestigio como Juan Mari Bandrés, que intervino en el Consejo de Guerra de Burgos como defensor; con intelectuales como Oteiza y con artistas del grupo Gaur; con sindicalistas de la margen izquierda de la ría del Nervión y con estudiantes de la Universidad de Deusto. Todos ellos respondieron de forma positiva al interrogante que les propuso Eduardo: ¿existe un ambiente favorable para la fundación de un partido político que resuma la herencia de ETA?

Bandrés y el resto de los interlocutores preguntaron quiénes serían los rostros visibles del partido. Eduardo aportó una opinión novedosa:

—No podrán ser militantes de la organización, sería abrir las puertas a las incertidumbres políticas. Muchos de ellos tienen encima una requisitoria legal, se daría una apariencia de continuidad extraña. Lo conveniente sería contar con los jóvenes que están destacando en los embriones de las organizaciones en el ámbito laboral, en el estudiantil, en las asociaciones de vecinos que afloran con fuerza en los barrios de las grandes ciudades, en los comités de amnistía.

Jon, Emilio y Gorka no se amilanaron. Ellos también habían consultado en el interior, aseguraron ante la incredulidad general, y la respuesta había sido la contraria.

—Los militantes no quieren que se malgasten fuerzas y medios en un partido político para un futuro incierto, en todo caso un futuro que haga el juego a un proceso reformista y no revolucionario. Lo que el pueblo trabajador vasco pide es fortalecer las estructuras de la organización y dotarlas de más armas y operatividad ante el previsible debilitamiento del régimen. No es un partido político, y menos organización, lo que la coyuntura exige, sino lo contrario: más comandos y más armas —expuso Gorka.

Eduardo volvió a tomar la palabra. Les exigió que presentaran una alternativa a su proyecto.

Jon se dispuso a intervenir.

—Así que el compañero Eduardo nos quiere convencer de que la creación del partido representa la herencia de ETA. ¿Es que la da ya por muerta? ¿No será que quiere construir un futuro y le sobra un pasado?

A pesar de sus aseveraciones, que llamaron la atención de una parte de la asamblea, a medida que esta avanzaba, Jon, Emilio y Gorka empezaron a comprender que tenían la batalla perdida. Cada vez eran más los militantes que se les acercaban para pedirles que reconsideraran su postura. Comprendieron que iban a perder las votaciones, también advirtieron una consecuencia que les haría mayor daño: los cuadros presentes en Belloc regresarían al interior y comunicarían a los militantes y a los más cercanos colaboradores

que el liderazgo de Julen y Eduardo era indiscutible, sobre todo el del último.

Por ello, antes de aceptar la opinión de la mayoría, modificaron su estrategia y la llevaron al terreno de la personalidad de Eduardo. La responsabilidad de intervenir sin remilgos recayó en Gorka. Este alzó la voz:

—¡Que los militantes presentes aquí sepan en cuántas acciones ha intervenido Eduardo! ¡No sabe lo que es manejar una *pipa!* ¡Cuántas veces ha arriesgado su vida! ¡Ninguna! ¡Es un militante de papel! ¡No como el resto de los que estamos aquí, que hemos sentido en el cogote el aliento de la *txakurrada!*

Jon continuó con el mismo discurso.

—El comportamiento del compañero Eduardo revela su origen burgués. No sabe lo que representa el sacrificio de los jóvenes de nuestros caseríos pobres, no sabe lo que es trabajar duro en los talleres y fábricas, no sabe lo que significa estar atravesado por la pérdida irreversible de nuestra lengua. Y no lo sabe porque ha dedicado muchas horas al estudio del materialismo histórico, pero bastantes menos al euskera. Estudió en un colegio privado, aprendió idiomas. Toca la guitarra y participó en un grupo de música de una parroquia que alegraba las misas. Parece que grabó un disco. ¡Fantástico para él! ¡Es el comportamiento de un joven burgués! No se lo reprocho, pero no está curtido en las luchas populares. ¿Qué es lo que sabe? Escribir ideas abstractas en un papel y vocalizar bonito. Palabras y más palabras.

Unos y otros intervinieron. Jon, Emilio y Gorka creyeron que habían acertado personalizando el debate. Unos cuantos militantes observaron y asintieron. Para ellos era cierto lo que habían expresado Gorka y Jon. ¡Eduardo no era un hombre de acción, era un teórico, lo que en la organización llamaban un *rollista*!

Jon se envalentonó tras este giro. Hizo una pausa, sorbió un buen trago de agua y paseó la mirada por el refectorio donde se celebraba la conferencia, dijo elevando la voz.

—Quiero preguntaros a todos, y quiero que, antes de responder, reflexionéis unos segundos: ¿es ETA una organización antifranquista? Responderé: no, no lo es. Pido atención a mis palabras y que nadie las interprete mal. Luchamos contra el franquismo porque nos ha tocado esta coyuntura histórica. Lo que sí somos es una organización independentista y socialista. Quiero decir, que aun cuando Franco desaparezca, aun cuando una democracia burguesa asome su cara , ETA seguirá teniendo sentido, seguirá siendo necesaria. Y lo será hasta que alcancemos la independencia y el socialismo. Nuestra lucha no es a corto plazo. Uno, dos, cinco, diez, veinte años. Esa es la lucha que propone Eduardo, no la nuestra. ETA debe pervivir, más allá de Eduardo o de mí.

La reflexión de Jon suscitó interés. Los asistentes a la conferencia se miraron entre sí. Eran jóvenes y les hervía la sangre. Estaban en la conferencia de cuadros de ETA, ante la vida que habían elegido. Jon advirtió el clima que había alcanzado el cónclave y continuó:

—Como decía, ETA seguirá, y los mejores hijos de Euskadi, los *gudaris* de verdad se sacrificarán y entrarán en ETA, Darán su vida si

es necesario. Cambiarán los uniformes de los enemigos de Euskadi, puede que en Madrid no existan procuradores en Cortes en un futuro próximo. En su lugar, habrá otros que se denominarán parlamentarios o diputados, pero la esencia de la lucha seguirá siendo la misma.

«Jon trata de cambiar el mapa del debate», pensó Eduardo. «Y lo hace de una manera inteligente». Estaba obligado a responder a las preguntas de Jon. Pidió la palabra.

—Responderé a Jon. Sus cuestiones contienen una doble intención en la que no debemos caer. No hay contradicción en asegurar que ETA es una organización antifranquista y, también, socialista e independentista. Él lo plantea de una forma tramposa. La respuesta es simple, antifranquismo y liberación nacional es un binomio inseparable. Pero, en todo caso, acepto el debate. Este es el terreno en el cual debe actuar una organización de revolucionarios, el de la discusión entre compañeros, no en el que he vivido en las últimas horas. Lo voy a decir claro: los comandos especiales han tratado de impedir a la fuerza mi presencia en la conferencia de cuadros. Me sentí amenazado, coaccionado. Me encerraron bajo llave en un cuarto con las ventanas tapiadas. Sentí miedo, sí, miedo —enfatizó ante el asombro de sus compañeros—. Por primera vez en mi vida supe lo que era tener miedo a compañeros que militan en ETA. Pero volvamos a la discusión sobre lo que de verdad importa —agregó Eduardo.

Julen intuyó por dónde iban a ir las palabras de Eduardo, decidió reforzarlo:

—Me alegro de que Jon haga estas preguntas. Para responderlas necesitamos una *biltzar nagusi* lo más pronto posible. No para que se hable de nuestra infancia, no para que se hable de si aprendimos a tocar la guitarra o el *txistu*, sino para que la militancia se pronuncie sobre dos maneras diferentes de entender el futuro de la organización.

Continuó el choque de palabras entre Jon y Eduardo. El primero no cedió.

—Voy a recordar un párrafo de hace muchos años: «El combate será largo y penoso. No queremos engañar a nadie. No existe lucha sin víctimas». ¿Quién lo dijo?, ¿Eduardo?, ¿yo? No, ni uno ni otro. Forma parte del primer manifiesto de la organización, es de 1964, hace muchos años. ¿Qué quiero decir recordándolo? Que cuando entramos en ETA sabíamos que la lucha había de ser así, llena de momentos difíciles, como el de ahora. Eduardo pretende que bajemos los brazos a las primeras de cambio, en cuanto el régimen nos posibilite la creación de un partido que pueda presentarse a unas elecciones trucadas de antemano. Y yo respondo: no, prefiero la senda difícil, la del sacrificio. No bajaremos los brazos hasta que veamos en el horizonte una Euskadi independiente y socialista.

Fueron palabras que apelaron a la emotividad de los congregados. Jon era estudiante de la universidad de Donostia, sabía de la importancia de las palabras solemnes, de las llamadas a la lucha épica contra los enemigos. El secuestro de Eduardo le había restado simpatía.

Eduardo pidió la palabra de nuevo. Habló con lentitud, dirigiendo la mirada a los dirigentes de los comandos especiales.

—Jon se esconde en la demagogia, juega con las palabras. Pero solo son eso, palabras vacías. Saca de contexto una frase antigua que suscribo. Quiere dividir a los militantes en buenos y malos. Por supuesto, él se atribuye estar entre los primeros. Pero no ofrecen ninguna alternativa a la creación del partido. Lo rechazan porque temen perder el poder que ahora tienen, perder sus privilegios. Lo que ha sucedido con Berazadi es muy grave. Lo han matado sin autorización de la organización. Esta *ekintza* está siendo repudiada por la mayoría del pueblo trabajador vasco, no hay más que ver las manifestaciones y leer los comunicados de los comités de empresas, de las ikastolas, de las asociaciones de vecinos. ¿Qué somos?, ¿un grupo de bandoleros? Han hundido el prestigio que tanto nos costó alcanzar ante otras organizaciones y en otros países. Me refiero al Consejo de Guerra de Burgos y a lo de Carrero Blanco. ¿Es esa la alternativa que presentan? Ellos aseguran que con acciones como la de Berazadi los empresarios van a respetarnos más, que van a sentir miedo de ETA. Eso no es cierto. Es una gran mentira inventada para justificar su crimen. Sí, me atrevo a llamarlo crimen porque así lo llama la mayoría de los vascos. Pienso en esos seis críos que quedan huérfanos de padre. Es importante que pensemos en lo que voy a decir: ¿cómo nos recordaran los vascos dentro de cincuenta años, los que aún no han nacido? ¿Cómo un grupo de jóvenes abertzales que se enfrentó con valor al franquismo? ¿O cómo otro de majaretas que liquidaba a hombres honestos como Ángel Berazadi por el solo hecho de ser un pequeño o mediano empresario? No necesitamos

que los empresarios como él nos tengan miedo, que la sigla ETA les asuste, todo lo contrario. Necesitamos que entiendan nuestro proyecto, que colaboren con el euskera y lo impulsen en sus pueblos, como lo hacía Berazadi. ¿Cuántos hijos de empresarios pequeños de Bizkaia y Gipuzkoa militan en ETA o colaboran de una forma u otra? Muchos, todos conocemos a más de uno y de dos.

De nuevo, unos y otros se miraron, la mayoría cuchicheaba con el compañero de al lado. Julen se erigió en autoridad.

—Las opiniones están claras. La obligación de los que estamos aquí es transmitir al resto de la militancia lo sucedido, contarlo, sin ocultar lo que han pretendido hacer con el compañero Eduardo. Más adelante, en cuanto las condiciones lo permitan, celebraremos la asamblea, acaso en septiembre. Entonces, ETA decidirá sobre el proyecto del partido, si se impulsa o no, y también hablaremos sobre las responsabilidades personales por lo de Berazadi. Esto no puede quedar así —concluyó Julen, dirigiendo la mirada a la esquina que ocupaban Gorka, Jon y Emilio. La conferencia de cuadros se dio por terminada.

Julen quería conocer los detalles de lo que le había ocurrido a Eduardo. Se hallaban solos. Karlos se había ausentado.

Al veterano Julen le unía con el joven Eduardo esa clase de lazo difícil de expresar con palabras, más siendo ambos militantes de una organización clandestina como era ETA.

Julen veía en Eduardo clarividencia política, pero también determinación para que la violencia acabara algún día. Pasaron unos

segundos antes de que Eduardo abriera la boca. Se miraban a los ojos, había emoción entre ellos.

—Estaba solo, preparándome para venir a Belloc. Tocaron a la puerta, Miré por la mirilla y vi en el rellano a Emilio y un militante encargado de la seguridad. Me extrañó, pero abrí. Me empujaron hacia dentro. Me preguntaron si estaba en contacto con los presos de Madrid. No lo negué. Dijeron que era una falta grave. Me disponía a explicarlo cuando me conminaron a salir con ellos, dijeron que me traerían a Belloc, a la conferencia. Pero al poco de iniciar el camino observé que tomaban otra ruta. Pedí explicaciones y en ese momento me obligaron a ponerme unas gafas oscuras. Guardé mis gafas en uno de mis bolsillos. ¡Menos mal! Llegamos a un lugar desconocido y entramos en una casa. Tenían la llave. No se escuchaba ningún ruido dentro. Aún con las gafas oscuras puestas y cogido del brazo por Emilio, subí unos cuantos peldaños de una escalera. Era un caserío, seguro, lo identifiqué por el olor. También por el mugido de las vacas. Me metieron en una habitación con la ventana tapiada. Había un viejo camastro con dos mantas y un armario, de esos que se ven en los caseríos pobres. En ese momento pude quitarme las gafas oscuras. Yo les repetía una y otra vez: ¿os habéis vuelto locos? Ellos no contestaban, me miraban de una forma extraña.

—¿Contigo estaba Emilio?, ¿nadie más?

—También Gorka. Llegó en otro coche. En el caserío no escuché voces de ninguna otra persona. Venían cada seis o siete horas y me dejaban un bocadillo o una tortilla fría y siempre una botella de agua

Evian. Podía hacer mis necesidades en una letrina. Cada vez que venían trataba de hablar con ellos, les pedía explicaciones, pero no respondían. Había rabia en su mirada. Muchas cosas me pasaron por la cabeza en aquellos primeros momentos. Hasta que, una vez más sereno, alcancé a ver el epílogo de aquella comedia: concluí que lo que querían era evitar que interviniese en esta conferencia, luego me soltarían. Eso me tranquilizó. Estaba seguro de que vosotros ibais a exigir mi presencia, como ha sucedido.

—Nunca hubiera imaginado que fueran capaces de impedir que estuvieses presente. Ha sido un acto de violencia que señala hasta dónde están dispuestos a llegar —dijo Julen.

—Lo importante es que supisteis reaccionar bien y evitasteis lo que pretendían: que los militantes no me escucharan. Tenemos que adelantar la asamblea. Estamos en una situación de máxima tensión y así no se puede aguantar mucho tiempo. Y hay que contar lo que ha sucedido. Escribiré una carta. Es necesario que la hagamos llegar a los militantes. No contaré el episodio de mi secuestro, si acabara en manos de la policía lo utilizarían en contra de nosotros, pero sí hablaré claro sobre Berazadi. Es necesario que el pueblo vasco sepa la verdad —dijo Eduardo.

Julen no trató de que desistiera. Le conocía. Era típico de su manera de comportarse, no le agradaba dejar las cosas sin aclarar. Si estaba convencido de algo, y el asesinato de Berazadi era uno de esos casos, no pararía hasta llevarlo hasta sus últimas consecuencias.

Julen le pasó la mano por el hombro y le aconsejó que descansara unos días, que llamara a su familia para que lo visitaran. Al separarse, Julen advirtió que lo ocurrido era algo más que una discusión política. Había visto en los ojos de los comandos odio personal hacia Eduardo y, sobre todo, determinación para realizar cualquier acción, por inimaginable que pareciera.

Había en los protagonistas de los acontecimientos ocurridos una sensación extraña, un ambiente de pesimismo, como si condujera a un profundo pozo. La experiencia le decía a Julen que las relaciones entre las dos facciones de ETA habían llegado a un punto de no retorno y que era necesario reaccionar. ¿Cómo? se preguntaba, con el ánimo sombrío.

Capítulo 43.

¿Él o nosotros?

En otro lugar de Euskadi Norte se reunieron Jon, Emilio y Gorka para discutir sobre las alternativas que tenían.

—*Hegel* ha ganado la conferencia. Eso significa que ganará la asamblea, —dijo Jon.

—¿Podemos comunicar una escisión en estos momentos?, ¿expulsarlos mediante un comunicado oficial? —preguntó Gorka.

—Sería un error —respondió Jon—. ETA se partiría en dos, ellos con el setenta por ciento y nosotros con el resto. Tienen la caja y los contactos con los que nos venden las armas. Sería como empezar de cero. ¡Imposible!

Emilio expuso una alternativa:

—¿Y convencer a Julen y a los otros? Explicar nuestra posición, lo que encierra el proyecto de Eduardo. Hacerles ver la razón por la cual el asunto del partido fascina a *prima donnas* como Bandrés y Oteiza. Julen y Karlos son militantes de muchos años. Han sucumbido al encanto de Eduardo, a esa manera de enredar que tiene. Tenemos que hacerles entrar en razón, que comprendan que

detrás de la estrategia de fundar el partido está la liquidación de ETA, el adiós a las armas, a la revolución de verdad. Acabaríamos en un proceso parlamentarista. ¡Nuestros sueños se irían a tomar por culo! —expuso Emilio.

Jon era el más preparado de los tres.

—No erremos el tiro. Los Bandrés que hay en Euskadi están recibiendo con expectación el proyecto de *Hegel*, saben que ellos serán las estrellas del nuevo firmamento. Están convencidos de que algo está cambiando y no se han dado cuenta de que los que han cambiado son ellos. Pero es *Hegel* quien los dirige, hacen lo que él manda. Por ahora no hablarán de la liquidación de ETA, de abandonar la lucha armada, las condiciones no lo permiten. Pero en realidad esas son sus intenciones. ¿Cuándo? No sé, pero estoy seguro de que lo intentarán. Y nuestra obligación es impedirlo —agregó Jon.

Durante unos segundos callaron.

El calendario indicaba que el mes de abril tocaba a su fin. Era imposible convocar una asamblea antes de septiembre. Se necesitaba tiempo, organizar enlaces, lugares de paso fronterizos, pisos o caseríos donde acoger a los convocados. Y todo ello en la clandestinidad más absoluta.

Realizar una fuerte labor ante los militantes que no habían estado presentes en la conferencia, parecía una buena idea. Estaban seguros de que había un buen número al que había llegado una información sesgada. Si se les explicaba la situación en persona los militantes modificarían su opinión.

Emilio tomó la decisión de trasladarse al interior, a Bilbao y a los pueblos cercanos, con el fin de tomar el pulso a los miembros de la organización y exponer su punto de vista.

—¿Por qué Bilbao y no Gipuzkoa? —preguntó Gorka.

—Porque en Gipuzkoa somos fuertes. Tendremos el apoyo de la mayoría de los militantes. No así en los núcleos urbanos de Bizkaia, como Bilbao, Baracaldo, Portugalete y la margen derecha de la ría. Es ahí donde hay que trabajar e insistir.

Tenía razón Emilio. La Euskadi rural donde la lengua vasca era mayoritaria, los lugares donde se nutrían los comandos operativos, donde existía una comunión casi perfecta con la radicalidad política que significaba ETA, merecía menor atención; allí los comandos eran considerados héroes por buena parte de los jóvenes. Eran tenaces e impulsivos. Ni siquiera les impactaron las fotografías publicadas de un Ángel Berazadi muerto por un tiro en la nuca disparado a treinta centímetros por una mano que no tembló.

Emilio se instaló en Bilbao durante unos días. Se reunió con una docena de militantes. Un franciscano del convento de la calle Irala le cobijó. Tuvo Emilio ante sí a jóvenes militantes o colaboradores que estudiaban en universidades e institutos o trabajaban en fábricas de la margen izquierda de la ría del Nervión, o en oficinas o talleres del Gran Bilbao.

Para su sorpresa, encontró un reclamo casi unánime: el proyecto del partido. El eco de la conferencia de cuadros había llegado a estos lugares y numerosos militantes de base le preguntaron al dirigente por lo que le había sucedido al compañero Eduardo.

Algunos le preguntaron si era verdad que habían tratado de impedirle participar en la conferencia. Emilio viajó a Bilbao preparado para esa pregunta. Se escudó en que existieron problemas de seguridad y ofreció una serie de razones brumosas que finalmente—aseguró—, fueron solucionadas.

Al cabo de varios días, Emilio regresó a Euskadi Norte con un diagnóstico alarmante.

Jon también llegó a una conclusión similar tras reunirse con jóvenes de Tolosa, Zumárraga, Mondragón y Beasain que aunaban el carácter obrero y el habla vasca.

Ambos se reunieron con Gorka.

—Nos estamos quedando sin alternativas. Visto el estado de ánimo que hemos encontrado en el interior, está claro que Eduardo se hará con la mayoría en la asamblea. Y no podemos evitar que se celebre. La militancia la está reclamando. También los presos, los colaboradores, todos piden una *biltzar nagusi* —dijo Jon.

—Y está lo de la carta que *Hegel* está escribiendo sobre lo que sucedió con Berazadi. Contará, o quizá lo ha hecho ya, que nosotros tomamos la decisión de echar mano a Berazadi y ejecutarlo. Que la *ekintza* no contaba con la autorización del comité ejecutivo. Y aún más, que él trató de evitarlo. Es decir, dirá lo que le conviene. Ocultará las razones que hemos tenido —dijo Emilio.

—Nos perjudicará entre los que están con nosotros y entre los que dudan. Hará el juego al PNV, que está sacando provecho de lo de Berazadi, insistió ¡Hegel se está saliendo con la suya! ¡Ni el plan mejor trazado por el estado lograría el efecto que su ponencia va a

causar! ¡Desmovilizar a nuestros jóvenes, apartarlos de la Revolución vasca! Todo para qué: ¿para sacar unos cuentos escaños en un parlamento burgués? —volvió a la carga Jon.

¡Hay que evitar que esa carta llegue a la militancia! ¡Cojones, ya es hora de que hablemos claramente! ¡Es él o la organización, él o nosotros! —exclamó Gorka.

Capítulo 44.

«A ti te voy a ajustar las cuentas algún día»

Eduardo M. despertó el 23 de julio de 1976 ignorando que iba a ser el último día de su vida.

Sobre las nueve y veinte de la mañana, un militante de ETA que caminaba por la Rue Gambetta de San Juan de Luz, fijó su atención en un Renault 5 conducido por Emilio que circulaba a velocidad mediana. Identificó el vehículo como uno de los que utilizaba la organización. Fue un instante, pero distinguió a Gorka en el asiento del copiloto. Le pareció que en la parte trasera viajaban dos jóvenes. Uno de ellos era Eduardo. Al otro no lo pudo identificar, Le dio la impresión de que Eduardo se acurrucaba en el asiento y llevaba un gorro de los que se suelen usar en invierno.

A partir de lo que contó más tarde este testigo, Emilio se vio obligado a construir un relato: «Gorka y yo pasábamos por la Rue Gambetta, en Donibane Garazi (San Juan de Luz). Aparcamos el vehículo, salimos y nos dispusimos a fumar un cigarrillo justo en la puerta del bar Consolation. Allí nos encontramos con Eduardo. «Lo invitamos a subir al coche pues nos lo pidió*».*

Horas más tarde, Emilio ratificó que Eduardo les había pedido que lo llevaran a Behobia, en la frontera española. «Dijo que tenía una cita». Lo dejaron en Behobia a las doce menos veinte. Eduardo descendió del vehículo y no volvieron a verlo, añadió. Emilio negó que en el vehículo viajaran otras personas, además de Eduardo, Gorka y él mismo.

Gorka y Emilio ofrecieron la misma versión a los miembros del KE que le interrogaron: Julen y Karlos.

Entre San Juan de Luz y Behobia hay una distancia de doce kilómetros. La carretera está en buen estado. No debían emplear en llegar más de quince o veinte minutos. ¿Por qué tardaron casi dos horas, según su propio testimonio? Aseguraron que habían viajado de forma tranquila, sin prisas, charlando y fumando un cigarrillo tras otro

¿De qué hablasteis?, les preguntaron Julen y Karlos. De poca cosa, nada de la organización, de los partidos que habían jugado el Athletic y la Real el anterior fin de semana. Era la primera vez que os veíais desde la conferencia de cuadros, ¿no es cierto?, quiso saber Julen. Sí, es cierto, respondió Gorka. ¿Y no os cruzasteis ni un solo reproche después de lo ocurrido en la conferencia?, preguntó Julen. No tocamos ese tema, dijeron ambos. ¿Y no hablasteis sobre Ángel Berazadi?, preguntó Karlos. No, Eduardo no lo mencionó, contestó Emilio. De manera que durante cien minutos dos miembros de la dirección de los comandos especiales y un miembro del Comité Ejecutivo de ETA viajan a bordo de un vehículo y solo hablan de fútbol y del buen tiempo que hace, infirió Julen. Así fue, respondió

Emilio. ¿Habíais escuchado que Eduardo estaba escribiendo una carta a la militancia para informar sobre vuestra responsabilidad en la muerte de Berazadi? Sí, algo de eso habíamos escuchado, reconoció Gorka. Y durante el viaje, ¿no le preguntasteis sobre la carta? No, no lo hicimos, ese asunto no salió en la conversación. ¿Estáis seguros?, inquirió Karlos. Sí, lo estamos, contestó Gorka, balbuceando. Julen se dirigió a Emilio: En una de las reuniones del KE, y no hace mucho tiempo, amenazaste a Eduardo con estas palabras: «A ti te voy a ajustar las cuentas un día», ¿no lo recuerdas?, yo estaba presente. Sí, es cierto que lo dije, pero fue en un momento de ira y me refería a cuentas políticas, no a otra cosa. ¿Por qué tardasteis casi dos horas en llegar a Behobia si el recorrido suele hacerse en quince o veinte minutos?, ¿parasteis en el camino para tomar un café?, ¿parasteis en algún otro lugar, en un caserío?, quiso saber Julen. Emilio tomó la palabra: Había algo de tráfico. Un militante asegura que en la parte trasera del Renault 5 viajaba otra persona, además de Eduardo. Emilio reaccionó: Sin duda se confunde. Karlos insistió: ¿Seguro que Eduardo no dijo nada en esas casi dos horas de viaje? Nada, respondió Emilio. Miraba el paisaje y leía un libro. ¿Un libro?, ¿qué libro era? No lo recuerdo, no me fijé. ¿Estabais armados ese día? Sí, siempre lo estamos, igual que tú, dijo Gorka. ¿Y Eduardo?, ¿llevaba un arma cuando lo recogisteis?, se interesó Julen. No, él nunca la lleva, lo sabes, dijo Gorka.

Julen aún no había terminado. Extrajo un papel de un bolsillo.

—Voy a leeros dos párrafos de una carta. Fueron escritos por Eduardo hace unos días. Es su letra, la reconozco con absoluta

claridad.

La leyó en voz alta:

Estos bestias han creado un clima tal en la organización que han transformado ETA no en un colectivo de revolucionarios, sino en un estado policial donde cada uno sospecha del vecino, y este del otro.

No logro zafarme de esta dinámica infernal de las conspiraciones, del infundio, de esta dinámica que tiende a eliminar rivales políticos no por medio del debate, sino a través de sucias maniobras en nombre de la disciplina y la seguridad, valores estos que nunca deben anteponerse a los debates y a los criterios políticos.

—Eduardo se refiere a vosotros, , de eso no hay duda. Después de su secuestro antes de la conferencia de cuadros, después de lo de Berazadi, después de que Eduardo haya escrito esta carta hace unos días, ¿queréis que creamos que ese viaje desde San Juan de Luz a Behobia que duró casi dos horas fue una excursión amistosa en la que solo se habló del Athletic y de la Real?

—Lo creáis o no, así fue —dijo Gorka—. Nos despedimos de Eduardo. Bajó del coche y nada más.

Ambos fumaban un cigarrillo tras otro.

—Esta reunión ha finalizado —cortó Emilio, levantándose—. Nos espera mucho trabajo. Debemos organizar la respuesta del pueblo vasco a la desaparición de Eduardo a manos del Estado español.

Una vez que Emilio y Gorka marcharon, Julen y Karlos guardaron silencio por unos segundos.

—¿Qué piensas? —dijo Karlos.

—Desde que desapareció Eduardo no se les va la sonrisa del rostro, me lo han dicho tres militantes que tratan con ellos. Y fíjate la chulería con que han respondido, se sienten seguros —contestó Julen,

—Pienso igual. Los he observado, ningún atisbo de conmoción. Esos militantes, ¿te han dicho algo más? —dijo Karlos.

—No, son de infraestructura. Comulgan con ellos, pero tienen dudas. También me han dicho que, un día antes de la desaparición de Eduardo, se les veía nerviosos, como si estuvieran tramando algo importante. Ellos también piensan que están implicados —añadió Julen.

—Pero no tenemos una prueba definitiva y no lo van a confesar. Y el cadáver no ha aparecido —respondió Karlos.

—Es cierto, no podemos acusarlos ante la militancia, aunque es lo que me pide el cuerpo, estoy seguro de que han sido ellos.

—Yo también estoy seguro, y la mayoría de los militantes con los que he hablado.

—¿Entonces?, ¿qué hacemos?, ¿acudimos a la gendarmería y contamos todo lo que sabemos?, ¿les pedimos una investigación exhaustiva en sus apartamentos, en sus coches? —preguntó Karlos.

—Nos pedirían evidencias, se burlarían de nosotros. ¿ETA pidiendo ayuda a la policía francesa? No, imposible.

Julen se tomó unos segundos antes de proseguir.

—Podríamos contar lo sucedido a los de las cárceles, con todos los antecedentes y detalles. Y que ellos decidan —dijo Julen.

Los militantes más destacados de la organización se hallaban internados en prisiones alejadas de Euskadi. A Karlos no le gustó la propuesta.

—Pero eso llevaría tiempo, una semana, dos, tres…

—Es cierto, y la organización tiene que reaccionar sobre la desaparición de Eduardo. Estos van a empezar por su cuenta la campaña con el «Non dago Eduardo». No queda más remedio que secundarla. Ya veremos si averiguamos después lo que han hecho y les ajustamos las cuentas —dijo Julen.

—De acuerdo, es una mala salida, pero es la única que tenemos —concluyó Karlos.

Capítulo 45.

Jeune basque d'ETA manqant

Claudia Larrainzar amaneció con la esperanza de que en París le esperaba una etapa de su vida más sosegada. No dejaba de pensar en Eduardo.

A través de los oficios de Fulvita había recobrado la relación familiar con sus padres. Estos aceptaron su propuesta de financiarle estudios en París, le pagarían el alquiler de un estudio en un barrio de su elección; ella no deseaba lujos, aseguró.

Se comprometió a administrar la paga mensual con mesura. Haría las comidas principales en los comedores universitarios que abundaban en las inmediaciones de La Sorbona. Confió a Fulvita que trataría de evitar la vida nocturna del siempre bullicioso y juvenil Quartier Latin. Aceptó las visitas de su madre sin restricciones.

Una vez que se estableció en París, habló por teléfono con su padre por primera vez en cuatro años. Fue solo un instante. A Sebastián Larrainzar se le quebró la voz al escuchar: «¿Cómo estás, papito?». No pudo continuar y el auricular voló de mano en mano, de la suya a la de Josefina y de la de esta a la de Fulvita.

Claudia se matriculó en una academia. Su sueño de aprender francés estaba a punto de comenzar.

Sucedió el primer día de clases. Sobre las nueve de la mañana se dirigió a la academia. Era un paseo corto, de apenas ocho o diez minutos. Se había levantado con buen ánimo. Se detuvo en un pequeño café y pidió un café *au lait* y un cruasán. Reparó en los parroquianos. La mayoría eran personas de edad avanzada. Se sentó en un taburete. Sus ojos se posaron sobre un periódico que respondía al nombre de *Le Parisien.* A su lado, un hombre lo sujetaba con ambas manos. Atrajo la atención de la joven una fotografía, inserta en la parte inferior de la hoja, acompañada de una información.

¡Era él, el chico de la fotografía era Eduardo! No tenía ninguna duda. Sonriente, con anteojos, con la cabellera más larga.

En un mal francés pidió el diario al señor que lo leía. El hombre se lo entregó. Ella leyó: *«Jeune basque d' ETA manquant».* La noticia era breve, de poco más de veinte palabras, y estaba firmada por un corresponsal en el País Vasco francés: Pierre Bras.

La pólice de Saint-Jean-de-Luz enquête sur la disparition d'un jeune basque ayant le status de réfugié. Les premières investigations font état d'une étrange affaire.

(La policía de San Juan de Luz investiga la desaparición de un joven vasco que contaba con el estatuto de refugiado. Las primeras investigaciones apuntan a un asunto extraño).

Su conocimiento del francés era escaso. Estaba aturdida. El dueño del periódico se dio cuenta. Hablaba español y le tradujo la

información.

Claudia depositó unas monedas en un platillo y regresó a su estudio, sofocada. Sobre la barra del bar quedaron el café y el cruasán.

No sabía cómo reaccionar.

Con las primeras luces del día siguiente se acercó al quiosco. Se hallaba agotada. Había pasado la noche dando vueltas en la cama. Se levantaba, miraba por la ventana, volvía a acostarse.

El dueño del quiosco hablaba algo de español y le hizo saber que el periódico más importante del sur de Francia era *Sud Ouest.* Pero tendría que esperar unas horas hasta que llegara el camión de reparto de los periódicos de provincias.

Claudia regresó al estudio y se echó encima de la cama con el fin de dormir unas horas. Lo consiguió y, sobre las diez, se incorporó sobresaltada. Bajó las escaleras. Unos minutos después el quiosquero le entregaba el ejemplar de *Sud Ouest.*

En una esquina de la hoja que informaba de los acontecimientos sucedidos en el departamento de Pirineos Atlánticos se leía:

Le jeune basque est toujours porté disparu. Il est lié á la direction de l'ETA. La pólice indique que le permis de sejour a été délivré au nom d'E.M. Une source judiciaire a déclaré a ce correspondant qu' aucune hypothese n'a été écartée.

(Continúa sin aparecer el joven vasco. Se le vincula con la dirección de ETA. La policía informa de que el permiso de residencia

fue expedido a nombre de E.M. Una fuente judicial declaró a este corresponsal que no se descarta ninguna hipótesis).

La información era terrible, pensó Claudia. ¡Una catástrofe! Empezó a pensar en la posibilidad de que Eduardo estuviera muerto. ¿No había sido buscar la cercanía de Eduardo la verdadera causa de que se estableciera en Francia?

Esperar al día siguiente para tener noticias era insoportable. Pasarían veinticuatro largas horas hasta que el camión de reparto aparcara ante el quiosco. Se preguntaba una y otra vez: ¿puedo hacer algo? Carecía de ánimo para acudir a la academia; pasaba el día sobre la cama, durmiendo unas horas o intentándolo. Sin poder concentrarse en lectura alguna, mirando a un punto del techo buscando una explicación a tanta desdicha, tratando de tomar algunos alimentos, lo que conseguía con mucho esfuerzo y sin apetito. El estudio disponía de un pequeño aparato de televisión. Lo prendió con la esperanza de que informara sobre la noticia de la desaparición de Eduardo pero fue en vano.

Pensó en tomar un tren y presentarse en San Juan de Luz, buscar la oficina del periódico *Sud Ouest.* Quizá podría hablar con el periodista que firmaba la noticia en *Le Parisien*. No lo hizo. Recordó su experiencia anterior. ¿Quién habría de informar a una joven extranjera que no tenía relación alguna con los hechos? Lo más probable es que fuera malinterpretada o que la policía se interesara por ella. Además, no tenía fuerzas.

Transcurrió un día más. Sobre las diez de la mañana, Claudia esperó la llegada del camión, apostada en la barra de un café. El

quiosquero le entregó el ejemplar de *Sud Ouest.* Buscó la noticia y la encontró, eran cuatro líneas:

Les médias policiers restent totalmente silencieux sur la disparition du jeune leader basque. Interrogés par ce correspondant, ils repondent: nous continuons l'enquete.

(Medios policiales guardan absoluto mutismo sobre la desaparición del joven dirigente vasco. Preguntados por este corresponsal, responden: seguimos investigando).

Bien entrada la tarde de aquel día sonó el timbre de su estudio: ¡Joao! Ambos se fundieron en un abrazo. La aparición borró sus malos humores por un instante.

El joven portugués explicó su presencia:

—Estaba en Lisboa, tenía unas semanas de vacaciones y algo de dinero. Me dije: ¿por qué no le doy una sorpresa a Claudia?

Joao había viajado muchas horas para ese encuentro. La joven chilena lloró y lloró. Él la abrazó durante un buen rato. Ella le explicó lo acontecido en los últimos días. Se sinceró con él: «Quiero a Eduardo con todas mis fuerzas».

La joven se refugió en su habitación y regresó media hora más tarde.

Joao escuchó sus sollozos. Se sintió invadido por la pesadumbre, miserable. La carta que Eduardo puso en sus manos tiempo atrás, en el último viaje de este a Lisboa, no se la había entregado a Claudia. La guardó en su apartamento y mil veces estuvo a punto de abrirla y leerla. Otras tantas de romperla o quemarla. Preso de los

celos soñaba con que su presencia junto a Claudia la haría olvidar a Eduardo.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —preguntó la chilena al regresar junto a Joao.

—El tiempo que me necesites, Claudia.

Joao y Claudia daban paseos largos por las calles de París. Él compraba alimentos en un mercado cercano y cocinaba. Representaba el consuelo que ella necesitaba. Una vez conocidos los sentimientos de la mujer, el portugués no pidió mayor entrega, ni aproximación sexual alguna, por tímida que fuera. La observaba y se mostraba pendiente de cuanto necesitara, un vaso de agua, una manzana pelada y troceada, una cucharadita de miel.

Sud Ouest dejó de informar sobre el caso durante dos días. Ella no sabía cómo interpretarlo. Habían pasado cinco días desde que vio por primera vez el rostro de Eduardo en la página de *Le Parisien.* Pierre Bras informó con mayor extensión:

Virage radical dan l'enquête sur la disparition d'E.M dans une rue pricipale de Saint—Jean—de—Luz. La pólice, sur ordre du juge, a recueilli les déclaractions d'autres membres de la direction de l'ETA avec lesquels le leader avait eu des contactos.

Dans les milieux proches des réfugiés basques du sud de la France, la thèse se renforce, que le leader de l'ETA a été tué par d'autres membres de l'organisation.

Plusiers militants, qui n'ont pas voulu réveler leur identité, ont déclaré á ce correspondant que les auteurs du crime Font partie de ce que l'on appelle, dans l'organigramme, les groupes spéciaux.

Ils ajoutent qu'il y a quleques semaines, ils l'avaient kidnappé pour l'empècher de participer à une assemblée.

Le corps n'a pasé té retrouvé. Interrogées par ce jounaliste sur le mobile du crime, les sources affirment que le leader était favorable à la mise en veilleuse de la violence armée dans la strategie de l'ETA, compte tenu de l'imminence d'une transition vers la démocratie en Espagne.

(Giro radical en las investigaciones sobre la desaparición de E.M. en una calle principal de San Juan de Luz. La policía, por orden del juez, ha tomado declaración a otros miembros de la dirección de ETA con los que el dirigente estuvo antes de su desaparición. En medios cercanos a los refugiados vascos en el sur de Francia cobra fuerza la teoría de que el dirigente de ETA ha podido ser asesinado por otros miembros de la organización. Varios militantes, que no han querido revelar su identidad, han manifestado a este corresponsal que se extiende la sospecha sobre lo que, en la estructura organizativa, se denomina «comandos operativos». Añaden que, semanas atrás, lo habían secuestrado con el fin de impedir su participación en una asamblea. Sin embargo, estas mismas fuentes reconocen que el cadáver no ha aparecido por lo que solo son sospechas y rumores que se repiten con fuerza. Preguntados por este periodista sobre cuál sería el móvil del crimen, de haber existido, las mismas fuentes aseguran que el dirigente E.M. era partidario de que la violencia armada pasara a un segundo plano en la estrategia de ETA, ante la inminencia de una transición democrática en España).

Joao abandonó París dos meses después, una vez estuvo seguro de que Claudia había recuperado su vida de estudiante de francés. Viajó con la certeza de que el corazón de la joven permanecería encogido el resto de su vida. Y regresó a Lisboa.

Capítulo 46.

Managua, Nicaragua, noviembre de 1986

Desde hacía años, alrededor de una docena de vascos de entre veinte y cuarenta años residían en Nicaragua de forma estable. Algunos eran militantes de la organización ETA y sobre ellos pesaban procedimientos penales en España. Otros no tenían relación con ETA y su estancia en aquel país se explicaba por lo que se denominaba entonces como *solidaridad internacionalista.* Los sandinistas habían acabado unos años atrás con la dictadura de Anastasio Somoza. A todos ellos les unía, con una u otra intensidad, la afinidad con las ideas que representaba la izquierda *abertzale.*

Una vez cada seis meses se reunían en torno a una mesa y preparaban a la parrilla algunos pescados de los que ofrecían las aguas del lago Xolotlán. Cada uno de los asistentes llevaba una o dos botellas de vino, chileno o argentino, así como un postre casero preparado horas antes. La comida terminaba siempre de la misma manera, entre canciones de autores que por entonces llenaban teatros y espacios al aire libre en la alejada tierra vasca.

Habían transcurrido tres horas desde que comenzó la comida. Avanzaba la tarde y la ingesta de vino y de ron Flor de Caña disparaba los ánimos. Uno de los presentes era un joven de veinte años, no pertenecía a ETA e impartía clases de alfabetización en una pequeña aldea a cien kilómetros de Managua. Se llamaba Iker. El azar lo situó a dos metros del lugar que ocupaba Gorka, frente a él.

—Gorka, ahora que estamos aquí, en Nicaragua, lejos de Euskadi, entre amigos, cuéntanos que pasó con Eduardo —preguntó el joven y espontáneo Iker.

Se hizo un silencio absoluto. Las miradas de todos ellos se dirigieron al interpelado. Este había bebido bastante. Ante la pregunta de Iker, adoptó una expresión extraña, incluso furtiva. Se removió en su asiento de mimbre. Se levantó, apoyó la mano izquierda sobre la mesa; con la derecha pegó un puñetazo en el tablero que hizo temblar los vasos y exclamó:

—Lo voy a decir una sola vez. «Eduardo está en el fondo del mar y nadie lo encontrará nunca».

Silencio.

Tras unos segundos de indecisión, uno de los comensales, amigo de Gorka, rompió el hielo:

—Sigamos con lo nuestro. ¿Quiénes me ayudan a preparar la cena?

Los presentes se levantaron y se aprestaron a mover platos, lavar vajillas y cubiertos, vaciar ceniceros y estirar manteles en el patio.

Gorka se asomó al jardín delantero y encendió un cigarrillo.

Las comidas solían celebrarse en sábado. Ninguno de los asistentes solía tener prisa por poner fin a esos encuentros; al contrario, el ambiente acostumbraba a ser de festejo, fraternidad y añoranza. Esa tarde, sin embargo, buena parte de los presentes decidió ausentarse cuanto antes, con una excusa u otra. Varios recriminaron a Iker por haber formulado la pregunta. Él se encogía de hombros, bajaba la cabeza y guardaba silencio.

Gorka llevaba viviendo en Nicaragua varios años. Tenía buenas razones para sentirse bien en esa etapa de su vida. Pese a que no se podría leer en periódico alguno, trabajaba como chofer y guardaespaldas de un alto cargo de los servicios de inteligencia de Cuba conocido por su alias, *Renán Montero*, desplazado al país hermano para asesorar al ministro de Interior. Su nombre real era Andrés Barahona López. Gorka se sentía protegido por este. Ningún temor le acechaba. Mientras Renán lo protegiera, nada podría sucederle.

Unos años atrás, Renán Montero, antes de reclutarlo como chofer y custodio, antes de que accediera a su círculo íntimo, le dijo:

—Soy un hombre importante en la seguridad de Cuba y ahora de Nicaragua. Cuéntame todo sobre ti. Las acciones en que has participado, los cargos que has ocupado, quiero saberlo todo.

Gorka comprendió la situación. Narró a Montero lo que había sido su vida desde que empezó a militar en ETA. También mencionó a Eduardo.

—Estábamos en las postrimerías del franquismo, era un liquidacionista, un burgués. Él proponía que la lucha armada

desapareciera, era lo que pasaba por su cabeza, lo envolvía en palabras bonitas, pero solo eran palabras.

Epílogo

Muchos años después, Julen recordaría las circunstancias que rodearon la desaparición de Eduardo M.. No pasó un día sin que las lamentara. Había de recordar las horas y jornadas que sucedieron al episodio, cuando manipularon al resto de miembros del KE. También a él, sobre todo a él.

Por más que los indicios eran abrumadores. Por más que cualquier juez que se respetara habría ordenado realizar pesquisas, como la revisión exhaustiva del vehículo que transportó a Eduardo en busca de huellas, de restos o de señales de forcejeos. Por más que en la propia organización se hubiera podido crear una comisión que investigara lo sucedido con todas las consecuencias, incluida la de comunicar a la opinión pública vasca los pormenores del caso cometido *en su propia casa*. Nada se hizo.

Los sospechosos tuvieron la habilidad suficiente para dar la vuelta a los hechos en minutos, en horas. Repartieron entre sus simpatizantes y colaboradores miles de carteles y pegatinas con el rostro sonriente del desaparecido. Dieron consignas a viva voz y las calles de Euskadi Sur se llenaron de manifestantes que reclamaban justicia.

Julen y otros desoyeron a los dirigentes de otra organización, también clandestina, también revolucionaria, también reivindicaba la sigla ETA. Dos de sus dirigentes le dijeron a una persona relacionada con Eduardo: «Han sido ellos, no tengas duda».

El paso del tiempo no logró tranquilizar a Julen. Mientras más reflexionaba y transcurrían los días, los meses, los años, más dolor sentía, más preguntas se hacía: ¿él y otros miembros del KE se vieron con las manos atadas por la vertiginosa sucesión de hechos en el contexto de la lucha contra el régimen? Cómo había sucedido con Ángel Berazadi, ¿se impuso una vez más la *praxis* de los hechos consumados de los comandos especiales?, ¿estos se sintieron dueños de la situación desde el momento en que abordaron a Eduardo en la Rue Gambetta?, ¿cómo lo hicieron?, ¿lo encañonaron para que subiese al vehículo o lo engañaron con un cebo?, ¿pesó la circunstancia de que los líderes de mayor autoridad en la organización estuvieran en la cárcel?, ¿la orfandad en que quedaron tras la desaparición de Eduardo les conmocionó y no supieron reaccionar?

¿Qué habría sucedido si hubiera hecho caso a sus primeras corazonadas, desde que empezó a intuir que las intenciones de los comandos respecto a Eduardo podían ir más allá de una sucesión de acaloradas disputas internas?

¿No había sido el secuestro de Eduardo, horas antes de la conferencia de cuadros, una señal de hasta dónde estaban dispuestos a llegar? ¿Habría podido él evitar el trágico desenlace?

La prudencia hubiera exigido poner a alguien que no le abandonara a Eduardo ni de día ni de noche. ¿No supieron ver el drama que se estaba gestando?

Estas preguntas se las repetía Julen una y otra vez, como si fueran un puñado de salmos.

Pero no se puede volver al pasado. Julen meneó la cabeza.

Mientras recorría unos y otros ángulos de su memoria no conseguía liberarse de los pensamientos que le acechaban desde aquel 23 de julio de 1976 en que desapareció Eduardo.

¿Y si hubieran hecho esto y aquello?, ¿no sería mejor olvidar?

Post scriptum

Alguien escribió que los muertos no perdonan a quienes los dejan sin sepultura.

Faltaba que entrara en acción la literatura, para rescatar lo que la historia no pudo contar con datos irrefutables.

9 de febrero de 2025